

TODO MENOS TÚ

ESTRELLA
CORREA



DE LA AUTORA DE LA SAGA UN GIN-TONIC, POR FAVOR

Copyright © 2019 Estrella Correa.

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de este libro puede ser reproducida o transmitida de cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopia, grabación, o por cualquier sistema de almacenamiento y recuperación, sin permiso escrito del propietario del copyright.

Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con la realidad es mera coincidencia. Todos los personajes, nombres, hechos, organizaciones y diálogos en esta novela son o bien producto de la imaginación del autor o han sido utilizados en esta obra de manera ficticia.

1ra Edición, Julio 2019.

Título Original: TODOS MENOS TÚ

Bilología.

Diseño y Portada: NINA MININA.

Fotografía: Shutterstock.

Maquetación: NINA MININA

Corrección: Antonio Correa.

TODOS
MENOS TÚ

ESTRELLA CORREA

ÍNDICE



DEDICATORIA

1. *PIENSA EN TU MIRÁ.*
2. VAGABUNDO.
3. UNA HARLEY CUALQUIERA.
4. ESOS MALDITOS OJOS.
5. DÍAS DE CLASES.
6. DÍAS DE SORPRESAS.
7. HABLA TÚ SOLO.
8. DISCOTECA DE PERIFERIA.
9. ALGO PERSONAL.
10. DESIDIA.
11. CELOS.
12. DECISIONES IMPORTANTES.
13. COMIENZOS.
14. ES COMPLICADO.
15. PERDIENDO LA CABEZA.
16. ÉL. ÉL. ÉL.
17. PUNTA UMBRÍA.
18. OLÍA ANICO.
19. VOY A GRITAR.
20. ES MI HOGAR.
21. QUITATE LA ROPA.
22. HOLA, BELLEZA.
23. TODO LO QUE HABÍA SOÑADO.
24. UNOS DÍAS.
25. ESTA GUERRA NI SIQUIERA ES MÍA.
26. UN GRUPO INGLÉS.

27. TIENES QUE CONFIAR EN MÍ.

28. COBARDE.

29. LUCES TENUES.

30. MI AMIGA.

31. RESPIRÉ.

32. LA ESPERA.

33. LO ENTENDÍ.

34. APRENDER.

35. MESES.

36. YO QUERÍA UN FINAL FELIZ

EPÍLOGO.

AGRADECIMIENTOS.

SOBRE LA AUTORA

A todas mis ESTRELLAS.



*Itxel se traslada a Madrid para cumplir su sueño.
Nico también está allí, intentando rehacer su vida. Busca pero no encuentra.
Nada lo llena.
Cuando el hilo que siempre los ha unido vuelve a tirar de ellos, sus caminos
se cruzan de nuevo.
Los dos tratarán de poner distancia, pero el amor es más fuerte que sus
deseos y los enfrentará a todos sus miedos.
Una ciudad llena de luces.
Dos corazones rotos.
Y muchos sentimientos enterrados durante demasiado tiempo.
¿Puede perdonarse a la persona que te rompió el corazón?
¿Volverán los atardeceres a pintarse de naranja?*

PRÓLOGO



—Despierta, Blancanieves. Hemos llegado. —Javier le dio un codazo a Noel y este refunfuñó un exabrupto, removiéndose en su estrecho asiento del avión.

—Vete a la mierda, tío —respondió, poniéndose las gafas de sol que tenía sobre la frente.

—¿Listos para morir? —Ismael se desabrochó el cinturón, se puso de pie y dio una palmada.

—Cambia esa cara —me sugirió Javier, sentado a mi lado.

—Es la Bella Durmiente —le informé.

—¿Qué? —Arrugó el entrecejo.

—Blancanieves mordió una manzana y murió.

—¿Qué te pasa? ¿Eres tonto? Estamos a punto de pisar Ibiza y me vienes con esas. —Levantó una ceja—. Tal vez debas pensar en lo que hablamos.

—Ya lo he pensado. —Me levanté, salí al pasillo y cogí mi maleta de mano que había viajado en uno de los compartimentos de cabina—. Por eso estamos aquí —mascullé, pero sé que me escuchó.

—Pues sé consecuente.

—¿En qué sentido?

—Te lo vas a pasar tan bien que el año que viene me pedirás de rodillas que volvamos.

Sonreí y asentí. Llevaba razón. Estábamos en Ibiza, era verano y teníamos veinticinco años. Quizás la razón que nos llevó allí no era la acertada, o tal vez sí; por aquel entonces no sabía los derroteros que iba a llevar mi vida.

—Camina, tío. Estás haciendo tapón. —Ismael le pidió a Noel, y este le dio un empujón.

—¿Por qué los has invitado? —pregunté a Javier.

—La idea fue de ellos. Yo quería visitar la Capilla Sixtina. —Hizo un mohín.

Solté una carcajada y les pedí que se comportaran, sin embargo, no esperaba que lo hicieran. Noel iba a lo suyo y le gustaba pasarlo bien en todo momento. Ismael era un cabeza loca que no pensaba las cosas antes de hacerlas, y solía meter la pata en innumerables ocasiones. Era uno de esos amigos que el destino te puso en el camino para recordarte lo que no debes hacer y las decisiones que no debes tomar. Aun así, le iba bien al tío. Tenía una de las empresas de publicidad más prósperas de Madrid y se codeaba (y acostaba) con todas las modelos que pasaban por sus oficinas.

Nos registramos en el Ushuaia Beach Hotel y dejamos las maletas en las habitaciones.

Mis amigos no querían perder ni un minuto de su vida dentro de aquellas paredes, así que bajamos a la piscina, en la que todo el mundo bailaba y bebía cuando todavía no había pasado el mediodía.

—Una botella de champán, por favor. El mejor —Noel le pidió a un camarero que vino a servirnos.

—¡Estás loco! —apostilló Javier con una carcajada.

—Venimos a celebrar, ¿no? Esta corre de mi cuenta.

Brindamos metidos en la piscina y nos reímos de las perlas que Noel soltaba por esa boquita que siempre ha tenido. La música sonaba tan alta que casi no escuchábamos lo que decía, pero podíamos imaginarnos la parte que se nos escapaba. Unas chicas se nos acercaron casi al anochecer y cenamos con ellas en el restaurante. Cuando terminamos, subimos a las habitaciones, nos duchamos, nos cambiamos y volvimos a la zona de la piscina en la que los mejores *DJs* de todo el mundo compartían un increíble cartel. Stephan Bodzin, Paul Kalkbrenner, Peggy Goy, Denis Horvat y Reznik. La noche se preveía larga e intensa, tal y como comenzó.

—Por ti y por tu descabellada decisión. —Javier levantó su copa para que brindara con él.

—Qué buen amigo eres —ironicé y la choqué.

—Tan bueno que pasas de mis consejos. —Cerré los ojos y resoplé—. ¿Qué? ¿No quieres que te diga lo que pienso? Te estás equivocando.

—Pues deja que me equivoque. Estamos en la mejor fiesta del país y tú sigues dándome el coñazo con tus historias.

—No son mis historias. Son las tuyas. Esto no es como comprarse un coche.

Me bebí lo que fuera que tenía entre las manos del tirón, lo dejé sobre una mesa alta y me marché. Estaba agobiado. Solo quería olvidar y pasarlo bien. Lo necesitaba. Fui a la barra y pedí una botella de champán. Noel llevaba razón. Estábamos allí por una razón y lo iba a celebrar por todo lo alto. Me la bebí solo y casi de un trago. Me avergüenza admitir esto, pero fueron seiscientos euros que bajaron por mi esófago en menos de quince minutos.

Estuve más de una hora sentado en la playa, asimilando mi futuro y mi pasado. Sí, el pasado aún se me atragantaba a veces, sobre todo si estaba en una playa y mirando las estrellas.

El sonido de unas risas femeninas me sacó de mi ensimismamiento y me incorporé. Estaba mareado, muy mareado, y se me ocurrió caminar hasta la orilla y mojarme la cabeza. Volví a la fiesta un rato después, sonaba música techno y mis tímpanos iban a reventar. Di un par de vueltas y encontré a Javier liándose con dos chicas junto a una palmera (no me he equivocado de número ni veía doble. No estaba tan borracho). ¿Dónde estarían los otros dos? A punto de dar la noche por finalizada, me pareció ver a Ismael al fondo hablando y bailando con una chica de piel bronceada. Caminé hasta él con una sonrisa fanfarrona. Sabía ligar muy bien y aquella noche no dormiría solo, sino con esa tía. Muy mal se le tenía que dar para que la jugada no le saliera.

Tuve que rodear un grupo de personas para llegar hasta él e informarle de que me iba a la cama. Poco o nada me importaba dónde cojones se había metido Noel. Por mí se lo podía haber tragado una coquina gigante.

A un escaso metro estaba de ellos cuando mis pies se clavaron en el suelo. No podía ser...

La silueta de la chica que bailaba y tonteaba con Ismael era...

Esa pequeña nariz, esa boca deliciosa, esas pestañas largas, ese cuello...

Itxel..., susurré, quedándome casi sin respiración.

El bum bum de la melodía tronaba en mi corazón.

Las manos me empezaron a sudar.

¿Era ella? ¿Podía ser?

Llevaba el pelo más corto y la piel mucho más morena, pero sí, pude olerla desde donde me había detenido.

Itxel olía a todo aquello que añoraba.

Sonreía mientras Ismael le acariciaba la mejilla. Estaban en una esquina del local y casi solos. No sé qué me recorrió el cuerpo de arriba abajo, pero tuve que contenerme para no caminar hasta allí y apartarla de ella y darle un puñetazo. Estos pensamientos me hicieron retroceder años atrás y recordar lo que ocurrió. Abrí la boca para poder respirar y no desmayarme. Estaba a punto del colapso. La música, todo lo que había bebido, la sorpresa, el miedo, los celos de verla con otro y presenciar en primera fila que estaban a dos centímetros de besarse.

PIENSA EN TU MIRÁ

17:45 SEVILLA STA JUSTA AVE 2130

Sonaba *Piensa en tu mirá* de Rosalía cuando abrí los ojos y desperté de un sueño profundo en el que las gemelas me gritaban que moviera las caderas con más brío. Bailábamos en una discoteca de Ibiza y la música me impedía mandarlas a la mierda como se merecían, por ello les levanté el dedo desde la distancia haciéndoles la señal del pajarito y seguí contoneándome al lado del chico que había conocido un rato antes.

Parpadeé varias veces, me abracé el cuerpo y me arropé con la chaqueta vaquera con la que me había cubierto, congelada a mediados de julio porque en el AVE Sevilla-Madrid el aire acondicionado debía marcar menos diez grados. Abrí los ojos del todo y atisé a través del cristal un campo demasiado verde para la época en la que estábamos. Una tos seca se apoderó de mi garganta, me quité los auriculares y le di un trago a la botella de agua que guardaba en mi bolso.

Escuché un murmullo a mi lado y, acostumbrada a adivinar cuándo se dirigían a mí, aun sin entender muy bien lo que decían por mi falta de audición en el oído derecho, miré en esa dirección y sonreí.

Saqué el audífono de mi bolsillo y me lo puse con destreza.

—Casi hemos llegado —me informó la persona que viajaba a mi lado y con la que había cruzado algunas palabras antes de quedarme dormida—. Yo también utilizo dos de esos. —Se señaló una oreja—. Odio estos viajes. Es mi hija la que me obliga a hacerlo —se quejó, y por sus arrugas entendí que le cansaba hacer tantos kilómetros y prefería quedarse en casa y caminar cuando le apeteciera—. Ella vive en Madrid y trabaja demasiado. Pero mi nieta me da la vida y la veo menos de lo que quisiera.

—¿Cuántos años tiene? —me interesé.

—Once, pero parece mayor. Sale a su padre, que es tan alto como una jirafa. —Me hizo gracia el comentario.

Hablamos hasta que anunciaron que quedaban pocos minutos para llegar a la estación de Atocha y la ayudé a bajar su pequeña maleta antes de tirar de las dos mías, grandes como osos, y despedirme de ese hombre octogenario de pie en el andén.

—Cúidese. Y disfrute de su nieta.

Lo vi desaparecer entre la gente que se dirigía hacia la salida. Me quedé observando la marabunta de personas que se movían hacia el mismo lugar y al que yo tenía que llegar. Agarré las asas de mis maletas y me dispuse a caminar. Me pareció un largo recorrido hasta que pude salir del atolladero y el calor seco que se elevaba del asfalto me dio en la cara. Me acordé de mi playa y de la brisa marina con la que me despertaba todas las mañanas. Supe que echaría de menos mi tierra y me emocioné al pensar que este verano lo pasaría muy lejos de su arena.

—¡Morenita! —reconocí la voz de Raúl muy cerca de mí.

Lo vi correr en mi dirección, me envolvió entre sus brazos y me levantó un palmo del suelo. Era alto, en eso no se parecía a sus hermanas.

—Quita, que hace calor —me quejé de mentira. Yo también lo abracé—. Te dije que cogería el metro —le informé, cuando me dejó caer.

—No quería que te perdieras el primer día.

—¿Crees que soy idiota? —refunfuñé, sin que la sonrisa abandonara mi cara. Me alegraba mucho verlo y que estuviera allí.

—Un poco pesada, pero nada más.

Le di un puñetazo en el hombro.

—Venga, vamos. —Se hizo cargo de mis maletas—. Tengo el coche mal aparcado y las multas siguen llegando a Granada.

—¿Temes una riña de tu mami? —bromeé.

—Ya sabes lo pesada que se pone. —Abrió el maletero y las metió dentro—. ¿Te apetece comer fuera o estás cansada? No me lo digas. Te has pasado el viaje sobando.

—Llegamos ayer de Ibiza. Estaba destrozada.

—Ya me han contado, ya... Lo disteis todo. Parece que tú más que ninguna. —Me guiñó un ojo.

—No creas todo lo que te cuenten tus hermanitas. Son incansables.

—Entonces, ¿qué? ¿Comemos fuera o la princesa quiere seguir durmiendo? —preguntó, tras arrancar e introducirse entre el tráfico.

—¿Tú invitas?

Nos sentamos en la terraza de un bar ubicado en una plaza no muy céntrica. Casi estábamos solos y no era de extrañar, el sol de justicia que caía sobre Madrid un viernes a las tres de la tarde obligaba a sus habitantes a esconderse en sitios más frescos.

—¿Por qué no nos sentamos dentro? —Me abaniqué con la carta y resoplé.

—Llevas aquí dos minutos y ya te estás quejando. —Encendió un cigarrillo y dejó el mechero sobre la mesa—. Qué suplicio el que me espera.

—Esto fue idea tuya —le recordé sin acritud—. ¿Quieres matarme de calor y deshacerte de mí antes de que me instale?

—Este calor es diferente. Pero te acostumbrarás. Ya lo verás. —Le pidió dos cervezas y unas tapas al camarero—. ¿Cuándo empiezas el máster?

—El martes tengo una primera toma de contacto. A ver qué pasa.

Arrugó el entrecejo y le dio una calada al cigarro.

—Creí que la plaza ya era tuya.

—Y lo es. Digamos que el martes pasaré la prueba de fuego.

—Buen plan para el verano. Estudiar hasta quedarte sin neuronas.

—Me encanta tu forma de animarme.

—Solo quiero que sepas que en esta ciudad, o destacas, o te mandan a casita.

—Como en todas partes, listo.

Entramos en el que sería mi piso a partir de entonces con tres cervezas en el cuerpo, escandalizando al vecindario con nuestras carcajadas entre el ascensor y los pasillos.

—Menuda choza te has montado aquí. —Giré sobre mí misma, mirándolo todo.

—¿Choza? No sé por qué dejo que bebas.

—Tú no tienes que dejarme hacer nada. Soy una mujer adulta. —Me toqué las sienes, mareada.

—Adulta, ven. Voy a enseñarte tu habitación.

Caminé detrás de él y, directamente, me tiré sobre la cama sin prestar atención al dormitorio.

—Despiértame el lunes. —Mi voz salió amortiguada por la almohada.

Me incorporé con los ojos hinchados y una sensación de aturdimiento que me

recorría todo el cuerpo. Lo cierto era que los diez días en Ibiza habían hecho mella en mí y no terminaba de recuperarme del todo. No sabía cuántas horas había dormido, pero me parecían días o semanas. Me senté en el filo de la cama, respiré y me refregué la cara. Fue entonces cuando me percaté de lo bonita que era la habitación que Rubén me había preparado. Una cama doble sin cabecero, pero con tres cuadros en la pared en tonos pastel a juego con la colcha malva. Dos mesitas de noche blancas, un armario y un tocador con espejo del mismo color. No creí que la tuviera así antes de saber que yo me mudaría, estaba segura de que se había encargado de prepararla para que yo me sintiera cómoda en ella.

Salí al salón dispuesta a darle las gracias por tratarme con tanto mimo, pero no lo encontré. Lo llamé varias veces sin obtener respuesta y caminé hasta la cocina a por un poco de agua que aplacara mi sed y suavizara la tos que comenzaba a acuciarme. Debía haberme constipado por culpa del aire acondicionado del tren.

Dejé el vaso en el fregadero y me di la vuelta.

—¡Ah! —grité, y me llevé la mano al pecho—. ¿Qué haces ahí? —pregunté a Rubén al encontrarlo a un metro de mí.

—He ido a comprar algunas cosas para cenar. —Dejó las bolsas sobre la encimera, abrió una y sacó un par.

—No te he escuchado.

—¿Llevas el mosquito? —Me señaló la oreja derecha.

Así llamaba a mi audífono. Negué con la cabeza y siguió con el tema anterior.

—Tal vez deberíamos ir a comprar juntos. No sé qué mierdas comes tú diariamente.

—No te preocupes. Yo iré.

—Claro que me preocupo. Mi madre me va a llamar cada dos días para evaluar mis cuidados hacia ti.

—¿En serio? ¿Eso te ha dicho? —Abrí los ojos.

—Claro que no, pero ambos sabemos que lo hará. —Sacó el paquete de tabaco de su pantalón vaquero y se encendió un cigarro con el mechero.

—No deberías fumar aquí dentro.

—Solo fumo en la cocina y en la terraza.

—¿Tenemos terraza? —Me sorprendí.

—Creí que a estas horas habrías inspeccionado hasta el cajón de mis calzoncillos.

Arrugué el entrecejo.

—Ni se me ocurriría.

—Anda, ven. Te la enseño y me ducho. Esta noche he quedado. —Me agarró de la mano y tiró de mí.

—Estamos en el salón. Y estás fumando —repliqué.

—Deja de quejarte. —Abrió una puerta de cristal y una especie de patio inmenso apareció ante nosotros.

Tenía el suelo de terrazo marrón y debía medir cuarenta metros por lo menos. El sol se ponía en el horizonte y coloreaba el cielo de un rosa anaranjado precioso.

—Ya puedes cerrar la boca —me indicó.

—Cállate. ¿Estas son las macetas que sobreviven por la gracia de Dios?

—Achiné los ojos y señalé una docena de plantas junto a la pared izquierda.

—Exactamente.

—Y ese dios tiene nombre, ¿me equivoco?

Negó con la cabeza repetidas veces.

—Pilar.

—Como mi tía abuela.

—Es la chica de la limpieza. Pero no te emociones. Solo viene dos veces a la semana. La cama te la tienes que hacer tú todos los días, princesa.

—No me hablaste de ella. Tendremos que pagarla entre los dos. —Puse un brazo en jarra.

—De eso nada. —Dio una calada.

—Me niego a que te hagas cargo tú solo.

—Lleva conmigo casi un año. Le pago yo y no se hable más. Iba a estar aquí contigo o sin ti.

—No estoy de acuerdo —refunfuñé.

—Quéjate todo lo que quieras. Pilar viene los martes y los jueves y pasa aquí la mayor parte del día. Ahora, si doña gruñona me lo permite, voy a darme una ducha que tengo una cita. —Apagó el cigarro en un cenicero que había sobre una mesa de madera rodeada de cuatro sillas y se metió dentro.

Yo no di la charla por finalizada, solo la pospuse para algún momento después. Me iba a ser muy difícil pagar a una persona que nos hiciera las faenas de casa. Y pensaría cómo.

—Por cierto. —Frenó en medio del salón y se giró hacia mí—. ¿Te importaría que mi cita durmiera aquí?

—Cuando dices dormir, te refieres a dormir, o... ¿Tendré que escucharte

gemir?

Se encogió de hombros y torció el gesto en una mueca perversa.

—Qué asco, por Dios. —Cerré los ojos y gruñí—. Deberíamos haber hablado de esto antes de tomar la decisión de mudarme contigo.

—No hay nada de lo que hablar.

—¿Qué quieres decir? —Levanté una ceja.

—Que tú no puedes traer a nadie.

—¿Qué?

—Eres como mi hermana pequeña. ¿Quieres que me metan en la cárcel?

—¡No somos hermanos!

—Yo te quiero igual que a las gemelas. Quizás hasta un poco más porque no eres tan caprichosa como esas dos malcriadas.

—Eso no es cierto. Han trabajado muy duro desde que las conozco. ¡Y no me cambies de tema! Yo también tengo vida sexual. Y no pienso renunciar a ella porque a ti te dé la gana.

—Ni muerto te lías aquí con un tío. Un poco de respeto —trató de ponerse solemne.

—Si yo no traigo a nadie, tú tampoco. —Levanté una ceja y me crucé de brazos.

—Joder. Al final te tiro por la ventana antes de tiempo.

—Eres gilipollas. —Me quité una pulsera elástica y se la lancé.

La cogió al vuelo y se la puso. Dio un paso hacia mí y me ofreció la mano.

—Trato hecho, morenita.

Se la estreché con reticencia y mirándolo sin esconder mis dudas.

—Me voy —me informó mientras yo le daba un bocado a un pepino, vestida con un pijama de verano después de haberme dado una ducha muy fría.

Él llevaba unos vaqueros negros y camiseta blanca, con el pelo aún mojado y unas cuantas pulseras de cuero en una de sus muñecas. Rubén era guapo sin más, no necesitaba arreglarse demasiado, pero aquella noche irradiaba algo que no le había visto antes... No sé... Parecía brillar.

—Ten cuidado, mi niño. No llegues muy tarde.

—Vale, mami. —Se agachó y me dio un beso en la mejilla—. Pero no me esperes despierta, pienso follar hasta que salga el sol.

Me metí un dedo en la boca y fingí que vomitaba.

Cogió la cartera y las llaves del coche, que estaban sobre la mesa, bastante cerca de mi plato, y se las guardó en el bolsillo.

—Si necesitas algo, llámame. Si no encuentras cualquier cosa, me llamas...

—Que sí, pesaaado. Vete ya.

Esperé unos diez minutos, los suficientes para que cogiera el coche y condujera un par de calles, y le envié un mensaje de voz en el que le gritaba que la casa se estaba quemando. Me contestó de la siguiente manera:

«Me cago en la puta, Xel. El susto que me has dado cuando te he escuchado chillar».

«¿Por qué estás tan nervioso? ¿Qué crees que puede pasarme?»

No me contestó y no pude reprochárselo. El móvil no se coge mientras se conduce. Seguro que andaba ya con las manos sobre el cuerpo de esa chica misteriosa de la que pronto le sacaría información.

Yo terminé con la cena y me fui a la cama con una extraña sensación en la boca del estómago. No había comido tanto como para sufrir la pesadez que sentía. No tardé en coger el sueño, aun siendo mi primer día en esa casa que desconocía, pero el ardor no desapareció. Me costó algunos días entender que solo fue el aviso de todo lo que acontecería a partir de entonces.

VAGABUMDO



Mi teléfono sonaba en alguna parte de la inmensa cama que Rubén había comprado para mí. Al principio creí que era parte del sueño que estaba teniendo y que el ruido provenía de uno de los altavoces de la discoteca en la que había besado a aquel chico. No fue un beso especial ni extraordinario, pero me removió algo por dentro. Cosa que no habían hecho todos los rollos que había tenido durante los tres años anteriores. Yo besaba, sí, y disfrutaba del momento, pero ninguno conseguía despertar en mí nada fuera de lo común, nada remotamente asombroso.

Estiré el brazo y lo moví en todas direcciones en busca del dichoso y ruidoso aparatito. Lo encontré bajo la almohada a cinco metros de mí (vale, es una exageración, propia de mi sangre andaluza, pero estaba lejísimos, tanto que tuve que rodar sobre mi cuerpo para poder agarrarlo y llevarlo hasta mi oreja).

—¡Hermanita! —gritó Mar al otro lado, demasiado fuerte, por cierto.

—Hola —respondí, con la voz claramente pastosa.

—¿Te has instalado ya?

—Llegué ayer —le recordé con ironía.

Ella pasó de mi comentario y siguió. Total, me había dejado sin casa justo un mes antes, así que poco le importaba dónde había pasado mi primera noche en Madrid.

—¿Quedamos para comer? Conozco un sitio precioso que sé que te encantará. Eso sí, invitas tú, yo soy estudiante.

—Tranquila. Pagaré yo con una de mis tarjetas de crédito de la multinacional de la que soy CEO —ironicé.

—Me alegra comprobar que tu sentido del humor sigue intacto, pero siento decirte que arruinarías la empresa en menos de un mes. No sabes nada de números.

—Te equivocas. Soy arquitecta. Algo sé.

—Sumar y restar.

—¿Me dejas en paz para poder volverme a dormir?

—¿Saliste anoche?

—No. Pero he salido catorce días seguidos.

—Nos vemos en el mercado de Vallehermoso a la una y media. Pienso comerme un bocadillo de pastrami.

—Pediré una ensalada.

—Muérete de hambre si quieres.

—Mar, ¡espera! ¿Cómo... —Colgó y empezó a comunicar—... Llego allí? —musité esto último—. Genial. —Metí de nuevo el teléfono bajo la almohada y me dormí.

Abrí el frigorífico descalza y recordé la de veces que mi madre me decía que un día iba quedarme pegada a él. Me gustaba caminar sin zapatos ni calcetines y sentir el frescor del suelo sobre las plantas de los pies. Vi que tenía de todo, no había absolutamente nada en ninguna balda, ni siquiera en las estanterías de la puerta. Cogí un brik de leche de almendras y lo posé sobre la encimera. Busqué una taza en uno de los armarios y me puse a llenarlo. Escuché la puerta y unos pasos llegar hasta mí.

—Buenas tardes —me saludó Rubén, dejando las llaves de la casa y del coche sobre la isla, frente a mí.

—Pero tardes... —respondí, mirando el reloj en forma de zapatilla de deporte que había colgado de la pared blanca.

—Tú te acabas de levantar. —Cogió una botella de agua fría y se la llevó a la boca.

—¿Tanto se me nota? —Fingí una sonrisa tirante, enseñando los dientes.

—Tienes los ojos hinchados y el pelo revuelto, pero estás preciosa. Como siempre. —Me dio un beso en la mejilla y salió al salón.

—¿De dónde vienes a estas horas? —Lo seguí con la taza en una mano.

—De follar —dijo sin darle ningún tono especial.

—¡No quiero saber cuándo follas!

—Pues no lo preguntes.

—Solo quería... —Suspiré—. Déjalo.

Tomé asiento al lado de él en el sofá y posé la espalda hacia atrás, relajada.

—Creo que la resaca me va a durar toda la vida.

—Es lo que tiene Ibiza. Se te queda pegada al cuerpo durante un mes.
—Me agarró la rodilla con cariño y la apretó—. ¿Qué vas a hacer hoy?

—He quedado para comer con Mar. ¿Te vienes?

—Nada me gustaría más —respondió muy cínico.

—Perdónala. Eso sucedió hace mucho tiempo. —Amusgué los ojos.

—Gracias, pero paso de escucharos dar grititos y contaros los chicos con los que os habéis enrollado últimamente.

—¿Estás celoso? —lo piqué.

—Mucho. —Asintió varias veces muy serio.

Unos segundos después, nos reímos.

—Voy a darme una ducha. —Me levanté y fui hacia mi habitación.

Me detuve antes de perderme dentro y me giré hacia él.

—Gracias. —Sonreí.

Él levantó las cejas en señal de aturdimiento.

Elevé la taza.

—No creo que el frigorífico se haya cargado solito de comida vegetariana.

—No sé de qué me hablas. Cuando llegué ayer ya estaba así. —Sonrió.

Ni siquiera había deshecho la maleta. Pasaría el domingo sacando ropa y guardándola en el armario. Así que la dejé abierta en el suelo del dormitorio, me arrodillé buscando algo decente que no estuviera muy arrugado y me di una ducha rápida en el cuarto de baño del pasillo. Pantalones cortos blancos, camiseta roja y unas sandalias de plataforma con unas tiritas plateadas. Me dejé el pelo suelto, pero me coloqué una gomilla en la muñeca derecha para después recogerlo. Labial de Maybelline New York rojo mate y unos pendientes de plata de unos soles pequeñitos.

Me encontré a Rubén dormido en el sofá, en la misma postura en la que lo dejé. Me colgué el bolso de cuero negro sobre los hombros y me dispuse a salir.

—¿Te vas? —escuché tras de mí.

—Sí. Sigue durmiendo.

Se refregó la cara.

—¿Adónde vas?

—A... —Me quedé trabada. No recordaba el lugar al que tenía que dirigirme.

—No tienes ni idea —manifestó.

—Al mercado... —Lo pensé.

—Yo te llevo. —Se levantó.
—No hace falta. Cogeré un taxi y le daré la dirección.
—Deja que me lave la cara. —Me ignoró y se fue al baño.

Me pasé todo el trayecto mirando por la ventana. Me sentía pequeñita ante tanta cantidad de gente. Había viajado bastante, pero esta ciudad siempre me había impresionado. Sus avenidas, sus edificios, tiendas, bares...

—¿En qué piensas?

—En lo grande que es esta ciudad.

—Yo también me sentí pequeño cuando llegué.

—No es eso. Solo... —Encogí los hombros—. Solo prefiero los sitios más pequeños.

—¿Y por qué decidiste venir aquí?

—Porque es el mejor máster de todo el país. Y me cogieron — contesté. Pero no estaba siendo sincera del todo.

Lo cierto era que siempre había deseado prepararme para ser una gran arquitecta y estos estudios me acercarían más a mi sueño, pero había sido todo tan de repente y tan inesperado que parecía que los astros se habían alineado para que todo sucediera así.

No sabía por qué, pero tenía que estar aquí.

—Hemos llegado. ¿Quieres que aparque y te acompañe?

Lo miré achinando los ojos.

—Está bien, pero ten cuidado.

—¿Sabes que puedes llegar a ser muy pesado? ¿Siempre va a ser así?

—Creí que las gemelitas ya te habían puesto al tanto.

—Se quedaron muy cortas, créeme.

Abrí la puerta y saqué una pierna.

—Llámame si necesitas...

Lo asesiné con la mirada, otra vez.

—Eres adulta. Vale. —Sonrió, y me fui.

Caminé entre una marabunta de personas mirando hacia todos lados. ¿Cómo iba a encontrar a mi hermana entre tanta gente? Me detuve junto a un árbol, saqué el móvil del bolso y la llamé.

—¿Dónde estás? —me preguntó.

—No lo sé. Debajo de un árbol.

—¿Junto al único árbol de Madrid?

—Ja. Ja.

—¿Qué ves a tu alrededor?

Giré el cuello para ambos lados y observé mi entorno.

—Un semáforo, una señal de prohibido aparcar... Varios coches...

La escuché bufar.

—¿Puedes ser más concreta?

—Creo que estoy frente a la puerta principal.

—No puede ser. Yo estoy aquí.

—¿Eres la que está junto al vagabundo?

—¿El vagabundo lleva gorra?

—Sí... Y acaba de pasar su brazo por tus hombros.

Nuestras miradas se encontraron en la distancia y sonreímos.

—Es Ricky, idiota.

Colgamos el teléfono a la vez, crucé la calle que nos separaba y la abracé.

—Me alegro de verte. —Le di un beso en la mejilla.

—Acabas de confundir a mi novio con un vagabundo —comentó, delante de él.

Puse cara de circunstancias y lo miré.

—Ricky, mi hermana —nos presentó.

—Lo siento. No veía bien. Estaba bastante lejos —me disculpé.

Él sonrió y me dio dos besos. Por cierto, olía muy bien.

El novio de mi hermana y culpable de que tuviera que compartir piso con Rubén llevaba el pelo despeinado a la altura de los hombros, una camiseta rota negra de Nirvana y unos vaqueros del mismo color, pero tan desgastados que parecían grises. Sus zapatos desentonaban en cierta manera con todo lo anterior. Calzaba unas Converse negras casi nuevas que costaban más de ciento treinta euros. Seguro que no las había recogido junto a un contenedor.

Entramos en el antiguo mercado de abastos y buscamos un lugar en el que poder dejar las cervezas que Ricky había comprado en el primer puesto que nos encontramos.

—¡Por nosotras! —Mar levantó su botellín y lo chocó con el mío.

—¿Qué queréis comer?

—Yo lo de siempre. A mar tráele un poco de hierba.

Ricky me miró, alucinado.

—Me refiero a comida, no a marihuana —le aclaró su novia.

Abrió la boca y fue a hablar, pero calló.

—Es vegetariana. Tráele unas hojas de lechuga.

—Hay mundo después de la lechuga. —Miré a Ricky—. No te preocupes, ahora voy yo y compro algo.

—Mi hermana es vegana. No te preocupes —me informó el chico.

—¡No me lo habías dicho! —Mar le dio un manotazo en el hombro y después lo vimos desaparecer por el pasillo de nuestra derecha.

—Es simpático —reseñé.

—Y folla de muerte.

—¿Por qué a todos os ha dado por contarme vuestras correrías?

—¿Qué pasa, hermanita? ¿Tú hace tiempo que no te corres?

Le di un sorbo a mi cerveza y pasé de ella, pero Mar siempre sonsaca hasta que se cansa. Que es nunca.

—¿No ligaste en Ibiza? No me lo creo.

—Bueno... —Me hice la interesante, mirando mi botella.

—Ese bueno suena a historia.

—Un chico me besó.

—Pero tú, ¿cuántos años tienes? ¿Once? —pegó un grito.

—Soy tu hermana mayor.

—No lo parece.

—¿Qué quieres? No me acosté con nadie. Eso sí. Hacía mucho tiempo que no me besaban así.

—¿Cómo se llamaba?

—Ni idea.

—¿No le preguntaste el nombre?

—Bailamos un rato y nos besamos. Después no lo volví a ver.

—¡Esa es mi hermana! ¡Viviendo al límite!

—Eres gilipollas. —Nos reímos.

Pasamos la tarde paseando por las calles de la ciudad. Haciéndonos fotos y planeando una escapada a nuestro pueblo. Lo sé. Acababa de llegar, pero no podía olvidar que las olas rompían muy cerca de mi casa y estábamos en pleno verano. Algún fin de semana podríamos viajar aunque fueran dos días. Me acompañaron a mi nueva casa y les invité a subir, sin embargo, decidieron marcharse porque Ricky tenía que ensayar con el grupo.

—Vente. A ellos no les importa tener público. —Señaló a su novio, que hablaba por teléfono a unos metros de nosotras.

—Otro día. Tengo que deshacer la maleta.

—Creí que ya te habías instalado. —Cambió el peso de su cuerpo de pie y se cruzó de brazos.

—Me faltan algunas cosillas por colocar...

—Ya...

—Te llamo la semana que viene.

—El jueves por la noche el grupo da un concierto en un garito.

Nos despedimos con un abrazo y le dije adiós con la mano a Ricky que seguía con el móvil pegado a la oreja.

Me quité los zapatos nada más entrar en el piso y me los colgué de una mano. No sabría explicar por qué, pero me dirigí sin pensarlo a la terraza y me senté en una de las sillas. Estaba anocheciendo y el cielo lo coloreaban rosas y naranjas. Siempre me han gustado los atardeceres, sobre todo si el sol se esconde detrás de una fina línea de agua y se ve reflejado en ella como un cristal. Respiré con calma y noté que no olía como todas esas tardes que me sentaba frente al mar y la sal impregnaba mi piel. No. Este verano iba a ser diferente. El primero que pasaba lejos de casa y de la playa. Pero estaba dispuesta a hacer lo que hiciera falta para pasarlo bien, además de aprender.

—Estás aquí —dijo Rubén detrás de mí—. Me ha parecido escuchar la puerta. —Se sentó en la silla de al lado y dejó dos cervezas sobre la mesa.

Miramos al horizonte.

—¿Qué tal con Mar?

—He conocido a su novio. Justo después de confundirlo con un vagabundo.

—Y me lo he perdido. —Chasqueó, y se llevó el botellín a los labios.

Me fijé en las facciones bonitas que tenía. Pelo castaño, barba de una semana, ojos marrones y grandes, boca y nariz de tamaño justo.

—¿No sales hoy?

—Sí.

—¿Con quién?

—Con una chica.

—¿Con la de anoche?

Negó con la cabeza.

—¿Con otra?! —reí—. Eres todo un Don Juan.

—Contigo.

—Yo no salgo con tíos mayores —bromeé.

—Eso espero. —Levantó una ceja.

—No tienes que sacarme a pasear. No soy tu perro. Y seguro que tienes mejores planes.

—Tengo planes. Salir contigo. Además, no puedes llevar en Madrid dos noches y no haber conocido su fiesta nocturna.

—Y tú quieres enseñármela.

—Mejor yo que algún depravado.

Nos quedamos en silencio durante un par de minutos mirando cómo el sol se escondía.

—Sé que llevo aquí poco más de veinticuatro horas, pero me alegro de haber venido a vivir contigo.

Me agarró la mano, la apretó y sonrió.

—¿Adónde vamos? —Abrí la puerta del coche y me senté en el asiento del copiloto.

Rubén lo hizo detrás del volante y arrancó.

—¿Qué más te da? No conoces ningún sitio.

—No me gusta el Heavy Metal.

—Anulamos concierto de Metálica. Voy a tener que tirar de plan B.

Pulsó el botón de la radio y *Teléfono* de Aitana comenzó a sonar.

—Esto es más de tu estilo.

—¡Me gusta! —Levanté los brazos y canté durante lo que duró la canción.

Aparcamos el coche al lado de otros tantos, todos y cada uno de ellos de alta gama, y caminamos hasta la puerta de una discoteca en la que había una veintena de motos aparcadas. Eché de menos mi Vespa y la libertad que me concedía. Anoté mi moto en la lista de cosas en las que me apenaba pensar y me dispuse a picar a Rubén.

—¿Una discoteca? Te podías haber currado más mi primera salida aquí.

—Niña malcriada. Esta no es una discoteca cualquiera. —Saludó a un hombre de unos treinta años con chaqueta y blusa abierta—. Espera aquí. Ahora vuelvo. No te muevas. —Me señaló con el dedo.

Puse los ojos en blanco y giré ciento ochenta grados para observar la cola que se había formado en la puerta. ¿Qué hora era? ¿Las diez de la noche y este club ya estaba así? ¿A qué hora comenzaba la gente a bailar en Madrid? Yo lo único que tenía era hambre y parecía que a Raúl se le había olvidado llevarme a cenar. Un punto menos para el que hasta entonces era el perfecto hermano mayor.

Mis ojos se posaron sobre la fila de motos que había a mi derecha y no pude evitar acercarme. Todas de gran cilindrada y casi nuevas o muy bien cuidadas. Acaricié una Honda que tenía a mi lado y sonreí, pero el gesto se me

cortó en cuanto levanté la mirada y me topé con una moto igual que la de Nico.
Nico...

UNA HARLEY CUALQUIERA



Me quedé sin respiración. No podía ser. Me negué a que aquella Harley fuera la de él. Tan solo en una ocasión me había tropezado con una moto de las mismas características o prácticamente igual, y mi reacción fue la misma. Ahogarme como si me hubiera quedado atrapada en el fondo de una piscina. Fue en una visita fugaz a Maite a Sevilla. Aquella sorpresa casi me estropea la noche, porque mi mente cobró vida propia y decidió sacar a la luz todos los besos que tenía guardados de mi relación, con esa persona que desapareció mientras yo estaba recuperándome en el hospital. Se me hizo corto el fin de semana, casi no recuerdo nada más, bebimos demasiado vino fino para poner cara a todas las personas que me presentó y ubicar los lugares a los que me llevó. Yo me hubiera quedado un poco más, pero me echó sin contemplaciones el domingo por la tarde con el pretexto de que tenía que estudiar. No es que yo quisiera quedarme, solo deseaba sacarla de quicio antes de coger el tren y volver a Granada. Lo importante del asunto es que, aquella vez, como esperaba que terminara esta, no encontré rastro de Nico. Lástima que no me aprendiera la matrícula cuando tuve ocasión, me hubiera ahorrado dos amagos de infartos, como el que trataba de controlar ahora.

Inspiré hondo y llené los pulmones de aire. Madrid era una ciudad muy grande, la posibilidad de que Nicolás y yo frecuentáramos los mismos ambientes debía ser casi inexistente. Pero ¿dónde estaba yo? Llevaba aquí menos de dos días y aún no había hecho un mapa mental de los sitios en los que me sentiría como en casa. Tenía que tranquilizarme, solo era una moto como la de él. Con probabilidad, habría miles alrededor del globo terráqueo. Nada raro ni extraño que me topara con alguna de vez en cuando. Demasiada suerte había tenido hasta entonces.

—Morenita, ¡vamos! —me llamó Rubén.

Volteé la cabeza en su dirección y fingí una sonrisa, tal vez demasiado tardía.

—¿Te ocurre algo? —Me acarició el hombro, preocupado.

—Tengo hambre. —No mentí. Mi barriga rugía como un león que no probaba bocado desde hacía semanas.

—Vamos a cenar. Te sentará bien.

Posó la mano abierta en mi espalda y me llevó con él hasta dentro, sin esperar la inmensa cola.

Caminamos detrás de un vigilante de seguridad unos metros por un pasillo con luces blancas en el suelo y llegamos a un restaurante con pinta de sala de fiesta.

—Me alegro que recordaras que las personas humanas comemos — comenté, sentándome en una silla dorada—. ¿Qué es este sitio?

—Aquí dan comida. Una muy buena.

—Me alegra saberlo. Me muero de hambre.

—¡Rubén! —Un chico se acercó a nosotros y Raúl se levantó a saludarlo—. Hace tiempo que no te veía por aquí. —Se dieron la mano con familiaridad.

—He estado fuera.

—¿Cuándo vas a aceptar mi oferta de trabajo?

—Nunca.

Sonrieron.

—Te veo muy bien acompañado. —Me miró.

—Es Itxel. Itxel, este es Duncan.

—Encantado. —Hizo una reverencia con las manos en los bolsillos—. Cada día tienes mejor gusto —le dijo a Rubén.

—No es lo que piensas.

—Me alegra saberlo. —Me lanzó una mirada de lascivia.

—Ni tocarla. Es como mi hermana —avisó medio en broma medio en serio.

—Duncan —lo llamó alguien.

—Tengo que irme. Si necesitáis algo, solo tenéis que decírmelo. Invita la casa, por supuesto. Señorita, un placer.

—Después nos vemos.

—Te espero arriba.

Rubén volvió a tomar asiento y bebió de la copa de vino que el camarero nos acababa de servir.

—¿Quién es?

—El dueño de todo esto.

—¿En serio? ¿Cuántos años tiene? —pregunté sorprendida. Parecía muy joven.

—Veintiocho.

—Vaya...

—Es un buen tío.

—Y muy guapo...

—Itxel, ni se te ocurra.

—¿Por qué? —me quejé.

—Es mucho mayor que tú, y sabe latín. Te lo digo yo...

—Que sabes hasta griego —terminé la frase, y reímos.

Cenamos en un ambiente tranquilo a pesar de estar en una discoteca. La música se escuchaba con el volumen perfecto para disfrutar de ella, pero a la vez se podía charlar. Tengo que reconocer que la mayor parte de la velada la pasamos recordando momentos con sus hermanas.

—Las echo de menos —declaré.

—Yo no. Prefiero tenerlo todo ordenado y que no me rebusquen entre la ropa.

—Eso es mentira.

—Llevas razón, pero no se lo digas. Me gusta tenerlas cerca.

—Eres muy mono... —Arrugué la nariz—. Ellas también te quieren. Es más, te admiran.

—¿Y tú, me registrarás los cajones?

—Para quitarte condones. —Asentí, mientras miraba mi tarta de manzana y cortaba un trozo.

—Tendré que guardarlos bajo llave, pero me alegra saber que tomas precauciones.

Así eran siempre las conversaciones entre Rubén y yo. Bromeábamos, nos decíamos cosas para picarnos que no pensábamos y me encantaba ponerlo de los nervios. Conectamos desde el momento en que, una tarde, nos sentamos en el porche de la casa de sus padres a comer chucherías. Yo leía un libro esperando a que Vic y Ros se arreglaran y él llegó con gomitas y un paquete de chicles de sandía.

—Sé que te gustan —me dijo.

—Gracias. —Sonreí.

—Deberías sonreír más. —Me clavó el dedo en un moflete—. No dejes que un imbécil te arrebatte la posibilidad de ser feliz todos los días de tu vida.

—Pero ¿qué...? ¿Quién...? —tartamudeé. ¿Cómo podía saber lo que me

había pasado unos meses antes?—. Rosalía... —acerté.

—No la culpes. Yo le pregunté.

—¿Qué le prometiste?

—Le dejé mi coche el fin de semana.

—Qué barato se vende.

—Me ha salido caro a mí. Me ha destrozado un retrovisor.

Nos reímos y, a partir de entonces, se convirtió en mi amigo, mi hermano mayor y mi protector.

La cena estaba exquisita y estuvimos más de dos horas poniéndonos al día. A eso de la una de la madrugada, cambiamos de sala y nos invitaron a un reservado que ya estaba ocupado por cinco amigos de Rubén y una chica, novia de uno de ellos. Me los presentó a todos después de saludarlos con abrazos y choques de manos. Me gustaba cómo era mi nuevo compañero de piso y la forma en la que trataba a las personas que tenía alrededor. Desde luego, merecía el cariño que recibía.

—Este impresentable nos ha hablado de ti —me informó Ismael.

—Espero que bien —contesté, un poco cortada por estar rodeada de tanta gente desconocida.

Nunca se me han dado muy bien las relaciones sociales a gran escala, creo que ya he dicho esto antes, pero, con el paso del tiempo y por fuerza mayor, había tenido que desplegar todas mis dotes de socialización para que los años en la universidad no se me hicieran un infierno. Y lo cierto es que lo había conseguido. Tuve una suerte infinita al conocer a Victoria y Rosalía el primer día de clase. Este hecho me ayudó a abrirme al resto de compañeros y colegas que conocimos durante los cuatro años de Arquitectura. Lo que quiero decir es que me había superado a mí misma, pero siempre me quedaba un poco de mi yo del instituto en el que no cambié de amigos en mucho tiempo y me sentía cómoda así. Claro que aquello me salió rana y casi los perdí a todos cuando Felipe me engañó.

—Yo creo que está enamorado de ti. Nunca me ha hablado así de una tía.

—No digas gilipolleces —le increpó el aludido sin acritud.

—Es cierto. No recordaba que andas babeando por una tía pija.

Rubén levantó las cejas y meneó la cabeza. Ismael fue a por unas copas a la mesa que se ubicaba en el centro del reservado, rodeada de un sofá verde y circular.

—¿A qué se refiere? No me lo habías dicho.

—No te lo he dicho porque no hay nada que decir.

—¡Mentira! ¿Rubén Romero babea por una chica? ¡No me lo puedo creer! ¡Quiero conocerla y pedirle un autógrafo!

Se refregó la cara y suspiró. Sabía que le esperaba un montón de mofas al respecto.

—O me lo cuentas o llamo a las gemelas y las pongo al tanto de la situación. Son capaces de presentarse aquí en pocas horas.

—No serías capaz... —Amusgó los ojos.

—Tú decides... —Me tiré el farol sin esperar que surtiera efecto. Ambos sabíamos que yo no iba a contárselo a nadie.

—No es nada serio. Ella es... Está... —Chasqueó con la lengua.

—Oye, es broma. Lo sabes. No tienes que contármelo, pero aquí me tienes si lo necesitas, ¿vale?

—Lo sé, morenita. —Me dio un corto abrazo—. Vamos a tomarnos esas copas que Enrique está preparando.

Lucía, así se llamaba la única chica que nos acompañaba y novia de Curro, otro de los presentes, fue muy amable hablando conmigo cuando vio que Rubén se separaba un metro de mí para saludar a otros colegas. Me contó que estábamos en uno de los clubs más conocidos de la ciudad y al que venían muchos famosos todos los días.

—¿Ves a aquella de allí? —Me señaló otra zona vip frente a nosotros—. Es Ylenia. Estuvo en un programa de MTV que se llamaba *Gandía Shore*, después en *Gran Hermano* y ahora va a programas de televisión a ganar dinero. Y ese. —Apuntó disimuladamente con el dedo a otro lugar—. Es un tronista de *Mujeres, Hombres y Viceversa*, Santana.

—Me suenan. —Bebí de mi copa.

De repente, se hizo un revuelo en medio de la pista y la gente, chicas sobre todo, empezaron a gritar y a levantar los brazos. Un grupo, como de diez miembros, de la seguridad rodeaban y guiaban a unos chicos con pinta de roqueros a la zona reservada justo al lado de la nuestra—. ¿Qué es eso?

—Sería más correcto decir quiénes son. ¿No los conoces?

Negué con la cabeza. No tenía ni la menor idea.

—Son The Fox's Lair. Un grupo británico que está triunfando en todo el mundo.

Los vimos sentarse muy cerca de nosotros, en una zona acotada y rodeada de guardaespaldas que tenían que detener a las jóvenes que deseaban abrazarlos y hacerse fotos con ellos.

—¿Quién es el moreno con barba?

—Has tenido puntería. Es guapo, ¿verdad? Es el cantante del grupo. Un tío problemático según las revistas, pero yo me lo tiraría. Si no tuviera novio, quiero decir. —Reímos.

Lucía parecía conocer a fondo a todos los famosos que rondaban el lugar. Estaba claro que se tragaba más de un *reality*. Yo había visto alguno de vez en cuando, sobre todo cuando me quedaba a dormir en casa de Vic y Ros y esta última nos obligaba a verlos, pero no me sabía el nombre de ninguno de ellos.

Sonaba *No me acuerdo* de Thalía y Natti Natasha y toda la discoteca comenzó a bailar. Nosotras incluidas. Curro agarró a Lucía por detrás y menearon las caderas al unísono. Rubén se acercó a mí, sin intención de imitarlos, pero, por si acaso, se lo dejé claro.

—Si me tocas así, te clavo el tacón en el ojo.

—No creo que quieras romper ese zapato.

—Preciosa, ¿quieres bailar? —Mario, otro chico, llegó hasta mí con una sonrisa en los labios. Rubén le echó una mirada de aviso y se marchó a por otra copa. Juraría que se le había olvidado de que tenía que conducir a la vuelta.

Mario me tendió la mano y yo se la cogí. Empezamos a movernos al ritmo de la música, pero ni de lejos pegué mi culo a su entrepierna como estaban haciendo Lucía y Curro. Aun así, lo agarré por los hombros y metí una pierna entre las suyas. Él me cogió de la cintura y me meneó de un lado a otro. Era simpático y bailaba muy muy bien, así que me pasé la siguiente hora hablando y moviendo las caderas sin despegarme de él. Admito que me gustó, pero también aproveché para dejar un poco a su aire a Rubén, que parecía mi guardaespaldas. Lo vi flirteando con una chica rubia muy guapa de pelo largo junto a una columna de luces.

—¡Voy al baño! —gritó Lucía a un metro de mí, sin decírselo a nadie en concreto.

—¡Espera! ¡Te acompaño! —chillé yo también, al mismo tiempo que levantaba la mano.

La cola del aseo parecía la de la oficina de Doña Manolita en el mes de diciembre. No soy de Madrid, pero mis padres nos tuvieron el puente de la Constitución entero de hace varios años esperando para comprar la lotería de Navidad. No les tocó ni lo jugado. Yo confiaba en hacernos millonarios por la larga espera, pero no ocurrió.

Cuando me había vestido unas horas antes con un vestido negro ajustado y

un cinturón de lentejuelas plateado, pensé que tal vez me había arreglado demasiado e iba a parecer que venía de cotillón, pero, observando y valorando los modelitos de todas las chicas que tenía delante, caí en la cuenta de que más bien daba la impresión de que me dirigía a recoger las papeleras y limpiar los inodoros. Madre del amor hermoso, cuánto glamur y despliegue de seducción. A algunos les faltaba tela para denominarse faldas, a otros les sobraba tanto que se pisaban lo que podríamos denominar cola. No voy a criticarlas, todas iban espectaculares y, por un momento, me sentía un patito feo despeluchado entre tanto cisne *enlacado*.

—Aquí nos queda media hora —se quejó Lucía—. No sé si voy aguantar tanto. —Se movió nerviosa.

—¿No hay otros?

—¿Ves a toda esa gente? Pues hay que cruzar por ahí y lo más probable es que estén iguales que estos.

—¿Nos metemos en el de los tíos?

—Creí que nunca me lo pedirías. —Sonrió, me agarró de la mano y tiró de mí.

Asomamos la cabeza antes de entrar. El baño era más grande que el garaje de mi casa, sin contar los diez o doce inodoros escondidos detrás de cubículos, cuyas puertas las cubrían vinilos de cantantes famosos fallecidos antes de que yo cumpliera los cinco años. Tres chicos miraban hacia la pared de la derecha con lo que supongo un rabo básico entre las manos. Lucía entró sin ocultarse y yo lo hice detrás de ella.

—Mucho ánimo, portentos —les dijo.

Todos nos miraron y sonrieron sin hacer alusión a nuestra presencia. No les pareció raro que dos tías entraran en aquel lugar. De hecho, dos morenas salieron de uno de los baños cerrados, dejaron el bolso en el lavabo y no tuvieron prisa para terminar de pintarse los labios y salir de allí.

Lucía se metió en uno y yo en otro. Me sorprendió lo limpios que estaban a esa hora de la madrugada. Miré mi reloj de muñeca y vi que pasaban de las tres. Se me había ido la noche volando. Vale, aún quedaba para que amaneciera, pero hasta el momento todo había marchado de maravilla. Me caían bien los amigos de Rubén y Lucía era muy simpática y atenta conmigo. Las canciones que sonaban eran un pasada y el alcohol de gran calidad. No podía pedir más para que mi primera noche en la ciudad con más marcha de toda Europa fuera perfecta.

Colgué el bolso en una percha colocada de forma muy oportuna y me subí

la falda hasta la cintura. Estaba terminando y suspirando de alivio cuando una voz fuera me dejó sin respiración y con las piernas temblando. ¿Qué había sido eso? ¿Quién había hablado? No lo había escuchado muy bien, sin embargo, mi cuerpo reaccionó solito a esa voz. ¿Podía ser?

Me bajé el vestido, di un paso al frente y pegué la oreja a la puerta de metal. Varias voces de hombre hablaban y reían sobre nada en concreto. De nuevo, la volví a oír, y un millón de mariposas revolotearon en mi estómago. Me gustaría decir que me gustó la sensación de sentir las de nuevo y averiguar que no estaba muerta por dentro, pero no fue agradable, sino más bien todo lo contrario. Se me revolvió tanto el estómago que tuve que girarme para vomitar dentro del váter que, por fortuna, había dejado abierto.

—Mari Fe, ¿estás bien? —escuché a Lucía al otro lado.

Supuse que me hablaba a mí y le contesté.

—Sí, algo no me ha sentado bien.

—Esa ha sido la última copa. A mí siempre me pasa. —Rio—. No tengas prisa. Te espero fuera.

Me incorporé y me limpié la boca con una servilleta de papel que saqué de mi pequeño bolso.

—No seas pesado. No pienso liarme con nadie. —Esta vez sí. Todos los vellos se me pusieron de punta al escuchar su voz. Algo había cambiado en ella, pero era él. Era la voz de Nico.

Abrí la puerta unos centímetros y traté de ver entre la ranura. Seguía habiendo tres chicos, pero habían cambiado, no eran los mismos. Solo le distinguía la cara a uno de ellos, los otros dos me daban la espalda, sin embargo, solo tuve que fijarme muy sutilmente en su silueta para comprobar que era él. Jamás olvidaría su espalda, ni su pelo, ni sus piernas un poco arqueadas.

Giró la cabeza hacia su compañero y, por consiguiente, hacia mí. Musité un mierda entre dientes y cerré dando un portazo. Ellos parecieron no darse cuenta de mi presencia y el susto que me había llevado.

Solo un pensamiento cruzó mi mente: tenía que salir de allí sin ser vista, buscar a Raúl e informarle de que me largaba a casa.

Esperé a que se marcharan, volví a abrir con cuidado y, tras comprobar que me hallaba sola, busqué la salida a pasos agigantados.

—Mari Fe, ¿por qué has tardado tanto?

—No me encuentro bien. Me voy a ir a casa.

—No tienes muy buena cara —aseguró Lucía—. Necesitas que te dé el

aire. Si prefieres, te acompaño a la puerta y le enviamos un mensaje a Raúl para avisarle.

—No hace falta que me acompañes. Voy sola. Dile a Raúl que me voy. Cogeré un taxi.

—¿Estás segura?

Por supuesto que lo estaba. ¿Qué otra cosa podía hacer? Encontrarme con Nico no era una posibilidad, no entraba en mis planes, tenía que largarme, ¡pero ya!

—Sabes que no me llamo Mari Fe, ¿verdad?

Ella sonrió, me dio un beso y me dijo que esperaba verme pronto.

Serpenteé entre el centenar de personas que se agolpaban en las salas y los pasillos. Algún codazo me llevé mientras trataba de llegar a la calle sin que Nicolás me viera. Mis ojos iban de un lado a otro intentando dar con él sin quererlo. Estaba hecha un lío y la música alta no me ayudaba a centrarme. Levanté el cuello y atisbé el cartel de EXIT a unos metros a mi derecha.

Les pedí a un grupo de chicos que dejaran un poco de espacio para poder pasar y uno de ellos me agarró del brazo izquierdo y me preguntó si me había perdido. La boca le olía a alcohol y a tabaco, y odio el olor a cenicero, me parece asqueroso. Antes y ahora. No lo soporto. Le dije que me dejara en paz y me solté. Sentía el pelo pegado a mi cuello y como si una soga me lo rodeara y lo apretara con fuerza.

—¡Eh, ten cuidado! —me gritó una chica al tropezarme con su cuerpo.

—Lo siento... —musité, casi sin mirarla.

Seguí caminando hacia la salida, ya solo me quedaba un escaso metro. Ansiaba respirar aire limpio y fresco. Allí dentro olía a una mezcla entre perfumes baratos y sudor. Empezaba a ahogarme de verdad, casi no podía respirar, el corazón me latía con fuerza. Levanté la palma de la mano y me toqué el cuello, tragué con dificultad, giré el semblante unos milímetros y... y unos ojos, sus ojos, esa oscuridad negra que me había tragado tantas madrugadas, se clavaron en los míos.

Me quedé petrificada.

Nico...

ESOS MALDITOS OJOS



*Esos ojos...
Esos malditos ojos.
Esos que me arrebataron la ilusión
sin yo quererlo.
Esos que me hicieron invencible
en algunos sueños.
Esos que me dieron la vida
y me la quitaron
sin preguntármelo.
Esos que vendían sonrisas divinas,
al final baratas y de mentira.
Esos que me encendían
y me apagaban
según sus ganas y no las mías.*

Fueron unos segundos que duraron toda una eternidad, de las que te atrapan y te pueden mandar al infierno o al cielo para siempre. Solo un par de metros y una nube de humo y luces nos separaban. Eso y un montón de mis miedos y otros tantos de los suyos. Hacía mucho que había aprendido a leer su mirada, como quien relee su libro favorito, y supe enseguida que a él también le había, como poco, sorprendido nuestro encuentro fortuito. Conseguí apartar la mirada de la suya cuando un chico se puso delante de él y comenzó a hablarle. Aproveché que mis piernas recobraron el sentido y seguí retirando personas con las manos en el vestíbulo para poder llegar a la calle y coger un taxi. Miré hacia atrás varias veces y comprobé que no me seguía. No quería que lo hiciera ni pensaba que iba a hacerlo, sin embargo, algo en esos ojos negros había despertado un antiguo deseo.

Las luces rojas del pasillo que daba a la salida me nublaron la visión

durante unos segundos. Me sentía mareada, las manos me temblaban y un sudor frío me recorría la columna vertebral. Un par de metros y estaría a salvo. Eché a un lado la cortina negra que separaba el vestíbulo de la salida y respiré, pero la inspiración se me quedó a medias cuando mi pecho chocó con el de un chico, con el de él, con el de Nico.

Todas las células de mi cuerpo se activaron. Sentía su mano derecha alrededor de mi cintura y la izquierda agarrando mi brazo. Su piel estaba caliente y juraría que sus dedos me acariciaban con ternura y anhelo.

Miré su pecho y seguí subiendo por su cuello y barbilla, hasta encontrarme con sus labios, que susurraron mi nombre muy bajito.

—Itxel... —Sentí su aliento en mi boca.

Levanté el semblante muy despacio y mis ojos tuvieron que hacer frente al brillo de los suyos.

Nuestros cuerpos pegados.

Mi respiración y la suya alteradas.

Nuestros labios a dos escasos centímetros.

Tardé unos segundos en reaccionar, apartarlo con un pequeño empujón y correr hasta parar en el filo de la calzada.

—Itxel... —susurró mi nombre demasiado cerca de mi espalda, o eso me pareció a mí.

No sabes la de noches que me había pasado pensando en lo que le diría si me lo encontraba alguna vez, cosa que dudaba, o que esperaba que no ocurriera. En esos encuentros imaginarios había de todo. Algunas veces le gritaba pidiéndole explicaciones de por qué me había dejado tirada mediante una carta y no había tenido huevos de despedirse de mí. Otras le tiraba lo primero que tuviera a mano a la cabeza y se la abría, otras le recriminaba lo miserable y cobarde que había sido al no luchar por mí y por lo nuestro. He de reconocer que en mis noches más sensibles y bajas, esas en las que tocaba fondo y me ponía a llorar, me besaba y me pedía perdón entre lágrimas; yo lo perdonaba y éramos felices para siempre. Estas eran las menos. La mayoría lo insultaba; una vez, hasta le refregué la cara con fango y le escupí encima. Estaba cabreada y, aunque creía haberlo superado hacía tiempo, nada más lejos de la realidad. En aquel momento, tras escucharle decir mi nombre y habiéndolo tenido tan cerca hacía escasos segundos, todas esas ganas de amarrarlo, llenarlo de barro de arriba abajo y gritarle a la cara las mierdas que había tenido que pasar por su culpa subieron por mi esófago deseando salir por mi boca y arrojárselas a la cara.

—Itxel...

—¡Taxi! —Levanté la mano e intenté detenerlo, pero pasó de largo.

—Itxel, por favor. —Me agarró del brazo y se puso frente a mí. De nuevo, el contacto con su piel me causó un escalofrío sin antecedente. Y otra vez, se me cortó la respiración.

Estaba guapísimo. Como siempre. Pero más atractivo, más seductor. Sus hombros se habían ensanchado bastante y parecía más alto, el pelo un poco más corto y la piel más morena. ¡Qué suerte la mía! Ya se le había podido caer el pelo, haber engordado cincuenta kilos o haberle salido una verruga enorme y asquerosa en la nariz. Una verruga enorme y con pelos, puestos a pedir.

—Suéltame —mascullé, mirando el lugar en el que nuestros cuerpos se unían.

—Lo... —Despegó los dedos de mi carne muy poco a poco—. Lo siento. Yo... No quería... —Pareció darse cuenta de la fuerza con la que me apretaba—. Solo... Estoy sorprendido. ¿Qué haces aquí?

No respondí e insistió.

—Itxel...

—Estoy... —No pude ocultar que me hallaba sobrecogida por el encuentro—. Estoy con unos amigos, pero ya me iba a casa. —Me di la vuelta y traté de detener otro taxi.

—Espera, no te vayas. No esperaba encontrarte aquí.

—Yo tampoco lo esperaba. Vaya puta casualidad —farfullé esto último.

—Itxel...

Me dieron ganas de gritarle que dejara de pronunciar mi nombre.

—Déjame acompañarte —propuso.

¿Estaba loco? ¿Se había drogado?

—No es necesario —zanjé con rapidez, buscando un maldito taxi, un Uber o una nube voladora.

—Quiero hacerlo.

—He dicho que no.

—Itxel... Yo... —Dio un paso hacia mí y volvió a agarrarme del brazo.

—¿Se puede saber qué crees que haces? ¿Quién eres para tocarme? —Alcé la voz.

Nunca he aceptado muy bien que me tocan extraños o, más bien, extraños en contra de mi voluntad; cosa que pensaba haber superado también, pero que

lo hiciera él casi me mata.

—Yo... —Me soltó.

—No vuelvas a hacerlo —pronuncié, tragando con dificultad y el corazón irrumpiendo con fuerza dentro de mi pecho.

Sus ojos no se apartaban de los míos y el poco espacio que nos separaba parecía cada vez más pequeño. Después de tres años, con todos sus días, algo seguía atrayéndonos como un imán. Lo acepté en el segundo en el que nuestros cuerpos chocaron en el pasillo, y él debió hacerlo también porque no intentó alejarse.

—¡Morenita! ¡Morenita! —Raúl llegó hasta nosotros—. ¿Te ibas sin mí?

Aparté la mirada de Nicolás, moví la cabeza unos milímetros de lado a lado y parpadeé.

—No... No. Te estaba esperando —mentí, con una sonrisa de Oscar pintada en mi rostro.

—¿Quién eres tú? —le preguntó a Nico, demasiado rudo, cosa rara en Rubén, un tío que se caracterizaba por su amabilidad.

—Soy... —fue a hablar pero lo corté.

—Un compañero de la universidad. Hacía mucho tiempo que no sabía nada de él. Desapareció sin despedirse —contesté, sin poder contenerme. Además, Rubén sabía el nombre del desalmado, que me hizo llorar durante meses, y era capaz de partírle la cara allí mismo. No me pareció una mala idea del todo, pero no podía dejar que pasara—. Me alegro de verte. Adiós. —Me agarré a la mano de Rubén y aproveché para no caer desmayada al suelo.

Pude notar su mirada clavada en mi espalda.

—¿Pensabas largarte sin mí, desagradecida? —me preguntó, rodeándome los hombros con el brazo.

—Quédate. Te lo estabas pasando bien. —Apoyé la mejilla en su costado.

—Prefiero irme contigo. No me fio. Eres capaz de meter a un tío en casa.

—¿A qué tío?

—A alguno como ese. He visto cómo te miraba. Ese quiere llevarte a la cama.

No dije nada más. Solo miré hacia atrás y mis ojos volvieron a encontrarse con los de Nico, que seguía observándome.

—¿Cómo nos vamos? No puedes conducir —comenté, cuando ya casi llegábamos al coche.

—Tenemos chófer. —Mario nos esperaba con la espalda apoyada en la puerta del vehículo.

Le tiró las llaves y el otro las cogió al vuelo.

—¿Tú no has bebido? —Levanté una ceja mientras me abría la puerta trasera como si fuera un caballero.

—Solo una copa hace cuatro horas. Puedes fiarte de mí.

—Tendré que arriesgarme. —Fingí una sonrisa y tomé asiento detrás.

Aún me temblaba todo el cuerpo del encuentro que había tenido con Nicolás y no pude evitar recordar los momentos buenos que vivimos juntos. Es curioso cómo el tiempo te hace sepultar lo malo y descubrir lo bueno, convirtiendo todo lo pasado en mejor. Qué sabio Jorge Manrique.

Raúl me preguntó por tercera vez en la noche si me ocurría algo. Y por tercera vez le contesté que no, pero ambos sabíamos que no estaba siendo del todo sincera y, aunque dejó de insistir, se preocupó por mí hasta que me encerré en mi dormitorio.

—¿Necesitas algo más, morenita? —Me apartó el pelo de la frente y me dio un vaso de agua de pie en la cocina.

—Dormir. —Hice un puchero.

—¿Dónde duermo yo? —preguntó Mario, dándole una calada a un cigarro y expulsando el humo a través de la ventana abierta.

—En la habitación de invitados.

—¿Junto a tus pesas? Ahí huele a perro muerto —se quejó.

—Puedes elegir el sofá.

—Paso. Itxel, ¿puedo dormir contigo?

—¿Qué dices, tío? ¿Quieres que te rompa la boca? —le advirtió Rubén, dando un paso hacia él, con una sonrisa.

—Te hago de chófer y me dejas dormir en el sofá. ¿Qué clase de amigo eres?

—Duerme conmigo —le propuso.

—¿Qué? Antes duermo en el suelo. —Abrió los ojos, con énfasis.

—Iba a abrazarte y a darte besitos. —Se fingió herido y se llevó las manos al corazón—. Lo has hecho pedazos, damisela.

Mario durmió en la habitación de invitados, quiero decir en la que sobraba, la tercera, esa que Rubén había convertido en un pequeño gimnasio personal. Y con pequeño me refiero a que constaba de un cinta de correr y un par de pesas de quince kilos; con eso él se creía Schwarzenegger. Yo no dormí mucho. Vale, ni siquiera pude cerrar los ojos por culpa del funesto encuentro con Nicolás. Mira que tengo mala suerte. Ni cuarenta y ocho horas en Madrid y coincido con él. No puedo asegurar la de veces que grité y pataleé aquella

noche. Buaf, mierda de casualidad, coincidencia, destino o estrellas alineadas en el firmamento para que el cielo de los Mundos de Itxel se tornara oscuro y siniestro. No lloré, eso sí. Bastantes lágrimas había derramado años atrás por «el malnacido ese» (lo señalo porque así lo llamaba siempre Rubén).

Cuando desperté el domingo (quiero decir: cuando me levanté), me encontré a mi compañero de piso y a su amigo jugando con un Scalextric que habían montado en medio del salón (corrijo: ocupando todo el salón). Parecían dos niños de cinco años peleando y lloriqueando por las trampas que parecía que hacía el rival. Juraría que no se dieron cuenta de que los observaba sentada en el sofá, con una taza de café en la mano, lugar al que había llegado, después de saltar por la pista varias veces, visitar la cocina, el baño y regar la pequeña maceta que adornaba el centro de la mesa. Y ahí seguían, peleando como si estuvieran jugando la final de la liga nacional de fútbol ¡o jugándose la vida!

—Muerde el polvo, colega. —Rubén le golpeó con el hombro a Mario.

—¡Tramposo! —se quejó el otro—. Lo tienes trucado.

—¿De qué hablas?

—¡El mío va más despacio! —Se mordió el labio inferior con los dientes y apretó con fuerza el botón.

Reí, contra todo pronóstico y con unas ojeras de campeonato.

—¿De qué te ríes tú? —me preguntó Raúl sin mirarme, concentrado en ganar.

—Sois como niños. —Le di un trago a mi café.

—Y.... ¡Sí, sí, sí! Rubénnnnn, campeón indiscutibleee —gritó, con los brazos levantados.

—¡¡Venga ya!! ¡¡No puede ser!! —respondió Mario, tirando el mando color azul sobre el sofá, enfurruñado.

—Vaya paliza que te he dadooo —lo chinchó.

—Has tenido suerte. —Lo señaló con el dedo.

Yo seguía muerta de risa con la taza caliente en las manos.

Rubén llegó a mí, me cogió en volandas y dio tres vueltas sobre sí mismo conmigo encima.

—¡Rubén, el café! —traté de que parara, pero fue demasiado tarde. Casi todo se vertió sobre el suelo.

Nos partimos de la risa durante varios minutos. Y he de ser sincera y reconocer que era exactamente lo que necesitaba. Terminamos los dos desparramados en el sofá y con café hasta en el pelo, mientras Mario nos

miraba con una mezcla bastante rara en la cara. Yo diría que estaba sorprendido y enfadado. Había mucha gente que no entendía la relación que teníamos Rubén y yo, y yo no me preocupaba en explicársela a nadie. Es mi hermano sin serlo, y no hay nada romántico, absolutamente nada, entre él y yo.

—¡Eres idiota! ¡Mira cómo me has puesto! —Me señalé la camiseta y el pantalón corto.

Él se levantó y pasó de mí.

—¿Adónde vas? —Abrí los ojos.

—A fumar, chica cotilla. —Mario le tiró un paquete de tabaco y salieron los dos al balcón.

Yo me metí en la ducha tras echar la ropa en el cubo de la colada y traté de que el agua se llevara mis pensamientos. Sin embargo, no lo hizo. Nada puede arrancar de tu piel lo que se grabó a fuego lento. Y el recuerdo de Nicolás pintaba de girones todo mi cuerpo.

Me puse unos vaqueros, unas sandalias azules y una camiseta blanca de cuello ancho. Preparé tres tazas de café, las puse sobre una bandeja y me asomé a la terraza. Los vi a los dos sentados mirando al frente con un cigarrillo en la mano cada uno. Supongo que sería el segundo, o el tercero.

—Esa historia no te va a llevar a ningún sitio —le dijo Mario.

Rubén no contestó.

—Lo sabes. Sé que lo sabes —insistió.

—Lo sé —admitió. Y pude notar un sabor amargo en su voz.

—Entonces, ¿por qué no haces nada para terminar con eso?

—Porque no puedo.

—Sí puedes, pero no quieres.

—¿Te has enamorado alguna vez?

—No —negó con la cabeza y apagó el cigarro— ¿De verdad crees que es amor? Esa tía no te quiere.

—Vete a la mierda —contestó Rubén casi sin entonación.

—Las verdades duelen.

—Las verdades nunca lo son.

Mario miró hacia atrás y me observó.

—Traigo café. —Interrumpí el momento y dejé la bandeja sobre la mesa.

—Es casi la hora de la cerveza. —Rubén intentó sonreír pero no lo consiguió. ¿De qué estarían hablando aquellos dos? ¿Rubén enamorado de verdad? ¿Qué mujer que lo conociera no lo podía querer?

—Ayer ya bebimos suficiente. —Me senté en una silla entre ellos y me tomé mi segundo café de la mañana.

Mi teléfono comenzó a sonar en mi bolsillo.

—¡Es Victoria! —Casi grité de alegría. Lo descolgué y puse el manos libres—. ¡Hola, Vic!

—Hola, Xel. ¿Qué tal todo por ahí? ¿Rubén te ha arrastrado ya a los infiernos?

—Anoche. Casi muero por seguir su ritmo.

—Es un demonio. No dejes que te manipule. Tú, estudia y pasa de él.

—Hermanita, te estoy escuchando —la avisó.

Reímos y siguió.

—Lo sé. Ya se habrá dejado embaucar por tu magnetismo. ¿Adónde la llevaste? A cualquier antro, seguro.

—¿Por quién me tomas? Yo tengo estilo —contestó el hermano, esta vez con una sonrisa de verdad en la boca.

—Pues utiliza el estilo para echarte novia y casarte. Que tienes ya una edad.

—Niñata, no me llames viejo.

—Estás entrando en la tercera edad.

Vi cómo discutían sin hacerlo y eché de menos los ratos que pasábamos todos juntos en su casa de Granada.

—¿Cuándo vas a venir a visitarnos? —pregunté cuando dejaron de decir tonterías.

—Estoy deseándolo, pero no sé cuándo podré. Llamaba para saber cómo estabais y si habíais hablado con Rosalinda.

—Si te escuchara llamarla así, te pegaba —la avisé.

—Lo sé. La echo de menos.

—Y yo —admití.

—¿Ha ocurrido algo? —se preocupó Rubén.

—Espero que no. Debería de haber llegado a La Habana hace dos horas. Aún no he podido contactar con ella. No me ha llamado como prometió.

Al hermano mayor le cambió la cara a una de preocupación.

—Seguro que no es nada. Se habrá retrasado el vuelo —comenté.

—Os llamo en cuanto sepa algo, ¿vale? Tengo que colgar. Os quiero.

—Te quiero —dije, mientras sentía la ansiedad de Rubén muy cerca de mí—. Oye, no te preocupes. Ya es mayorcita.

—Tan mayor como tú. —Se refregó la cara—. Vais a matarme un día

de estos.

—Vas a morirte tú solito. No puedes pretender controlarnos en todo momento.

Se levantó y se perdió dentro del apartamento.

—¿Adónde crees que va? —Mario se interesó.

—A llamarla. Y si no se lo coge, pillá un vuelo a Cuba y se presenta allí en dos horas.

—Querrás decir en nueve y media. Imposible cruzar el charco antes.

—¿Por una de sus hermanas? Este cruza el Atlántico nadando.

—¿Te apetece salir a comer?

—Lo cierto es que me muero de hambre.

—¿Conoces el Egeo de Lavapiés?

—¿Lo preguntas en serio? Conozco la estación de tren y la discoteca de anoche. Y esto último lo tengo borroso. No sabría ni cómo llegar.

—Se me había olvidado que acabas de llegar de la Andalucía profunda. —Levantó una ceja.

—Profunda se te va a quedar la herida que te voy a hacer con un guantazo. —Fingí una sonrisa tirante.

—Rubén lleva razón. Sabes defenderte bien.

—Me enseñó él.

—Venga, vamos. Avisemos al alma en pena del plan. —Nos levantamos y fui a buscarlo a su habitación.

—¿Trabajando en domingo? —pregunté, a sabiendas de lo que hacía —. Deja de buscar en internet. No le ha pasado nada al avión.

—Lo sé. No he encontrado noticias de ningún accidente —contestó sin levantar la vista de la pantalla.

Llegué hasta la mesa y cerré la pantalla del ordenador portátil.

Me asesinó con la mirada.

—No vas a comprar un billete para La Habana.

—No estaba haciéndolo.

—Claro que sí. Vámonos. Tengo hambre.

—Eres una garrapata. Vivo con una garrapata.

—Yo vivo con un alarmista.

—Tienes cara de cansada. —Cambió de tema.

—Extraño la cama. —Desvié la mirada y me toqué la frente.

—Haces eso cuando mientes.

—¿El qué?

—Lo que acabas de hacer. —Me señaló.

—¿Ya empiezas con tus paranoias? Estoy bien. Ros está bien. Todas estamos bien.

¿Lo estaba? Quiero decir, ¿estaba realmente bien? ¿Me había afectado ver a Nicolás? Desde luego que sí. Había removido sentimientos y recuerdos en mí que tenía guardados en lo más profundo de mi alma, pero tenía que ser positiva y confiar en el destino y que este no nos volviera a cruzar.

¿Y sabes qué pasó?

Que el destino me dio un guantazo en cuanto tuvo la oportunidad. Y casi me vuelve la cara del revés. Aún me duelen la mejilla y el cuello a veces.

5

DÍAS DE CLASES



Tras deleitarnos con una exquisita comida griega en el Egeo de Lavapiés, me llevaron a una terraza que me dejó hipnotizada. Doña Juana, un *rooftop* que ofrecía unas increíbles vistas a la Puerta del Sol. Nos sentamos en una esquina en la que daba la sombra y pasamos la primera hora tratando de darle explicación al hecho de que cobraran ocho euros por un simple café.

—Esto lo pagas tú. Yo no quería venir —le advirtió Mario a Rubén.

—Eres un agarrado. Así tienes tanto dinero ahorrado.

—Ahorro para ir a la India.

—¿En serio? —Me sorprendí—. Yo también quiero ir.

Rubén miró hacia un lado y se quedó con la vista fija en un punto que yo no controlaba desde mi posición.

—Ahora vuelvo —se disculpó y se levantó.

—¿Adónde vas? —No debí preguntar pero lo hice.

—Al baño. Parece que vivo con mi madre —se quejó.

—Vete a cagar. —Gruñí.

—Exactamente, morenita.

—Qué asco. —Arrugué el entrecejo.

—Tú has preguntado. —Me dio un beso en la frente y desapareció.

—¿Otro café de ocho euros? —Mario sonrió.

—Ni de coña. —Cogí la carta y señalé lo más caro—. Yo quiero uno de estos.

—Pero si no sabes ni lo que lleva.

—Me da igual. A este le va a salir caro mentirme.

—No se te escapa una. —Levantó una ceja.

—Os escuché hablando en la terraza. ¿Qué pasa con Rubén?

—No me pertenece a mí contártelo.

—¿Me pone esto? —grité a la camarera que pasaba por mi lado. Ella se acercó y le echó un vistazo a lo que señalaba.

—Que sean dos —pidió Mario—. Y unos pastelitos de esos de trufa.

—Ahora mismo se los traigo.

—Los pastelitos valen como el oro. De esta no salimos vivos —informó.

—Paso. Me lo merezco. La resaca es por su culpa. Yo no quería salir anoche.

Nos pedimos tres cada uno del mismo combinado y nos los bebimos durante la dos horas que tardó Rubén en volver. Nos encontró beodos y cantando canciones antiguas. Me lo pasé tan bien con Mario que no le pude reprochar que desapareciera durante tanto tiempo y nos dejara allí solos y preguntándonos dónde se habría metido. En realidad, ninguno hizo alusión al hecho de que tardara tanto en volver. Yo me olía lo que podía estar haciendo y me daban arcadas de imaginarlo metido en faena. Mario no lo sospechaba, lo tenía claro, y evitó que hablásemos del tema. A Rubén casi le da un infarto de miocardio cuando tuvo que pagar la cuenta. Nos llamó de todo mientras nosotros nos reíamos sin poder controlarnos apoyados en una pared para no caernos al suelo.

—Esta me la devolvéis, cabrones —aseguró cuando llegó a nuestro lado.

No podíamos parar de reírnos.

—Por cierto, Rosalía ha llamado. El vuelo se retrasó —me informó.

—Hale, ya puedes dormir tranquilo. —Le di una palmadita en la espalda.

Intenso fin de semana el que pasé, por ello, el lunes lo dediqué a mí y a mi cuerpo. Baño de espuma, crema hidratante («y maquillaje que es belleza al instante, abre la puerta que nos vamos pa' la calle. ¿A quién le importa lo que digan por ahí? Antes muerta que sencilla, ay que sencilla, ay que sencilla»). ¿Lo has cantado con voz de Maria Isabel? Yo sí. Me he emocionado, lo sé), tratamiento de vitamina c en la cara, me pinté las uñas, dormí la siesta, comí fruta, leí, escuché música y hablé con Maite por teléfono. No hice alusión a mi encuentro con Nico durante las dos horas que duró la conversación. Esperaba que no volviera a ocurrir y pensaba olvidarlo como había hecho con todos nuestros momentos anteriores. Así que versó sobre el mes de agosto que iba a tirarse en Punta Umbría, tomando el sol y bebiendo mojitos.

—¿No vendrás?

—Espero escaparme algún fin de semana.

—Esto no es lo mismo sin ti. Te quiero.

—Yo te odio. Ojalá te derritas, ¡o que te pique un pez araña!

—Mala persona. Tú, hidrátate bien. En Madrid hace mucho calor.

—¿El alcohol cuenta como agua?

—No.

—Pues puede que me muera a lo largo del día de hoy.

—Espero que llegues a mañana. Llámame si necesitas reanimación.

¿Qué tal con Rubén?

—Bien. Es jodidamente perfecto.

—¿Y eso es malo?

—Llega a ser un poco pesado. Se preocupa demasiado.

—Me estoy quedando sin batería y estoy en la playa.

—¿Dónde? —Hice un puchero.

—En la Canaleta. A orillas de El Mosquito.

—¿Te he dicho ya que te odio?

—Creo que sí. Pero si te sirve de consuelo, mañana tengo que estar en el hospital.

—No me sirve, pero te lo agradezco. Venga, te dejo. Espero que te achicharres y no puedas dormir en cuatro días.

—Adiós, Harley Quinn.

—Adiós, Viuda Negra.

Martes. Siete y media de la mañana. Sonó el despertador. Lo apagué. Refunfuñé. Me quejé. Pero me levanté, porque nunca me ha gustado llegar tarde y quería darme una ducha y arreglarme un poco el pelo. No sabía con qué iba a encontrarme en el primer día de clase de un máster tan importante y selectivo, así que, como mínimo, quería parecer una chica seria y comprometida. Pantalón negro ancho por encima de los tobillos, blusa amarilla, *blazer* blanco y sandalias rojas. Debía bastar para causar una buena primera impresión. Si Mar me hubiera visto, se hubiera reído de mí y me hubiese dicho algo así como de qué boda de pijos me había escapado. Yo le sacaría el dedo y terminaríamos tomando unas cervezas en el Chiringuito el Camarón, cerca de casa y con unas vistas al mar dignas de películas de amor feliz, de esos que terminan con un beso húmedo y el sol naranja de fondo, ese con el que había soñado tantas madrugadas. Así eran todos los finales en los Mundos de Itxel, pero, aviso, en estos mundos iba todo el día puesta de crack hasta el culo. O eso, o comía setas alucinógenas, porque no era normal la

felicidad que se respiraba en esa otra galaxia imaginaria.

Llegué a la universidad a las nueve menos veinte. Me sobraban minutos y me faltaban ganas de estar allí. Y eso que me hacía ilusión haber entrado en aquel curso de verano. Estaba casi desierta, ¿quién estudiaba en estos meses por gusto? Pues yo, que era bastante pringadilla y no lo había meditado a conciencia. Miento. Me alegraba estar allí y me sentía orgullosa de haber conseguido plaza, aunque fuera a última hora, en aquel máster. La cafetería estaba abierta, así que me pedí un café para llevar y busqué el aula en la que se impartiría la clase. Intenté abrir la puerta, pero no lo conseguí.

—Está cerrada —escuché una voz femenina a mi lado.

Una chica rubia de pelo muy corto, labios gruesos pintados de rojo y gafas de pasta negra me sonreía.

—Hemos llegado demasiado temprano —siguió.

—Eso parece.

—Yo también he traído café. No quiero dormirme ni bostezar el primer día. —Levantó el vaso y me lo enseñó—. Me llamo Marisa.

—Itxel. —Caminé y me senté a su lado—. No me gusta llegar tarde.

—A mí tampoco.

El que parecía el conserje se detuvo delante de nosotras y nos preguntó si éramos alumnas del máster.

—Se ha cambiado de aula a última hora. Los demás ya están allí. Podéis seguirme.

—Parece que al final vamos a llegar tarde. —Me mordí el labio.

—Los últimos siempre serán los primeros.

Nos levantamos y caminamos detrás de la persona que vino a avisarnos.

Cuando entramos en la sala, conté ocho o nueve cabezas diseminadas por las mesas. No era muy grande, lógico si el total de alumnos éramos solo quince. O eso decía la información que me habían enviado a casa mediante correo electrónico.

Marisa y yo nos sentamos en la tercera y última fila, la única en la que quedaban dos asientos libres. Parecía que todos nos tomábamos muy en serio donde estábamos, y teníamos claro lo que hacíamos allí. Los mejores tendrían la oportunidad de trabajar en los más prestigiosos estudios de arquitectura de la ciudad y todos queríamos ser uno de ellos.

Dos chicos y una chica hicieron acto de presencia y se acomodaron a nuestro lado. Abrieron los ordenadores y se prepararon. Nosotras los

imitamos y abrimos varios documentos que habíamos recibido con anterioridad y que servirían para las primeras clases. He de admitir que no me los había preparado, ni siquiera leído por encima. Esperaba pasar desapercibida en este primer día de presentación.

—Falta una persona —me susurró Marisa al oído.

Levanté la vista y conté los alumnos presentes.

—A lo mejor se ha arrepentido.

—Tú y yo acabamos de conocernos, pero déjame decirte: ¿estás loca? ¿Quién en su sano juicio iba a desperdiciar una oportunidad como esta?

—No sé. Igual se le ha presentado una oportunidad mejor.

—O se ha muerto.

La miré y sonreí.

—Buenos días. Bienvenidos al primer día de clase. Mi nombre es Gonzalo Torres y voy a ser vuestro profesor durante los próximos meses. No me gusta perder el tiempo, así que se acabaron las presentaciones. Ya os iré conociendo, no somos tantos. —Sobrevoló la pequeña aula con la mirada—. Falta una persona. ¿Alguien sabe cuál es el motivo?

Recibió un inmenso silencio como respuesta.

—Está bien, pues.... Empecemos.

La clase fue muy interesante y reconfortante, al menos para mí, porque me recordó por qué me enamoré de esta profesión cuando era pequeña. El objetivo primordial: la creación; y para poder llevarla a cabo con éxito debíamos poner todo nuestro corazón en cada proyecto.

Cuatro horas después mis ojos seguían abiertos como faros, embelesados por la forma de hablar del señor Torres. Su físico también ayudaba a que no pudieras quitarle la vista de encima. No era guapo ni joven, pero tenía algo que atraía. Algo que lo hacía muy interesante. Unos cincuenta años, alto, pelo blanco, delgado y barba gris. Pero, sobre todo, era su manera de amar la arquitectura y de transmitir su pasión por ella la que te dejaba con la boca abierta.

—Quiero aprovechar estos últimos cinco minutos para agradeceros la paciencia que habéis tenido al no parpadear en casi cuatro horas. Habéis superado la prueba. Ahora quiero que hagáis grupos de tres personas para trabajar en los próximos proyectos.

Marisa y yo nos miramos.

—Tenemos que buscar a alguien más —murmuró.

—Apuntad aquí los componentes de cada uno. —El profesor le pasó

una hoja en blanco a una chica de la primera fila.

—Parece que todos están ocupados —le contesté en el mismo tono.

Mi nueva amiga pidió la palabra.

—Disculpe, señor Torres. Nosotras somos dos personas. ¿Hay algún problema?

—Formaréis grupo con la persona que ha faltado hoy —explicó, sentado sobre la mesa y las manos sobre sus piernas, en una postura relajada.

—¿Y si no viene?

—No se preocupe, señorita... —Levantó la palma de una mano en su dirección.

—Gey. Marisa Gey.

—Señorita Gey, hay lista de espera. Seréis quince mañana. Estoy seguro.

Salimos al pasillo un poco menos asustadas de lo que entramos, y mi compañera me propuso que fuéramos a comer. Nos sentamos en una terraza cerca de la facultad y me sorprendió lo rápido que congeniamos. Recordé a las gemelas y las eché mucho de menos al instante. No sé qué habría sido de mí en Granada sin ellas.

—Soy de Cangas de Onís. Está en Asturias. —Se llevó el tenedor a la boca.

—Lo conozco. Estuve en Asturias de viaje con el colegio y visitamos ese pueblo.

—¿De dónde eres tú?

—De Punta Umbría. Huelva. ¿Lo conoces?

—Nunca he estado, pero he escuchado hablar de él. Magníficas playas, ¿no?

—Las vuestras tampoco están nada mal.

—Llevo aquí tantos años que a veces se me olvidan.

—¿En serio?

—Mis padres murieron en un accidente y me mudé aquí con mi tía.

—Oh. Lo siento.

—No te preocupes. Hace mucho de eso. ¿Dónde estudiaste la carrera?

—En Granada. Mis abuelos tienen una casa allí.

—¿Vivías con tus abuelos?

—Ellos también fallecieron hace algunos años.

—¡Viviste sola! —Pareció fascinarle la idea.

—Sí... La mayor parte del tiempo.

—Yo nunca he vivido sola. Ni compartido piso. Me refiero con gente de mi edad. Comparto piso con mi tía. Es maja y me deja bastante a mi aire, pero se comporta como una madre. Entonces, ¿con quién compartiste piso?

—¿Qué? —No sabía a qué se refería.

—Dices que viviste sola casi siempre. Eso significa que estuviste acompañada otro tanto. —Me señaló con el cuchillo.

—Eh... Sí. El primer año compartí piso con un chico. —Me aparté el pelo de la cara y se me escapó un pequeño suspiro.

—Eso suena a historia.

Miré mi plato y me entretuve mareando la comida. Ese simple gesto le sirvió como afirmación y entendió que no quería hablar sobre ello.

La despedí en los aparcamientos, cerca de su coche, le agradecí que se ofreciera a llevarme y caminé hasta la parada del autobús, que llegó cinco minutos después. Me senté en uno de los asientos traseros, me puse el auricular izquierdo y tarareé la última canción de One Direction. Antes de guardar el móvil en el bolso y cerrar los ojos, vi notificaciones en nuestro grupo de WhatsApp Three Direction. Una sonrisa enorme iluminó mi cara. Ciento veintitrés mensajes. Una larga conversación entre las hermanas. Me centré en los últimos.

Vic: «Entonces ya has conocido a alguien. Rosalinda se ha enamorado en milésimas de segundo».

Ros: «Me he enamorado del sol».

Vic: «Pues es el mismo de aquí».

Ros: «Deberías viajar más. Te darías cuenta de que todo se ve diferente desde otro sitio».

Vic: «Tú deberías pensar más en el futuro».

Ros: «Me preocupa más el presente y vivirlo a tope».

Vic: «Y para eso tienes que irte a la otra punta del globo terráqueo».

Teclé rápido sobre el teclado.

Yo: «Las hermanas Romero discutiendo. No puedo creérmelo. Os echo de menos».

No lo leyeron y ninguna contestó. Me fijé que la conversación había terminado hacía más de media hora. Rosalinda, quiero decir, Rosalía debió quedarse sin cobertura o sin batería. No me hubiese extrañado que se hubiera olvidado el cargador en Granada. Su cabeza, a veces, era un nido de pájaros en la que cabía todo tipo de ideas, pero todas ellas revueltas.

DÍAS DE SORPRESAS



Rubén estaba en la cocina cuando entré en el apartamento. Olía a verduras al horno y todo estaba limpio como una patena. Dejé el bolso y la bolsa con el ordenador sobre el sofá y fui en su busca. Lo encontré en calzoncillos, con delantal, descalzo y sin camiseta.

—No sabía que tuviera porno chacha, o chacho, claro. —Salté y me senté sobre la encimera, muy cerca de él.

—Por el mismo precio, me quedo en pelota picada. —Removió una especie de salsa con una cuchara, la cargó y me la dio a probar.

—Mmm. Está buenísima. ¿Qué es?

—Secretos de chachas desnudas y sexis a domicilio. ¿Qué tal el primer día?

—Ha estado bien.

—¿Has conocido a alguien?

—Sí, y me he acostado con él —dije con sarcasmo.

—Muy graciosa.

—He conocido a una chica. Marisa. Es simpática.

—¿Está buena?

—No lo sé. Supongo. ¿Qué más te da?

—¿Tienes hambre? He cocinado para ti —cambió de tema.

—Lo cierto es que... Ya he comido. —Fruncí la boca y el ceño.

—Vaya... —Parecía decepcionado.

—Pero... Pero puedo volver a comer. Yo... Lo siento, Rubén. Debí haberte avisado, pero creí que estarías trabajando.

Se quitó el delantal, lo dejó sobre la encimera y salió al salón. Fui detrás.

—No te enfades. Me siento fatal. Tú aquí cocinando para mí y yo por ahí... —Siguió ignorándome—. Venga, no te pongas así. No volverá a ocurrir. —Me estaba poniendo colorada.

Giró la cabeza y me miró con seriedad. Creí que iba a matarme allí mismo.

De repente, soltó una risotada y la acompañó de un puñado de risas. Se reía de mí, por cierto.

—Morenita, parece que no me conoces.

—Eres... Eres... —Me tiré sobre él y le golpeé el pecho, enfadada. Menudo susto me había dado.

—¿Qué soy?

—Eres una mala persona. ¡Te odio! —Lo empujé y anduve hasta mi habitación. Pensaba esconderme en ella hasta que me suplicara que lo perdonase, pero pasé por la puerta de la suya, que estaba abierta, y vi las sábanas demasiado revueltas. Frené en seco, me puse en alerta, di un paso para atrás y entré.

—Eso es un condón —murmuré. Allí dentro olía a sexo, no a verduras al horno—. ¡Rubéeen! ¡Rubéeen! —grité.

El aludido llegó hasta mí con un cigarro y un mechero en la mano.

—¿Has follado! —Lo señalé, con un brazo en jarra.

—¿Qué? —Miró hacia otro lado.

—No te hagas el tonto que sí que te conozco. Y el condón lo confirma. ¡Has traído a una chica!

—Cariño, no es lo que piensas. —Torció la cabeza hacia un lado y puso cara de santo.

—Arggg. ¡Eres imposible! Creí que teníamos un trato.

—Morenita. Lo que yo tengo son necesidades básicas del ser humano. Se presentó la oportunidad y la aproveché.

—Creí que las básicas eran comer y cagar.

—Y mear. Y respirar. Y follar, por supuesto. —Se puso a contar.

—¡No se puede mantener una conversación seria contigo! —Levanté los brazos.

—Claro que sí. Ven. —Me agarró de la mano—. Vamos a fumarnos el cigarrillo de la paz.

—Yo no fumo. ¿Y te has lavado las manos antes de tocarme?

—¿Por quién me tomas? He estado cocinando.

—No me como esas verduras ni aunque me paguen.

—Cosas peores te habrás metido en la boca.

—¿De verdad quieres saberlo? —Crucé los brazos sobre el pecho y levanté el mentón.

—Lo cierto es que no. No quiero. Si lo haces, me caigo muerto.

Terminamos en la terraza, bebiendo vino y él fumándose medio paquete de

tabaco. Vimos atardecer, cenamos, pusimos una película y nos fuimos a la cama. Debía descansar para aguantar las cuatro horas de clase sin descanso que me esperaban al día siguiente. No le pregunté a Rubén por quién había traído a casa. Él había hablado de un encuentro casual y sin importancia, pero algo me decía que no era así.

Pantalón gris y blusa blanca de manga corta. Me dejé el pelo suelto un poco ondulado y me calcé unos zapatillas de deporte blancas. Quizás debería haber llevado otro tipo de zapatos, no sé, más protocolario, pero preferí ir cómoda y, además, me bastó un día para darme cuenta de que el profesor no era estirado ni le iba lo solemne y ceremonioso. Él iba al grano y sospechaba que era así en todos los aspectos de su vida.

Quedé con Marisa en la cafetería antes de que empezara la clase y charlamos sobre el temario expuesto el martes y lo que le seguiría hoy. El profesor Torres había dejado claro que las clases había que traerlas preparadas y la tarde anterior lo que preparé a conciencia fue la charla trascendental con Rubén, en la que no hablamos de nada importante; así que aproveché el corto café para dar un repaso a algunos párrafos. Marisa me resumió otros tantos y entre las dos pudimos revisar casi todo en el poco tiempo que tuvimos.

—Vámonos que llegamos tarde —avisó, recogiendo su ordenador.

Miré el reloj de mi muñeca y me levanté de un salto.

Cuando entramos en clase, ya estaban todos en sus sitios correspondientes. El profesor aún no había llegado y respiramos tranquilas. Tomamos asiento en la tercera fila y pusimos el teléfono en silencio.

—No ha venido —dijo Marisa.

—¿Quién? —La miré.

—El chico que faltó ayer.

—¿Por qué das por hecho que es un chico?

—No sé. Mi séptimo sentido.

—Querrás decir el sexto.

—Mi sexto sentido es el de oler desde la distancia a los tíos que no me convienen.

—Ojalá yo lo hubiera tenido —susurré.

—¿Qué has dicho?

—Nada. Que a ver quién nos toca en el grupo. Con la suerte que tengo... —rebufé.

—Chicas. —Un compañero se giró hacia atrás y se dirigió a nosotras —. Estamos apostando por el nuevo o la nueva. ¿Qué decís? ¿Chica o chico?

—Chico —aseguró Marisa.

—Me da igual —contesté, desganada, yo.

—Venga. Di algo —me animó mi amiga.

—Alien.

Marisa achichó los ojos y sonrió.

—Mirad. Será ese. —Otra compañera, sentada delante de mí, señaló hacia la puerta.

—Dioses de los tíos buenos, habéis enviado al dios mayor. —Marisa levantó el semblante y abrió mucho los ojos y la boca.

Seguí su mirada hasta toparme con un cuerpo definido dentro de una camiseta blanca de manga corta y unos vaqueros Levis. Llevaba una mochila negra colgada de un hombro ancho y sí, el destino o quien quiera que decidiese el futuro, había escuchado a mi amiga y el chico era muy guapo. Pelo y ojos castaños claros, piel morena y bastante alto. El nuevo echó una ojeada a la sala, caminó hasta mi lado y se detuvo.

—¿Está libre? —Señaló el asiento vacío de mi derecha.

—Sí. —Asentí, y quité mi bolsa de la silla.

Se sentó, me miró y sonrió.

—Soy Cristian. —Se presentó.

—Yo soy Marisa, y ella es Itxel. —Mi compañera se adelantó con una gran sonrisa y le ofreció la mano—. Tú aún no lo sabes, pero eres nuestro compañero. —El muchacho arrugó el entrecejo sin entender lo que decía. Claro que éramos compañeros, estábamos en la misma clase—. Quiero decir que hemos hecho grupos de tres personas y tú estás en el nuestro. En el de Itxel y mío. Los hicimos ayer. Por cierto, ¿qué te ha pasado en el brazo? —Ambas miramos su brazo izquierdo, enyesado y en cabestrillo.

—Tuve un accidente de moto ayer por la mañana. Por eso no pude venir. —¿Había dicho accidente de moto? Vaya...

—Oh, lo sentimos. Verdad, ¿Itxel? —Me dio un codazo para que espabilara, me había quedado en Babia mirando la venda.

—Sí... Lo siento mucho —reaccioné.

—No fue nada.

El profesor Torres hizo acto de presencia con una camisa de cuadros remangada hasta los codos, dio los buenos días y empezó a escribir en la pizarra.

—Me lo pido —me susurró Marisa, refiriéndose a Cristian.

Me puse a teclear la lista que el señor Torres estaba haciendo en la pizarra, al igual que todos los demás. Comenzó a explicar la forma de concebir, calcular, diseñar e integrar en edificios y conjuntos urbanos estructuras de edificación con seguridad y me concentré en no perder detalle de todo lo que decía. Repartió unas hojas con un caso práctico que debíamos resolver solos y me puse a ello con todo mi empeño.

Dos horas más tarde me dolían los ojos de tenerlos fijos en la pantalla y me los refregué.

—Pasa, Nicolás. Has llegado justo a tiempo. —¿Había dicho Nicolás? ¿Quién se llamaba así en esta clase?

—Vaya con Nicolás... —escuché a Marisa musitar.

—Buenas tardes, señor Torres. —¿Qué? ¿Por qué esa voz era como la de mi Nicolás? (¿He dicho mi Nicolás?) Quise morirme al instante. Y cuando levanté el semblante, quise morirme otra vez.

¡Era Nico! ¿Qué hacía allí Nico?

Un calor abrasador me subió del pecho hasta la cabeza. Debía tener las orejas coloradas, me las notaba arder.

—Bienvenido. ¿Chicos, podéis atender un momento? —Levantó la voz, y todos miramos. Bueno, yo ya miraba (completamente anonadada), me refiero a los que seguían con el trabajo—. Os presento al señor De la Vega. Será vuestro profesor sustituto en algunas clases prácticas.

¿De la Vega? Quizás debía estar volviéndome completamente loca, porque hasta donde recordaba (y lo recordaba todo con pelos y señales) los apellidos de Nicolás eran Navarro Santana. En esas estaba cuando sus ojos se encontraron con los míos. Lo cierto era que no parecía sorprendido. No, no lo estaba. Mientras yo sudaba por la frente y la boca se me reseca; él solo me miraba, como si esperara que esto sucediera. Demasiadas cosas se me escapaban últimamente. Me había mentido; o eso, o se había cambiado de apellido. No se llevaba muy bien con su padre, pero ¿hacer algo tan drástico? No me cuadraba. Su cara de culpabilidad me confirmó que más bien era lo primero que había pensado.

—Bien. Ya sabéis que prefiero ir al grano, así que el profesor De la Vega resolverá el caso que os he entregado hoy. Ya habéis tenido tiempo más que suficiente para terminarlo. Todo tuyo —le dijo, con las palmas de las manos hacia arriba y dando un paso atrás.

Nico dejó su maletín de cuero negro sobre la mesa, se remangó las

mangas de su camisa blanca y comenzó a hablar.

—La capacidad para integrar estructuras de edificación en edificios y conjuntos urbanos está, o debería estar, relacionado con la innovación y la creatividad, esa que todos, y digo todos, lleváis dentro... —siguió hablando mientras yo no podía dejar de pensar que no podía estar ocurriendo. Vale, eso, y lo bien que le quedaban los pantalones chinos beis que llevaba. Se le pegaban al culo de una manera... Ufff. Parpadeé y moví la cabeza con rapidez para sacudir la imagen de su perfecto cuerpo desnudo sobre mí. «Itxel, ya está bien», me advertí.

—Cómo le queda el pantalón. Menudo culito tiene el profe. —Marisa pegó su boca a mi oído y susurró. Parecía que no era la única de las féminas presentes que se había dado cuenta de ello. Marisa también. Marisa y todas las chicas de la clase. Así como algún que otro chico que lo miraba con ganas de que se los quitara e hiciera un estriptis.

Nico siguió explicando.

—¿Sí? —Le dio la palabra a Cristian, que había levantado la mano.

—Entonces, ¿debemos satisfacer las exigencias técnicas y estéticas aún cuando nuestro razonamiento más crítico nos diga lo contrario?

—Es lo más acertado profesionalmente hablando, pero a mí me gusta arriesgarme. La arquitectura es un puzzle con piezas de todo tipo que, por suerte, podemos modelar a nuestro antojo —contestó.

—¿A nuestro antojo? —replicó mi compañero.

—Sí, respetando siempre la cultura del lugar. Debemos poder crear lo que se nos solicita y se espera de nosotros, pero impregnarlo de nuestra esencia. Es esa, nuestra esencia, la que nos hace especiales y nos llevará a la cima.

Siguió con la clase magistral durante una hora más. Todos y cada uno de los alumnos participaron menos yo, que me había quedado muda y, para tartamudear y hacer el ridículo, mejor me quedaba callada. ¿Iba a ser así todo el curso? No era justo. Me había costado mucho que me aceptaran allí.

—Y eso es todo por hoy. Gracias a todos por participar —terminó.

—Gracias, señor De la Vega. Ha sido brillante. —El profesor Torres le estrechó la mano y le golpeó la espalda de una manera muy familiar—. Sabía que eras perfecto para este puesto. Estoy muy orgulloso de ti. —Se dirigió a nosotros—. Asombroso, chicos. Muy buenos los resultados de todos. Recordad que la biblioteca cierra a las tres y necesitáis estos manuales para la próxima clase. —Señaló la pizarra—. Nos vemos mañana.

Recogimos los ordenadores, metí el mío en su bolsa y me la colgué. Me dispuse a salir detrás de mis compañeros que hacían tapón en la puerta. Marisa caminaba a mi lado y nos detuvimos en la primera fila a esperar que la clase se vaciara.

—Disculpe, señorita. ¿Podría hablar con usted un momento? —me pidió el profesor.

—Te espero fuera —me informó mi amiga, con una sonrisa tranquilizadora.

Nos quedamos solos los tres. El profesor Torres, Nicolás y yo.

—Me dice su nombre, por favor.

—Itxel, Itxel Marcos.

—Señorita Marcos, no ha participado en la clase. ¿Hay algún problema? —Como siempre, directo al grano.

—Discúlpeme, señor Torres. Yo... Solo... —Sentía la vista de Nico sobre mí aunque yo no lo miraba a él. Pensé en inventarme algo así como que había pasado una mala noche, o tenía lepra y la lengua se me había caído a pedazos, pero no colaría, sobre todo porque ya estaba hablando, y no creía que ninguna excusa sirviera. Estaba allí para trabajar y no para perder el tiempo. No entendería que me moría por dentro porque el chico que me rompió el corazón hacía tres años había aparecido en clase para quedarse y destrozarme el traslado a Madrid y mi futuro como una prometida arquitecta.

—Envíemelo a mi correo. Quiero ver en qué ha trabajado hoy. No doy segundas oportunidades. Sé que puede hacerlo muy bien, por eso está aquí. O participa, o haré un informe negativo de usted y le daremos la plaza a alguien que lo merezca.

¿Qué podía replicar ante eso?

—Sí, señor. No volverá a pasar. —Me mordí el labio.

—Puede irse. La espero mañana.

Salí de allí a toda prisa y recorrí el pasillo hasta la salida como si me persiguiera una bandada de pájaros carnívoros que no comían desde el año mil.

Marisa me esperaba sentada en una muralla de un metro de altura a las afueras del edificio.

—¿Qué ha pasado?

—Nada. Todo bien.

—¿Bien? Tienes cara de haber visto un fantasma. ¿Te han expulsado?

—Abrió mucho los ojos.

—No... Solo... No es nada. Estoy bien. Quiere que le entregue el trabajo.

—¿Por eso te pones así?

—Sí. No sé si le parecerá interesante.

—Seguro que sí. No te preocupes. Lo que no sé es por qué solo te lo ha pedido a ti. Espera, ¿se lo ha pedido a alguien más? ¿Soy la única a la que no se lo ha pedido? Ay, Dios. Que voy a ser yo a la que van a echar del Máster. —Se tapó la cara con las manos.

—No es eso. No te preocupes. Quiere ver qué he hecho porque no he participado.

—Ah, es por eso. —Respiró tranquila—. ¿Por qué no has dicho nada? Nos habíamos preparado el temario.

—No tenía nada que decir. ¿Nos vamos? Tengo hambre.

Lo cierto es que no creía que volviera a tener hambre en mucho tiempo. Un agujero negro se había abierto en mi estómago y se había llenado de rabia y desazón. No cabía ni un poco de agua, pero quería largarme de allí a toda prisa, antes de que el señor De la Vega (léase con tono osco y desagradable) hiciera acto de presencia otra vez.

—Yo también. Llevo fatal lo de no hacer un descanso a media mañana. Deberíamos hablar con el señor Torres. Puede que estuviera de acuerdo, tiene pinta de estar enganchado al café. Pero antes tenemos que pasarnos por la biblioteca a sacar los libros.

—Está bien —musité. Solo necesitaba alejarme de ese edificio.

—Están al fondo de ese pasillo de allí. —Una mujer de unos cincuenta años nos indicó el lugar exacto de los manuales que buscábamos. Parecía tener prisa por irse. A mí, pasar el día en una biblioteca no me suponía un mal plan.

—Gracias.

Caminamos hasta la estantería y buscamos por sección y número.

—No los encuentro —susurró Marisa.

—Se los habrán llevado nuestros compañeros.

—Debería haber más de un ejemplar.

—Pero somos quince.

—¡Aquí está! —gritó, y lo sacó de la fila.

—Shhh —una chica nos mandó callar.

—Perdón —le contestó.

—Ya tenemos uno —me informó, contenta.

—Sigamos buscando los demás.

Mi amiga cruzó el pasillo y se alejó de mí. Yo me centré en encontrar los manuales que nos faltaban por el mismo sitio. Visualicé el título de uno de ellos, alargué la mano y lo cogí. Tras el hueco que quedó al sacarlo, al otro lado de la estantería, me encontré con la cara de Nico, que me miraba con seriedad. Mis ojos se quedaron clavados en los suyos en contra de mi voluntad y tuve que pellizcarme la cintura para reaccionar.

HABLA TÚ SOLO



No sé por qué me di un pellizco. Fue una reacción dramática para una situación que realmente lo era. La cuestión es que solté un pequeño chillido de dolor.

—Ay. —Sería bruta. Me saldría un moratón, seguro.

—¿Estás bien? —No sé cómo, pero Nico apareció a mi lado a una velocidad pasmosa.

—Sí.

—¿Te he asustado?

—No. Claro que no. —Olía tal y como lo recordaba. Me hubiese tapado la nariz, pero ya había hecho bastante el ridículo.

Me di la vuelta y me dispuse a marcharme de allí.

—Itxel... —me llamó bajito y lo ignoré.

—Itxel... —Me cogió del brazo y me detuvo.

Lo miré con muy mala cara y me soltó.

—Lo siento. Solo... ¿Podemos hablar un momento?

—No. —Intenté largarme.

—Itxel, por favor. —Se interpuso en mi camino.

—Te he dicho que no. —Di un paso hacia mi derecha, y él lo dio conmigo, acorralándome.

—Deberíamos hablar.

—Tú y yo no tenemos nada de qué hablar.

«¡Mentirosa!»

Di un paso a la izquierda y él me imitó.

—Como no me dejes en paz, me pongo a gritar —amenacé.

—No seas... —No sé qué iba a decir, pero se lo pensó mejor.

—¿No seas qué? —me envalentoné.

—No seas niña. Tenemos que hablar.

—Mire, señor... De la Vega. Por lo que a mí respecta, usted y yo

acabamos de conocernos, y es mi profesor. Supongo que a la Junta de esta universidad tan prestigiosa no le gustaría saber que uno de sus profesores está acosando a una alumna.

—Itxel...

—Adiós, profesor De la Vega, tengo que preparar la clase de mañana.

—Di, de nuevo, un paso hacia la derecha y esta vez no se interpuso en mi camino y me dejó marchar.

—He encontrado dos. —Marisa me esperaba en el mostrador para dar de alta los libros.

—Yo, uno. —Lo dejé sobre la madera y la bibliotecaria lo cogió.

Me entretuve con el móvil mientras esperábamos a que registrara las salidas de los manuales. Tenía algunas notificaciones en todas mis aplicaciones de redes sociales. No es que me interesaran demasiado en ese momento, pero necesitaba tener las manos ocupadas y la vista clavada en un punto fijo sin levantar sospechas del infarto de miocardio que estaba a punto de darme.

—He cambiado de opinión —escuché a Marisa.

—¿Qué? —La miré.

Estaba con los codos y la espalda apoyados en el mostrador y con la mirada puesta en algo que parecía muy interesante.

—He cambiado de opinión. Quédate con Cristian. Yo me pido al profe nuevo. —Seguí su mirada y me percaté de que a quien contemplaba con lascivia era a Nico, que salía de la biblioteca, llegaba hasta su moto, cogía el casco y se lo ponía. (Lo vimos todo porque las paredes eran de cristal, por si lo estás pensando)—. Encima tiene moto. Me ponen los tíos con moto. No sé por qué. Nunca me he subido a ninguna. ¿A ti te gustan las motos? —Se giró hacia mí cuando Nicolás arrancó, aceleró y desapareció.

—Sí. Tengo una Vespa.

—¿De verdad? ¿Algún día me darás una vuelta?

—La he dejado en Punta Umbría, pero podrías venirte un fin de semana. Sería divertido.

—Me encantaría. —Sonrió.

—¡Chicas! —Cristian entró desde la calle—. Os he estado buscando. He pillado los libros.

—Y te quejabas de que no íbamos a encontrar ninguno. Ahora los tenemos por duplicado —comentó mi amiga, ampliando la sonrisa—. Míralo, si es un sol. —Llegó hasta nosotras y se detuvo.

—¿Queréis comer? Yo invito —ofreció Cristian.

—No vamos por ahí con hombres que no conocemos —apunté, fingiéndome altiva.

—Soy Cristian, vuestro compañero de trabajo por obligación.

—Si no estás contento, cámbiate de grupo. —Marisa hizo un globo con el chicle que mascaba y lo explotó.

Yo recogí los libros que me entregaba la bibliotecaria y los metí en mi bolsa.

—Ni de coña. Algo me dice que he tenido suerte.

—Venga, Cristian. Tú invitas. Yo soy vegetariana. No me compres pizzas de carne sin preguntar —hablé sin pensarlo demasiado. Joder. Se me vino el mundo encima.

—Yo como de todo —replicó Marisa, acompañándolo con un guiño de ojos hacia nuestro nuevo amigo. Este gesto me vino de perlas para sacudirme el mundo del cuerpo y reírme con soltura.

Marisa era todo un personaje. Una mezcla entre mis queridas gemelas. Era fresca, pero a la vez se tomaba muy en serio los estudios y las clases. Decía lo que le venía en gana, pero con conocimiento de causa. Le daba igual lo que pensarán, pero prefería que pensarán bien. Era alegre, positiva y optimista, pero algo me decía que escondía una parte seria que algún día daría la cara.

Entramos a comer al mismo restaurante del día anterior, con la diferencia de que ese día, miércoles, por cierto, un engendro de profesor se tomaba una cerveza en la barra. Definición de «engendro de profesor» para Itxel: Nicolás Navarro Santana; quiero decir, De la Vega, o como quiera que se llamara.

Marisa y Cristian le dieron las buenas tardes cuando pasamos por su lado y Nico respondió con educación sin quitarme la vista de encima. Nos sentamos en una mesa a pocos metros. Yo hubiera preferido irme a otro lugar, pero no encontré excusa creíble para ello, así que intenté tomar asiento a espaldas de él, sin embargo, Cristian se me adelantó.

Pedimos la comida y traté de no mirar en esa dirección, pero no tenía que hacerlo para sospechar que Nico esperaba a alguien. Habían pasado muchos años, no obstante, me admití a mí misma que si llegaba una mujer y la besaba, vomitaba lo que estuviera a punto de comer. Fue el profesor Torres el que apareció, le habló y le acompañó hasta un par de mesas más al fondo que la nuestra. Perfecto. Ahora lo tenía justo en frente de mí. Durante un segundo,

nuestras miradas se encontraron y tuve que volver a pellizcarme para apartar el semblante hacia otro lado. Me dolió, pero no grité. Maldita la manía que estaba cogiendo para poder pasar de él y de su magnetismo. Iba a terminar repleta de cardenales. Acabaría pareciendo un dálmata hinchado.

En cuanto llegué a casa, me tiré en la cama e intenté dejar de darle vueltas a la cabeza y pensar en los meses que me esperaban si Nicolás iba a ser mi profesor. Por más que me lo repitiera, no me lo podía creer. Qué mala suerte.

El plan A no funcionaba, así que pasé al plan B. Me levanté, puse música y cogí el móvil. Cotillearía un rato en Facebook y se me olvidaría, pero lo que cogí fue un cabreo de la leche. Me moría de la envidia al ver fotos de amigos y conocidos en la playa, en algún chiringuito a orillas del mar o a algún vecino en la piscina que tanto adoraba. De repente, una idea de pacotilla, de estas que sabes que no te harán ningún bien, sino todo lo contrario, se me vino a la mente y no pude detenerla. Escribí sobre el buscador de la red social el verdadero nombre de Nico y pulsé la lupita. Me aparecieron varios con el mismo nombre, sin embargo, reconocí su cara y su sonrisa al instante. Me puse muy nerviosa. No quería saber de su vida. O sí quería. O no quería. No, no, no quería. Dejé el teléfono sobre la cama y miré la pantalla hasta que se apagó. Fui a por un vaso de agua y volví con una copa de vino blanco. De nuevo, me quedé observando la pantalla oscura. Le di un sorbo al vino, lo deposité en la mesita de noche y me armé de valentía. Sí quería.

Lo desbloqueé con la huella dactilar y allí estaba. Su cara y su sonrisa. Esa que me cautivó años atrás y que en ese momento hubiera destrozado de un puñetazo.

Abrí su perfil. No tenía demasiadas fotos, o a mí no se me permitía verlas porque no éramos amigos. Ni en Facebook ni en la vida real, ojo. De portada, su moto con un bonito paisaje de montañas al fondo. Deslicé hacia arriba. Una imagen de él con Javier de no hacía mucho, los dos estaban cambiados. Una foto de grupo en la que salían varias chicas, todas muy guapas y esbeltas (celos. Muchos y a lo bestia). Suspiré y cerré la aplicación. ¿Qué estaba haciendo?

Cogí la copa de vino y el teléfono y me senté en la terraza. Lo encendí de nuevo, pero no para seguir investigando al engendro de profesor.

—¡Hola, Quinn! —Maite me saludó al otro lado de la línea.

—Hola, Negra —contesté en un tono más pasivo.

—No me lo digas. Harta de estudiar y de Madrid. Esa ciudad tan grande no es para ti.

—No es eso.

—¿Qué es?

—Psss —susurré.

—Has llamado para contármelo.

—He visto a Nico —solté sin más. Necesitaba contárselo a alguien, y sí, me quité un peso de encima.

—¿¡Quéeee!?! —gritó.

Tuve que apartarme el móvil de la oreja.

—¿Qué has dicho? ¿Has visto a Nico? —Tenía el teléfono a unos cuantos centímetros del oído, pero, como ella seguía chillando, la escuchaba a la perfección.

—Eso.

—¿Cuándo ha sido?

—Esta mañana. Y... Hace un par de días.

—¿¡Quéeee!?! ¿Lo has visto más de una vez? ¿Te has vuelto loca?

—Mai. Estoy sorda, pero tengo el audífono puesto. No hace falta que me grites.

—Lo siento, pero ¿qué quieres que te diga?

—Dime lo que te dé la gana, me importa el cómo.

—Pues... La verdad... No sé qué decirte.

—Que soy idiota porque me afectó.

—Eres idiota. Pero cuéntame con detalles y te critico con conocimiento de causa.

—Salí con Rubén de fiesta y me lo encontré en la discoteca.

—Hasta ahí bien. ¿Qué te dijo? ¿Rubén lo vio? ¿Lo mató?

—¿Qué? No. Digo, sí. Lo vio, pero no sabe quién es.

—¿Y qué te dijo?

—Estaba sorprendido. Quería acompañarme a casa.

—Le dijiste que no, supongo.

—Por supuesto. Y le dejé claro que solo había sido una casualidad. Que no quería saber nada de él.

—Esa es mi chica. ¿Estás bien? Entiendo que te afectara verlo, pero Madrid es muy grande. Sería difícil que volvierais a coincidir.

—Ese es el problema...

—¿Problema...?

—Esta mañana también lo he visto.

—Qué mala suerte. —Chasqueó con la lengua.

—Eso no es todo.

—¿Hay más?

—¿Estás sentada?

—No.

—Pues siéntate.

Escuché ruido de fondo.

—Ya.

—Es mi profesor.

—¿¡Quéee!?

—Es mi profesor, Mai. ¿Voy a tener que repetírtelo todo?

—Las veces que haga falta. ¿Es tu profesor? Pero ¿cómo es eso posible?

—No lo sé.

—Debió terminar la carrera el año pasado. No le ha dado tiempo a llegar hasta ahí.

—Yo he pensado lo mismo, pero eso no es lo importante.

—Lo importante es que vas a tener que verlo todos los días. Y que es tu profesor, claro, con lo que eso conlleva.

—Hoy ha intentado hablar conmigo en la biblioteca y le he amenazado con denunciarle por acoso si no me dejaba irme.

—Te has pasado.

—Pero tú, ¿de qué lado estás? Ha vuelto a aparecer en mi vida, Mai. La ha puesto patas arriba de un día para otro. ¿Qué voy a hacer? Dime, ¿qué voy a hacer?

—Seguir con tu vida.

—¿Y cómo hago eso? Es Nico, Maite, es Nico.

—Es Nico, sí, lo sé. Es ese tío que te empujó a coger la moto y a conducir como una loca y sin casco y que tuvo como consecuencia un accidente que te dejó sorda de un oído. Es ese tío, sí, ese que se largó cuando las cosas se complicaron y te dejó sola sin despedirse ni darte ninguna clase de explicación. Ese tío que desapareció de la faz de la Tierra y te destrozó el corazón. Sé muy bien quién es Nico, y tú deberías no olvidarlo.

—No lo hago, pero no seas tan injusta con él. El accidente fue responsabilidad mía.

—Lo único que sé es que casi pierdo a mi mejor amiga, y no pienso

perdonárselo nunca.

Un intenso silencio se hizo entre nosotras.

—Xel, te quiero. Por favor, no hagas ninguna tontería. Sigue con tu vida como si él no existiera.

—Eso pensaba hacer. Solo necesitaba contárselo a alguien.

—Puedes llamarme siempre que lo necesites.

—Lo sé. Yo también te quiero.

Por la noche estuve hablando con mi hermana sobre la salida del jueves y la fiesta a la que parecía estaba obligada a asistir.

—Puedes traer a Rubén —me dijo.

—Rubén. —Miré hacia el lado izquierdo del sofá y me dirigí a él—.

Mi hermana nos invita a una fiesta mañana. ¿Vamos?

—¿Necesitas niñera?

—Necesito a un amigo. —No sabía él cuánto.

—Yo voy contigo hasta los infiernos, morenita —contestó como si nada, sin quitar la vista de la tele.

—Cuenta con nosotros. ¿A qué hora es?

—Mañana te mando lugar y hora por WhatsApp. Tengo que colgar.

Ricky me espera desnudo.

—Qué poca vergüenza tienes.

Me colgó sin contestar.

—¿Qué dice? —Rubén se interesó.

—Que su novio, el vagabundo, la espera con el badajo al aire.

—Qué imagen más asquerosa, por Dios.

—Eso mismo digo yo.

El jueves tuve suerte, las estrellas y los planetas se alinearon, cantaron, bailaron y brillaron en los Mundos de Itxel, y Nico no apareció por clase en toda la mañana. Dimos teoría durante las cuatro horas y he de admitir que se me hizo un poco pesado. Tenía ganas de alejarme de la facultad hasta el lunes y quitarme de encima ese miedo de encontrármelo en cualquier momento.

—Por fin jueves. —Marisa sonrió cuando salimos al patio y pisamos el césped.

—Voy a por cervezas. —Cristian tiró su mochila al suelo y yo me senté con las piernas cruzadas muy cerca.

—Qué gran invento lo de no tener clases los viernes.

—Ídem —convine.

Se escuchó la puerta de un coche cerrarse a unos metros a nuestra derecha y miramos en su dirección. Nico bajaba de un Nissan todocamino rojo con vaqueros, zapatillas de deporte blancas y unas gafas de sol que... Pufff, resoplé.

—Ese es de los que hay que alejarse.

—¿Mmm?

—Mi séptimo sentido me dice que el profesor de la Vega es de esos tíos que no convienen, de los que te causan problemas.

No sabía Marisa lo acertada que estaba siendo con sus sospechas. Al final iba a ser cierto que la naturaleza la había dotado del séptimo sentido del que se jactaba.

—No lo sé.

—Claro que no lo sabes. No lo conocemos de nada, pero te lo digo yo. Ese lleva una luz de aviso en la cara. Esos chicos hacen lo que les da la gana. Ese te hace añicos el corazón y lo pisotea. Un mal bicho.

—No es un mal bicho —se me escapó.

—Que sí, que te lo digo yo. —Ella no se dio cuenta de que lo afirmaba sabiendo lo que decía.

Vale que Nico me había destrozado el corazón y casi la vida, pero no era una mala persona, al contrario. Casi todos los recuerdos de él eran maravillosos, él lo era. Amable, simpático, educado y amigo de sus amigos, aunque me demostró que mío no lo fue.

Entró en el edificio y lo perdimos de vista.

—Cervezas frías. —Cristian nos dio una lata a cada una.

Marisa levantó el mentón y pude atisbar, a través de sus gafas de sol, que cerraba los ojos.

—Me gusta el sol —afirmó.

—Te vas a quemar. Ven, ponte en la sombra —le aconsejé.

—Paso. Quiero coger morenazo. —Se bajó los tirantes de la camiseta y me ignoró.

—Vámonos a la playa —propuse.

—¿Este fin de semana? —preguntó mi amiga—. No puedo. Mi tía me lleva a una exposición de cuadros de una amiga. Le prometí que iría.

—Este fin de semana, no. Busquemos uno. Os invito a casa.

—¿A mí también? ¿Ya somos amigos? —me preguntó Cristian con una sonrisa.

—Aún no. Estás a prueba. Si de aquí a allí te comportas, te daré una cama.

—Puedo dormir en la tuya.

—En tus sueños.

—Por supuesto. —Levantó la cerveza hacia mí y brindé con él.

—Tengo hambre. ¿No tenéis hambre? Vámonos. Hoy invito yo. —
Marisa se levantó como un resorte y nos asustó.

—¿Adónde vas con tanta prisa? —Le di un trago a mi cerveza.

—Me suenan las tripas, ¿no las escucháis? Si no como, vomito. Soy alérgica a la abstinencia.

—Ni que lo digas. Y yo. —Cristian soltó una risotada.

—No me refiero a eso, ¡pervertido! —Lo señaló, riendo—. Vámonos a un Burguer King o algo parecido. No tengo mucho dinero. Necesito buscar trabajo. ¿Conocéis a alguien que necesite una camarera, un peón de albañil o una electricista?

—¿De verdad trabajarías en eso? —Me levanté muerta de risa. Marisa no tenía fin, podía hablar y hablar sin ton ni son hasta que explotara el sol.

—Soy capaz de todo con tal de no aguantar a mi tía cada tarde.

—¿Tan pesada es?

—Es rara. Ya la conocerás algún día. Y necesito dinero. Estoy aquí por una beca.

—Por lo que leí, las prácticas del máster son remuneradas.

—Aún faltan semanas para empezarlas. Necesito dinero.

—Puedo dejarte si quieres.

—Te lo agradezco, pero prefiero arreglármelas sola.

—Esta noche voy a una fiesta con mi hermana.

—¿Vives con tu hermana?

—No. Con un amigo. Ella vive con su novio. ¿Os venís?

—¡Yo voy!—Marisa levantó la mano.

—Yo también. —Cristian se apuntó.

—¿Estás lista? No entiendo cómo tardáis tanto —refunfuñó Rubén en el salón.

—¿Quiénes tardamos tanto? —Caminé hasta él con un vestido blanco y estrecho, bastante corto.

—Las mujeres —contestó trasteando con el móvil—. Sois como un autobús que nunca llega. *Wow*, estás preciosa —dijo cuando me miró.

—Gracias. ¿Por qué eres tan gilipollas?

—¿Perdona?

—¿Por qué nos cosificas?

—Espera. —Levantó el brazo—. ¿Qué bicho te ha picado a ti hoy?

—El bicho de la impaciencia. Necesito pasarlo bien. ¿Nos vamos?

—Usted primero, princesa. —Hizo una pequeña reverencia con el brazo y me instó a que saliera yo delante.

DISCOTECA DE PERIFERIA



—¿Estás segura de que la fiesta es aquí? —me preguntó Rubén, con una ceja levantada, asombrado por el local inmundo al que le había llevado—. Esta noche nos roban.

—¡No seas pijo! A mí me gusta. —Lo cogí de la camiseta y lo arrastré hasta la barra.

No pasaban las once de la noche y en el local no cabía una persona más. Por cierto, todas ellas con *piercing*, tatuajes y ropa que había vivido tiempos mejores (hacia como cincuenta años). Todos me recordaron a Ricky, el Vagabundo que salía con mi hermana.

—¡Dos cervezas! —Levanté la mano y, con dos dedos, se las pedí al camarero.

—A mí pídemela en botellín, no me fío de la limpieza del vaso. —Sé que lo decía de broma porque, aunque había crecido en una familia con dinero y padres bastantes pijos, a él nunca le había importado eso.

—Deja de hacer el imbécil y sácame a bailar.

—¿Esto se baila? —Una música a lo Metallica, pero más *destroyer* sonaba muy alta.

—Se baila todo, princesa de Gales —lo increpé.

Soltamos un par de carcajadas y comenzamos a saltar junto a un grupo de personas. Nos bebimos las cervezas mientras lo dábamos todo en medio del local, hasta que vi a mi hermana junto al escenario y caminamos hasta ella.

—¡Mar! —La abracé.

Rubén y ella se saludaron también con un sentido abrazo.

—Llegáis justo a tiempo. Al grupo de Ricky le toca ahora. ¡Ricky! —lo llamó.

El susodicho llegó a nuestro lado.

—¿Qué pasa, colegas? —Nos chocó la mano y nos abrazó.

Estaba claro que se había fumado una plantación de marihuana.

—Bien, colega. —Rubén le siguió el rollo, pero yo noté el toque de sarcasmo impregnado en el saludo.

—Vamos a empezar ya. Tengo que irme... —Señaló atrás—. Podéis quedaros aquí... O... Tomaros otra, yo invito. —Parecía muy puesto. Empecé a dudar si solo era de *maría*.

Desapareció tras una cortina negra y Mar nos pidió que la acompañáramos hasta una especie de zona vip (una mesa con algunas sillas delante del escenario). Tomamos asiento para ver el concierto.

Envié un mensaje al grupo de WhatsApp que había creado con Marisa y Cristian (Grupo Máster, no me había quebrado la cabeza), y me contestó ella diciéndome que se habían perdido con el coche y aún no habían encontrado el lugar exacto. Les envié la ubicación y un montón de *emojis* relacionados con el rock y los dolores de cabeza.

—¿Te gusta? —me gritó Mar.

—¡No está mal! —¿Qué iba a decirle? ¿Que parecía un grillo pisado y ahogado? A ver, no es que lo hicieran mal, pero a mí ese tipo de música no me llegaba.

—Yo no puedo dejar de imaginármelo con los huevos colgando. —Rubén pegó la boca a mi oído.

Lo miré y comencé a reírme.

—¡Qué asco! —Me tapé la cara y seguí carcajeándome.

Ricky se movía de un lado a otro del escenario como si la vida le fuera en ello y yo solo veía su badajo danzando arriba y abajo.

—Por tu culpa voy a tener pesadillas esta noche. —Señalé a Rubén.

—¿Qué dices de mí? Voy a soñar que una polla enorme me persigue. —Nos partimos de la risa.

—¡Itxel! —escuché la voz de Marisa entre tanto estruendo y vocerío, y la vi a ella y a Cristian a dos metros.

—¡Hola! —Me levanté y les indiqué que se acercaran—. ¡Por fin habéis llegado!

—Ha sido por su culpa. No ha querido seguir mis indicaciones. —Señaló a Cristian.

—Pero ¡si nos llevabas hacia Cuenca!

—Sentaos. Os presento. Él es Rubén, mi compañero de piso y amigo. Rubén, ellos son Marisa y Cristian, compañeros de clase. ¿Dónde está mi hermana? —pregunté a Rubén.

Con la cabeza, señaló frente a nosotros, y pude verla saltando sobre el

escenario al lado de su novio «el cantante de Metallica venido a menos y vagabundo».

Los recién llegados tomaron asiento en *la zona vip* y pedimos otra ronda.

Tres o cuatro canciones después (a mí me parecieron un millón y los oídos me sangraban), observé a Rubén arrugar el entrecejo mientras miraba el móvil.

—Morenita, tengo que irme —comentó.

—¿Qué? ¿Te vas? —Abrí mucho los ojos.

—Tú estás bastante bien acompañada y a mí el deber me llama. — Señaló el teléfono en su mano.

—Me cambias por un polvo.

—Yo no te cambio por nada, pero déjame follar un rato. Necesidades...

—Necesidades del ser humano —lo corté—. Lo sé, lo sé. —Alcé la palma de la mano—. Está bien, no te preocupes. Cristian me llevará a casa.

—Eres la mejor. Te veo mañana. —Me dio un beso en la mejilla, se despidió de mis amigos y se marchó.

Nosotros nos levantamos, fuimos a la barra a pedir unas copas y bailamos durante la siguiente hora. Cristian se movía de maravilla y estuvo compartiendo canciones con Marisa y conmigo. Hacía mucho que la actuación de Ricky había terminado y la música cambiado a mejor. Menos mal, aquello llegó a parecerse a un exorcismo en grupo, llegué a tener hasta miedo de que me arrancaran el corazón y se lo comieran entre todos. Bueno, no tanto, pero lo que nos reímos con la cara de sorprendido de Cristian, otro pijo metido en un local de periferia, pero él no se quejó, ojo. Desde el primer día pude observar lo competente y buen tío que era.

—Voy a por otra. —Alcé mi vaso vacío—. ¿Alguien quiere?

—Servida. —Marisa le dio un trago al suyo.

—Tengo que conducir. —Cristian se encogió de hombros.

Caminé hasta la barra apartando con la mano al mogollón de personas que se agolpaban en el bar, me apoyé en ella y me retiré el pelo de la cara.

—¿Me pones otra? —pedí a la camarera.

—Dos. —Dijo alguien a mi lado.

Atisé de reojo que se trataba de Nico. No hizo falta mirarle, su voz se me clavó como un puñal. ¿En serio? ¿Estaba siendo objeto de una broma pesada? ¿Tenía que encontrármelo en todas partes? ¿Qué hacía en este antro?

Lo ignoré y seguí mirando al frente. Él se acercó a mí, muy despacio, rozando con su pecho mi hombro, alargó el brazo y cogió una servilleta de un cesto que se ubicaba a mi izquierda. La llevó hasta mi cuello y me acarició con ella. O eso fue lo que yo sentí, una caricia que me puso todos los vellos de punta. Tragué con dificultad y le pregunté (sin respirar y en plan tonta perdida) qué estaba haciendo.

—Tienes carmín aquí. —Siguió la línea de la mandíbula y fue a subir hasta mi boca.

Aparté la cara hacia el otro lado, pero él me agarró el mentón y me puso frente a él, sin presionarme. No hizo falta mucho esfuerzo para que yo me dejara hacer. No dijo nada y yo tampoco hablé. Solo nos miramos durante unos segundos, aislados del ruido, la gente y el mundo. Tal vez aquello solo lo sentía yo, pero algo me decía que él tampoco se había percatado de que la camarera nos había dejado las copas delante de nosotros.

Sus ojos brillaban.

Los míos ardían.

En llamas.

Me quemaban.

Pasó el dedo pulgar por el borde de mis labios a la vez que abría su boca y surcaba los suyos con la punta de la lengua. ¿Qué era aquello?

Gracias a mi hermana, reaccioné a tiempo. La vi detrás de Nico, a unos metros de él, caí en la cuenta de que, si lo veía allí, se podía liar muy gorda, así que, con rapidez y sin despedirme, cogí mi copa y me largué antes de que fuera demasiado tarde.

—Chicos, ¿nos vamos a otro sitio?

—A mí me mola esto —contestó Cristian. Y advertí que miraba embobado a una pareja de chicas que se besaban muy cerca.

—Yo también estoy bien. —Marisa tonteaba con uno de los chicos de la banda de Ricky.

Tomé asiento cabizbaja y refunfuñando y valoré el marcharme a casa. Pero yo los había invitado y no los iba a dejar allí.

Sentí los ojos de alguien sobre mí y me dije a mí misma que dejara de fantasear sobre el hecho de que Nico me estuviera observando y se muriera por mis huesitos e hiciera algo al respecto. De querer que fuera así, específico.

—Cristian, ¿bailamos? —Lo agarré de la mano, tiré de él y comenzamos a dar vueltas, empujando a los que danzaban a nuestro alrededor

—. ¡Lo haces genial!

—¡Eso decís todas! —Pegó mi culo a su cintura, lo empujé entre risas y volvió a girarme sobre mí misma.

Mar se acercó a informarme de que se largaba a casa porque mañana tocaban en otro local y Ricky tenía que cuidarse la garganta (sin comentarios). Me despedí de ella muy cerca de la puerta, con el bar casi vacío y le pregunté a Cristian por Marisa.

—No tengo ni idea. Creo que salió a la calle.

La encontramos sentada sobre la acera. Se quejaba del daño que le habían hecho los zapatos de tacón y lloriqueaba porque no había traído tiritas.

—Siempre las traigo, pero hoy he cambiado de bolso y se me han olvidado. No es justo. ¡La vida no es justa! ¿Por qué no puedo llevar zapatillas de deporte? ¿Por qué? ¿Por qué?

—Sí que puedes. —Me senté a su lado y le eché el brazo sobre los hombros.

—Voy a por el coche. Esperad aquí. —Cristián nos dejó solas.

—¿Por qué eres tan buena? —Dejó su mejilla sobre mi hombro.

—Si no he hecho nada. —Sonreí.

—Me alegro de haberte conocido. —Ya se sabe: el alcohol ensalza la amistad y las ganas de demostrarla.

Unas botas negras y unos vaqueros gastados se detuvieron delante de nosotros, a solo un metro. Subí con la vista hacia arriba hasta que mis ojos chocaron con los de Nico.

—¿Necesitáis ayuda? —habló, serio.

—No, gracias —contesté, segura.

Marisa parecía dormida.

—Os voy a llevar a casa. —Fue a dar un paso hacia delante y lo detuve.

—He dicho que no, gracias —repetí.

—No pienso dejaros aquí así —insistió, sin una pizca de duda.

—Profesor De la Vega, ¿qué hace usted aquí? —Marisa habló en un estado evidentemente ebrio y parpadeó—. ¿Estoy soñando? No quiero despertarme nunca, está usted muy bueno.

—Será mejor que te vayas —le advertí—. Cristian ha ido a por el coche.

Mi amiga volvió a dormirse.

—No vas a subirte al coche de alguien que ha bebido.

—¿Lo que pediste en la barra era agua? De todas formas, jamás iría contigo. Vete, no quiero que Cristian te vea aquí.

—Itxel...

—He dicho que te vayas —dije alto y claro.

No parecía que fuera a hacerme caso, pero Cristian aparcó junto a la acera, se bajó del coche y vino hacia nosotros. Nico se dio cuenta y, después de valorarlo, se alejó, no sin reticencia.

El viernes me desperté casi al mediodía, con la baba caída, una pierna casi en el suelo y el pelo revuelto. Me dolía la cabeza y el timbre del teléfono móvil sonando, como si el mismísimo diablo me estuviera gritando que iba a quemarme en los infiernos si no me levantaba, me duchaba y me ponía a estudiar como una persona responsable y adulta, no me ayudaba a sentirme mejor y dejar de desear decapitarme con una de las hojas de la ventana de mi dormitorio.

—¿Sí? —respondí con la voz pastosa.

—¿Anoche vimos al señor De la Vega? —La voz de Marisa era ronca.

Mi cuerpo se tensó. ¿Cómo podría explicar la conversación que tuvimos? No fue muy larga, pero le hablé de una manera estúpida y cortante; y él se ofreció a acercarnos a casa. ¿Qué profesor te habla a las cinco de la mañana de esa manera y con esa confianza?

—No... No lo recuerdo.

—Creo que me estoy volviendo loca. He soñado que lo vimos y quiso llevarnos a casa. Qué locura. Me hubiera ido con él. ¡Y me lo hubiera tirado!

—¿Ya no recuerdas lo que tu séptimo sentido te dice de él?

—Sí, sí. No lo he olvidado. Pero yo solo querría tirármelo, no casarme con él. Además, es nuestro profesor —siguió—. Pero eso me pone más. Jo. Moto, profesor, está bueno y es muy inteligente.

—Al final te enamoras.

—No, no. ¿Estás loca o fumas setas? —¿Las setas se fuman?— ¿Qué pirada se enamoraría de un tío como él?

Una pirada como yo.

—¿Te vienes a comer? —propuso.

—No puedo. Tengo cosas que hacer.

—Como quieras. He quedado con unas amigas. Pasaremos la tarde por ahí. Si cambias de idea, llámame.

Pasé el fin de semana en casa. Quise olvidarme de que, casi con total probabilidad, la clase del lunes la impartiría Nico. No es que me gustara flagelarme, sino más bien que las clases prácticas las daba él y por algo nos habían pedido los manuales. Aun así, me quedaba una ínfima esperanza de que hubiera enfermado de una gripe tropical y tuviera unas fiebres horribles durante semanas.

ALGO PERSONAL



—Buenos días, ¿qué tal el fin de semana? —Nicolás preguntó a todos, pero mirándome a mí de soslayo, justo después de hacer acto de presencia en el aula y dejar su maleta sobre la mesa.

«Hale, Itxel, no ha pillado ninguna fiebre tropical, sino que está más guapo que hace tres días». ¿Cómo podía ser eso posible?

—Qué guapo es... —susurró Marisa a mi lado, que se había convertido en mi voz interior y repetía todo lo que yo pensaba respecto al atractivo de Nico.

—Sacad los manuales y abrid el del profesor John Summerson. Vamos a hablar sobre el lenguaje de la arquitectura. —Repartió unos documentos, empezando por la primera fila. Lo vi llegar a mí y dejar el mío justo delante. Noté su brazo rozarme el hombro y me estremecí.

Pufff. Mal íbamos.

Lo odiaba por hacerme sentir así. Bueno, por solo hacerme sentir.

—«El análisis sobre el lenguaje de la arquitectura se dirige a todos aquellos que aprecian lo suficiente la arquitectura para empezar a reflexionar sobre ella en lugar de limitarse a la contemplación». —Leyó, con el libro abierto entre las manos—. ¿Alguien puede decirme, en líneas generales, a qué se refiere el señor Summerson?

Ana, una alumna de la segunda fila, contestó que solo los que amamos este arte somos capaces de ver más allá de lo que tenemos delante y transformarlo en algo mejor y más bello.

—Está bien. —Nico hizo un pequeño esquema en la pizarra—. ¿Alguien más?

—Para apreciar la arquitectura, no solo hay que verla. Hay que oírla, escucharla, sentirla y, aunque lo intentemos y la amemos, no todos estamos capacitados para ello —respondí sin pensarlo.

—Buena puntualización. Doy por hecho que todos los que estamos aquí tenemos ciertas capacidades —me contestó Nicolás.

—Muchas veces queremos valorar lo que tenemos delante pero no somos capaces de hacerlo, o nos negamos a verlo —repliqué, quizás demasiado altiva. Y sí, iba con segundas, pero nadie más de la clase se percató de ello, a excepción de él.

—Para eso es esta clase, para aprender a ver más allá de lo tangible. Buscamos lo abstracto, la armonía, la belleza —declaró, clavándome la mirada, tras un segundo de incertidumbre—. Tenéis tres horas para realizar el caso práctico que os he dado. Podéis empezar ahora.

Fuimos dejando los trabajos sobre su mesa antes de salir. Ya en el pasillo, le pedí a mis dos compañeros que me esperaran fuera, tenía que ir al baño. La facultad estaba desierta. Se daban muy pocas clases en verano y pasaban las dos de la tarde, lógico que aquello pareciera más una mansión fantasmagórica abandonada que una universidad en la que cientos de estudiantes se graduaban cada año.

Entré en el solitario aseo, dejé mi bolsa sobre el lavabo, apoyé las dos manos sobre el mármol y respiré hondo. Entonces, escuché la puerta cerrarse detrás de mí. Levanté el semblante y pude observar a Nico acercarse con cautela reflejado en el espejo.

—¿Qué haces aquí? —pregunté, girándome.

—No puedes hacer eso —afirmó.

—¿El qué?

—No puedes convertirlo en algo personal.

—¿Qué? —Arrugué el entrecejo.

—Sabes muy bien a qué me refiero.

—No. No lo sé. —Crucé los brazos y levanté el mentón.

Dio dos pasos hacia mí y acertó la distancia que nos separaba.

—Supongo lo que te ha costado llegar hasta aquí. No puedes destrozar tu futuro porque me hayas encontrado.

—¿Encontrado? ¿Crees que te estaba buscando? —Solté una risa muy sarcástica.

—No he querido decir eso —reculó.

—Genial, porque no lo hacía. ¡Nunca lo he hecho! Es más, preferiría no haberte vuelto a ver, querría que no fueras mi profesor, pagaría por despertarme mañana y que esto fuera solo una mala pesadilla.

—Las pesadillas siempre son malas.

—Parece que sabes mucho sobre el tema.

—Las tengo desde hace años. —Suspiró—. Escucha, Itxel...

—Para ti, señorita Marcos.

—Itxel. —Ignoró mi petición—. Yo tampoco he querido que esto sucediera, pero estamos aquí y los dos deseamos que salga bien. Tenemos que ser adultos y comportarnos como se espera.

—Lo dice el profesor que ha entrado en el baño de chicas persiguiendo a una alumna.

—Itxel...

—Lo he entendido —lo corté—. Lo he entendido muy bien. Quizás tendrías que ser tú el que debería replanteárselo.

—Tengo muy claro lo que quiero.

—Perfecto —dije, soberbia—. Asunto arreglado.

Recogí mi bolsa y me dispuse a salir, pero él dio un paso hacia la derecha y me detuvo, interponiéndose en mi camino. Casi choco con su torso. Por cierto, olía...

«¡Itxel!», me reprendí.

—¿Estás bien? —Bajó el tono de voz y habló con un deje de cariño.

Le clavé la mirada, respiré, asentí varias veces y me largué.

Parece que nos quedó claro, las semanas siguientes fueron muy protocolarias entre nosotros. Él, el profesor por el que todas suspiraban; yo, la alumna que se negaba a suspirar por él. Nos tratábamos como lo que (no) éramos, dos desconocidos a los que solo les unía la pasión por la arquitectura y una relación profesional y educada. Participaba en clase, trataba que no me afectara su presencia y hablaba con conocimiento y manteniendo la distancia emocional que aún me unía a él. ¡Leches! Y por la noche no podía quitarme de encima su voz, su manera de explicar y su fascinación por lo que hacía. Le apasionaba el arte, la arquitectura y la docencia. Entendí cuando dijo que ninguno de los dos debería echar por tierra lo que estábamos consiguiendo y por lo que luchábamos.

Aquel día, todo iba sobre ruedas. Por fin jueves, habíamos superado con nota dos exámenes y la próxima semana mantendríamos diversas entrevistas para empezar con las prácticas remuneradas en los mejores estudios de arquitectura de Madrid. Hacía mucha calor, pero eso no nos quitaría la sonrisa y las ganas de pasarlo bien.

—Recordad que el sábado salimos —apuntó Cristian, mientras recorríamos el pasillo que daba al patio.

—No puedo. Tengo que trabajar —objetó Marisa, que había comenzado a currar en un bar de copas hacía diez días.

—¿No puedes pedírtelo libre? —le preguntó.

—¿Cómo voy a pedirme ya un día libre? Acabo de empezar. —
Resopló.

—¿Tú qué dices? —Me miró.

—Podemos ir a tu bar —propuse a mi amiga.

—¡Sería estupendo! —Dio un par de saltitos acompañados de unas palmaditas y me recordó a Rosalía. Después le enviaría un mensaje.

—Hablamos y te recojo. —Cristian me dio un corto beso en la mejilla. En ese momento, Nico pasó por nuestro lado y nos saludó con un seco «hasta la semana que viene»—. Me voy, tengo prisa. Nos vemos el sábado.

Salimos al patio y un sol abrasador nos abofeteó la cara. Nico hablaba por teléfono de pie junto a su moto y, por lo visto, me dejé llevar por lo bien que le quedaban las gafas de sol durante unos segundos en el que lo convertí en el príncipe azul de los Mundos de Itxel.

—Itxel... —Marisa me dio un toque en el brazo.

—¿Mmm?

—Que si te llevo. Hace mucho calor. Te va a dar un telele esperando el autobús.

—Si no te importa.

—Claro que no.

—¡Morenita! ¡Morenita! —escuché la voz de Rubén y miré en esa dirección.

Estaba con la espalda apoyada sobre su coche, con unas gafas de sol marrones, camiseta beis y pantalón vaquero claro. Todo le hacía juego con su pelo.

Corrí hacia él, salté, le rodeé la cintura con las piernas y lo abracé, contenta.

—¿Qué haces aquí?

—Tengo dos sorpresas para ti.

—¿Qué son? Dímelas.

—Entonces no serían sorpresas.

La moto de Nico comenzó a rugir detrás de mí.

Rubén me dejó en el suelo y pude observar cómo Nicolás no dejaba de mirarnos mientras se quitaba las gafas, se abrochaba el casco y se las volvía a poner. Aceleró un par de veces y pasó por nuestro lado a la vez que Rubén

abría la puerta, se metía dentro y yo me despedía de Marisa.

Mi compañero de piso me llevó a un lugar mágico a las afueras de la ciudad. Una piscina construida simulando un gran lago con todo su alrededor de una arena blanca muy fina.

—Pero ¡no traigo bañador!

—Te puedes bañar desnuda. —Sonrió.

—Tus ganas.

—Traigo de todo, morenita. —Abrió la bolsa que llevaba colgada en el hombro y me lo enseñó.

—¿Has registrado mis cajones?

—Sí, pero no he visto tu consolador.

Mi cara se tornó blanca y pegué un grito. Rubén soltó una risotada y siguió.

—Vamos, no pasa nada. Todos nos tocamos. Es otra necesidad del ser humano.

—¡Qué vergüenza! —Me tapé la cara.

—El que lleve piedrecitas, ¿tiene que ver con el placer? —me picó.

—Arggg. —Alcé los brazos—. Déjalo ya. —Fui a cobijarme debajo de un árbol y lo dejé atrás.

Cuando llegamos a casa, le di las gracias por la magnífica tarde que me había regalado, me di una ducha, cené algo ligero y me fui a la cama. Vino a mi habitación a despedirse y advertirme de que esa noche no volvería a dormir.

—¿Cena con final feliz? —Aparté el libro que estaba leyendo.

—Si con final feliz, te refieres a mamada, sí.

—Vete ya.

—¡Me acordaré de ti! —gritó desde el pasillo.

—¡Espero que no! —le respondí.

¿Pensaba acordarse de mí mientras una tía le comía el badajo? Buag. La imagen me removió el estómago y me levanté a hacerme una infusión.

Estaba calentando el agua en el microondas cuando escuché un ruido en el salón. El corazón me saltó de golpe en el pecho y me quedé tan quieta como una estatua de hielo. ¿Qué había sido eso?

—¿Rubén? —pregunté, intentando no demostrar el miedo que me recorría el cuerpo. Volví a escuchar otro sonido, juraría que la puerta cerrarse—. Rubén, déjate de tonterías. —Di un paso al frente y me dispuse a salir de la cocina.

Casi estaba fuera, cuando sonó el pitido del microondas y casi me mata del susto. Pegué un grito, me giré para ver que ningún asesino estaba a punto de clavarme un cuchillo por la espalda y me dispuse a cruzar el salón. Me topé con un cuerpo un segundo después.

—¡Ah! —grité.

—¡Ah! —gritó.

—¿Victoria? —Los ojos se me iban a salir de las órbitas.

—¿Por qué gritas? —Sonrió.

—¿Qué haces aquí? Casi me matas del susto.

—¿No te alegras de verme? —casi gruñó.

La rodeé con los brazos y la apreté.

—¿Cómo has entrado?

—Tengo una llave. Hice una copia la última vez que estuve aquí, pero no se lo digas a Rubén.

—¿Y si él hubiera estado?

—Lo he llamado antes de subir. Sabía que estabas sola.

—¿Él sabe...? —Estaba anonadada.

—Desde ayer. —Dejó la mochila sobre el sofá y se sentó—. Le hice prometer que no te lo diría.

—Esta mañana me dijo que tenía dos sorpresas. Tú eras la otra. —La señalé.

—¿Cuál fue la primera?

—Me ha llevado a una piscina preciosa.

—Me alegro de que te trate bien. Y, ahora, cuéntame. ¿Por qué casi no tengo noticias tuyas? —Puso los codos sobre sus rodillas y me miró con los ojos achinados.

—¿Por qué dices eso? —Me crucé los brazos, a modo de escudo.

—Casi no hablas por el grupo, no me llamas y no contestas a casi ninguno de mis mensajes.

—Estoy muy ocupada. Es verano, pero yo estoy estudiando.

—Yo también.

—Tú no empiezas hasta octubre.

—Pero leo mucho sobre el tema todos los días.

—Mentira. —Levanté una ceja.

Tras unos segundos, confesó.

—Vale, es mentira.

Nos reímos.

—¿Para qué has venido? No me digas que te apetecía disfrutar del sol de Madrid teniendo la playa al lado de tu casa.

—Bueno... —Fingió que se quitaba una pelusa de su top de hilo (repito: pelusa en su top de hilo).

—¿Has venido a ver cómo estaba!

—Psss...

—¿Te lo ha pedido Rubén?

—No...

—Sí.

—Sí —confirmó, acentuándolo con un golpe de cabeza.

—A los hermanos Romero os gusta tenerme vigilada.

—¡Yo no vengo a vigilarte! ¡Vengo a pasarlo bien! Te echaba de menos. —Hizo un mohín.

—Y yo a ti...

—Anda, ven. Dame un abrazo de verdad.

Me senté a su lado y nos fundimos en el abrazo que las dos necesitábamos.

Pasamos la noche hablando, comiendo palomitas, bebiendo martinis y recordando los cuatro maravillosos años que habíamos pasado juntas. Le pregunté por Flavio, por sus padres y por Rosalía. Todos se encontraban bien. La última vez que hablé con Ros, hacía casi una semana, intentaba hablar con acento argentino y, atención, casi lo clavó.

Rubén llegó el sábado a mediodía y, aunque se alegró enormemente de ver a su hermana, algo en su semblante me hacía sospechar que no todo iba bien. Victoria le preguntó si le ocurría algo a la hora de comer y él se excusó con la cantidad excesiva de trabajo que lo agobiaba; pero yo sabía que no era así y que, más bien, el motivo que lo tenía meditabundo llevaba falda y, con total seguridad, los labios pintados de rojo.

Por la tarde nos fuimos a dar un paseo por el centro. No me hacía mucha ilusión freírme sobre el asfalto, pero Victoria quería aprovechar la visita para ir de tiendas y renovar el armario, así que no pude negarme. Me recogí el pelo en un moño muy alto, me puse un pañuelo amarillo con flores azules y verdes y un vestido de un azul un poco más claro. La perdí en cuanto entramos en el Primark de Gran Vía y tuve que llamarla, media hora de búsqueda después, para que me indicara dónde estaba. La encontré dentro de un probador, bajo una montaña de ropa, zapatos y complementos. Salimos de

allí cargadas con bolsas (las tuyas) y, cuando pensaba que no podía comprar más, me metió a la fuerza en El Corte Inglés de Callao y se gastó otro puñado de euros. Aproveché para comprarme un vestidito del que me enamoré en segundos. Blanco, con pájaros grises, largo hasta los tobillos y atado al cuello. Fue amor a primera vista y ni miré el precio a la hora de pagarlo. Me lo pondría aquella noche. Una noche especial porque mi amiga y casi hermana Victoria estaba a mi lado.

Pero no.

No solo fue especial por eso.

Sino por la hostia (imaginaria) que me di.

10

DESIDIA



—Venga, Rubén. Vente con nosotras. —Tiré de su brazo e intenté levantarlo del sofá, tumbado en la misma postura depresiva en la que lo había dejado después de comer.

—Paso. —Miraba fijamente la tele.

—Ha venido tu hermana a vernos —insistí.

—Pues que me vea.

—Eres odioso. —Me crucé de brazos y arrugué la boca.

—¿Estoy guapa? —Victoria hizo aparición en el salón con un vestido muy veraniego y dio una vuelta sobre sí misma.

—Eso es un poco corto, ¿no? Vamos, creo yo.

—No seas maleducado —le reprendí—. Estás espectacular, Vic.

—Tú también.

Yo llevaba mi vestido nuevo con unas sandalias beis de plataforma.

—¿Flavio sabe que vas a salir así? —siguió Rubén.

—¡Deja de ser tan gilipollas! —Levanté la palma de mi mano derecha y le regañé.

Rubén se incorporó lo justo para dejar el chicle que mascaba sobre ella y se tumbó de nuevo.

—Buag, qué asco. ¿Se puede ser más guarro? —Me fui a la cocina, lo tiré a la basura y me lavé las manos con jabón.

—Vámonos. Tengo ganas de conocer a tus amigos. —Victoria me esperaba en el vestíbulo con el bolso colgado y el mío en una mano.

—¡Nos vamos, Rubén!

—¡Adiós, hermanito! —gritamos.

No contestó y eso me extrañó. Esperaba algo así como que tuviéramos cuidado con lo que bebíamos, no hablásemos con extraños y no llegáramos demasiado tarde. No lo hizo y me alerté.

—Mira lo que tengo. —De un dedo de mi amiga colgaba una llave. ¡La

llave del coche de Rubén!

—¿Qué? ¡Va a matarnos!

—No se dará ni cuenta.

—¿Y si decide salir?

—Creerá que se lo han robado. —Se rio.

—Es que se lo estamos robando. —La imité.

—De eso nada. Soy su hermana, y los hermanos comparten las cosas. Mis padres siempre nos han dicho que lo que hay en casa es de todos. Pues el coche también es mío.

—Estamos robándole —apostillé.

Se encogió de hombros y pasó del hecho de que, si se enteraba, nos colgaría de un semáforo a las dos. Claro, a ella le daba igual porque en unos días se iría y dejaría de intentar asesinarla, pero a mí podía ahogarme por la noche en incontables ocasiones. Tendría que ponerle un cerrojo a la puerta de mi dormitorio. Anoté la posibilidad mentalmente y la guardé.

Entramos en el pub en el que trabajaba Marisa pasadas la una de la madrugada. Antes, paramos a comer en un gastrobar cercano al establecimiento y estuvimos más de tres horas hablando como si no lo hubiéramos hecho durante todo el día. Le iba bien con Flavio y me alegré, aunque hacía dos semanas que no lo veía porque este ya se había marchado a Barcelona. Nos bebimos una botella de vino blanco entre las dos, razón que influyó en el hecho de que ninguna viéramos el escalón que se interpuso entre la dignidad y nosotras, provocando que cayésemos de rodillas al suelo, al unísono y como si fuera una actuación ensayada, haciendo una entrada triunfal en el bar.

—¿Estáis bien? —Cristian y otro chico, que aún no conocía, se acercaron a nosotras, preocupados.

Nos ayudaron a levantarnos y, con un par de bromas, consiguieron que se nos pasara la vergüenza.

—Los que se han caído antes que ellas no lo han hecho con tanta elegancia —dijo su amigo.

—Mejor que la nuestra, desde luego. —Sonrió—. Este es Enrique.

El susodicho me tendió la mano.

—Itxel. —Se la estreché.

—Victoria.

—Itxel, ¿estás bien? —Marisa llegó hasta nosotros con la cara

desencajada.

Rebufé y me escondí detrás de Cristian para ocultarme de los que aún nos observaban.

—Sí, sí, no te preocupes. Después de la tercera copa ni me acuerdo. —O eso esperaba.

—A la primera invito yo —informó Enrique.

Victoria congenió con Cristian y Enrique enseguida. Yo, con este último, también. Tan simpático y guapo como mi compañero de máster. No paramos de hablar en la siguiente hora y no, no acerté cuando dije que después de la tercera copa se me olvidaría el tortazo que nos dimos al llegar, pero sirvieron para reírme de aquello como hacía tiempo que no hacía. No quería admitirlo, pero ver a Nico casi todos los días y tener que tratar con él me estaba afectando. Quizás Rubén se había dado cuenta y había llamado a Victoria para que viniera a animarme. Y lo había conseguido. Bailamos agarradas de las manos por todo el local. Cantamos canciones de U2 y The Rolling Stones y gritamos cuando le pedimos a Marisa que pusiera algo de One Direction, y *Story of my live* comenzó a sonar.

—No sabía que cantaras tan bien —me dijo Cristian al oído, al sentarnos en la mesa que teníamos reservada.

—Es solo uno más de mis dones. —Le guiñé el ojo y sonreí.

—Voy a por otra ronda. Esta la pago yo. —Saqué mi carterita de leopardo de mi bolso y caminé hasta la barra.

—Itxel, ¿te importaría ayudarme? —me preguntó Marisa, muy atareada.

—Claro —contesté, atrevida. A ver qué me pedía, porque casi no distinguía mis manos—. ¿Puedes darme antes un vaso de agua? —No me escuchó.

—¿Ves ese pasillo de ahí? —Puso una llave sobre la madera—. Hay un almacén. Es la última puerta. Tráeme una botella de Rives Pink. Está justo a la derecha.

Vale, parecía sencillo. «Camino hasta allí, abro la puerta, cojo la botella, cierro y vuelvo». «Chupado, Itxel. Coser y cantar».

Para empezar, la puerta me costó encontrarla. Antes de dar con ella me metí en el aseo de hombres y una decena de ellos comenzaron a jalearme obscenidades a las que no haré alusión por respeto hacia las mujeres. Eso sí, antes de marcharme, les saqué el dedo a todos en nombre de todas. «¡Gilipollas!», les grité.

«Venga, ya estas a punto de llegar».

Introduje la llave, la giré y la puerta se abrió. Hice un breve gesto de triunfo con el brazo y me adentré en las mazmorras del castillo. Aquello olía a humedad (traducido: a pie), estaba oscuro y la temperatura había bajado unos diez grados. Esto último lo agradecí. Palpé la pared con la mano en busca del interruptor y algo pegajoso se me impregnó en la mano.

—Voy a vomitar —musité—. ¡Aquí está! —Me alegré cuando todo se iluminó—. A ver... —Miré hacia mi derecha y vi que la dichosa botellita estaba como a dos metros sobre mí—. No puede ser... —me lamenté. Estuve a punto de marcharme sin ella, pero no quería defraudar a Marisa. Me había hecho un encargo y yo iba a realizarlo con éxito.

Iba beoda, por si se ha olvidado.

Cogí un par de cajas de cervezas vacías y las apilé una encima de la otra. Me había graduado en arquitectura, pero no hacía falta ser una experta en el tema para tener la certeza de que aquello no era una base estable y segura. Podía compararse con los cimientos de la Torre de Pisa. Aun así, me subí. Me remangué el vestido por encima de las rodillas, me agarré a la estantería y pegué un brinco.

—¡Sí! —grité de felicidad al comprobar que mi obra de ingeniería funcionaba.

Alargué la mano hasta lo más alto, pero no alcanzaba a la botella. Me puse de puntillas, me mordí el labio y estiré mi cuerpo todo lo que humana y científicamente se podía sin desmembrarme.

—¡Sí, sí, sí! —volví a gritar al cazarla entre mis dedos—. ¡Sí! ¡Soy la mejor! ¡Soy la mejor! ¡Soy...! —La torre se movió—. ¡¡Mierda!! —Me caí hacia atrás y cerré los ojos para no ver la descomunal hostia que estaba a punto de darme contra el suelo. Con suerte, no me abría la cabeza ni perdía la audición del odio que me quedaba. Perdón por intentar hacer una broma de aquello, pero a veces es mejor no tomarse las desgracias muy en serio; y había aprendido que, en algunas ocasiones, viviendo la época en la que vivíamos, no poder escuchar era más bien un regalo.

Algo o alguien me amortiguó el golpe atrapándome al vuelo. Quiero decir que una persona me recogió en sus brazos y evitó que me destrozara la cara.

—¡Ay! —Me agarré fuerte a su cuello, aún con los ojos cerrados—. ¡Me has salvado! —Cuando los abrí, deseé haberme caído y haberme partido hasta el alma—. ¿Qué...?

Nico no dijo nada. Solo me miraba y me miraba. Yo me entretuve también

en ello y me percaté de sus pupilas dilatadas.

—¿Quieres... Quieres hacer el favor de bajarme? —pedí.

No contestó y tardó unos segundos en dejarme sobre el suelo. Me dio tiempo a fijarme en el surco de sus labios, en sus frondosas cejas, sus pestañas largas y su perfecto cabello. Lo recordé tumbado a mi lado, con el pelo revuelto y los ojos cerrados, hablándome de arquitectura mientras yo le acariciaba el abdomen.

—De nada. —Me cortó los pensamientos.

—¿Mmm? —Achiné los ojos—. Gracias —le agradecí lo oportuno que había sido—. ¿Qué... Qué haces aquí? —Me recompuse y parte del mareo se largó al temerle a su presencia.

—Estoy con unos amigos.

—No veo a ninguno por aquí.

—Muy perspicaz.

Traté de marcharme, pero se interpuso entre la puerta y yo. Me cansé de que siempre hiciera lo mismo y le pregunté qué quería.

—En serio, es que no te entiendo. ¿Qué es lo que quieres de mí? —insté.

—Nada.

—Pues deja de perseguirme. Estoy harta de girar la cabeza y verte en todas partes.

—Yo no te sigo —aseguró.

—Debo ser la chica con más mala suerte del mundo.

—¿Crees en la suerte?

—Nunca la he visto. Y yo no creo en lo que no veo. A mí se me gana con hechos, no con promesas.

—Itxel...

—¡Deja de decir mi nombre! —Di un paso hacia él—. ¡Deja de aparecer allá donde quiera que voy! ¡Deja de seguirme, joder! ¡Estoy harta de ti! —Le clavé un dedo en el pecho con fuerza.

Él me rodeó esa mano con la suya, la hundió más en su cuerpo y terminamos con las bocas a pocos centímetros una de la otra.

Podía olerlo.

Podía sentirlo.

Podía saborearlo sin llegar a tocarlo.

Se hizo un silencio abrumador, sobre el que solo se escuchaban nuestras respiraciones.

—No te equivoques, Itxel. Sé dónde has estado durante todo este tiempo.

Si hubiera querido encontrarte, hubiera ido a buscarte —susurró, seguro, sobre mis labios.

Escuché romperse a pedacitos mi corazón. Sonó exactamente como siempre había pensado que tronaría un edificio al caer, después de explosionar y conseguir un derrumbe controlado. Una polvareda de hormigón y arena se levantó dentro de mí y salió en forma de serpiente dispuesta a morder e insuflar el veneno más mortal; sin embargo, en el último momento, pude controlarme y no escupir toda la ponzoña que había criado en mi estómago durante tres años.

—Déjame en paz. —Fue lo único que le lancé antes de empujarlo, apartarlo y volver a salir de uno de los lugares en los que me acorralaba. Se estaba convirtiendo en una puta costumbre. Una que iba a acabar conmigo y con mi paciencia. ¿Por qué lo hacía? No entendía nada.

Llegué hasta los chicos dispuesta a pedirles que nos fuéramos a otro lugar, pero me lo pensé mejor y me dije que por qué tenía que marcharme. Si le molestaba mi presencia, cosa que parecía, que se fuera él, ¿por qué tenía que terminar mi noche yo con lo bien que lo estaba pasando?

«Porque está Vic, Itxel, y como lo vea se va a liar gorda», pensé.

—Vic, nos vamos. —Cogí el bolso de la silla y me lo colgué.

—¡No seas aguafiestas! —se quejó.

—Venga, tenemos que irnos.

—¿Por qué?

—Eso, ¿por qué? Ahora que he conseguido tomarme un descanso, no podéis dejarme sola —informó Marisa, con una cerveza en la mano.

Miré de soslayo hacia la izquierda y observé a Nicolás caminar hasta nosotros.

La que se avecinaba.

—Vic, ¿puedes acompañarme al baño? —casi supliqué.

—No me estoy meando. —Le dio un trago a su copa y pasó de mí. La depositó sobre la mesa, abrió el bolso y se puso a teclear en el móvil.

—Buenas noches. —Nico saludó al grupo y todos, a excepción de Victoria, lo miraron sorprendidos. Él pareció no darse cuenta de su presencia, o tal vez no la había reconocido.

—Bu... Buenas noches, señor De la Vega —saludó Marisa.

Cristian levantó el brazo sin poder articular palabra. La borrachera lo superaba.

—¿Qué tal estáis? —preguntó como si nada.

—Bien, muy bien. ¿Y usted? —Marisa fue la que habló.

—Bien, gracias. —En esas, Vic dejó el teléfono sobre la mesa y se interesó por lo que estaba pasando a su alrededor. ¡Maldita la hora!

Abrió tanto la boca y los ojos que creía que no los podría volver a cerrar en la vida. Su mirada iba de Nico a mí y de mí a Nico, sin poder dar crédito a lo que tenía delante.

—Os dejo. Que lo paséis bien. —Sus ojos se detuvieron en los de Victoria.

Esta se levantó y dio un paso hacia él, dispuesta a partirle la cara, como tantas veces me había prometido.

—Señor De la Vega, le presento a Victoria, una amiga de Itxel. —Marisa creyó que, con el gesto, quería conocerlo y los presentó—. Victoria, él es nuestro profesor, Nicolás De la Vega.

Mi amiga inspiró con fuerza, me reprochó con la mirada el haberle ocultado tal cosa, expulsó el aire y se marchó.

—Seguro que ha ido a vomitar. Ha bebido demasiado —Marisa la disculpó.

—Voy a ver cómo está. —Fui tras ella.

La encontré en el baño. No estaba vomitando, aunque ganas no le faltaban. Caminaba de lado a lado como un mono enjaulado.

—¿Qué está pasando? —me gritó, apuntando con el dedo la puerta del aseo.

—No te lo he dicho porque no he querido que te preocuparas por mí —me excusé.

—¿Que no me has dicho?

—Nico es mi profesor.

—¿Qué? —Levantó las manos y se bamboleó.

—Vas a caerte. —Traté de agarrarla.

—Estoy bien. —Se zafó—. Dime. ¿Qué. Era. Eso?

—No tenemos ningún tipo de relación. Solo es uno de los profesores del máster. Hemos coincidido aquí por casualidad.

—¿Desde cuándo...?

—Casi desde el primer día.

—¿Por qué no me has dicho nada?

—Ya te lo he dicho. No quería preocuparte.

Se llevó las manos a la cabeza y bufó.

—Me estoy mareando. Necesito tomar el aire. —Me rodeó, cruzó el bar y

salió a la calle.

Fui tras ellas, pero antes me detuve en el reservado para coger el bolso de Vic y me despedí con prisa:

—Me voy. Victoria no se encuentra bien. Nos vemos el lunes.

Una brisa caliente me golpeó la cara y me mareé yo también. A ver cómo volvíamos si las dos íbamos de alcohol hasta el culo. Como Rubén se diera cuenta de que le habíamos robado el coche, se nos iba a caer el pelo.

—Vic. —Me arrodillé delante de ella y le aparté un mechón de la cara—. ¿Estás bien?

—No lo sé.

—¿Dónde está la llave del coche?

Me ofreció el bolso y lo cogí. Saqué la llave, la miré y pedí a mi imaginación que se le ocurriera una buena idea que nos librara de la mala hostia que se gastaba su hermanito cuando se enfadaba.

—¿Qué ocurre? —dijo Nico a mi espalda.

Pegué un salto y se me cayó la llave al suelo. Me agaché a cogerla y casi me caigo otra vez. Si no clavé los puños sobre el acerado fue porque el señor De la Vega (tonito) volvió a cazarme.

—Joder, el susto que me has dado. ¿Qué quieres? —Estaba cansada y borracha. Vic no se daba cuenta de nada.

Me incorporé.

—Os he visto salir.

—Deja de seguirme cuando salgo de los bares —mascullé, recordando que también lo hizo unos días antes cuando Marisa se emborrachó.

—¿Qué es eso? —No hizo alusión a lo que acababa de decirle y miró mi mano.

—Nada. —La escondí.

—¿Es la llave de un coche?

—Nooo.

Me clavó la mirada en plan asesino en serie. Hasta así estaba guapo.

Mierda.

—Sí —admití.

—¿De quién?

—¿A ti qué te importa?

Profundizó con los ojos sobre mí y yo le señalé con la cabeza hacia abajo. Hacia esa amiga que dormitaba con la baba colgando sobre la acera.

—Dámela. —Me tendió la mano abierta.

—Ni de coña.

—Me la das o te la quito.

La introduje en mi canalillo, entre las tetas.

Dio un paso hacia el frente y yo lo di hacia atrás.

—¡No serías capaz!

—No vais a conducir. Yo me quedo con la llave. El lunes te la devuelvo.

—¿Estás loco? —grité—. ¡Hemos robado el coche!

—¿Habéis robado un coche? —levantó la voz. Había que verle la cara. El susto que se llevó. Se veía siendo cómplice de un delito o teniendo que ir a sacarnos de la cárcel.

—Shhh. —Me llevé el dedo índice a la boca y me acerqué a él para poder susurrarle—. No grites. Nos mataría.

—¿Quién os mataría?

—Pufff —bufé.

—¿De quién es el maldito coche? —Parecía enfadado.

—De Rubén.

—¿Quién es Rubén? —bramó, con expresión de desesperación.

—Vivo con él, ¿sabes...? —achiné los ojos. Todo empezó a darme vueltas. ¿Por qué había bebido tanto?—. Es mejor compañero de piso que tú. Y me trata mejor. Sabe muy bien lo que como y lo que no y me acaricia el pelo cuando estoy dormida...

Carraspeó.

—Bebemos vino mientras vemos el atardecer... —seguí y me cortó.

—Nosotros también lo hacíamos... —Cada vez estaba más cabreado. ¿Qué había dicho? Apretaba tanto los dientes que le iban a estallar.

—Bah, ya no me acuerdo. He olvidado todo. Te he olvidado... —Todo se puso negro, me caí hacia un lado y él me recogió.

—¿Dónde está el coche? —me preguntó, con mi cuerpo entre sus brazos.

—Allí —musité, con los ojos cerrados.

No tengo ni idea de cómo lo hizo, pero cuando los abrí, lo tenía delante de mí. Estábamos dentro del coche de Rubén y todo olía a él.

—Itxel, Itxel...

—¿Mmm?

—Hemos llegado.

—¿Adónde...?

—Estamos en la puerta de tu casa.

—¿Qué? ¿Cómo has sabido llegar? —Tragué y me incorporé.

—La dirección está en tu ficha —admitió haberla investigado. Y sabérsela de memoria, apunto.

—¿Y Vic? —Me asusté, creyendo que la había dejado tirada en la calle.

—Tranquila, está ahí. —Me indicó que se encontraba en la parte de atrás del coche sin despegar sus ojos de los míos, y yo no miré en dirección a mi amiga por no perderme la grandeza de la oscuridad que los iluminaba.

—No... No tenías que haberlo hecho. —Miré su boca.

Él miró la mía y nuestras ganas de besarnos chocaron en los dos centímetros que nos separaban, haciéndome reaccionar.

—Deberíamos meter el coche en el garaje. Rubén no puede verlo aquí. —Tragué y me aparté.

—Guíame. —Arrancó y le indiqué hasta el aparcamiento.

Me ayudó a meter a Vic en el ascensor y le pedí que se marchara. Se lo pensó lo que duró la puerta en cerrarse y detenerla con la mano.

—Itxel... —musitó.

—Adiós, Nico. Gracias por todo.

Masculló, agachó la cabeza, después la levantó, clavó su mirada en la mía, retiró la mano y la puerta se cerró.

11

CELOS



NICO

Me detuve nada más salir del edificio en el que Itxel vivía con otra persona. Sí. Con otra persona del género masculino. Tenía que aceptarlo. Lo cierto era que no debería ni de importarme, pero enterarme de ello me reventó por dentro. ¿Celos? Es probable. Y no tenía derecho a sentirlos, desde luego que no. Yo, menos que nadie. La había dejado sola años atrás en un momento sumamente difícil porque me había cagado de miedo; así de claro. Le dije que fue por ella y todavía me lo grito por las noches, pero tú y yo sabemos que me entró el pánico cuando vi que podía perderla. Me sentí culpable cuando casi muere en aquel accidente de moto. Yo lo causé. Si no me hubiera portado como un gilipollas, no hubiera ocurrido; aun así, podía haberme quedado a cuidarla y no lo hice. Salí corriendo como siempre hacía. Una vieja costumbre que no estaba seguro haber superado. Dentro de poco, pasaría la prueba de fuego. ¿Y volvería a cagarla? No pondría la mano en el fuego por mí; terminaría quemándome.

Miré el cielo, no vi ni una estrella. Tal vez se habían escondido porque no merecía deleitarme con la belleza del firmamento. Me revolví el pelo, me tapé la cara y solté un gran bufido. ¿Qué estaba haciendo? El destino me estaba devolviendo todo el daño que le hice. Jamás pensé que pudiera volver a verla y, desde luego, nunca creí que me sentiría así: más miserable. Era un ser despreciable, una persona horrible. ¿Qué había hecho?

Traté de relajarme. Respiré varias veces y comencé a caminar calle arriba. La ciudad estaba desierta y la brisa cálida me acariciaba la cara. En contra de mis ganas y mis deseos, lo único que me apetecía era volver y hablar con ella. ¿Por qué me comportaba así? Pedir perdón nunca me había costado tanto. Quizás me avergonzaba admitir que me había equivocado y, total, las decisiones estaban tomadas y ella había pasado página y me había olvidado.

Yo a ella no. Aún la tenía grabada sobre mi piel, sobre mi corazón y sobre mi alma. Tatuada de colores dentro y fuera de mí. La llevaba a donde fuera y me acompañaba. Ella no lo sabía, pero seguía siendo el bálsamo que me calmaba.

El móvil me vibró dentro de los vaqueros, lo cogí y miré la pantalla. Noel me llamaba. Debía preguntarse dónde me había metido. «En la boca del lobo», me contesté. Le dije que me había marchado e insistió para que volviera. De ninguna manera lo haría, me apetecía estar solo.

Llegué hasta casa caminando. Fui sin prisas, tampoco tenía demasiadas ganas de llegar porque sabía lo que pasaría. Ponerme a dar más vueltas a la cabeza no me serviría para superar el haberla visto de nuevo. ¿Por qué no dejé el trabajo cuando supe que Itxel sería una de las alumnas? Todos sabemos la respuesta. Tú la sabes. Yo la sé. Porque quería verla. Cuando comprobé que era su nombre el último de la lista de admitidos en el máster casi me caigo de espaldas. Hasta Gonzalo se dio cuenta de que algo ocurría y me preguntó por qué me había puesto tan nervioso. No pude ocultarlo. Fue superior a mí. Ella lo era.

Abrí la puerta, crucé mi apartamento, entré en el dormitorio y... No estaba solo.

DECISIONES IMPORTANTES



¿Sería gilipollas? ¿De verdad alguna vez había pensado que Nico no volvió a buscarme por alguna razón lógica que desconocía? Claro que era lógica, pero sí conocida: no me quería. Nunca lo había hecho y nunca lo haría. Se lo había pasado bien conmigo durante varios meses y, cuando todo se complicó, no le merecía la pena nuestra historia. La respuesta a la primera pregunta es sí: gilipollas perdida, porque cuando nos volvimos a encontrar en Madrid, algo muy dentro de mí me susurró en el oído que aún sentía algo por mí. Debí susurrarlo en mi oreja derecha, que no escucha una mierda.

Me quité el audífono y lo dejé sobre la mesita de noche. Necesitaba darme una ducha. Intenté que Vic también se bañara, pero me fue imposible despertarla. Esa noche me acosté pensando en lo que Nico me había dicho. Había dejado claro que no quería saber nada de mí y, aunque había sido algo estúpido, le agradecía que hubiese sido tan directo. Yo no pensaba enamorarme otra vez de él, pero mi subconsciente dudaba sobre esto. Es más, algunas veces caía en el agujero y pensaba que jamás lo había dejado de querer.

El domingo, Rubén nos llevó a merendar a una cafetería con mucho arte, Magdalenas de Colores. El nombre le hacía justicia al sitio y sus dulces. Todo lleno de color y de sabor. Las magdalenas exquisitas, el café perfecto y la compañía inmejorable. Vic y yo nos asustamos cuando cogimos el coche y pensamos que podía darse cuenta de que se lo habíamos robado la noche antes, pero no se percató del delito. Estábamos hechas todas unas delincuentes profesionales. El Lute, un aficionado a nuestro lado.

El lunes, entré en clase recuperada, con los labios pintados de rosa y una sonrisa de película. Había cambiado la perspectiva con la que, a partir de entonces, vería el hecho de que Nico era mi profesor y tendríamos que compartir espacio todos los días. Ahora me daba exactamente igual. Lo juro

por todas las matrículas de honor que conseguí durante la carrera universitaria.

—¡Hola, chicos! —saludé a mis compañeros.

—Vaya, parece que has dormido bien —apuntó Cristian con un mohín.

—Qué suerte. Esto de trabajar no es tan fácil como pensaba —se quejó Marisa, con la cabeza sobre la mesa.

—Venga, ánimo. La semana que viene comienzan las prácticas. Todo mejorará —la animé.

—Nada mejorará. Nadaaaaa —dramatizó.

—Buenos días. —El señor De la Vega hizo acto de presencia y lo odié por ser tan guapo y por llevar el pelo despeinado pero perfecto.

Lo odiaba mucho.

—Como soy el profesor encargado de las prácticas, soy también vuestro tutor de las mismas y vuestro consejero. Si entráis en la plataforma, podéis ver los estudios de arquitectura a los que podréis acceder. Tenéis que elegir dos de ellos, aunque serán los estudios los que tengan la última palabra. La lista de admisión se publicará el jueves y el lunes empezareis a trabajar. Nosotros seguiremos impartiendo clases, pero reduciremos las horas a dos y las daremos por la tarde.

—¿En qué horario? —Ana levantó la mano.

—De cuatro a seis.

—Gracias.

—Tendréis también una tutoría los viernes para comentar lo aprendido durante la semana o resolver dudas que hayan podido surgir. Tenéis asignadas unas horas. También están en la plataforma —explicó.

—No voy a tener tiempo ni para dormir —farfulló Marisa.

—¿Algo que decir, señorita Gey? —preguntó Nicolás.

—No, disculpe.

—Tengo que salir un momento. Tenéis cinco minutos para echarle un vistazo a la lista y pensar qué os interesa. —Salió de la clase con el teléfono móvil en la mano y el ceño fruncido.

Metí mis claves y entré en mi perfil de la plataforma. Abrí el documento llamado «Listado de EA colaboradores» y lo ojeé.

Casi todos me sonaban de algo, pero fue uno de ellos el que llamó fuertemente mi atención: «N.D.V. Nicolás De la Vega». Achiné los ojos y lo observé de nuevo. N.D.V. era uno de los estudios de arquitectura más importantes del país. Algún profesor había hablado de él alguna vez e, incluso,

algún manual le hacía referencia. Pero ¿Nicolás De la Vega? ¿Qué tenía que ver Nicolás con él? Hice lo que haría cualquier *millennial* de turno. Abrí Google y lo busqué. La página web impresionaba, tanto como los logros conseguidos que enumeraba en primera plana. Conocía muchos de sus trabajos, pero nunca los había relacionado con... ¿Nicolás? Seguí investigando hasta que llegué a una foto en la que en el pie ponía dicho nombre. Me sonaba la cara. Un hombre mayor, con bastantes canas... ¡Oh, Dios! Ya sé de qué lo conocía. Lo había visto solo una vez en mi vida, pero jamás lo olvidaría. Era el padre de Nico. ¡Era el padre de Nico!

—¿Qué ocurre? —me preguntó Marisa.

—Eh... Nada.

—¿Ves alguno interesante? —Ella lo estaba viendo desde su ordenador.

—No sé. Tengo que pensarlo.

—El mejor es N.D.V. Todos quieren ser los elegidos —informó Cristian.

—¿Cuántas personas podemos trabajar en el mismo?

—Eso depende del estudio. Ellos lo deciden todo, o eso pone aquí. — Me enseñó otro archivo.

Estuvimos valorando y buscando en internet datos sobre todos ellos y charlando sobre lo que más nos convenía a cada uno. Algunos se dedicaban al interiorismo y reformas. Otros, a grandes proyectos. Teníamos que pensar muy bien qué queríamos hacer en el futuro.

—De todas formas ellos nos eligen. Esto es un paripé para tenernos contentos —se quejó Cristian.

Nicolás entró poco después con cara de enfadado. Tiró el teléfono sobre la mesa de una manera muy poco solemne y empezó a explicar como si tuviera ganas de que la clase terminara. Podía parecer normal, pero, después de más de un mes compartiendo tiempo docente juntos, había aprendido que esto le apasionaba y no le pesaba el estar cuatro horas hablando sobre arquitectura.

—Eso es todo por hoy. Mañana será el señor Torres el que impartirá la clase. Nosotros nos vemos el miércoles —anunció, sentado sobre la mesa y una pierna semidoblada encima de la otra.

Bien. Estaría cuarenta y ocho horas sin verlo. Un descansito le viene bien a cualquiera. Estaba harta de luchar contra lo que quería sentir y lo que sentía. Nada, por cierto (*emojis* de monitos tapándose la cara).

—Señorita Marcos, no se vaya. Me gustaría hablar con usted un momento —advirtió.

Mierda. Todas mis ilusiones se fueron a tomar el sol sobre el césped del campus.

Esperó a que nos quedáramos solos para incorporarse y cerrar la puerta. Tragó con dificultad y me recordé que su presencia no me afectaba.

Qué guapo estaba.

Necesitaba una cita con un psiquiatra pronto.

Iba a volverme loca yo solita.

—¿Cómo estás?

—¿Mmm? —Me sorprendió la pregunta, básicamente porque no entendía por qué me la hacía a mí en concreto y no a ninguno de mis compañeros.

—Te he preguntado cómo estás.

—No le interesa, señor De la Vega.

—Itxel...

—¿Qué quiere?

—¿Has leído la lista de estudios colaboradores?

—Sí. Muy interesante. —Levanté el mentón y miré hacia otro lado.

—No puedes optar por N.D.V.

—¿Qué? ¿Por qué? —Captó toda mi atención.

—Porque no es buena.

—Es una de las mejores —reliqué.

—Pero su dueño no es buena persona —declaró, seguro.

—Primero: solo quiero aprender y, si puede ser de los mejores, mucho mejor. Segundo: no eres nadie para decirme qué debo y qué no debo hacer. Esa decisión debo tomarla yo —contesté, altiva.

—Itxel...

—Señorita Marcos para usted —intenté dejárselo claro cuando no lo tenía claro ni yo, porque a veces lo tuteaba y otras veces no.

—Itxel. —Odiaba que hiciera eso. ¡Me ignoraba!—. Te lo pido como un favor personal. No lo hagas o te arrepentirás.

—¿Es una advertencia? —solté un medio bufido mezclado con una sonrisa.

—Tómalo como quieras. —Parecía cansado—. Solo... Me preocupo por ti.

—Pues no lo hagas. Deja de hacerlo. Sé cuidarme sola.

Se tocó la frente y se la masajó.

—¿Estás bien? —consulté.

—¿Yo no puedo preocuparme por ti, pero tú sí puedes hacerlo por mí? —
Levantó el semblante y me miró con una sonrisa agotada.

Lo imité y me encogí de brazos.

—Estoy bien —contestó—. Solo necesito un café.

—Son más de las dos de la tarde. —Agrandé la sonrisa.

—Mejor algo de comer. —Arrugó la nariz.

Asentí varias veces.

—Sí... Si eso es todo, mejor me voy —manifesté.

—Sí... Es todo. —Se me quedó mirando fijamente.

—Hasta el miércoles —me despedí.

—Hasta el miércoles —repitió sin moverse.

Caminé hasta la puerta y su voz me detuvo.

—Por favor, Itxel. No trabajes para él —sonó a súplica.

Salí y me fui sin decir ni una palabra. No iba a prometerle algo que no sabía si iba a poder cumplir. No es que me interesara mucho su opinión personal, pero al fin y al cabo era mi profesor y supongo que algo tenía que decir al respecto.

Cristian me agarró por encima del hombro cuando llegué hasta él y caminamos hasta la cafetería. Nicolás venía detrás de nosotros a unos escasos metros. Seguro que hasta se estaba enterando de la conversación que manteníamos.

—¿Cuándo nos vamos a ir de fin de semana? —preguntó Cristian.

—Cuando queráis.

—¿Cómo voy a pedirme un fin de semana entero en el trabajo? —Marisa estaba agobiada. Nunca la había visto tan apática.

—¿Por qué no lo dejas? ¿Está claro que no te hace feliz trabajar ahí? —Le hice una caricia en el hombro.

—Tal vez lo haga.

—Hazlo. Estoy deseando pasar un fin de semana en la playa con vosotras en bikini.

—Guarro —repliqué.

—¡Eres un salido! —le gritó nuestra amiga.

Nos reímos, le dejamos paso a Nicolás cuando fue a entrar al mismo tiempo que nosotras en el bar y nos sentamos a almorzar.

Ya había aprendido que no podía tener secretos con Victoria, así que, nada más llegar a casa, le conté lo que había ocurrido, que cabía la posibilidad de

trabajar con el padre de Nicolás, la mala relación que les unía y su advertencia.

—¿Quién se cree para decirte lo que debes hacer? Vas a elegir su estudio para trabajar y ¡que le den! Él no tiene nada que opinar. —Levantó los brazos en medio de la terraza mientras nos bebíamos unos refrescos con hielo y casi tira un vaso con el énfasis que le dio a su respuesta.

—No sé, hay otros muy buenos.

—¿Qué? ¿De verdad te lo planteas? Espera. —Me tocó la frente, me abrió la boca y se fijó en mi dentadura, me retiró el cabello y miró mi audífono y me dio un tirón de pelo.

—Ay —me quejé.

—Sí, eres tú. No te han cambiado. A lo mejor lo que te han cambiado es el cerebro.

—¿Por qué dices eso?

—Porque no puedo creerme que le vayas a hacer caso a ese imbécil.

—Ese imbécil es mi profesor. Querrá lo mejor para mí... Y para mis estudios —aclaré deprisa.

—No. No sabe qué es lo mejor para ti en nada. ¡En nada! Ya lo demostró hace tiempo. Menos mal que estoy yo aquí para hacerte ver lo que tu cabecita loca no ve ni de coña. —Me clavó el dedo en la frente.

—Vas a hacerme un agujero.

—Pues mejor. ¡Una lobotomía necesitas!

—¿Para qué?

—Para olvidarlo. ¡Para olvidar a Nicolás!

—¿Qué? ¡Lo olvidé hace mucho!

—¿Crees que soy idiota? —Se levantó y me señaló desde arriba. Aquello parecía La Inquisición—. Vi tus ojos la otra noche. Me di cuenta de cómo lo mirabas. ¡Mierda, Itxel! ¡No has aprendido nada! —Alzó los brazos y los dejó caer con fuerza.

—No sé de qué hablas. —Me incorporé y me puse de pie frente a ella—. ¿Piensas que aún siento algo por él? Solo dices estupideces. Es solo mi profesor. ¿Entiendes? ¡Mi profesor!

—¿Estupideces? ¡¡Yo no digo estupideces!! ¡¡No me mientas!! ¡¡No me mientas!! ¡¡Después de todo, merezco que seas sincera conmigo respecto a esto!!

—¿¡Qué quieres decir con eso!?

—¡¡Te aguanté durante meses!!

—¿¡Qué!?

—¡Chicas! ¿Qué está pasando aquí? —Rubén entró en la terraza y nos interrumpió.

Se hizo el silencio entre las dos.

—¿Se puede saber qué ocurre?

Silencio.

—¿Por qué discutíais?

Más silencio.

Vic cogió su mojito y se fue al dormitorio. Solo le faltó decir: «No sin mi mojito» para dejar claro que se marchaba, pero iba a seguir bebiendo. Tenía que aprovechar, ella sí estaba de vacaciones.

—Morenita, ¿qué pasa?

—Nada.

—Nunca os he visto discutir así... —Se acercó a mí y me abrazó.

—Te lo cuento si tú me cuentas a mí quién te está rompiendo el corazón.

—Utilicé la táctica más antigua del mundo junto con la de los celos.

—Mi corazón es de acero.

—Yo sé que no. —Apoyé la cara sobre su pecho y respiré.

—Ve a hablar con ella. La conozco muy bien y seguro que está a punto de llorar. No puede estar sin ti. —Me acariciaba el cabello mientras hablaba.

—Ni yo sin ella. —Lo miré y sonreí. Luego me fui a ver a Victoria.

—Vic, ¿puedo pasar? —Estaba tumbada boca arriba en la cama.

—No.

La ignoré porque sabía que no lo decía de verdad y me tiré al lado de ella. Estuvimos cinco minutos sin hablarnos.

—Lo siento —me dijo—. No te aguanté, pero si tuviera que hacerlo, lo haría sin que me pesara.

—Lo sé, pero yo también quiero pedirte disculpas.

—Ah, ¿sí? —Sonrió.

—Sí. Hubo una época en la que solo pensé en mí. Lo siento.

—Lo necesitabas. A veces tenemos que mirar por nosotros y por nadie más.

—Pero vosotras siempre estuvisteis a mi lado y nunca os lo he agradecido.

—No hace falta.

—Lo sé, pero... Gracias.

—Te quiero. Eres mi hermana —aseguró.

—Yo también.

Seguimos mirando el techo hasta que nos quedamos dormidas y Rubén nos despertó a la hora de la cena.

Tuve cuarenta y ocho horas para pensar qué estudios de arquitectura elegir, sin embargo, llegó el miércoles por la mañana y aún no lo había decidido. Cuando entré en clase, todos estaban revolucionados. Discutían por cuáles habían elegido cada uno y alegaban por qué tenían que ser ellos los que deberían trabajar en ese lugar. Se escuchaban las voces desde el patio.

—Pelea de gallos —me advirtió Marisa, señalando a Cristian y Manuel, otro compañero.

—No sé por qué se ponen así si al final quienes deciden son ellos.

—¿Por quiénes has optado tú?

—Aún no lo sé... —Tomé asiento, derrotada.

—Hay que apuntarse hoy.

—Ya... Pero tengo dudas.

Nicolás entró en el aula distraído, dejó la maleta sobre la mesa y, al contrario de lo que hacía cada día, no habló; se tocó las sienes y las masajeó. Últimamente, lo encontraba pensativo, como si algo le rondara constantemente la cabeza y le preocupara. No sé. Ido.

—Señor De la Vega, ¿puedo hacerle una pregunta? —Manuel se levantó.

—Por supuesto, señor Vázquez. —Le atendió y toda la clase prestó atención.

—¿Puede decirnos qué clase de capacidades buscan? Quiero decir... ¿Qué opciones tenemos de trabajar donde queremos?

—No está en vuestras manos. Como ya dije, la última palabra la tienen ellos. —Se escucharon bufidos de decepción—. Pero no os preocupéis, ¿de acuerdo? Se hará lo mejor para todos. —Pidió que tuviéramos fe en el sistema y comenzó a explicar el próximo proyecto en el que tendríamos que trabajar: el Trabajo de Fin de Máster.

Hicimos las preguntas correspondientes al mismo y nos pusimos a ello. Cuatro horas después, nos interrumpió.

—Está bien. Eso es todo por hoy. Podéis dejar el formulario con los nombres de los estudios que habéis elegido sobre mi mesa antes de salir.

No tenía más tiempo para seguir pensando por cuál decidirme, así que lo rellené con rapidez, dejándome llevar por mi cabeza y no por el corazón.

«N.D.V. Nicolás De la Vega y Antoria», esos fueron los dos por los que opté.

Me levanté, cogí el formulario y caminé detrás de Marisa hasta llegar a la

mesa del profesor. Lo dejamos sobre el montón que ya había creado los de mis compañeros y, sin poder evitarlo, mis ojos fueron hasta los de Nico, que tenía la mirada clavada sobre mis opciones. A continuación, me observó a mí y achinó levemente los ojos, pero por fortuna no dijo nada. Parecía decepcionado, pero no tenía por qué. Yo solo quería lo mejor para mí y para mi futuro; y, si él no pensaba en ello, yo sí tenía que hacerlo.

13

COMIENZOS



Cuando llegué el jueves a la facultad, encontré a todos mis compañeros formando un gran revuelo frente a uno de los expositores de notas colgados sobre la pared. Caminé hasta ellos cargada de nervios e incertidumbre. Seguro que era la lista de admitidos en los estudios de arquitecturas en los que trabajaríamos a partir del lunes, y yo había estado dándole vueltas durante toda la noche al hecho de que tal vez había escogido el del padre de Nico en un acto de rebeldía.

—¡Itxel! —Marisa vino corriendo hacia mí con una sonrisa de oreja a oreja—. ¡Enhorabuena!

Levanté las cejas y ella se explicó:

—Eres la seleccionada para trabajar en N.D.V. ¡Felicidades!

Abrí la boca y me quedé sin nada que decir.

En ese momento, Nico pasaba por nuestro lado y se me quedó mirando con un rostro de decepción que no podía o no quería ocultar.

—¡Después de clase lo celebramos! —Marisa me agarró de la mano y tiró de mí hacia dentro del aula, el mismo sitio en el que había entrado la persona a la que menos me apetecía ver.

—¿Tú...? —Me interesé por mi amiga.

—A mí me ha elegido Arquixoa y a Cristian, Marnao. Estamos muy contentos.

—Enhorabuena. —Vi a nuestro amigo regodearse ante Manuel, que lo miró mal y se sentó en su sitio.

Nico nos felicitó a todos y dio la clase. Esta vez se dedicó a explicar la teoría que el señor Gonzalo dejó atrás por falta de tiempo. Le preguntamos las dudas y nos fuimos a casa ilusionados por la nueva etapa que comenzaba. Yo llegué al apartamento preocupada por Nico (lo sé, no debería) y su semblante cansado durante toda la mañana.

La tarde la dediqué a empezar el TFM y pensar bien el índice del

proyecto. Todo buen trabajo empieza con un buen esquema que luego será desarrollado.

—Nos vamos al cine. ¿Te apuntas? —me preguntó Vic, de pie, bajo el vano de la puerta de mi dormitorio.

—No puedo. Tengo que adelantar esto.

—¿No estás harta de estar en casa?

Giré mi silla y la atendí.

—Estoy harta de escuchar a Rubén farfullar y quejarse. ¿Se puede saber qué le pasa?

—No sé. —Me encogí de hombros. Sí lo sabía, pero no iba a contarlo.

—¡Vic! ¿Nos vamos? —Lo escuchamos llegar hasta nosotras.

—Vámonos, hermanito. Estoy deseando ver esa película de acción. — Se levantó y, a espaldas de Rubén, me puso cara de suplicio.

Sonreí y le devolví el beso que me dio.

—Pasadlo bien. ¿Os espero para cenar?

—Este lerdo me invitará en algún lugar pijo —zanjó mi amiga.

No sabría decir a qué hora volvieron a casa porque yo estaba dormida. Lo que sí puedo asegurar es que a eso de las dos de la mañana Rubén discutía por teléfono con alguien en un tono demasiado alto, tanto que interrumpió mi profundo sueño.

Quise aprovechar y levantarme a por un vaso de agua. La noche se había presentado demasiado calurosa. Pero empujada por mi lado cotilla, o ese de hermana y amiga preocupada, dejé que mis pies me llevaran hasta la habitación de Rubén, cuya puerta estaba entornada.

—No puedo seguir así... —musitó, mientras se refregaba la cara, sentado en los pies de su cama—. No seas injusta conmigo. He hecho lo que he podido —. Me apenaba verlo así—. Adiós, Marieta. No vuelvas a llamarme.

Me dormí con la sensación de que el cosmos se había vuelto loco y que no podía existir en este mundo una mujer que no pudiera enamorarse completamente de Rubén y darlo todo por él. No sabía qué había ocurrido entre ellos, pero algo me decía que era cierto que Rubén no había tomado la decisión de no verse más, sino que era ella la que había tenido la última palabra y mi amigo solo se había visto obligado a cortar por lo sano y salvar lo que quedaba de su corazón.

Ese fin de semana salí con los hermanos Romero a quemar la ciudad. Yo necesitaba un respiro; Rubén, olvidar; y Victoria se marcharía ese domingo.

Así que nos dedicamos a pasarlo bien y estrechar lazos de hermandad entre nosotros. Cuánto los quería. Cuánto los quiero.

Llegó la hora de la verdad. El lunes tuve que ponerme mis mejores galas de chica adulta y responsable para presentarme en el estudio de arquitectura más importante de la ciudad. Pantalón y chaqueta abierta negra, blusa blanca y zapatos de salón rojos. Así me presenté a las ocho de la mañana en N.D.V.

—Buenos días, ¿Itxel Marcos? —Un chico de mi edad me sonrió detrás de un mostrador.

—Buenos días. Sí, soy yo. —Levanté la palma de la mano, nerviosa.

—Me llamo Sam. Acompáñame, por favor.

Caminé tras él y escuché cómo hablaba con alguien a través de un aparato negro que llevaba en la oreja.

Se giró y tuve que detenerme en seco.

—Esta será tu mesa. Puedes dejar tus cosas aquí. —Señaló mi maletín—. El señor De la Vega la está esperando. Normalmente no es él el que le da la bienvenida a los becarios, ni siquiera se interesa por ellos, pero a ti quiere conocerte. Lo has debido dejar impresionado —informó, con un deje de envidia en la voz.

—¿Se puede? —Abrió una puerta de madera oscura y preguntó—. La señorita Marcos está aquí.

—Hágala pasar.

—Suerte —me susurró, antes de dejarme sola y abrirme la puerta de par en par.

Entré con paso decidido, pero, conforme me acercaba al hombre canoso que tenía delante, empezaron a temblarme las piernas. Sonreía, sin embargo, su gesto no me parecía amistoso ni agradable. Desde luego, su hijo no se parecía en eso a él. Cuando Nico sonreía, mi corazón también lo hacía. De una manera u otra, eso siempre iba a ser así.

—Bienvenida a N.D.V., señorita Marcos.

—Gracias, señor De la Vega. Es un placer para mí estar aquí. Quería agradecerle que me eligiera.

—Gracias a usted por optar por nuestra empresa. Siéntese. ¿Desea algo de beber? ¿Un café?

—No, gracias.

Los dos tomamos asiento y yo crucé las manos sobre mi regazo mientras él se acariciaba la corbata color azul. Su gran mesa de cristal nos separaba y yo

rezaba porque no me reconociera. Ni siquiera me lo había planteado muy en serio hasta ahora. Solo me vio una vez y su gran ego me decía que ni se fijó en mi cara. Aun así, me entró el pánico y contesté a las siguientes preguntas sobre mi expediente académico con un pequeño tartamudeo que no pude evitar del todo.

—¿Señor? —Alguien llamó a la puerta y la abrió.

—Pasa, Max. Te estábamos esperando. —Miró detrás de mí.

—Itxel, ¿puedo llamarte Itxel? —me preguntó el señor De la Vega. Asentí con la cabeza y siguió—. Te presento a Max Hill. Trabajarás con él las próximas semanas.

—Encantada. —Le ofrecí la mano.

—Un placer. —La estrechó.

Max era guapo de una manera muy natural. Alto, ojos entre verdes y marrones, pelo castaño claro, sonrisa bonita...

Nos despedimos del que sería mi jefe a partir de ahora y Max me llevó a una pequeña sala en la que había enseres de cocina y me invitó a un café.

—No te asustes. No es tan serio como aparenta —me informó, mientras cogía dos tazas y dos cucharas—. ¿Con leche?

—Sí, gracias. No estoy asustada —aclaré—. Solo un poco nerviosa. Es mi primer día.

—No tienes de qué preocuparte. Yo te ayudaré en lo que necesites. Puedes utilizarme a tu antojo. —Arrugó las cejas y me miró con una sonrisa—. Perdona, eso ha sonado muy poco profesional.

—No pasa nada. Los nervios. ¿También es tu primer día? —Sonreí yo.

—No. Pero desde hace unos minutos estoy tan nervioso como si lo fuera. —Me ofreció la taza y la cogí, un poco abochornada por la intensidad con la que me miraba.

—Yo no... —Intenté explicarle que no me interesaba en ese aspecto. A ver, era guapo y simpático, pero acabábamos de conocernos y lo que menos necesitaba era acostarme con alguien del trabajo en el que acababa de empezar de prácticas y que, posiblemente, sería decisivo para mi carrera.

Me estaba tirando los tejos y no sabía qué decirle. Por fortuna, alguien entró y evitó que recibiera un gran *zasca* por mi parte. ¿He dicho por fortuna? Quise ahogarme en el fondo de la taza de café.

—¿Interrumpo? —preguntó alguien con voz de Nico. Y no es que le hubieran robado la voz. No. Es que era Nico quien acababa de hacer acto de presencia en la pequeña cocina.

—¡Buenos días, Nicolás! No sabía que venías hoy —lo saludó Max de manera afable.

—Tengo cosas pendientes. Buenos días, señorita Marcos —se dirigió a mí.

—Supongo que os conocéis —advirtió mi nuevo amigo.

—Es mi profesor —informé.

—Sí, soy su profesor —especificó—. Y me gustaría hablar contigo a solas un momento —se dirigió directamente a mí.

—Nos vemos luego —Max se despidió—. Te espero en mi despacho para que me acompañes a una reunión. —Se marchó y nos dejó solos.

Tenía claro que el oxígeno de la habitación era el mismo que fuera, pero a mí comenzó a faltarme en cuanto dio un paso en mi dirección.

Fue a decir algo pero respiró y calló.

—No sabía que trabajaras aquí. —Estaba turbada.

—Solo vengo de vez en cuando.

—Y hoy, precisamente, tenías que estar aquí.

—Es... complicado. —Suspiró—. Itxel... —Volvió a acortar nuestra distancia.

Se mordió el labio y miró mi boca.

—No es buena idea —susurró. Y, tras unos segundos de incertidumbre e intensidad entre los dos, se recompuso y advirtió—: No creo que sea buena idea que coquetees con Max tu primer día de trabajo.

—¿Qué? —Abrí los ojos, sorprendida.

—Max te habría besado si yo no hubiera entrado. ¿Quieres que te echen el primer día?

—Pero ¿qué estás diciendo?

—Si quieres llegar alto en esta empresa, te aconsejo que te tires a mi padre.

Pero... ¿qué?

No pude contenerme. Mi mano cobró vida y nadie hubiese podido detenerla. Se movió sola, lanzándole el café a la cara al imbécil que tenía delante. Ni siquiera nos importó (a mi mano y a mí, me refiero) que aún estuviera caliente. Como si se le caía la cara a pedazos.

—¿Qué...? —No se lo podía creer.

Yo tampoco, pero, de repente, me sentí orgullosa de mí.

El café le chorreaba por el pelo, la cara y la camisa clara. Estuve a punto de reírme delante de él; si no lo hice, fue porque el cabreo por su falta de

respeto me superaba.

—Gracias por recordarme lo gilipollas que eres. —Dejé la taza en el fregadero y me marché. Después volvería y la fregaría, pero no pensaba quedarme allí a esperar que la furia de Nico me terminara por estropear el día.

Lo cierto es que, cuando salí de allí, una sonrisa enorme me iluminó el rostro. Acababa de hacer lo que llevaba años soñando. Me faltaba empujarlo y tirarlo de un rascacielos, pero con esto me conformaba.

—¿Buenas noticias? —me preguntó Max, cuando entré en su despacho.

—¿Qué?

—Diría que te ha tocado la lotería.

—No, pero casi.

—¿Cómo has encontrado mi despacho? A veces, hasta a mí me cuesta llegar a él.

—Preguntando. —Encogí un hombro e hice una mueca de triunfo.

—Además de guapa, inteligente. Presiento que vamos a crear grandes cosas juntos.

—Eso espero.

Escuchamos unas voces en el pasillo y miramos en esa dirección.

—¿Qué le ha pasado, señor? —preguntó una chica a Nico, que llegó con la camisa manchada de oscuro.

—Se me ha caído el café. ¿Puedes ir a comprarme una camisa?

—Por supuesto.

—Estaré en mi estudio.

—Ahora mismo vuelvo. —La chica desapareció caminando con prisas.

Nico suspiró y también lo perdimos de vista.

—Está bien. Comencemos —informó Max.

Me explicó el proyecto en el que estaba trabajando y que teníamos una reunión con los clientes en una hora, pero que la habían cancelado; así que me propuso estudiarlo a fondo para que conociera hasta el más mínimo detalle. Tras media hora de preguntas y respuestas, me pidió que fuera al despacho de Nicolás (hijo, específico) y le pidiera los planos de la sucursal de B.O.T. que estábamos construyendo en Alicante.

No me pareció buena idea. No me apetecía verlo ni enfrentarme a lo que mi mano (ella solita, sí) había hecho esta mañana (mano, mala). Pero no me quedó más remedio que afirmar con la cabeza y hacer lo que me pedía. Estaba allí para eso. Bueno, para eso y para aprender, pero obedecer era primordial en aquellos momentos para no terminar de patitas en la calle. Ay, madre. En el

lío que me había metido. Pensaría seriamente si cortarme la mano. Sorda y manca. Lo que me faltaba.

—¿Se puede? —Llamé a la puerta abierta y utilicé mi voz de «niña buena que no ha roto nunca un plato. Niña santa y pura».

Levantó el semblante hacia mí y me dijo que pasara.

—Tú dirás.

—Max necesita los planos de la sucursal de B.O.T. en Alicante.

—Están en ese armario. —Señaló con la cabeza un mueble a mi derecha.

Abrí el archivo gigante y busqué por la letra b, pero no daba con ellos.

—Señor, aquí tiene la camisa. No la he encontrado del mismo color. Espero que le sirva. —La chica a la que había enviado a comprarle la camisa entró en el despacho y dejó el encargo sobre la mesa.

—Gracias, Melisa. —La chica se llamaba Melisa.

Pues Melisa cerró al salir y ni se dio cuenta de que yo estaba en una esquina de la habitación, porque ni me miró.

De repente, Nico se quitó la camisa manchada y se quedó desnudo de cintura para arriba. Yo quería decir algo, no sé, quejarme por la osadía, o gritar lo bueno que estaba el jodido, pero mis ojos se clavaron en su pecho y mi boca se selló de una manera inexplicable.

—Terminó el espectáculo —anunció, cuando se puso la nueva y se la abotonó.

—¿Qué? —Parpadeé.

—¿Lo has encontrado?

—No... Lo cierto es que no.

Caminó hasta mí y se detuvo a mi lado.

—A ver... Aquí está. —Lo sacó y me lo ofreció.

—Gracias. —Se lo quité de mala gana, tal y como le di las gracias.

Fui a salir antes de que la rabia por su falta de respeto hacia mí una hora antes permitiera, de nuevo, a mi mano, hacer otra tontería. Esta vez: abofetearle la cara.

—Cierra al salir —me pidió.

Portazo que di.

14

ES COMPLICADO



Coincidí con Nicolás (hijo. Vaya telita con la manía de poner a los hijos el mismo nombre que a los padres) varias veces durante toda la mañana, pero no intercambiamos ni una palabra. Supongo que él me deseaba una almorrana por haberle tirado café caliente en la cara, y yo lo único que quería era que llegaran las dos de la tarde para irme a comer y olvidarme de él aunque fuera durante dos horas. Sí, dos horas, porque después tenía clase. No lo había visto en tres años, pero en un mes había compartido con él más tiempo que en el año que vivimos juntos, sin contar las noches que pasamos en casa, cada uno en su cama. Total, que me despedí de Max en cuanto me dijo que podía irme, me colgué el bolso y salí a la calle, dispuesta a coger el autobús que me llevara a la facultad, comer algo en la cafetería y entrar en clase a aguantar otras dos horas que se harían insufribles por la presencia de Nico. Necesitaba un respiro con urgencia.

Hacía un calor sofocante. El sol me pegaba en la frente con inquina y ni el techo de la parada de autobús me protegía de los rayos. Saqué mi botella de agua del bolso y le di un trago. Escupí el líquido con premura al notar el agua demasiado caliente. Aquello parecía meado de burra. Y no es que lo hubiese probado alguna vez, sino que lo había leído en alguna parte. Salpiqué los pies de una señora con el gesto y casi me mata con la mirada. Se apartó murmurando que «esto era solo lo que le faltaba para seguir caminando y dejar que la atropellara un coche». Debía tener un mal día. Como yo. Le pedí disculpas con la cara constreñida y me retiré para tirar la botella de aguachirri (o aguachochi. Vale, no tiene gracia) a una papelería que estaba cerca de la carretera.

Un coche se detuvo a mi lado.

Miré en su interior y los ojos de Nico me esperaban detrás de la ventana bajada.

—Te llevo —dijo, sin denotar ninguna emoción.

—No, gracias —contesté, cuando en realidad lo que quería decir era: Ni de coña, gracias, debes haberte drogado si piensas que voy a subir contigo en tu coche.

Por suerte, no lo dije, porque soy de comerme mis propias palabras muy a menudo. Ahora me entenderéis.

—Los dos vamos a la facultad y el autobús todavía tardará.

—No voy con gilipollas. —Me crucé de brazos y levanté el mentón.

—Soy un gilipollas. Lo admito. Sube, por favor. Va a darte algo con este calor.

—He dicho que no. Mira, ahí está mi autobús. Qué suerte. —Se me descompuso el cuerpo cuando observé que venía repleto de gente.

Abrió la puerta desde dentro y me pidió que subiera.

—No te lo volveré a repetir. —De dentro salió un aire frío que me pareció la más real de las brisas frescas marinas.

Entré, pero no de una forma cualquiera. No. Entré de morros, con los brazos cruzados y con los ojos achinados. Di mi brazo a torcer, pero mi ego seguía intacto, o eso creía.

Aceleró y se adentró entre el tráfico. Ninguno dijimos nada durante cinco minutos. Si esperaba a que yo hablase, iba arreglado. Y, si lo hubiese hecho, era para decir lo que le contesté después de sus disculpas.

—Lo siento. No quería decir lo que dije esta mañana. Me pasé. No era mi intención —se disculpó.

—Te pasaste mucho. —Me giré hacia él—. No. No solo eso. Te pasaste tres pueblos. No. Cuatro. Cinco. Te comportaste como un verdadero gilipollas. Un imbécil. ¡Un gilipollas imbécil multiplicado por todos los indeseables de este planeta! Te hubiera dado una bofetada de habernos encontrado en otro lugar. Me has hecho daño. ¡Y a conciencia!

—Ya te he dicho que lo siento.

—¡Pero no basta con una disculpa! Me ha... Dolido —terminé y respiré.

—Lo siento mucho —repetió.

—Vale. —Miré al frente y me tranquilicé—. Sé que lo sientes. Solo... No lo esperaba. No esperaba que me trataras así. Sé que no te conozco. Que en realidad nunca te conocí, pero... No sé. Para mí eres Nico, o eras Nico. Buff... Estoy hecha un puto lío. —Me tapé la cara.

—Me puse celoso —informó, claro y conciso.

—¿Qué? —Giré la cabeza hacia él.

—Max se acuesta con todas las becarias. Y no quiero que lo haga contigo.

—Pero... —Levanté las cejas.

—Parece que sigo siendo el mismo Nico de siempre. —Posó los ojos sobre mí y dejó de mirar la carretera.

Durante unos segundos, fue lo único que hicimos: mirarnos. Y sí, parecía el mismo. Los mismos ojos, los mismos labios, el mismo pelo...

El pitido de un coche nos devolvió a la realidad. Esa en la que lo odiaba por dejarme años atrás y en la que él se había olvidado de mí, pero quería molestarme de alguna manera.

—¿Crees que es buena idea que nos vean llegar juntos? —pregunté, preocupada, además de desear cambiar de tema y romper con la densidad del ambiente.

—Todos saben que trabajas en el despacho de mi padre.

Todos menos yo, pensé.

—¿Desde cuándo trabajas allí? Creí... Creí que tu relación con él no era muy buena.

—Y no lo es, pero mi madre me lo pidió y no pude negarme. Solo voy cuando hago falta. —Aparcó frente a la puerta de nuestra facultad y detuvo el coche por completo.

—No lo eres —afirmé.

Él me miró con el ceño fruncido.

—No eres el mismo. El Nico que yo conocí no trabajaría con su padre. —Abrí la puerta, salí y cerré.

No necesitaba explicaciones ni las quería. No conocía a la persona que tenía delante. Eso era todo.

Vi a Marisa sentada en una de las sillas del fondo de la cafetería. No había mucha gente y llegué hasta ella sin cruzarme con ningún compañero.

—¿Qué tal tu primer día? —me preguntó.

—Bien —zanjé. Explicarle todo incluía empezar tres años atrás y no era el momento, así que me callé la falta de respeto de nuestro profesor y exnovio mío—. ¿Y el tuyo?

—Un auténtico coñazo. Me han tenido de recadera toda la mañana. —Le dio un sorbo a su refresco.

—Una mierda, sí. —Por lo menos a ella no la habían insultado.

—¿Qué comemos? Te estaba esperando.

—Algo rapidito, que después me duermo.

—Yo voy a dormirme ya. —Pegó la frente a la mesa—. Trae lo que

quieras. —Su voz sonó amortiguada por el acero.

Comimos ensalada, fruta y un café bien cargado. Ella casi se duerme entre bocado y bocado. Yo tenía ganas de tirarme en el pasillo por el que caminábamos y echarme una siesta de dos horas. Me despertó el empujón de un compañero justo al entrar en clase.

—¡Manuel, ten cuidado! —me quejé.

—Perdona. Ha sido este, que no ve por dónde pisa. —Le echó la culpa a Ramón. Un chico bajito, con gafas y tímido con el que había hablado en contadas ocasiones.

—Lo siento, Itxel —casi susurró, o así lo escuché yo.

—No te preocupes. No pasa nada.

Abrí los ojos y me asusté. Me di cuenta de que mi audífono había salido volando con el golpe.

Me llevé la mano a la oreja.

—Mierda —mascullé y me agaché.

—¿Ha perdido algo, señorita Marcos? —Nico se detuvo a mi lado. Ahora era la señorita Marcos. Esta mañana era Itxel y me hablaba como si fuera su novia y me hubiera pillado con las manos en la tarrina de helado.

—No... Nada. —Miré hacia la derecha e izquierda y no lo vi.

—Xel, ¿te ayudo? —Cristian se arrodilló junto a mí y me preguntó qué estaba buscando.

—Nada. Ya lo he encontrado —mentí. Me levanté y me fui a mi sitio. Cristian vino detrás, apartándome el pelo de la cara.

—Hoy estás muy guapa. —Me sonrió y se sentó a mi derecha.

—Si os parece, vamos a comenzar —advirtió Nico, cortando y observando a mi compañero.

Me puse nerviosa al comprobar que no escuchaba del todo las explicaciones de Nicolás. Me costaba entender con claridad lo que decía. Eché un vistazo a mi alrededor varias veces sin encontrar el dichoso aparatito. No lo podía perder, costaba un ojo de la cara. Y me la jugaba si esperaba a que la clase terminara para encontrarlo, porque podían pisarlo y romperlo.

—¿No decías que lo habías encontrado? —susurró Cristian en mi oído.

—No lo encuentro —admití.

—¿Puedo saber qué es?

—Un audífono —me sinceré—. Es muy pequeñito. Blanco, casi transparente —murmuré, mostrándole el tamaño con dos de mis dedos—. Tengo que encontrarlo —casi supliqué.

—No te preocupes. —Cogió mi mano y la apretó.

—¿Seríais tan amables de contarnos eso tan importante de lo que habláis?

—Nicolás paró la clase y se dirigió a nosotros.

No escuché muy bien qué decía.

—Nada, señor. Es privado —contestó Cristian. Eso sí lo escuché porque lo gritó a mi lado.

—Señorita Marcos, ¿puede decirnos qué opina sobre la ingeniería sísmica? —Vi que me hablaba a mí porque me miraba, pero no escuché la pregunta. El miedo me dejó muda. No sabía qué decir. Nico no podía enterarse de mi secreto. No sabía cómo reaccionaría si supiera que aquel fatídico accidente me dejó casi sorda de un oído.

—¿Puede repetirlo, señor De la Vega? —atiné.

—Deseamos escuchar su opinión sobre la ingeniería sísmica. —Veía su boca moverse, pero seguía sin entenderlo.

Tragué saliva con dificultad y Nico me miró con el ceño fruncido. Sospechaba que algo me pasaba.

—La ingeniería sísmica. Dile lo que opinas —me susurró Marisa.

Cogí aire, lo expulsé y solté lo que había estudiado sobre ello y la opinión que tenía al respecto. Nico me dio las gracias y siguió dando la clase. La última hora la dedicó a una práctica relacionada con el tema que habíamos tocado. Cuando pasó por mi lado y me dio el documento, me miró directamente a los ojos, preocupado. Me puse a trabajar en cuanto lo cogí y dediqué la siguiente hora a tratar de concentrarme en lo que hacía sin perder de vista la clase en general; alguien podía dirigirse a mí y yo no escuchaba una mierda.

Cuando todos mis compañeros comenzaron a levantarse y caminar hacia la salida, casi me da un infarto. Necesitaba encontrarlo intacto o no podría ocultar lo de mi sordera mucho tiempo. Le conté a Marisa lo que había ocurrido y entre los tres batimos el perímetro del aula en pocos minutos.

Nada. No encontramos nada.

—Gracias, chicos. Ahora podéis gritarme si queréis que os escuche. —Dejé caer la espalda sobre la pared del pasillo, derrotada.

—¡Espera! —Cristian se agachó junto a la puerta y se volvió a incorporar con brío—. ¿Es esto? —Me enseñó el mosquito, como lo llamaba Rubén.

—Oh, menos mal. —Me tiré sobre él y lo abracé.

En ese momento, Nico salía de clase y se nos quedó mirando. Se detuvo a unos metros, frente al tablón de noticias, y colgó algo en él sin dejar de

observarnos.

—Gracias, gracias, gracias.

Lo cogí e intenté ponérmelo, pero me temblaba todo de los nervios.

—Espera, te ayudo. —Mi amigo me lo quitó de las manos, me echó el pelo hacia atrás y me lo colocó en la oreja. Su nariz casi rozaba mi mejilla.

Cuando se retiró, le di un beso y le sonreí.

—¿Podemos irnos, tortolitos? Tengo que trabajar en el bar —advirtió Marisa.

Pasamos junto a Nicolás, que aún no se había movido del sitio y nos despedimos de él hasta mañana.

Por el rabillo del ojo pude ver cómo no me quitaba la vista de encima hasta que salimos del edificio.

Llegué a casa pasadas las siete de la tarde. Me di una ducha de agua fría y me tiré en la cama a escuchar un poco de música, pero me quedé dormida y, entre tantas vueltas que di, los auriculares se despegaron de mis orejas; razón de más para escuchar las voces que Rubén daba desde el salón. Y eso que el mosquito descansaba sobre la mesita de noche. Me incorporé, me senté en el filo de la cama y me lo puse. Entonces, pude comprobar lo enfadado que estaba.

—Olvídalo. No pienso seguir con esto. —Silencio—. Ya te he dicho que no, ¡joder! ¿Por qué me llamas? —Silencio—. Tú no me quieres. Si me quisieras, no... —Calló de repente—. Si no te gusta que lo diga, será por algo. Será por algo... —Silencio—. Déjame en paz. Olvida que existo. —Silencio—. ¿No puedes? ¿Y yo sí puedo aguantar esto? ¿Crees que puedo? Mierda, Marieta. ¡Déjame en paz! —Colgó, bufó y soltó un taco gordo.

Creí que había terminado, cuando le dio una patada a una silla, tiró el teléfono contra la pared, partiéndose a trocitos muy pequeñitos, y salió a la terraza.

Fui tras él.

—No pensarás tirarte —dije, medio en serio, medio en broma.

Agarraba la barandilla con fuerza, con tanta que se le señalaban los nudillos.

—Lo digo para inventar una coartada creíble. A ver si van a creer que te he empujado yo.

No se dio la vuelta ni soltó ninguna memez. Eso, en Rubén, me preocupó.

—Venga, no puede ser tan malo. No hay nada que tú no puedas arreglar. —

Lo abracé por la espalda y le di un beso en la camiseta.

—No se puede arreglar lo que no está roto.

—Que no esté roto es bueno, ¿no? —me soltó, se giró y me miró con una media sonrisa.

—No sabía que estuvieras en casa.

—Estaba en la cama. Dime ya qué ocurre.

—No pasa nada.

—No me vengas con lo mismo. Claro que pasa. Nunca te había visto así. Se revolvió el pelo y gruñó.

—Es por una chica, ¿vale? No va como yo quisiera.

—¿La quieres?

—Sí.

—¿Te quiere?

—Creo que sí.

—Entonces, ¿cuál es el problema?

—Es complicado.

—Siempre lo es.

—¿Ahora vas de psicóloga? —rio.

—Se me da muy bien. —Me crucé de brazos.

—No tengo ganas de hablar sobre eso. Ya te he dicho lo básico.

—Vale. No sigo insistiendo si tú haces la cena. —Lo apunté con el dedo.

—Por supuesto. —Me dio un beso en la mejilla y se metió dentro.

—¡Rubén Romero está enamorado! —grité.

Escuché cómo soltaba una carcajada desde el salón y me sentí satisfecha con lo logrado. Tal vez no podía hacer de celestina, pero sí podía conseguir que mi mejor amigo sonriera.

Por la noche hablé por videollamada con Enric. Decía que me echaba de menos y que vendría un fin de semana a verme. Nos dedicamos a hablar sobre películas y libros durante más de dos horas. Me despedí de él casi con los ojos cerrados y soñé con crueles profesores exnovios que ahora también merodeaban cerca de mi puesto de trabajo. Y lo hice el resto de la semana.

Quería morirme.

—¡Buenos días, Itxel! —me saludó el recepcionista que me recibió el primer día.

—Buenos días, Sam.

—Llegas temprano.

—Tengo cosas que hacer.

—Muy oportuna. Reunión de toda la plantilla a las diez. No llegues tarde.

—Ni se me ocurriría. —Le guiñé un ojo y me fui a mi mesa.

Estaba trabajando en el proyecto que Max me había confiado cuando se presentó.

—Has llegado temprano. —Puso una carpeta junto a mi ordenador.

—He madrugado. —Lo que se traducía en «no he dormido muy bien porque Nico no me deja pegar ojo».

—Me gustan las mujeres trabajadoras. ¿Tienes listo el dossier que te pedí?

—Aquí está. —Lo cogí y se lo di.

—Perfecto. Vente conmigo. Lo presentarás en la reunión de hoy.

—¿Qué? —Casi me caigo de la silla. (Literalmente hablando. Tuve que agarrarme a la mesa).

—Lo harás genial. Estoy seguro.

—Pe... pe... pe... pero... ¡No puedo hacerlo! —chillé.

Me levanté, me toqué el pelo, el cuello y la cintura. No podía estarme quieta.

—Itxel. —Dio un paso hasta mí y me agarró de las manos—. Estás preparada. Llevas con esto toda la semana. Confío en ti.

—No deberías hacerlo. —Me mordí el labio.

—Claro que sí. Y tú deberías creer más en tu trabajo. Eres muy buena. Tus ideas son espectaculares.

—¿Tú crees? —Me sentí adulada.

—Estoy seguro de que serás una arquitecta brillante.

—Itxel, me ha dicho Sam que ya estabas por aquí. —Nico llegó hasta nosotros con prisas y se encontró con una imagen que tal vez reflejaba algo equivocado.

Max me soltó con rapidez y yo recordé lo que Nicolás me había dicho en el coche. En realidad, estaba demasiado cerca de mí.

—Necesito hablar con ella. Déjanos solos —pidió a Max, con un tono muy poco amable.

—Te espero en mi despacho —me recordó y se fue.

Miré a Nico y la oscuridad de sus ojos se me clavó en el alma. ¿Por qué me miraba como si hubiese hecho algo malo? Estaba bastante harta.

Sin decir ni una palabra, se dio media vuelta y no tuve más remedio que ir tras él. Entró en su despacho, aguantó la puerta con la mano y la cerró cuando

entré yo también. El portazo que dio me hizo dar un respingo.

—¿Qué crees que estás haciendo? —Se puso frente a mí.

—Nada.

—Itxel...

—¿Qué, señor De la Vega?

—Deja... —Se revolvió el cabello—. Deja de mentirme.

—Perdona, Nicolás Navarro Santana —puntalicé.

—¿Eso es lo que te molesta?

—¿De verdad crees que es eso?

—Parece que sí.

—Sí, me molesta que me mintieras sobre quién eres. ¿Tan raro te parece? ¡Por Dios, éramos amigos! —Alcé los brazos—. ¿Por qué lo hiciste?

—No quería que nadie supiera quién era mi padre. Todos en este mundo lo conocen.

—Eso es una tontería.

—No cuando estudias arquitectura y quieres que te tomen en serio por tus logros, no por los de otro.

—Éramos amigos. Éramos... —Fui a decir que éramos pareja, novios, ¡yo qué sé!—. Estábamos juntos. O eso creía.

—Itxel, yo...

—Confíaba en ti. Deberías habérmelo dicho. Tuviste miles de oportunidades.

—Lo siento. No sabía cómo decirte la verdad.

—Es muy fácil. ¿Sabes?

—Itxel...

—¿Quieres algo más de mí? —pregunté.

Levanté el mentón y respiré.

—¿Qué crees que hacía con Max? —Tenía que aclararlo.

—No quiero saberlo. —Se tocó el tabique de la nariz y resopló.

—Solo estaba intentando animarme.

—Y te tiene que acariciar la mano para eso.

—¿Qué más te da? No tengo que darte explicaciones. —Si hubiese estado más confusa, no hubiese podido ni hablar. Vaya plan que llevaba conmigo misma.

—Los dos trabajáis para mí.

—Trabajamos para tu padre.

Trató de tranquilizarse.

—Escucha. Tú no lo conoces. Si por mí fuera, ya lo habría echado, pero es hijo de un amigo de mi familia.

—Me da igual. Me trata bien. Y confía en mi trabajo. Y yo confío en él.

—Pues no deberías.

—Señor De la Vega, si eso es todo, tengo que preparar una presentación.

—Quería largarme.

Tragó.

—Está bien. Tengo que ver un proyecto fuera de la ciudad y he pensado que te gustaría acompañarme.

—¿Por qué ha pensado que me gustaría pasar más tiempo con usted? — Que me lo explicara, porque a mí no se me ocurría ninguna razón que no conllevara que me diera un golpe en la cabeza y me metiera en su coche a la fuerza.

—Itxel...

—Señor De la Vega. —Me crucé de brazos.

—¿Quieres dejar de llamarme como si no nos conociéramos? ¿Como si no nos hubiéramos acostado todas las jodidas noches durante más de cuatro meses?

—¿Qué? ¿Qué has dicho? —No contestó. Solo me miraba como si quisiera matarme. Algo ya muy habitual en él—. ¿Sabes qué? Que de eso hace tanto que ni me acuerdo. Ya te lo he dicho. Mi Nico murió aquella noche conmigo.

Me agarró de los hombros y me pegó a él. Podía sentir su agitada respiración sobre mi boca.

—¿Hablas de la noche en la que casi mueres por mi culpa...? —murmuró. Y pude ver tanto dolor en sus ojos que me traspasó el corazón.

—Suéltame —rogué. El tacto de sus manos sobre mis hombros desnudos me quemaba tanto como daño me hacía.

Pasó un segundo.

Dos.

Tres.

Cuatro.

Cinco.

Y me soltó. Pero le costó lo mismo que a mí dar un paso atrás y alejarme.

—Lo siento. No he debido hacerlo. —Parecía arrepentido.

—No. No has debido. —No quería llorar.

—Yo... —Intentó dar una explicación a algo que quizás no la tenía.

—¿Puedo irme ya?

Levantó la palma de la mano derecha y me señaló la puerta.

Lo rodeé para salir, pero me agarró de la muñeca y me detuvo a su lado.

—Itxel...

—Hasta luego, Nico. —Me solté y me marché.

15

PERDIENDO LA CABEZA



NICO

Me costó media vida, o la vida entera, dejarla marchar en ese momento. Pero no había sido el único. Desde que volví a verla solo quise amarrarla a mí y no soltarla. Que no tuviera oportunidad de dejarme. Y es curioso que pensara así cuando fui yo quien la dejó tirada sobre la carretera.

Me sentía miserable.

Y me lo merecía.

Vaya si me lo merecía.

Sabía que no podía reprocharle al destino que volviera a ponérmela en el camino. Sufrir por ella era una deuda que iba a pagar tarde o temprano. Y el momento había llegado.

Tenerla cerca me hacía tanto daño como dolor y sufrimiento me había causado saberla lejos y no poder ir a buscarla. Sí, no poder. Porque, aunque mi corazón todas las noches me pedía a gritos que fuera a por ella, mi razón se negaba. Y no le puedo llevar la contraria a mi razón. Una de las taras que me dejó mi padre.

Salí del estudio de arquitectura y fui a ver el proyecto que tenía pendiente. Me salté la reunión de las diez de la mañana sin preocuparme demasiado porque algo saliera mal. Mi padre, hoy, parecía estar bien; así que me fui sin darle demasiadas vueltas a la cabeza. Bastante pensaba en la situación de mi familia a lo largo del día.

El tono de una llamada telefónica comenzó a sonar por los altavoces del coche y pulsé «descolgar».

—¿Qué pasa, tío? —Javier me saludó.

—Voy a ver una obra.

—¿Cabreado? —Mi mejor amigo me conocía mejor que nadie y me lo notó en el tono de voz.

Bufé.

—No es nada.

—Este fin de semana nos marchamos.

—No es buen momento. Ya te lo dije.

—Eso no lo decides tú. Encárgate de tener la maleta preparada.

Bañador y toalla.

—Está bien. —Pensé que, tal vez, hablar sobre lo que me pasaba con mi mejor amigo, me ayudaba—. Javier, escucha. ¿Puedes quedar para comer?

—Estoy bastante liado, pero para ti siempre tengo tiempo.

—¿A las dos en el Dry Bar?

—Nos vemos.

El día fue más movido de lo que esperaba. Encontré varios problemas bastantes graves en la obra que hubo que solventar rápidamente. Me llevó toda la mañana. Llamé a Javier y le propuse dejarlo para esa noche y nos veríamos para cenar.

Volví a la oficina a ver cómo estaba mi padre y lo acompañé a casa. Aproveché para comer con él y ver a mi madre. Todo marchaba como se esperaba y eso me entristecía, a pesar de todo, yo quería a mi padre.

Las dos horas que di clases se me hicieron muy cortas, como casi siempre, porque estaba con Itxel, aunque a veces me daban ganas de tirarle una silla a la cabeza a Cristian, el que parecía estar más cerca de ella cada día.

¿Tendrían algo?

¿Estarían saliendo?

¿Se habrían acostado?

Bufé delante de todos los alumnos. No me pude reprimir. Me mataba pensar que alguien estuviera con ella.

¿Un egoísta?

Probablemente.

Pero no podía evitarlo.

¿Y ese chico con el que vivía?

¿Estaría también con él?

Iba a perder la cabeza.

—Señor De la Vega. —Ana, una alumna, me llamó la atención.

—¿Sí? —La miré.

—¿Le ocurre algo? Se ha quedado...

La muchacha quería decir que me había quedado tonto, pero por

respeto y educación no lo hizo.

—Disculpen. ¿Les importa que terminemos hoy un poco antes? Tengo una cita importante.

Los despedí como cada tarde y les recordé que al día siguiente no podían faltar a las tutorías para contarme cómo les estaba yendo en las prácticas.

—Señor De la Vega. —Itxel se detuvo delante de mí.

Esperó a que todos se marcharan para seguir hablando.

—Supongo que no importa si no voy a la tutoría.

Arrugué el entrecejo.

—¿Por qué supone eso? —Sus mejillas doradas me distraían.

Recordé la de veces que la había besado suavemente sobre los labios y recorrí su cara hasta llegar a sus ojos y adorarlos.

—Usted sabe muy bien cómo van mis prácticas. Es parte de ellas. — Hablaba en tono altivo y me hizo gracia.

—¿Le molesta?

—Un poco.

—Le dije que no eligiera ese estudio y no me hizo caso.

—No lo hubiese elegido de saber que lo tendría todo el día a mi lado.

—¿Algún problema con eso? Puedo buscarle otro. —Sabía que no se marcharía del mejor estudio de todo Madrid.

Reculó. Física y verbalmente hablado.

—No. No es necesario. —Levantó la barbilla y dejó su cuello a mi vista.

Tenía ganas de ir hacia ella, agarrarla de los brazos y...

Bufff.

—Lo deajo. Tiene una cita —siguió con retintín.

—La noto celosa. —Me alegré.

—¿De qué?

—De mi cita.

—No me voy por eso. Tengo prisa porque he quedado con alguien y no quiero hacerlo esperar.

Quería devolverme los celos. Estaba claro.

—Aún estamos en horario de clases.

—Lo sé. Pero así aprovecho y me arreglo.

—La espero mañana a las nueve.

—Pero...

Cogí mi maletín y me marché.

No iba a perder la oportunidad de verla al día siguiente. Por eso había puesto las tutorías obligatorias.

No mentía en lo de la cita importante. Esa que cambiaría el resto de mi vida. Y la responsable me llamó por teléfono.

—¿Tardas? —me preguntó Ma, mientras salía de la universidad.

—Veinte minutos.

—Nos están esperando.

Por la noche cené con Javier en Arima, una taberna vasca con mucho éxito. Le conté todo lo que (no) había ocurrido hasta ahora y todo lo que (no) sentía por Itxel. Me dijo muchas cosas mientras yo intentaba masticarlas y tragarlas junto con la ensalada, entre ellas, que no le sorprendía lo que escuchaba.

16
ÉL. ÉL. ÉL



Estaba harta y cansada.

Necesitaba unas vacaciones.

El viernes me levanté con mala leche. No había dormido mucho por culpa de varias razones:

1. Maldito Nico. Ojalá le saliera un grano en el culo.
2. Qué calor hacía en Madrid. Y, por algún motivo, el aire acondicionado no funcionaba.
3. Rubén, follando, hace mucho ruido. No sabía si había hecho las paces con su amada, o se estaba desquitando con otra, pero estuvo más de tres horas dale que te pego.

¡Qué envidia!

Necesitaba acostarme con alguien.

Me di una ducha, me lavé los dientes, me puse un vestido de tirantes color amarillo y me peiné. Cogí el metro y me trasladé a la facultad con las mismas ganas que tenía de que una apisonadora me pasara por encima.

No quería verlo.

Y, si por obligación tenía que compartir espacio con él, quería que se me diera la oportunidad de tirarle una grapadora a la cara. (La violencia no es aceptable en ninguna situación, pero yo solo lo pensaba, no quería llevarlo a cabo. Vale, es mentira. Le hubiese tirado hasta la fotocopiadora).

Esperé a que el despacho se quedara libre para entrar. Manuel tenía concertada su tutoría para las ocho y media de la mañana.

Tomé asiento en una silla que había en el pasillo y le envié un mensaje a mi hermana para ver cómo estaba. No me contestó. Debía estar dormida.

Le envié otro a Enric diciéndole lo que me había gustado hablar con él. Que teníamos que vernos pronto. Y el último fue para Mai, a la que echaba de menos con toda mi alma.

De Enric: «En cuanto pueda, voy a verte».

De Mai: «Este fin de semana estaré en Punta. No te lo pienses y vente».

Ummm. Pensé que no era mala idea, pero quizás bastante tarde para pillar un billete para el AVE.

—Adiós, Itxel. —Manuel pasó por mi lado y ni se detuvo.

—Me toca —susurré.

Agarré mi bolso y caminé hasta la puerta del despacho. Era el mismo que el del señor Torres.

Nico estaba sentado tras una mesa cuando entré después de dar un toque en la madera y que me diera permiso para pasar.

No levantó la cabeza. Parecía abstraído en unos planos.

En cuanto se dio cuenta realmente de que era yo la que estaba frente a él, con un gesto rápido, escondió los documentos debajo de otros.

Eso y su cara de nerviosismo hicieron que saltara una pequeña alarma en mi cabeza.

¿Qué sería?

—Buenos días, señor De la Vega.

—Buenos días, Itxel. Siéntate.

Tomé asiento y respiré.

—Por favor, Itxel, llámame Nico, estamos solos.

—No lo llamo señor De la Vega porque estemos rodeados de gente. Usted es mi profesor.

Bufó y se revolvió el pelo.

Parecía agobiado y cansado.

—No sé cómo decírtelo. No me gusta que me trates como si no nos conociéramos.

—¿Desea hacerme alguna pregunta respecto a las prácticas? He hecho un pequeño resumen de la semana.

Saqué un dossier de mi bolso y lo puse sobre la mesa.

Él lo cogió y le echó un vistazo.

—Pasas todo el día con Max.

—Es un buen profesional —insistí—. Aprendo mucho a su lado.

—¿Y con mi padre?

—Solo he hablado un par de veces con él. Es amable conmigo. No... — No sabía cómo decirlo. Me toqué el cabello—. No me ha reconocido.

Nico no hizo alusión ni comentó este hecho.

Cogió mis apuntes y volvió a mirarlos.

—¿Viajas con Max la próxima semana a Oviedo?

Asentí con la cabeza.

—¿Quién ha autorizado esto?

—Su padre.

—Buff —rebufó.

No entendía qué pasaba.

—No vas a ir sola con él.

¿Qué?

Pero ¿qué estaba diciendo?

—¿Qué está diciendo?

—Que no vas a viajar a Oviedo.

—¡No puedes impedírmelo! —Me levanté y me enfrenté a él.

—¡Claro que puedo! ¡Soy el dueño del estudio! —Me imitó, y podía sentir su aliento llegar hasta el mío sobre la mesa.

—¡Es tu padre!

—¡Mi padre solo se pasea por allí! —Detuvo lo que fuera que iba a decir.

Respiró hondo, se apartó un poco y siguió:

—No dejaré que vayas sola a ese viaje con Max.

—Habrá más gente de la empresa allí. —«¿Me estoy excusando? ¿Soy idiota?»

—No iras —aseguró.

—¡Sí iré! —afirmé.

—¡Es imposible razonar contigo!

—¿Qué? ¿Conmigo? ¡Eres tú el que no respeta mi trabajo! ¿Sabes? —Me colgué el bolso. Deseaba marcharme—. Creí que sería difícil trabajar contigo al lado, pero nunca pensé que te interpondrías en mi carrera.

—No es eso lo que me propongo.

—¿Y qué te propones?

Calló como respuesta.

—Adiós, señor De la Vega. Pronto habrá un alumno esperando su turno. — Me giré para salir de allí.

Agarré la manilla de la puerta, la abrí y... Nico la cerró y se detuvo a mi lado.

Mi hombro rozaba con su pecho.

—Espera —susurró—. Yo...

Todos los vellos de mi cuerpo reaccionaron a su cercanía.

Me asió de los hombros y me puso frente a él.

Su nariz contra la mía.

Cerré los ojos y, cuando los abrí, su brillo me cautivó.

—Siempre he querido lo mejor para ti... —musitó.

—Nunca te he importado... —Me dolía, pero era lo que sentía.

—Eso no es cierto... —Pegó nuestros pechos.

Su boca quedaba a un centímetro de la mía.

—Nico...

—Itxel...

Toc, toc.

Dieron dos toques en la puerta y nos separamos como si nos quemáramos. Y nos estábamos quemando, sí, pero no nos importaba.

Nico la abrió.

—Hola, Rosa —saludó a una compañera mía y alumna suya, ojo—. Estoy ocupado ahora mismo. ¿Puedes ir a tomarte un café y volver en media hora?

—De acuerdo, señor. Pero me gustaría preguntarle algo. Solo será un minuto.

Nico salió al pasillo y cerró la puerta.

No quería hacerlo, pero mi yo cotilla me obligó a caminar hasta la mesa y buscar lo que había escondido. Porque lo había escondido.

Ni siquiera lo pensé dos veces.

Miré hacia la salida, me cercioré de que aún estaba fuera, retiré los papeles que no me parecían relevantes y llevé mis ojos hacia ese proyecto que creí ver cuando entré.

Era el plano de una casa de dos plantas. Aprendí a leer planos en primero de carrera y me era fácil adivinar cada sección e imaginarme las estancias. Muy diáfano, funcional, amplio y sencillo. Una piscina infinita dibujaba el horizonte y la finca se ubicaba en la playa junto a la arena. Pero ¿por qué ocultar esta maravilla?

Leí en una esquina que era su proyecto final de carrera y me emocioné. Me parecía una obra maestra en todos los sentidos. Casi podía tocarla con las manos. Me abstraí tanto que no me enteré de que la puerta se abría y Nico se posicionaba detrás de mí.

Lo vi. Vi el nombre del proyecto y los planos se me cayeron al suelo. Volaron de mis manos hasta las losas del despacho del profesor como un avión de papel que no sabe dónde caer y planean de lado a lado.

«Lucero al atardecer».

—Itxel... —susurró Nico en mi espalda.

—¿Qué...? —Estaba confundida.

El corazón a cien.

Un millón de recuerdos.

Él llamándome así por las mañanas.

Él sonriéndome en la cocina.

Él conduciendo mi moto y yo agarrada a su cintura.

Él besándome.

Él durmiendo.

Él queriéndome.

Él... abandonándome.

Y esa carta que aún guardo en mi habitación y en el corazón.

—No quería que lo vieras.

—¿Qué es eso? —Giré sobre mis sandalias, muy despacio, y no tuve más remedio que mirarlo a los ojos. Quería que me diera explicaciones cara a cara.

—Mi Trabajo de Fin de Grado.

—Lo llamaste...

—Lo llamé como tú.

—Me llamo Itxel.

—Para mí siempre serás mi Lucero al Atardecer.

—Yo... Yo no soy nada tuyo.

Dio una paso hacia mí, y yo lo di hacia atrás, topándome con la mesa.

—¿Crees que te olvidé cuando me fui? Me acompañaste en todo momento.

Siempre estuviste a mi lado.

—Tú no estuviste en el mío. —Jamás se me olvidaría.

—Itxel... —Casi rozó nuestras bocas.

—No... —Puse las manos sobre su pecho y lo empujé unos milímetros—.

No puedo...

—Yo...

Tragué con dificultad y di un paso hacia un lado.

—No puedo con esto, Nico. Creí... —Me masajeeé la frente—. ¿Por qué lo tienes encima de la mesa?

—Estoy mejorándolo y preparándolo para el doctorado.

—¿Por qué no haces otra cosa? ¿Por qué no...? ¿Por qué no nos haces un favor a los dos y lo quemas?

—Puse toda mi alma y todo mi corazón en ese proyecto. Al menos, todo lo que me quedó sin ti.

—No quiero escucharte. —Caminé hasta la puerta.

—Itxel, por favor... —Él lo hizo detrás de mí.

Levanté una mano y lo detuve.

—No. —Cerré los ojos y los abrí—. Déjame. Me haces daño.

Salí de allí como alma que lleva el diablo y me fui a casa. No a mi casa de Madrid, esa que compartía con Rubén. No. Cogí el metro directo a Atocha sin pensarlo. No iba a debatir conmigo misma. Tenía muy claro lo que quería y lo que necesitaba.

—¿Sí? —dijo Mar al otro lado del teléfono.

—Me voy a casa.

—¿Y para eso me llamas?

—No me has entendido. Me voy a casa. A Punta Umbría.

—¿Qué?

—Estoy en Atocha. Voy a comprar el billete.

—Compra dos. Me voy contigo.

—¿Estás segura?

—Ahora te cuento.

Ese ahora te cuento sonaba a una gran historia de desamor, pelea y reencuentro. Quizás el final feliz no había llegado aún y por eso salía huyendo. Como yo.

Compré los billetes, una barrita de cereales para veganos, una botella de agua y me senté a esperar a Mar. Aún faltaba una hora para que saliera el tren. Pillamos dos de los últimos cinco pasajes que quedaban. No podíamos sentarnos ni juntas durante el trayecto, pero no creo que importase.

—¿Comiendo guarrerías? —Era Mar.

—¿Cómo te ha dado tiempo a llegar tan rápido?

—Me ha traído Milagros.

—¿Quién es Milagros?

Tomó asiento a mi lado.

—Una amiga que tiene moto.

—¿Y cómo es que estabas con ella un viernes a las diez de la mañana?

—Llevo dos noches durmiendo en su casa. Ricky es gilipollas y un soplagaitas.

—Y un vagabundo —apunté.

—No te pases.

Nos reímos.

—¿Y a ti qué te pasa? —interrogó.

—Quiero ver a papá y a mamá. Los echo de menos.

—Ya. Y yo, pero no es por eso por lo que me voy.

—Hay algo que no te he dicho. —La miré a los ojos, muy seria.

—Me estás asustando.

—No es tan malo como para asustarse.

—¿Quieres decirlo ya?

—Verás... He vuelto a ver a Nico.

—¿Qué? —Se levantó de un salto y el móvil le salió volando, chocando contra el suelo.

—¡Mar, cuidado! —Lo cogí, vi que no se había roto y se lo devolví—. Has estado a punto de destrozarlo.

—El móvil me importa una mierda en estos momentos. ¿Has vuelto con Nico? —gritó.

—¡No!

—Entonces, ¿qué quieres decir?

—Lo encontré... Lo encontré casi el primer día de llegar aquí. Pensé que no lo vería más, pero... Pero es mi profesor.

—¿Tu profesor? —Todo el mundo nos miraba por culpa de sus chillidos.

—Shhh. No grites.

—¿Es tu profesor del máster? Pero ¿cómo...?

—Yo tampoco me lo explico, pero eso no es todo.

—¿Hay más?

—También es mi jefe. Hago las prácticas en el despacho de su padre en el que él trabaja.

Mar estuvo la siguiente media hora recordándome todo lo que ocurrió y advirtiéndome que no podía caer en sus redes de nuevo.

—No es que él haya querido algo conmigo —aclaré, y no era del todo cierto.

—No entiendo por qué no me lo has dicho antes.

—No quería preocuparte.

Escuchamos que nuestro tren salía en cinco minutos.

—Vamos a casa. Las dos lo necesitamos. —Mar me ofreció su mano y yo la agarré con cariño.

Por fortuna, en el tren, íbamos hasta en vagones distintos. No deseaba tener que aguantarla haciéndome preguntas de todo tipo durante tres horas. Le encargué que buscara un Blablacar para trasladarnos de Sevilla a Huelva y así estaría entretenida parte del camino.

No vino a buscarme hasta que el tren llegó a la estación de Santa Justa en

la capital de Andalucía, y en su cara se dibujaban trazos de donde quiera que hubiese apoyado la mejilla para quedarse dormida.

—Tenemos que ir hasta Plaza de Armas para coger el Blablacar. Tenemos veinte minutos.

—Cogemos un taxi —informé.

—No tengo dinero.

—Yo lo pago, hermanita.

Fuimos a gusto en el coche del desconocido con el que pasamos la siguiente hora. No era muy grande, un Seat Ibiza azul bastante antiguo, pero tenía música y aire acondicionado y solo éramos cuatro; así que no podíamos quejarnos.

Estuve echando un vistazo a las redes mientras Mar hablaba con el conductor. Un padre de familia que vivía en Huelva y trabajaba en Sevilla, y hacía el recorrido todos los días. Él, informático; ella, enamorada de los números; así que estuvieron charlando sin molestarme.

—¿Dónde os dejo? —Nos preguntó José. Así se llamaba.

—Si no le importa, en la estación de autobuses.

Poco más de quince minutos de autobús y...

Ya estábamos en Punta Umbría.

Nuestra casa.

Nuestro hogar.

Un lugar para descansar y estar tranquilas.

O eso creíamos.

PUNTA UMBRÍA



A mis padres, la visita, los cogió desprevenidos. Y no me refiero a que los pilláramos follando como animales sobre la encimera de la cocina. Sino que no sospechaban ni de lejos que nos íbamos a presentar sin avisar y salían de casa en ese mismo momento de viaje. Encontraron una oferta muy buena para hacer un crucero por el Mediterráneo y ni se lo pensaron. Maletas hechas.

Mi madre me preguntó por mi equipaje después de darme un abrazo.

—Lo traemos todo en una maleta. Solo van a ser dos días.

A mi madre, la más lista del mundo (y que nos conoce como si nos hubiera parido. Bueno, nos parió), no le pasó desapercibido el hecho de que toda nuestra ropa cupiera en una sola bolsa, pero no dijo nada. Supongo que por no entretenerse y perder el tren.

—Tened mucho cuidado, niñas. A ver por qué no nos habéis avisado.

—No lo hemos pensado, mamá. Marchaos sin problema. Estaremos bien.

Mi padre nos dijo cuánto nos quería y nos dio dinero por si nos hacía falta.

Maite se alegró enormemente de que decidiera venir y la invité a merendar en casa y bañarnos en la piscina. Tenía ganas de playa, pero deseaba relajarme unas horas antes de salir y enfrentarme a antiguos amores. A este no me molestaba verlo, pero parecía que sí le molestaba a él. O no. No sé. Era complicado.

Felipe el Imbécil (parecía un rey fallecido por una enfermedad infecciosa), se casaba en un par de semanas, pero no me dejaba en paz del todo. Alguna vez había tenido que pararle los pies y decirle que conmigo no se jugaba. Ni con su futura mujer tampoco.

No me gusta que me tomen el pelo, ni a mí ni a otras personas. Había aprendido que las verdades se dicen a la cara por mucho que doliesen y, si Felipe no quería a Claudia, que la dejara y santas pascuas.

En la piscina de mi urbanización no había que temer a nada. Conocía a los vecinos y, a excepción de alguna casa que se alquilaba por semanas y

albergaba a todo tipo de especímenes, era un lugar tranquilo y confortable.

Maite y yo nos dimos un gran abrazo cuando nos vimos y se nos escapó alguna lagrimilla y todo. No perdimos el tiempo. Nos preparamos unos mojitos. Nos los tomamos en la terraza y hablamos de todo lo acontecido.

Mi amiga ya sabía que me había reencontrado con Nico y no podía engañarle sobre mis sentimientos. No podía aunque quisiera, por ello.

—¡Lo odio! Lo odio, Mai, te lo prometo.

—No, si te entiendo. Espero que no se te olvide hacerlo —soltó con sarcasmo.

—¡No te rías de mí!

—No lo hago.

—¿Cómo se me podría olvidar todo lo que me hizo? —Bebí de mi mojito.

—Porque es muy guapo. —Ella también le dio un trago.

Íbamos por los segundos. Y esas bebidas suben muy rápido a la cabeza.

—Sí, es guapo.

Parecíamos dos niñas de catorce años soñando por el chico que les gustaba. Y eso era exactamente lo que hacíamos. O lo que hacía yo.

—¿Por qué no me haces caso? ¿Por qué no has seguido con tu vida como si no existiera?

—Obvio. —Levanté las cejas.

—Porque existe —afirmó.

Si es que éramos demasiado listas.

—Porque existe y porque lo tengo cerca a todas horas. Ufff. Estoy harta. Vámonos por ahí.

—¿Adónde? Vives en el quinto pino y no puedo coger mi coche. He bebido.

—Yo llevo la moto.

—Tú eres muy valiente. —Cogió su teléfono y se lo llevó a la oreja.

—¿Qué haces? —susurré de manera exagerada.

—Rafa, por *fis*. —Puso voz de hermana pequeña desvalida—. ¿Podrías venir a casa de Itxel, recogernos y llevarnos al Mosquito? —Silencio—. Eres el mejor hermano del mundo. Te quiero.

Colgó, se lo guardó en el bolsillo del pantalón corto y me miró.

—Vámonos. Ya tenemos coche.

—Pobre Rafa. Tiene el cielo ganado contigo.

—Es el mejor. Coge dos sudaderas, que después en la playa hace frío.

—Me vale con una. Estamos en verano.

—Es para mí, *imbécila*.

Nos reímos a carcajadas y subí a por la ropa.

Rafa nos dejó en la carretera y caminamos los metros, casi cuatrocientos, que había hasta el chiringuito de la playa. Bohemio, bonito, sencillo, así era el lugar. Una carpa, una barra, un escenario, algunas hamacas, otros tantos sillones hechos con palés, la arena, el cielo y el mar. Nada más. Un sitio para contar estrellas y soñar.

Aún faltaban un par de horas para que oscureciera, pero ya me imaginaba tirada sobre la toalla y mirando el firmamento con buena música de fondo.

—¿Cantará algún grupo hoy? —le pregunté a Mai.

—Por norma general, los conciertos son los miércoles.

—Tal vez tengamos suerte.

Le pedí a mi amiga que fuéramos a meter los pies en la orilla antes de sentarnos y tomarnos algo. Hacía mucho que no sentía la calidez del agua en mi piel. Se me erizaron todos los vellos y no fue de frío, sino de emoción. Todos mis recuerdos, desde que nací, nadaron allí. Desde el más débil, hasta el más fuerte. Desde el más feliz, hasta el más... No. Mis pensamientos se cortaron. No fue allí mi recuerdo más agri dulce, sino en Granada. Aunque fue en esa playa donde estuve derramando lágrimas aquel verano. La marea subió un par de metros de tanto que se llenó.

—Dos mojitos.

—¿Normales?

—Sí.

May pidió, mientras yo miraba a mi alrededor, buscando caras conocidas.

Había mucha gente. Se mezclaba que era agosto, viernes y hacía mucho calor dentro del pueblo. Aquí la brisa marina era un regalo que todos valorábamos.

Mar llegó con su casco en una mano, las llaves de la moto en otra y uno de sus exnovios al lado. Vino hasta la barra y le pregunté dónde había estado.

—Por ahí.

—¿Te has liado con Berto? —Me crucé de brazos.

—Puede... —Se mordió el labio.

—¿Y Ricky?

—Pero ¡si Ricky ni te gusta! —gritó.

—¡Que no me guste, no significa que tengas derecho a engañarle así!

Tenía una guerra personal contra las mentiras.

—¡No le estoy engañando! ¡Hemos roto! ¡No estamos juntos!

Puso la llave de la moto sobre la mesa y me percaté de la sandía que colgaba como llavero.

—¿Qué haces con mi moto? —Abrí los ojos como huevos.

—La mía no arrancaba. Berto dice que es la batería.

—¿Vas a beber?

—No tanto como tú —rebatí.

—Dame las llaves.

—¡Itxel!

—¡Dame las llaves de mi moto! —Levanté la palma de la mano para que la depositara sobre ella.

—Joder —se quejó, pero lo hizo—. ¿Después me voy andando?

—Coge un taxi. O Berto te lleva.

—Como no me lleve en brazos.

—Me da igual.

—Eres muy mala hermana.

Dejé a Mar y a Mai hablando con Berto sentados sobre la arena. Yo fui a ver mi moto y guardar el casco de Mar bajo el asiento. La había aparcado al final del camino de madera que mi amiga y yo habíamos recorrido para llegar hasta allí, por tanto no estaba demasiado lejos.

Me detuve a echarle un vistazo, hacía tiempo que no la veía, y me pareció más bonita que nunca. El sol se reflejaba en ella dándole un color especial y mágico.

—¿Qué haces aquí? —escuché una voz muy conocida a la espalda.

Se me pusieron los vellos de punta.

Pero del mal cuerpo que me entró.

No era Nico, no.

Era Felipe y su imbecilidad.

Me giré y lo miré.

—Aquí está mi casa.

—También estoy yo.

Más tonto no se podía ser.

—Ya te veo.

Me di la vuelta y abrí el maletín de la moto para disponerme a guardar el casco.

Lo sentí a mi lado, demasiado cerca.

—¿Quieres que salgamos?

—¿Adónde?

Era tonto, pero tonto.

—Por ahí.

—¿Con tu novia o sin ella? —pregunté con cinismo.

Qué cansino.

—Solos...

Acortó la distancia que nos separaba.

Me eché hacia atrás y arrugué el entrecejo.

Me estaba molestando de verdad.

—No iría contigo ni aunque mi vida dependiera de ello.

—Venga, Itxel, llevo pidiéndote perdón años. ¿No crees que es hora de que hagamos las paces?

Me agarró de la cintura y me atrajo hacia él.

Le olía la boca a alcohol. Yo también había bebido, pero mucho menos y, lo poco que me quedaba, se me había pasado durante el camino.

—Felipe, ¿qué haces?

—Venga... —repitió e intentó besarme.

Qué asco.

Le aparté la cara y lo empujé, pero tenía más fuerza que yo.

—Te vas a casar... —Intenté que pensara con claridad.

—No lo haré si me lo pides.

¿A qué venía eso?

—¿Qué? A mí me da igual que te cases.

—Me sigues queriendo. —Llevó su nariz hasta mi cuello.

Estaba a punto de vomitar.

—¡Yo no te quiero! —Intenté echarlo para atrás.

Forcejeamos.

No me soltaba.

Casi me tira de espaldas.

De repente, desapareció de delante de mí y lo vi volar por los aires hasta aterrizar sobre la arena junto a unas dunas. Hizo un ruido enorme.

Miré hacia el lado y me encontré un Nico encolerizado. El pecho le subía y le bajaba con fuerza y tenía ambos puños apretados.

—¿Nico? —musité.

Felipe se levantó y fue hacia él.

—¿Quién eres tú? —Intentó darle un puñetazo, pero Nico lo esquivó.

Lo agarró de la camiseta, lo aguantó y le siseó que no volviera a acercarse a mí en toda su vida.

Lo volvió a tirar sobre la arena, esta vez de culo, y se dirigió a mí.

—¿Estás bien?

—¿Qué haces tú aquí?

No salía de mi asombro.

—He venido a pasar el fin de semana.

—¿No había más playas a las que ir? —grité.

Aún no me había tranquilizado del intento de abuso de Felipe y me estaba enfrentando al hecho de que había venido hasta aquí huyendo de Nicolás y ahora me lo encontraba en la playa. ¡Mi playa!

—Supongo que sí.

—¡¿Y por qué has tenido que venir a la mía?!

—Tranquilízate —me pidió.

—¡¿Por qué?!

Estaba hecha un basilisco. En serio. Necesitaba tranquilidad. Quería tranquilidad. ¿Dónde estaba la puta tranquilidad?

—Itxel, tranquila —insistió. Dio un paso hasta mí y me agarró de las manos.

—¡No quiero! ¡No puedo! —me solté.

Este no era tan tonto como el otro y no me obligó a hacer nada que yo no quisiera.

—¡Déjame en paz! ¡Dejadme todos en paz!

Salí corriendo y me fui.

Me bebí de un trago mi mojito y me pedí otro. Mai y Mar estaban tan abstraídas que no se percataron de mi expresión de horror, o pensaron que el sol ya había coloreado mi cara.

No volví a ver a Nico. Había mucha gente y tampoco lo busqué. Me arrepentí de no haberle dado las gracias por ayudarme a deshacerme de Felipe, pero mis nervios me jugaron una mala pasada. Ya tendría la oportunidad de dárselas. Tenía que verlo cada día en Madrid. Una cruz que llevaba encima sin haberla pedido.

Nos marchamos al anochecer. Nos cambiaríamos de ropa y saldríamos de fiesta. Eso necesitaba. Bailar hasta desfallecer. Cansarme para dormir sin pensar.

Mar, Mai y yo cenamos en el bar de Tío Paco. No es que fuera nuestro tío. Es

que se llamaba así. Situado en la Barriada de la Santa Cruz. Muy asequible para nuestros bolsillos y con una comida de mucha calidad. Pescado fresco y hecho a sabiendas de lo que se hace.

Tomamos unas copas en El Mojito en la Calle Ancha sentadas en la terraza y bailamos dentro durante más de una hora. Entre canciones, intentaba olvidar que Nico quizás anduviera cerca, y buscar una explicación lógica a qué hacía en mi pueblo.

A eso de las cuatro de la mañana, cogimos un taxi que nos llevó hasta la discoteca de Mikonos, Mamajuana, junto a la playa y al complejo de hoteles Barceló.

No tuvimos que esperar la inmensa cola formada en la acera para entrar porque conocíamos a uno de los porteros. Un antiguo novio de Mai y amigo mío.

Pedimos unas copas en la barra de fuera y entramos en la pista de baile. Una zona cerrada con una especie de carpa de cristal, redonda, y con unos escalones enormes alrededor en forma de plaza de toros con zonas vips sobre las que todos nos poníamos a bailar y desde donde se veía toda la sala.

Sonaba Roma-Bangkok de Baby K y Giusy Ferreri y saltamos a su son. Estuve dándolo todo hasta que vi a Nico junto a Javier hablando con un par de chicas que no conocía. Lo de Javier solo es para ponerte en situación, porque poco me importaba con quién hablara. Lo de Nico sí es relevante, porque me entraron los siete u ocho males en el cuerpo.

La tía se acercaba a él de forma muy melosa y él le sonreía sin llegar a tocarla. Me dio mucha rabia. Rabia y envidia, lo acepto. Deseaba, aunque me lo negara, sentir sus besos y sus caricias.

La mirada de Nico se cruzó con la mía y no la aparté. Él tampoco. Lo hizo peor y pasó su brazo alrededor de la cintura de la chica. Apreté la mandíbula y bufé.

Sonrió y quise cruzarle la cara de un guantazo.

Agarré al chico que estaba bebiendo a mi lado y le pregunté si le apetecía bailar conmigo. Me dijo que sí y comenzamos a movernos. No se atrevió a pegarse hasta que lo agarré de la cintura y acorté la distancia de nuestras pelvis.

No sabía ni cómo se llamaba pero, para lo que lo quería, me servía.

Observé a Nicolás y me reí cuando vi la cara de cabreo que llevaba.

¿Quieres jugar?

Pues juguemos.

Estuvimos haciendo el tonto tres canciones más, hasta que él se cansó, le dijo algo a la chica al oído y salió fuera. Yo empujé a mi compañero de baile cuando quiso besarme y ya de nada me valía bailar con él porque Nicolás no nos miraba y lo despedí con un «gracias, hasta luego».

Bailamos mucho. Bailamos tanto que me entró mucha sed y fui a la barra de fuera a pedir una copa.

No me lo podía creer.

El chico al que besé en Ibiza estaba junto a una palmera.

«¿Qué es esto, destino?»

«¿Me estás mandando alguna señal catastrófica?»

Mejor hacía como que no lo había visto. No necesitaba más enredos. Pero, sin pensarlo demasiado, caminé hasta el extremo de la barra que estaba más cerca de él por si ese destino que me puteaba quería que nos encontráramos. Además, podía utilizarlo para dar celos a Nico. Eso nunca es buena idea, pero, en aquel momento, me pareció la mejor del mundo.

—Perdona, ¿nos conocemos? —Picó el anzuelo.

No recordaba ni su nombre. Quizás nunca me lo dijo.

Amusgué los ojos.

—No, no me suenas. —Me hice la interesante.

—¿Estuviste a principios de julio en Ibiza?

—Puede... —seguí con mi plan.

—Eres tú... —Parecía sorprendido.

Es que mis besos nunca se olvidan. Beso de muerte. No se muere nadie cuando lo beso, quiero decir que beso muy bien. (Explicación innecesaria, pero iba beoda, recuerdas).

Encogí los hombros y sonreí.

—¿Puedo invitarte a una copa?

—Vale... —contesté, ocultando mi interés.

—Por cierto, me llamo Ismael, creo que no nos presentamos aquella noche.

—Yo me llamo Itxel. —Alcé la mano y se la estreché.

Él achinó los ojos en cuanto escuchó mi nombre y no me la soltó hasta que no lo hice yo.

—¿Has dicho Itxel? —inquirió.

—¿Vas a hacer alguna bromita respecto a mi nombre?

—No. Solo quería preguntarte si es un nombre muy común.

—Nunca he conocido a nadie que se llame así —aseguré.

—Ya lo imaginaba... —contestó, intrigante.

Pidió las copas y brindamos.

—Por las noches divertidas —dijo.

—Por las noches de verano. —Choqué el cristal contra el suyo.

Miró hacia un lado, sonrió de lado y volvió a mí.

—¿Bailamos? —Me ofreció una mano.

—Claro.

Bajamos a la pista de baile, unos metros por debajo del nivel del mar, y nos movimos al ritmo de Shakira. En la tercera vuelta sobre mi cuerpo, mis ojos se quedaron clavados en los de Nico, que bebía junto a Javier, a pocos metros de nosotros. Los dos nos miraban, y no sabría decir por qué, pero Javier tenía cara de estar pasándosele pipa. Una sonrisa enorme le pintaba el rostro y Nico mascullaba sin parar.

—¿Te importaría dejar de hacer el idiota? —Nicolás llegó hasta nosotros y le preguntó a mi acompañante.

¿Cómo se atrevía?

¿Quién era él para hablarle así a Ismael?

18
OLÍA A NICO



—Estamos bailando —le contestó Ismael y seguimos moviéndonos.

—¿Lo conoces? —Esto ya olía mal, pero aún no había explotado.

—Somos amigos —manifestó sin más.

¿Debería importarme?

Por supuesto que no.

Seguimos bailando, esta vez al ritmo de Alejandro Sanz, y Nico decidió volver a tontear con la chica de antes en toda mi cara.

Aquello era una guerra que no estaba dispuesta a perder.

Agarré a Ismael por el cuello y lo fui a besar. No sería la primera vez que besaba a un chico que apenas conocía, pero él me detuvo.

—¿Quieres que nuestro primer beso sea delante de tanta gente? —Me daba que estaba bromeando porque ni era nuestro primer beso ni nos debería importar que hubiese gente. No era el hombre de mi vida y no iba a tenerle que contar a mis hijos lo romántico que fue el momento en el que sus papis se besaron por primera vez. De todas formas, algo me decía en su mirada que no iba a besarme de todas formas.

—No es nuestro primer beso —declaré, segura.

—Nosotros nunca nos hemos besado.

—Claro que sí. En Ibiza. Aquella noche...

—Aquella noche yo no besé a nadie... —rebatí, enigmático.

—Pero... —Miré hacia Nicolás que me observaba esperando mi reacción.

Mis neuronas conexionaron y, tras explotar en mi interior, todo cuadró. Jamás lo hubiera imaginado, pero tenía su lógica. Aquel beso me había removido por dentro cosas que estaban muertas desde hacía mucho tiempo y no me sentía atraída para nada por Ismael. Ni en aquel momento ni ahora.

¿Pudo ser él?

¿Pudo ser Nico quien me besó?

Recuerdo que cuando abrí los ojos tras el beso, allí no había nadie.

Deduje que Ismael se lo había pensado mejor y se había marchado.

—¿Él estaba en Ibiza? —le pregunté, señalando a Nico.

—¿Quién?

—No te hagas el tonto. ¿Nico estaba en Ibiza contigo?

—Pregúntaselo a él —respondió.

Mascullé, achiné los ojos, le reproché que fueran amigos (sin razón lógica) y me marché corriendo.

Crucé la discoteca, la zona de Mikonos, y bajé a la playa. Me quité las sandalias de plataforma, me las colgué de una mano y caminé hasta la orilla.

Todo estaba negro, pero se escuchaban las olas chocar contra el agua y la arena.

—¿Cómo he podido ser tan tonta? —suspiré—. Mierda.

Dejé los zapatos caer y me refregué la cara con las manos. El maquillaje debió irse de paseo, pero poco me importaba.

Estaba hecha un lío.

La cabeza me iba a explotar.

No podía ser.

—Itxel... —Su voz sonó como un canto de sirena detrás de mí.

Por un momento, me hipnotizó, pero reaccioné a tiempo, no como todos esos marineros que se dejaban llevar por sus melodías y chocaban sus barcos contra las rocas. Bastantes rocas me había tragado yo. Me las había comido todas.

—Vete —pedí.

—No.

—Todo este tiempo... Te has estado riendo de mí... Otra vez.

—Eso no es así...

Me giré hacia él con la fuerza de un huracán y lo enfrenté.

—¿Me besaste? ¿Tú me besaste en Ibiza?

—Sí.

—¿Cómo te atreves?! ¡¿Con qué derecho me besas?! —Levanté los brazos.

—¡Tú también me besaste!

—¡¡Creí que eras otra persona!!

—¿Vas besando por ahí a cualquiera?

—¡¡Voy besando a quien me da la gana!! —Di otro paso hacia él.

Tenía ganas de cruzarle la cara.

—¡¡Ya lo he visto!! ¡¡Ya!! —me gritó—. ¡Cristian, tu compañero de piso,

Ismael!

—¿Y qué? ¡¡Hago lo que quiero!!

—¡¡Lo sé!! ¡¡Te gustan todos!! ¿No, Itxel? ¡¡Te gustan todos los tíos que conoces!!

—Pero ¡¿qué estás diciendo?! —No me lo podía creer—. ¡¡Eres gilipollas!! ¡¡Eres el mayor gilipollas que he conocido en toda mi vida!! ¡¡Y mira que he conocido gilipollas!!

—¡¡Ya me imagino cuántos tíos has conocido!! ¡¡Todos!! ¡¡Todos!! ¡¡Te gustan todos!!

—¡¡Sí!! ¡¿Y qué?! ¡¿Te molesta?! ¡¡Me gustan todos menos tú!! ¡¿Te enteras?! ¡¡Todos menos tú!!

Deshizo los pocos centímetros que nos separaban, posó sus manos en mis mejillas, me llevó hasta él y me besó. Una tormenta arreció todo a su paso. Mis sensaciones explotaron arrasando con un montón de emociones desordenadas que recorrían mi cuerpo y mi cabeza.

Sus labios mojados.

Los míos empapados.

Su lengua enredada en mi lengua.

Su pecho bajaba y subía al compás del mío. Rápido. Muy rápido.

Lo agarré de la camiseta y lo pegué más a mí, si eso era posible.

Oía a Nico.

A ese chico que me sonreía mientras hacía pizza vegetariana.

A mi compañero de piso.

Mi amigo.

Mi alma gemela.

De repente, la rabia de hacía tres años, volvió a mí y lo empujé hacia atrás, retirándolo un metro.

—¡¡No vuelvas a hacerlo!! ¡¡No vuelvas a acercarte a mí!!

—Itxel...

Dio un paso hacia delante.

Yo di dos pasos hacia atrás.

—¡¡Déjame en paz!!

El sábado amanecí con un dolor de cabeza terrible, el pelo alborotado, todo el cuerpo temblando y tapada con la colcha hasta el cuello. ¿Quién había puesto el aire acondicionado a dieciocho grados? Estaba claro. Solo había una persona más en esta casa: Mar, esa hermana que pretendía matarme por

congelación extrema.

Fui hasta el dispositivo que controlaba el equipo y lo apagué. Los dientes me castañeaban y casi no me sentía los dedos. Esta niña había perdido la cabeza y, cuando la viera, iba a perder también los pelos.

Bajé a la cocina y preparé café. No podía borrar de mi mente el beso con Nico, pero intenté que no me amargara la mañana.

Lo odiaba.

¿Quién se había creído?

¡Y me besó en Ibiza!

Arggg.

Mar hizo acto de presencia como si de una función de teatro estuviera reproduciéndose delante de mí. Ojos hinchados, pelo a lo afro, boca con pintalabios corrido, en ropa interior, ojos de oso panda y derrochando desidia.

Cayó derrotada en una de las cuatro sillas.

—Cafeína, cafeína —suplicó, como un zombi en busca de carne fresca.

—No debería proporcionártela. Casi me matas de frío. —Cogí otra taza, vertí el café y se lo di.

—¿Adónde te metiste anoche? Estuvimos buscándote.

—Me vine a casa. Estaba cansada. —Le di un sorbo, con la cintura apoyada en la encimera.

Arrugó el entrecejo.

—Nico está aquí —afirmó.

—Mmm.

—No pareces sorprendida.

—Porque no lo estoy.

—¿Lo viste? ¿Por eso te viniste a casa?

—Psss. —Me puse a toquetear una rosa que mi madre siempre tenía en la cocina dentro de un vaso con agua.

—¿Qué hace aquí?

—No lo sé. De fin de semana, supongo...

—Qué casualidad... —Achinó los ojos y me miró.

—¿Piensas que ha venido por mí?

Se encogió de hombros.

—Él ni siquiera sabía que estaría aquí —expliqué—. No lo saben ni Cristian y Marisa. Lo decidí sobre la marcha.

—Me sigue pareciendo raro.

—¿Mai lo vio?

—Creo que no. Se fue a casa.

—Javier también está por aquí —la avisé.

—Sí... —Miró hacia otro lado.

—¿Lo viste?

—Sí... —Miró hacia el otro.

—¡¡Te has liado con él!!

—¿Yoooooo? —Levantó las cejas y se señaló el pecho.

—Buenos días —saludó Javier, que apareció bajo el vano de la puerta de la cocina con cara de recién levantado y sin camiseta.

Abrí tanto los ojos que me fue difícil volverlos a su postura original.

Esta niña sí que estaba loca. O eso, o esnifaba Cola Cao.

Dejé la taza en el fregadero y me tapé la cara.

—Mar. —La regañé, mirándola a los ojos.

—No digas nada —me pidió—. Y tú, ¿por qué no me has esperado en la cama? Te he dicho que no te movieras de allí. —Empujó a Javier hacia atrás y lo obligó a subir la escalera.

—Necesito un café —dijo entre risas el muchacho.

—Ni café ni leches —apuntó mi hermana.

Me di un baño en la piscina y me puse a tomar el sol con los auriculares en las orejas. Sonaba una canción de One Direction a la que no le estaba prestando mucha atención. En mi mente lo único que cabía era el beso que Nico me había dado en la playa y todo lo que sentí.

Ufff. Tenía un problema.

Un problema grave.

¿Y Mar con Javier? ¿No se lio con Berto ayer? ¿No piensa volver con Ricky?

Sentí que una prenda de ropa caía a mi lado y abrí los ojos. Mar y Javier dejaban la toalla muy cerca de mí y se desvestían. Mi hermana se tiró a la piscina sin pensárselo dos veces y nos dejó solos.

Javier se sentó a mi lado.

—Ayer no te saludé.

—No hacía falta.

A ver, fui un poco estúpida, pero recordando todos los acontecimientos, me ponía de una mala hostia que soltaba espuma por la boca.

—Sé lo que pasó con Nico.

—No quiero hablar de eso.

—Está bastante confundido.

—No me importa. Y ya te he dicho que no quiero hablar de eso.

—¡Javier! ¡Ven! —lo llamó mi hermana desde el centro de la piscina.

—Es precisamente lo que deberíais hacer. Hablar.

Ignoramos a Mar.

—No tengo nada que hablar con él. Solo fue un beso. Y no debió hacerlo.

—Verás, Itxel... Nico está...

—¡Javier! ¡Venga! —Mar le hizo señales con los brazos para que se metiera dentro del agua.

—Vete con la sirenita —le pedí.

—Me alegro de verte —dijo con sinceridad.

—Yo también me alegro.

Saltó desde el borde y me salpicó.

Poco después, Mai me llamó para decirme que iba a comer con Rafa en El Tablas y que me fuera con ellos. Era su cumpleaños y nos invitaba. Menos mal, porque ese restaurante es muy caro. Quería dormir un poco la siesta, pero no deseaba ver a Javier morreándose con mi hermana en el salón, y estaba claro que eso iba a suceder, porque ya se estaban dando el lote en la piscina. Hasta unos niños que se pasaban el día correteando por la urbanización se rieron de ellos e hicieron bombas muy cerca para molestarlos.

Los avisé de que me marchaba a comer por ahí, sin embargo, no creo ni que me escucharan.

Llegué al restaurante, también a pie de playa, en mi moto. Cómo me gustaba conducirla. Lo bien que me sentaba pasear con ella.

Me esperaban tres personas. Antonio, un amigo de Rafa también estaba. Saludé a todos, felicité al cumpleañosero y tomé asiento. Comimos pescado a la plancha con patatas panaderas y bebimos mucho vino. La cuenta le iba a salir por un ojo de la cara, pero me constaba que al hermano mayor de mi amiga le marchaba muy bien la empresa de drenaje de costas, o algo así, nunca me quedó muy claro. Lo único que sabía era que buceaba y me daba envidia. Siempre quise hacerlo y nunca me atreví. Tal vez lo hiciera ahora. Nunca es tarde si la dicha es buena. O algo así.

—¿Aún no tienes Facebook? —pregunté a Rafa, riéndome.

—No lo necesito.

—Le hice uno y casi me mata cuando se enteró —explicó Mai.

—¿Cómo lo averiguaste?

—Se lo dije yo —aclaró Antonio.

—Gracias, amigo. —Se dieron la mano, bromeando.

—De nada. Para eso estamos.

—¡Eres idiota! ¿Por qué se lo dijiste? —Mi amiga le reprochó a Antonio que se chivara.

—Ahora vuelvo. Voy al baño. —Me limpié la boca con la servilleta y la dejé sobre la mesa.

El establecimiento tenía varias estancias. Un salón grande circular con una barra en medio y una terraza dividida en tres partes, además de la zona de la playa con las mesas y sillas sobre la arena. Ahí estábamos nosotros.

Entré en la sala principal y me dispuse a cruzarla, pero las risas y el jaleo que provenían del fondo del local llamaron mi atención. Miré en esa dirección, sin embargo, unas plantas de interior más altas que yo me impedían divisar mi objetivo.

Iba a ignorar el alboroto, pero escuché una voz que me sonó y frené en seco.

Me asomé entre las hojas y vi a Ismael hablando con dos chicos que no conocía. Le hacían señas a alguien al otro lado.

Javier llegó caminando sobre el paseo de madera y los saludó con un choque de manos.

—¿Qué tal la noche, máquina?

—¿Has dormido calentito?

—Lo cierto es que he pasado frío —respondió sin dar más detalle.

Vaya. A él también le había molestado el aire acondicionado.

¿Dónde estaría Nico?

—¿Regando las plantas? —susurraron detrás de mí.

—¡Ay! —Pegué un brinco y se me metió una ramita en el ojo.

Me llevé la mano a la cara y me quejé.

—¿Estás bien? —me preguntó Nico.

Me agarró los dedos.

—Déjame ver. —Los apartó.

Se acercó a mí, me abrió el ojo y comprobó que no me había pasado nada.

Cuando quisimos darnos cuenta, nos estábamos observando y su boca quedaba a dos milímetros de la mía.

Pasaron varios segundos en los que ninguno dijimos nada.

Ni siquiera nos apartamos.

VOY A GRITAR



—¿Me permiten?

Un camarero se detuvo delante de nosotros con una bandeja en la mano y nos pidió que nos echáramos a un lado.

Respiré y me fui hacia el baño.

—Itxel. —Me detuvo detrás de un biombo de madera que separaba el salón comedor de los aseos.

—Déjame en paz, Nico.

Estaba ocupado y tuve que esperar a que se quedara libre.

—Tenemos que hablar de lo de anoche.

Aprovechó este hecho.

—Anoche no pasó nada.

Ni siquiera lo miraba.

—Itxel.

Me agarró del mentón para clavar sus ojos en los míos.

—Sí pasó —siguió.

Después los bajó hasta mis labios.

Un segundo.

Dos.

Tres.

—Perdón. —Una chica que salía del baño nos interrumpió.

Me escabullí como pude, entré y cerré. O eso me hubiese gustado. Porque Nico empujó con fuerza, se metió dentro conmigo y echó el pestillo.

—¿Qué haces?

—Vamos a hablar.

—No quiero hablar contigo.

—No vamos a salir de aquí hasta que me escuches.

—No pienso escucharte.

Me tapé las orejas con las manos.

—Sí lo harás.

Agarró mis brazos y los bajó.

—Voy a gritar.

—Ni se te ocurra.

—¡Socorro! ¡Socor...! —Me tapó la boca con la mano y me pegó la espalda a la pared.

Nuestros ojos volvían a estar perdidos en los del otro.

—Si te quito la mano, ¿prometes no gritar?

Me lo pensé, pero asentí con la cabeza.

Iba a gritar con todas mis fuerzas, pero, si se lo decía, mi plan perdía efecto.

—Está bien.

La fue quitando con suavidad, hasta que mi boca se sintió liberada.

—¡Que alguien me ayud...!

Volvió a interrumpirme, pero esta vez con sus labios.

Pegó su boca a la mía y me besó.

Al principio traté de pararlo, pero solo tardé dos segundos en dejarme llevar, agarrarlo del cuello y devorarlo.

Solo se escuchaban nuestros suspiros dentro de aquel pequeño cubículo.

Sabía a vino, a recuerdos y a atardeceres naranjas.

Sabía a magia.

Toc, toc.

—¿Hay alguien ahí? —se escuchó tras la madera.

Toc, toc.

Forcejearon para intentar abrir la puerta.

Paramos a regañadientes y nos sonreímos.

—¡Está ocupado! —gritó Nico.

—¿Qué haces? Es el aseo de chicas. —Le golpeé el vientre.

—Van a verme cuando salga.

Toc, toc.

—¿Por dónde íbamos? —Me mordió el cuello.

—Tenemos que irnos. —Suspiré.

Siguió besándome la clavícula.

Bufé.

—Para —pedí con la boquita muy chiquita.

Toc, toc. Insistieron desde fuera.

—Está bien. —Se detuvo—. Pero nos vemos después.

—No creo que sea buena idea. Estoy con unos amigos.

—Yo también, pero no me importa. Déjame hablar contigo. Solo te pido eso.

Ufff.

¿Qué hacía?

—Nos vemos abajo en la playa al anochecer.

Cuando abrimos la puerta, tres mujeres nos miraron con muy mala cara.

—Lo siento —me disculpé, con una sonrisilla en la boca.

Dejé a Mai con Rafa y Antonio en El Mosquito y caminé hasta la orilla a eso de las nueve de la noche. Me disculpé alegando que me apetecía pasear sola por mi playa. Nico me esperaba sentado sobre la arena y mirando la puesta de sol.

—No puedes mirar al sol directamente. Te puedes quedar ciego —comenté al llegar a su lado y sentarme junto a él.

—Sería una pena perderse esto —suspiró.

—Es bonito, sí.

—Es precioso.

—Ya te lo dije.

—No se me ha olvidado. Recuerdo cada momento contigo.

—Nico...

—Lo sé. Lo estropeé. Lo siento mucho.

—Yo también lo siento.

Hablábamos con tranquilidad. A veces nos mirábamos y otras veces perdíamos la mirada en el mar.

—Fui un estúpido. Jamás me perdonaré lo que te hice.

—Tú no tuviste la culpa.

—Sí que la tuve.

—¿Sabes? Deberíamos olvidarnos de eso. No vamos a llegar a ningún acuerdo. —Sonreímos con tristeza.

Cogí una concha que se escondía entre la arena y la observé. Estaba rota por la mitad y tenía un color rosado muy particular. Él también se percató de su estado.

—Te rompí el corazón —musitó.

La acaricié y suspiré.

—Ahora eso ya no importa.

Envolvió mi mano entre la suya y abrigamos la concha partida por la mitad

con nuestro calor. Eso era justamente lo que había necesitado mi corazón roto. Su calor, ese que destila esperanza y te empuja a seguir adelante. Sin embargo, caminé sin él y me siento orgullosa de ello.

—Te hice mucho daño cuando me fui —declaró con mucha seguridad. Y no se lo pude negar. De nada hubiera servido.

—Debiste despedirte de mí. Me merecía eso, al menos.

—No podía. Si te veía, no me iría.

—¿Y por qué tenías que irte? —Quería llorar, pero me contuve.

—Pensaba que te haría daño si me quedaba.

—¿Por qué pensabas eso?

—Porque ya me había pasado antes. Y me pasó contigo... El accidente...

—La carta... —lo corté. No quería que siguiera por ahí—. El día que Mar me dio la carta y la leí... Creí que se me caía el mundo encima.

Me miró y yo lo hice también.

—Lo siento... —Los últimos rayos de sol le tostaban la cara.

—Me costó tanto olvidarte que jamás creí que lo haría —me sinceré.

—Yo jamás lo hice, por mucho que lo intenté.

Nuestras bocas se buscaron muy despacio, queriendo saborear los instantes anteriores al beso.

El sol se ponía, el agua se mecía y nuestros labios se rozaron.

Se escuchaban las olas.

Olía a sal.

Y la música la puso el latido de nuestros corazones.

Dos corazones, destinados a encontrarse, dejaron de luchar contra lo que sentían durante unos instantes.

Un lugar, que emanaba magia, nos envolvió y nos acogió entre sus brazos.

Y un atardecer naranja, por fin, nos albergó. Uno, solo uno, de tantos que nos habíamos echado de menos.

Disfrutamos del anochecer en silencio, abrazados. Yo, sentada entre sus piernas y con la cabeza apoyada sobre su pecho. Mi lugar preferido a partir de entonces. Él, acariciándome el pelo y la mejilla.

El sol se puso sobre el horizonte y toda la playa se oscureció, pero nosotros no queríamos dejar ese lugar de ensueño.

—¿Nos vamos? —propuse, sentándome frente a él.

—No quiero separarme de ti. —Negó con un gesto de cabeza.

—¿Y qué propones?

—Ver todos los atardeceres contigo.

Se mordió el labio, me clavó la mirada y tragó con dificultad.

Algo le turbaba. Conocía a Nico muy bien y quería contarme demasiadas cosas que quedaron atrapadas en su garganta.

Me acarició los hombros, la línea de la mandíbula, el mentón y subió hasta mis labios. Después rodeó mi cuello con una mano y me besó.

Otra vez muy lentamente.

Saboreándome.

Y yo lo saboreé.

—¿Qué... Qué estamos haciendo? —musité, entre beso y beso y sin separarme ni un ápice.

Se detuvo, me miró a los ojos y susurró:

—Curándonos. —Noté su calor en mi boca.

Y llevaba razón. Estuvimos lamiendo heridas toda la noche. Como un gato que se hace un rasguño y lo sana con su propia saliva. Él recorrió todo mi cuerpo con sus besos, yo el suyo con mi lengua. Se introdujo dentro de mí bajo un manto de estrellas, en una noche de verano y sobre la arena.

—No sabes cuánto te he echado de menos —balbuceó sobre mi boca, mientras me llenaba entera y volvía a sentir el sexo como hacía muchos años no sentía.

Los orgasmos fueron increíbles. De esos que te recorren de arriba abajo, convulsiones y te quedas temblando.

Amanecimos junto con el sol. Abrimos los ojos cuando los primeros rayos iluminaron, muy tenues, nuestros casi desnudos cuerpos. Estábamos abrazados, como si el otro fuera el salvavidas o la medicina que ansiaba.

Y, de alguna forma, así era.

—Buenos días —habló con la voz ronca.

—Buenos días. —Sonreí, avergonzada por todo lo que había pasado durante las horas previas al despertar.

—Llevabas razón.

—¿En qué?

—Cuando hablabas de este sitio. No hay mejor amanecer que este. En esta playa. Contigo.

Se acercó a mí y me besó durante unos segundos. Después, nos dedicamos a contemplar salir el sol.

Nos vestimos antes de que la playa se llenara de gente y me propuso ir a su hotel a darnos una ducha. No me pareció mala idea, aunque no sabía todavía lo

que iba a ocurrir entre nosotros. Solo nos habíamos acostado. Teníamos mucho de lo que hablar. No había parado de mentirme en todo este tiempo, sin embargo, podíamos dejarlo para luego.

—¿Quieres desayunar?

—Está bien.

—Llamaré a recepción.

Pidió zumo de naranja, café y tostadas con aguacate.

—Nunca había estado aquí —comenté, desde el balcón de la habitación, admirando la playa.

—Yo tampoco. —Me dio un beso en el hombro desnudo y me abrazó desde atrás.

—Nico... —Apoyé la mejilla en la suya.

Los dos mirábamos hacia el mar.

—Tenemos mucho que hablar. Lo sé —afirmó.

—No sé qué quieres de mí.

—No sé qué esperas tú de mí.

Me dio la vuelta y me puso frente a él.

—Hace mucho que no espero nada de nadie —aseguré.

Fue duro decirlo y que lo escuchara, pero acerté.

Necesitaba dejarle claro que no esperaba nada de esto ni de él.

—Itxel, yo... No puedo...

No necesitaba escucharle. Al menos, por ahora. La noche había sido increíble y no quería estropearla. No quería explicaciones. No deseaba cómo, cuándo, ni porqués.

—Bésame —le pedí.

Nico unió nuestros labios muy despacio mientras la brisa marina entraba por el balcón y el olor a sal impregnaba nuestra piel.

Hicimos el amor sobre su cama, sobre las sábanas blancas, sobre nuestros miedos, sobre las mentiras acumuladas, sobre las ganas que nos teníamos, sobre los recuerdos y sobre un montón de lágrimas y sollozos que escondimos por vergüenza a ser descubiertos.

Nico y yo nos amábamos, pero quizás nos lo dijimos demasiado tarde.

ES MI HOGAR



—¿Que has estado con Nico toda la noche?

—Por tercera vez, sí, Mar. He estado con Nico.

—Es que no me lo puedo creer. ¡No me lo puedo creer!

—Si te sirve de consuelo, yo tampoco.

—Eso no es vivir tu vida. Te dije que vivieras tu vida —me recordó Mai.

¡Qué pesada con lo de que viviera mi vida!

Aquello parecía una cárcel de poca monta y dos guardias intentando interrogarme sin tener ni puta idea de lo que hacían.

Estábamos sentadas en el patio trasero de mi casa y nos tomábamos unas cervezas antes de refrescarnos en la piscina.

—Tal vez mi vida sea él. O quiera vivirla con él.

¿Por qué había dicho eso?

—¡¡¿Quéee?! —gritaron a la vez.

—¡Estás loca!

—¡Has perdido la cabeza!

—¡¿De qué hablas?! —

—No he querido decir eso —me retracté—. Lo que digo es que... —A ver qué quería decir—. Es que lo he hecho porque me ha dado la gana. Me lo he pasado muy bien.

—Eso lo damos por hecho. —Mai se levantó a por un paquete de patatas.

—Ufff —refunfuñé.

—Ahora no te arrepientas —me increpó mi hermana.

—No es eso. Solo... No sé. Estoy confusa.

—Y nosotras.

—Tengo que hablar con él.

—¿Habéis quedado?

Miré el reloj.

—Dentro de media hora.

—¿Viene aquí? —Abrió los ojos de par en par.

—No. No te preocupes.

—No me preocupo.

—Pues las cejas las vas a pegar en la pérgola.

Se hospedaba en el Barceló Beach, en una de las suites más caras.

Terminé de hablar con las chicas, me despedí de ellas y fui caminando hasta la entrada del hotel, a cinco minutos paseando de mi casa.

Lo vi de lejos y sonreí, pero se me cortó el gesto cuando me di cuenta de que parecía discutir con Javier. Me acerqué muy lentamente hacia ellos. Entre los coches aparcados y los jardines, ellos no se percataron de mi presencia.

—No es a esto a lo que me refería cuando te dije que lo pasaras bien el fin de semana —le dijo Javier.

—No es lo que crees.

—¡Claro que lo es! ¡Es Itxel, Nico!

—A eso me refiero.

—¿Estás seguro de lo que haces?

—Yo... No...

—Tienes que decírselo.

—Lo haré...

—Tienes que hacerlo ya.

—Lo sé —bufó y se revolvió el cabello.

—¿En qué estabas pensando? Además, es tu alumna.

—¡Lo sé! —Parecía agobiado.

—Haz las cosas bien. Itxel no se merece que le hagas esto.

Javier me miró, calló y suspiró.

—Hola, Itxel —me saludó.

—¿Va todo bien? —me interesé.

Ellos cruzaron una mirada cómplice y asintieron.

—Perfecto. —Nico forzó una sonrisa.

Me agarró de la mano y ese simple gesto me catapultó a otro universo. Una corriente eléctrica subió hasta mi cabeza y descendió por la espina dorsal hasta los dedos de los pies. El beso en la mejilla que vino a continuación volvió a poner en marcha el proceso.

—Nos vamos —anunció.

—Que lo paséis bien —nos deseó, pero su semblante reflejaba preocupación.

Nos sentamos a comer en el chiringuito El Loro, atestado de gente. No pudimos hablar sobre todo lo que me hubiese gustado. No era el momento ni el lugar, así que nos dedicamos a probar los manjares de la costa de Huelva y el jamón de su sierra. Brindamos con vino y le estuve contando cosas de mi tierra.

—Está rodeada casi por completo de agua. Tienes que ver la ría. Es preciosa. También hay una torre vigía, La Torre Almenara, desde donde se avistaban los barcos que llegaban a la costa. ¡Y un faro precioso que avisa a los marineros de que la tierra está cerca! Tendrías que ver las playas en invierno. Están desiertas y se respira una paz infinita.

Él me miraba y sonreía sin interrumpirme.

—Puedes decir algo —lo animé.

—Me encanta escucharte hablar, además, se te iluminan los ojos mientras lo haces. Te gusta esto.

—Es mi hogar. No me imagino viviendo en otro sitio.

—Ahora vives en Madrid. ¿No te gusta?

—Sí, pero el futuro quiero vivirlo aquí. Ya sabes... La vida es mejor si la pasas en el sitio que quieres. ¿Dónde quieres vivir tú?

Se tocó el cabello y tardó unos segundos en contestar.

—Supongo que viviré en Madrid. Allí está mi trabajo.

—El trabajo puede estar en cualquier sitio. Solo hay que buscarlo.

Lo llevé a pasear por Los Enebrales. Un camino de más de tres kilómetros en paralelo a una playa de arena blanca, dunas y en un bosque de pinos. Los árboles nos daban la sombra necesaria para no pasar calor.

—Esto es muy bonito. —Cogió una flor y me la puso en el pelo—. Pero tú eres más bonita.

Me acarició la mejilla, muy despacio, y me llevó hasta él con sus manos rodeando mi cuello.

Fue un beso tierno y dulce. De esos que se dan con ganas porque no son físicos, sino que nacen del corazón y el alma. Lo sentí tan adentro que me quedé sin aliento.

Puso su nariz sobre la mía y pegó nuestras frentes.

—No quiero que este fin de semana termine —aseguró.

—Yo tampoco.

—Me voy dentro de dos horas. —Me besó.

—Nos veremos mañana en el trabajo y en clase.

Cerró los ojos y asintió.

—Claro.

No parecía muy convencido.

—¿Qué pasa? ¿No quieres verme?

—Por supuesto que sí.

Me acarició la mejilla.

—Parece que nos estamos despidiendo para siempre.

—Jamás podría volver a hacerlo.

—Pues no lo hagas.

Hizo un mohín que me desconcertó.

—No me mientas, Nico. No podría perdonarte.

—No te miento, Itxel, pero va a ser complicado. Eres mi alumna.

—Nunca te lo he dicho, pero me pone que seas mi profesor.

—Mmm. Tiene su morbo, sí... —Me pegó a él y rozó mi boca con la suya.

Seguimos caminando y llegamos al chiringuito mirador Enebral, la zona le daba su nombre. Decorado como si fuera un barco varado.

Pedimos dos cafés.

—¿Cómo has llegado a ser profesor tan pronto?

—No lo soy. Solo ayudo al señor Torres.

—Deberías haber terminado el año pasado. ¿Cómo lo has hecho?

—Cuando me marché de Granada, lo único que me apetecía era estudiar para no pensar... —Se detuvo y respiró.

—Para no pensar en mí —terminé la frase por él.

—Estudié tanto que me saqué los dos cursos en un año, hice el máster y el señor Torres me propuso trabajar con él mientras me saco el doctorado.

—Nunca me dijiste que querías dar clases.

—Porque nunca lo pensé. Pero me gusta.

Me quedé abstraída, recordando todo lo que nunca me contó, todo lo que no sabía de él.

—¿Quién era el tío que no te dejaba en paz? —Interrumpió mis pensamientos.

—Mi ex. Un imbécil.

—¿Has estado saliendo con alguien?

—¿Cuándo? ¿Después de ti?

Asintió con la cabeza.

—No, no. No me quedaron ganas de novios. Oh, lo siento. No debería haber dicho eso.

—No importa. Me lo merezco.

—Ese es Felipe. Mi ex, ex. Salía con él antes de marcharme a Granada.

—Y conocer al otro imbécil. —Sonrió.

—Tú no eres tan tonto, créeme.

—¿Tan? —Levantó una ceja.

—Ya me entiendes.

Esta era yo metiendo la pata.

—Se casa en dos semanas y sigue intentando que nos liemos. No entiendo a los tíos.

Calló durante unos segundos.

—¿Aún sientes algo por él?

—¿Qué? ¡No! ¿Cómo puedes pensar eso?

—Dicen que el primer amor nunca se olvida.

—Y llevan razón. Nunca lo olvidé. Pero no fue él.

Cogió mi silla, tiró de ella y la puso frente a la suya, muy cerca.

—¿Has amado a alguien alguna vez? —susurré.

—Más que a mi vida —musitó sobre mis labios.

—¿Y la sigues amando?

—Más que el primer día.

—Nico...

—Bésame.

El teléfono le sonó varias veces durante el trayecto de vuelta, pero él solo lo miró la primera vez, lo guardó e ignoró todas las llamadas.

—Tal vez sea importante —me preocupé.

—No hay nada más importante que tú ahora.

Íbamos cogidos de las manos.

Como si estos tres años de dolor no hubieran existido.

Pero sí lo habían hecho.

Estaban ahí e iban a volver.

¿Podrían separarnos de nuevo?

Quiso acompañarme a casa y nos despedimos en la puerta. Ya me imaginaba a Mar observándonos tras la ventana de la cocina y no me equivoqué. Cuando entré en el vestíbulo ya estaba bajo el vano de la puerta que da al salón, con el codo apoyado en la pared y los brazos y piernas cruzadas.

—Os he visto —informó.

—¡Oh, qué sorpresa! —solté con sarcasmo con la mano en el pecho.

—Le has besado. —Me apuntó con el dedo y con los ojos achinados.

—Anoche pasé la noche con él, ¿qué crees que hicimos?

—Una cosa es saberlo y otra verlo.

Subí hasta mi habitación y ella lo hizo detrás.

—¿A qué hora salimos? —le pregunté.

Ella se había encargado de buscar un Blablacar para volver a Madrid.

Miró el reloj.

—Tenemos que estar dentro de dos horas en la puerta de la Universidad de Trabajo Social.

—¿Has hecho la maleta?

—No la deshice cuando llegamos.

La miré y negué con la cabeza.

—¿Qué quieres? No me ha hecho falta. Aquí tengo mucha ropa.

—¿Y para qué la has traído?

Se encogió de hombros, giró sobre su cuerpo y se marchó.

El camino de vuelta, más de cinco horas, las hice durmiendo. Llegamos a Madrid pasadas las tres de la mañana y fui directamente a mi cama. Mar se vino conmigo y pasó la noche en la habitación de invitados.

Cuando me levanté el lunes (cuatro horas después), ella seguía durmiendo y Rubén ya se había ido al trabajo. Le envié un mensaje para hacerle saber que ya estaba de vuelta y que Mar dormitaba y dormitaría en casa durante todo el día y, estaba segura, durante varias semanas. Algo me decía que mi hermana y su cabezonería no darían su brazo a torcer e irían a hablar con Ricky. Eso, unido a que su novio parecía ir fumado todo el día y no enterarse de mucho, me olía a ruptura definitiva. Por supuesto, no se me olvidaba que la descerebrada se había liado con dos chicos el fin de semana. Con esto quiero decir que muy afectada no estaba. Parecía que había pasado página pronto.

Rubén me respondió: «El tiempo que sea necesario. Tu hermana es mi hermana. Por cierto. Estaré fuera el resto de la semana».

Me puse un vestido nude de vuelo por las rodillas y manga corta, estilo camisero, y unas sandalias doradas. Me peiné con secador tras la ducha, me maquillé y me pinté los labios. Nunca dedicaba demasiado tiempo a arreglarme, pero con probabilidad Nico estaría en el estudio y no quería que viera la mala cara con la que me paseaba aquella mañana. Casi no había dormido.

—Buenos días —me saludó Sam—. Llegas tarde.

—Lo siento.

—Tranquila. Aún no ha llegado nadie. Solo Max, pero no creo que te diga nada. Le gustas. —Me guiñó un ojo y se levantó—. Voy a por un café. ¿Quieres algo?

—Si no te importa, uno doble. Bien cargado.

—Por supuesto. Ahora te lo llevo.

—Nico ha... —Me callé y volví a comenzar—. ¿El señor De la Vega ha llegado?

—No me consta. Esto está aún muy tranquilo. Es lunes. Ya sabes...

—Sí... —musité, con las cejas levantadas y de camino a mi mesa.

Max ya estaba allí esperándome con unos documentos en las manos.

Miró hacia mí cuando me escuchó llegar y sonrió.

—Buenos días.

—Buenos días. Siento llegar tarde —me excusé.

—No te preocupes. Hoy no hay demasiado trabajo. Si quieres, podemos salir un poco antes y comemos juntos.

—Yo... No sé...

—Será algo rápido. Me gustaría hablar contigo de algunas cuestiones relativas al viaje de esta semana.

—De acuerdo. ¿Qué es esto? —Cogí unos documentos que había sobre mi mesa.

—Son los planos del proyecto que vamos a visitar. —Se acercó a mí, demasiado, y señaló un ala en concreto de la finca, con el brazo por encima de mi hombro—. Hay que hacer unas modificaciones en esta sección para unir estas dos estancias. A ver si se te ocurre alguna genialidad. Me han dicho que eres experta en casos difíciles. —Esto último lo dijo mirándome, con su cara muy cerca de la mía—. A mí también me gustan los casos difíciles.

Me sentí incómoda, pero no sabía qué hacer.

En ese momento, alguien nos interrumpió.

Nico nos miraba con una evidente mueca de enfado.

QUÍTATE LA ROPA



Los ojos de Nicolás fueron a parar directamente a mis hombros, lugar que Max tenía rodeado con su brazo. Estaba claro que le desagradaba este hecho, sin embargo, tragó con dificultad y calló.

Dejó un café, supuse que el que le había pedido a Sam, sobre mi mesa y me preguntó por unos planos que habíamos revisado la semana anterior.

Max solo se apartó unos centímetros.

No entendía qué pretendía

—Están en el archivo —informé.

—¿Puedes cogerlos y llevármelos a mi despacho?

—Por supuesto, señor.

Pedí disculpas a Max y me marché, pero antes de alejarme de la puerta, pude escuchar a Nico advertirme:

—No te acerques a mi alumna.

No sé qué le contestó Max ni qué cara se le quedaría, pero me hubiese gustado verla. Lo cierto era que se acercaba demasiado, como un pulpo que te soba con todos los tentáculos.

Cogí los planos del archivo, en el que no había nadie, y me dirigí al despacho de Nicolás. La puerta estaba entornada, así que no llamé y me dispuse a entrar. Cuando crucé el vano, alguien me agarró de la muñeca, tiró, me pegó la espalda a la pared y susurró sobre mi oído:

—Llevo desde ayer soñando con volver a besarte.

—¿Mmm? —Me dejó noqueada.

Cuando quise darme cuenta, la boca de Nico respiraba a un escaso milímetro de la mía.

—Buenos días. —Su aliento acarició el mío.

—Buenos días. —Sonreí, lánguida.

—¿Cómo has pasado la noche?

—Dentro de un Wolsvagen Polo. ¿Y la tuya?

—No he pegado ojo pensando en ti.

Me acarició la mejilla con la nariz y metió una mano por debajo del vuelo de mi vestido hasta rozar mis glúteos.

Di un pequeño gemidito y me estremecí.

—No podemos hacer esto aquí. Puede vernos alguien —musité.

Me besó el cuello, abstraído.

Siguió por mi mandíbula.

—Nico... —Me revolví.

—Está bien. —Se separó a regañadientes, no sin antes dejar un beso sobre mi boca.

Un segundo más tarde, la puerta se abrió.

—Nicolás, necesito un favor. —Su padre hizo acto de presencia—. ¿Qué ha ocurrido aquí? —Observó todos los planos desparramados por el suelo.

—He sido yo, lo siento. Me he tropezado y se me han caído. Ahora mismo los recojo.

El señor De la Vega (padre) me ignoró y se dirigió a su hijo.

—¿Me acompañarás a Salamanca?

—Ese viaje se ha pospuesto para la semana que viene —le informó su hijo.

—¿Y por qué no se me ha avisado?

—Te lo dije... —Calló, cerró los ojos y suspiró, con movimiento de hombros incluido—. Se me habrá pasado, papá.

—Que no vuelva a ocurrir. —Se quedó mirando al infinito durante unos segundos—. Voy... Voy a mi despacho. Tengo asuntos pendientes que tratar.

—Está bien. Ahora me acerco.

Nico parecía triste y eso me apenó a mí.

Antes de que volviera a cerrar la puerta, escuchamos cómo regañaba a la pobre Lena que atendía una llamada telefónica y tuvo que colgar, abochornada.

—¿Puedo marcharme ya? —le pregunté, mientras a él algo le tenía abstraído.

—¿Mmm? Sí. Nos vemos a la hora de comer.

—¿Me estás invitando a comer? —Sonreí.

Asintió y también sonrió.

Cambié el semblante en cuanto recordé que ya había quedado con Max.

—Lo siento, no puedo.

—¿Por qué?

—He quedado con Max.

—No vas a salir a comer con Max.

—Es un asunto de trabajo.

—Pues lo tratas en la oficina.

—¡Nico! —Pataleé imaginariamente.

—¡Itxel! —me imitó.

—Eres insufrible. —Arrugué el entrecejo.

—¿Eso crees? Y eso que aún no sabes que he anulado el viaje a Oviedo.

Irán Priscila y Curro.

—¿Qué? —No me lo podía creer.

—No puedes faltar a clases.

—Ya... Lo haces por eso...

—Por eso y porque no quiero tener que partirle la cara a Max.

—Eres...

—No soy nada. En realidad, Max no está llevando bien ese proyecto. Se lo hemos dado a Priscila. Ella lo maneja mejor.

—Si es así...

—Estoy seguro de que vas a ser una gran arquitecta...

Él se acercó a mí, dejó su cara a dos centímetros de la mía y la dejó caer hacia un lado.

Levantó una mano y me acarició la mejilla.

—Aún no me creo lo que está pasando —susurró.

—Ni yo... —Fui a darle un pico, pero...

Toc, toc.

Dimos un paso atrás.

—Será mejor que me vaya.

Abrí la puerta y, tras ella, estaba Lena con la cara desencajada.

—¿Estás bien? —me interesé.

Asintió con la cabeza, pasó por mi lado y me fui.

Inventé una excusa creíble para no ir a comer con Max. Que Nico no quisiera que lo hiciera, no influyó en mi decisión, sino más bien lo incómoda y violenta que me hacía sentir.

Nico insistió en que fuéramos a la universidad juntos, pero me negué en rotundo. Así que sudé de lo lindo en el autobús y casi me desmayo en el corto trayecto que tenía que hacer caminando. Por un momento deseé estar sentada en el coche de Nico, junto a Nico y con el aire acondicionado de Nico dándome en la cara.

Marisa y Cristian alabaron mi morenazo en cuanto me vieron entrar en

clase.

—He estado en casa este fin de semana. Necesitaba desconectar.

—Pues te ha sentado genial. Estás muy guapa —me alabó Marisa.

—Estás preciosa —comentó Cristian.

—Al profesor guapo también le ha sentado muy bien el fin de semana... —

Mi amiga se le quedó mirando fijamente.

Estaba guapísimo. Se había mojado el pelo y los mechones le caían por la frente.

—Te lo estás imaginando desnudo. —Cristian se enderezó en su silla.

Por un momento pensé que me lo había dicho a mí y se me cortó la respiración.

—Y encima de mí —especificó Marisa.

Una punzada de celos me pinchó el pecho.

Cumplimos las dos horas lectivas sin derretirnos gracias al aire acondicionado. Cuando dio la clase por finalizada y todos salíamos del aula, Nico me pidió que fuera a su despacho para hablar de trabajo.

—Por supuesto, señor. —Asentí con la cabeza y seguí caminando.

—Si quieres, puedo esperarte y llevarte a casa —me dijo Cristian.

—No hace falta. Cogeré el metro.

—No me importa, en serio —insistió.

—No te preocupes. De todas formas, quiero pasarme a ver a una amiga.

Eso era mentira, claro, pero no sabía qué decir para que no presionara más.

—Lo que prefieras.

El sol de las seis de la tarde nos dio una bofetada en la frente.

—Yo me voy. Quiero darme una ducha antes de currar. —Marisa me dio un beso en la mejilla y se marchó.

Entré en el edificio antes de que mis compañeros desaparecieran. Hacía una temperatura aterradora y había la posibilidad de que me desmayara. Estaba agotada del fin de semana y de no dormir la noche anterior.

Saqué una botella de agua fría de la máquina de *vending* y bebí la mitad de un trago.

La puerta del despacho estaba cerrada. Llamé con fuerza y escuché a Nico que me pedía que entrara.

—¿Estás bien? —Se levantó y caminó hasta mí cuando me vio—. Tienes la cara blanca.

—Hace calor.

—Termino esto y nos vamos. —Me agarró de la mano y me sentó sobre su regazo.

—¿Qué es? —Miré la pantalla del ordenador.

—Mi proyecto.

—Lucero al atardecer... —musité.

Había hecho algunos cambios y todavía lo había convertido en algo mucho más impresionante.

—¿Qué querías hablar conmigo? —Caí en la cuenta.

—Yo solo quería besarte... —Levantó el mentón y me acarició los labios con los suyos.

—Tienes obsesión...

—Lo único que pretendo es recuperar todos los besos que perdimos.

—Los besos nunca se pierden. Se guardan aquí. —Le palpé el corazón—. Aunque no se den.

—De eso me va a explotar el corazón. De todos los besos y las caricias que soñé con darte y nunca te di.

Nos besamos con detenimiento. Uniendo nuestros labios y moviéndolos como si de una danza muy lenta y acompasada se tratara.

—¿Qué quieres hacer hoy? —musitó, con su frente sobre mi frente.

—Podemos hacer algo normal, no sé. Podemos ir al cine.

—Sospecho que vería la peli solo. Tengo otra idea.

—¿Esta es tu casa? —pregunté, ya en el salón de un apartamento muy moderno en la plaza del Callao.

Tenía algunas paredes de piedra marrón, como si fuera la pared original del antiguo edificio y otra muy grande de cristal que daba a una terraza enorme.

—Vamos. —Me agarró de la mano y me llevó hasta una habitación.

—Quítate la ropa —me dijo a los pies de la cama.

—Estoy deseando acostarme contigo, pero podías ser un poco más romántico —manifesté, sin acritud.

—Vamos a dormir, Itxel. Es lo que necesitas. —Cogió el mando del aire acondicionado y pulsó un botón.

El aire frío comenzó a salir un segundo después.

Se detuvo delante de mí.

—Levanta los brazos —me ordenó.

Lo hice y él agarró mi vestido por el vuelo y, muy despacio, me lo sacó por la cabeza.

Me quedé en ropa interior. Un conjunto blanco de encaje.

No apartó sus ojos de los míos y suspiró.

A continuación, se quitó la camisa y no pude evitar acariciarle el pecho con la palma de las manos.

Soltó un pequeño gemido, me agarró con suavidad por las muñecas y las apartó.

—Ahora no. Tienes que dormir.

—No quiero. —Hice un mohín.

Nos acostamos abrazados y de lado. Nico rodeó mi cuerpo con los brazos y apoyé mi espalda sobre su pecho.

—¿Estás bien? —musitó.

—Nunca he estado mejor —murmuré, ya entre sueños.

Despertamos en la misma postura en la que nos habíamos quedado dormidos. Parpadeé varias veces y vi los últimos rayos de sol que se colaban por la ventana y buscaban nuestros cuerpos. La temperatura era agradable y olía a bienestar, a ese lugar en el que quieres estar y vivir para siempre.

Recordé las tardes de primavera que habíamos amanecido juntos y así, totalmente abrazados. Parecía algo que había ocurrido como en un sueño, como si todas esas veces no hubieran existido en realidad. Le acaricié la mano, que tenía abierta sobre mi vientre, y se movió. Me apretó contra él y me rozó los hombros con los labios.

No hubo palabras.

No hubo preguntas ni respuestas.

Solo muchas emociones que revoloteaban sobre nosotros. Entrando y saliendo de nuestros cuerpos.

Hubo suspiros.

Gemidos.

Y súplicas porque aquello no terminara.

Hubo deseo. Mucho deseo.

Ganas.

Sabores y olores conocidos.

Ansia por el otro.

Besos desesperados.

Aceptación.

AMOR.

Y una explosión de libertad. De dejar escapar todo lo que teníamos guardado.

Salí al salón después de darnos una ducha en la que también hubo sexo, pero en esta ocasión mucho más desinhibido. Tanto que hasta me avergoncé cuando terminamos y nos miramos en el espejo. Los dos habíamos aprendido mucho durante estos años. Ya no éramos aquellos adolescentes inocentes que se metían mano y terminaban haciendo el amor.

Esto era amor, pero más satisfactorio y pervertido.

Atisbé unas cajas apiladas junto el sofá.

—¿Te mudas?

Levantó el semblante cuando terminó de abrocharse la correa del reloj.

—No —contestó conciso.

No quise ahondar en el tema, pero aquello parecía la antesala de una mudanza.

Su teléfono comenzó a sonar sobre la mesa y pude ver en la pantalla el nombre de María, o eso me pareció, estaba bastante alejado de mí.

—¿Nos vamos? —Cogió el móvil, se lo metió en el bolsillo, me dio un beso distraído en la mejilla y caminó hasta la puerta.

Asentí con la cabeza y lo seguí.

¿Quién era María?

«Celos, apartaos de mí».

HOLA, BELLEZA



El ascensor era demasiado moderno para los años que el edificio tenía. Seguro que lo habían sustituido hacía muy poco. Con cristales en tres de las cuatro paredes, nos reflejábamos en todas ellas.

Bajamos directamente al garaje sin soltarnos de las manos. El *tim* de las puertas antes de abrirse no me disuadieron de lo que hacía; mirar la imagen de nuestros cuerpos abrazados multiplicados hasta el infinito. Era como una visión divina, con la que siempre soñé mientras estudiaba y dibujaba líneas rectas sobre un plano que nunca fue lo que mi corazón quería, sino lo que mi mente fría había interpuesto dibujar.

Ahora quise crear. Me refiero a romper el proyecto que había entregado de fin de carrera y rehacerlo desde el alma; desde toda esa que puso Nico en el suyo y a mí no me salió.

—Vamos. —Tiró de mi mano al mismo tiempo que me regalaba una sonrisa taimada.

Yo no necesitaba esa sonrisa, o eso pensaba. Porque me revolvió el estómago y una brisa marina me cruzó el cuerpo; y eso que el mar que yo sentía muy dentro rompía en una orilla a más de quinientos kilómetros de distancia.

Su Harley fue apareciendo conforme caminábamos y bordeábamos una curva a la derecha. Estaba aparcada junto a su coche y deseaba volar sobre el asfalto; lo gritaba sin hacerlo, pero yo sabía escucharla.

Di un suspirito cuando me acerqué a ella y la acaricié.

«Hola, belleza», pensé.

—Toma. —Nico me ofreció el casco, que cogí y me puse, mientras él se abrochaba el suyo y subía a horcajadas.

—¿Preparada?

—Deberías preguntárselo a ella. —Señalé la moto con una gran sonrisa.

—Mi chica siempre está lista.

—¿Tu chica? Voy a ponerme celosa.

Cambió el semblante muy despacio, sin dejar de mirarme, con una expresión deliciosa en el rostro. Alargó el brazo, tiró de mi vestido y me pegó a uno de sus muslos.

—Tú eres mi lucero —susurró sobre mi boca—. Y todos los atardeceres.

¿Qué podía responder a eso? ¿Qué era él para mí? Durante un año fue mi mejor amigo, mi confidente, la persona que coloreaba mis días de intensidad, pasión y deseo. Pero después, durante tres años lo tuve escondido, diciéndole a su fantasma que no era nada. No. Sí era. Era todo lo malo que se había creado dentro de mí, porque él había removido toda la tierra y había dejado salir los ogros que viven en las profundidades de todos. Bestias salvajes que todos negamos que existan porque nos avergüenza. Yo les di vida después del accidente e, ironías del destino, me empujaron a seguir y me guiaron por un camino desconocido para mí.

—Nico... —Quería decirle que lo quería, que lo seguía amando, que seguía pintando mis días aunque fue él el que los oscureció años atrás.

Se estaba redimiendo, sin saberlo, ni él ni yo, estaba consiguiendo hacer desaparecer todos sus pecados y que yo lo perdonaba; a él y a mí.

—Vamos a darle caña. —Me guiñó el ojo y movió la cabeza indicándome la parte de atrás.

Asentí, ilusionada, y subí.

Aceleró en el momento en el que abrazaba su cintura y una corriente eléctrica partió mi cuerpo en dos, y estoy segura que el suyo, cuando el rugido del motor se hizo hueco a través de nuestros oídos.

El viento cálido nos acarició la cara en cuanto subimos la cuesta de salida y pisamos la calle. Dejamos muchas cosas atrás, no solo su apartamento y el humo del escape. Sobre su cama dejaba muchas dudas que esperaba que desaparecieran solas, con la brisa de verano; que los rayos de sol las quemaran y las hicieran cenizas. Decidí dejar allí los miedos y la desconfianza que la posibilidad de empezar una relación con Nico me creaban.

Olía a asfalto y a gasolina, y eso bombeaba la sangre de mis venas.

Las luces de una ciudad que despertaba de noche y ponía música al momento con el tráfico de sus entrañas.

Abracé a Nicolás con más fuerza y posé mi mejilla en su espalda. Cerré los ojos para poder sentirlo todo de una vez y casi me estalla el corazón.

Fue un viaje corto pero intenso.

Todo en Nico lo era.

No supe adivinar hacia dónde nos dirigíamos. Mi mente bordaba la ciudad imaginando un lugar abierto con estrellas, el viento soplando entre las copas de los árboles y haciendo cantar a sus ramas, nosotros tumbados en la hierba y la Harley dispuesta a llevarnos a la luna. No fue así, en absoluto. Nuestro destino fue mucho más banal y terrenal. Se detuvo frente al portal del piso que compartía con Rubén; pero el hecho de pasar la noche dentro de un apartamento en el que posiblemente estaba mi hermana con el pelo a lo afro y medio desnuda porque le gusta pasearse por casa así, no me parecía una mala idea. Desde hacía dos días todas las ideas me parecían una maravilla si incluían a Nico en el plan. Sin embargo, esto no iba a ser del todo así. Ya me entenderéis.

Bajé, me quité el casco y sonreí. Pero dejé de hacerlo y lo cambié por un mohín de pequeña decepción cuando vi que él no se movía de su asiento y ni siquiera apagaba el motor.

—¿No vienes?

—No puedo. —Intentaba no dar el valor que realmente tenía a su respuesta, pero algo en él lo traicionó.

Hice un puchero y arrugué el entrecejo.

Me agarró de la cintura y me pegó a él como había hecho justo antes de montarnos en la Harley y conducir hasta aquí.

—Tengo algo que hacer. —Acarició mi mejilla con la yema de sus dedos y otra vez un escalofrío tiñó de deseo mis pupilas—. Confía en mí, es importante.

—Puedo esperarte despierta.

—No sé si podré. —Le pesaba, algo le pesaba y se llevó el brillo de sus ojos.

—Pero puedes prometerme que harás lo posible por volver.

—Siempre voy a volver a ti, no hace falta jurarlo.

Rozó mis labios con sus labios de lado a lado y los lamió con la punta de la lengua. Me puso a cien. En todos los sentidos.

Dejé caer mi cuerpo sobre la cama y la colcha se abrió hacia los lados, sacudiéndose. Estaba feliz. Hacía tiempo que no sentía volar esas mariposas en mi interior, esa ilusión, esos soles que se ponían sobre el agua de mi tierra volviéndolo todo de colores cálidos y fundidos entre sí, imposibles de dividir.

Mi hermana entró y se tiró a mi lado de la misma forma en la que lo había hecho yo y la colcha volvió a volar junto a nuestros cuerpos.

—¿Has fumado? —preguntó.

Abrí los ojos y giré la cabeza hacia ella con el rostro divertido.

—Parece que vienes de fumar *maría* —especificó.

—Sabes que no fumo.

—Entonces has estado con Nico.

Volví a mirar hacia el techo y suspiré.

—Y te has acostado con él —afirmó.

No dije nada.

Estuvimos en silencio unos diez minutos. Creí que se había quedado dormida, pero nuestros estómagos rugieron al unísono y nos reímos.

—Vamos a preparar algo de cenar.

—Mejor pedimos a domicilio. No tengo fuerzas para moverme —pidió.

—Pero si llevas todo el día aquí sin hacer nada.

—¿Cómo que no? He regado las macetas. Rubén me lo pidió.

—Mañana viene Pilar.

—¿Te refieres a la señora de la limpieza, o es una novia de Rubén?

—Lo primero.

—No viene. Está de vacaciones.

—¿Y por qué lo sabes tú y no yo?

—Rubén te ha llamado varias veces y no has cogido el teléfono. Está preocupado.

Me incorporé, saqué el teléfono de mi bolso y lo miré. Tenía varias llamadas perdidas de mi compañero de piso y un mensaje de Mai, quería saber si todo iba bien. Contesté a los dos vía WhatsApp y llamé al número de un restaurante hindú que había colgado con un imán de La Alambra en la puerta de la nevera.

TODO LO QUE HABÍA SOÑADO



NICO

Me gustaba sentirla abrazada a mí con fuerza. Era como volver a tenerla en aquel apartamento del Albaicín tres años atrás. Itxel era todo lo que siempre había soñado despierto y dormido, todo lo que quería sentir dentro y fuera de mí. Ella me había regalado sin pedir nada a cambio un mundo en el que deseaba pensar en el futuro; en un futuro con esa chica a la que le gustaban los chicles de sandía, que sonreía sin motivo, que miraba los atardeceres y los veía, que me daba todo lo que yo necesitaba sin palabras ni dudas.

Itxel volvió a mi vida como una brisa fresca cargada de sonrisas, de música y de fe. Me hizo creer en mí y eso me asustaba tanto como me hacía feliz. Había luchado tanto contra lo que sentía por ella y me había dado por vencido tantas veces, que hacía mucho que decidí alzar la bandera blanca y dejar de desear ganar las guerras que tenía perdidas antes de levantar la espada y el escudo.

¿Qué iba a hacer ahora con mi vida? ¿Cómo podría cambiarlo todo sin dañar a nadie? Me merecía ser feliz. Ser feliz de verdad. Levantarme por la mañana sin que la sensación de falta me ahogase y me arrastrara por el pasillo de casa hacia la ducha de una manera mecánica, más que por el hecho de que yo quisiera que otro día pasara.

Y ella lo merecía más que yo.

La muerte de Alicia me dolió, me destrozó, me hizo añicos el corazón; pero perder a Itxel, tener que dejarla, me volatilizó, me absorbió, me sacó de este mundo para expulsarme a otro paralelo, en otro mucho más frío y desolador. Ahora todo había cambiado, había vuelto al comienzo, al punto de partida, a la línea de salida, pero... Iba cargado de tantas responsabilidades que no podía comenzar a correr la maratón si no desabrochaba la mochila pesada y me deshacía de ella. Y tenía que hacerlo bien. Iba a hacerlo bien.

Aparqué la moto en la puerta del edificio en el que tantas noches había dormido, me quité el casco y me lo colgué del brazo.

Respiré con fuerzas antes de entrar. Porque sabía que cambiarlo no iba a ser fácil, que saldría de allí con el corazón roto de nuevo y, lo más importante, con los trozos que otra persona iba a dejar.

24

UNOS DÍAS



Las siguientes semanas fueron interesantes en todos los sentidos. Me lo pasaba bien teniendo que escondernos del resto. Era divertido buscar sitios oscuros y pequeños en los que darnos un beso y susurrarnos un «te echo de menos» o «estoy deseando verte esta noche».

Aquella tarde iba a ser como todas. Dos horas de clases en las que iba a desear que el profesor explicara la práctica con menos ropa y, puestos a pedir, en posición horizontal sobre mí, una petición por su parte para que me pasara por su despacho con una tonta excusa, muchos besos sobre su mesa y otros tantos suspiros tratando de no follar en aquel espacio que compartía con el profesor Torres, pero que no servían de nada porque él terminaba bajándome las bragas, desabrochándose los botones de su pantalón vaquero (casi siempre Levis) y hundiéndose dentro de mí gimiendo en mi oído.

Pero algo ocurrió a mediodía que nos cogió a todos de improviso. Más a mí, que lo había visto en el estudio de arquitectura una hora antes y nos habíamos estado dando el lote en la sala de archivo. Me había dicho «nos vemos en clase» justo después de sacar su mano de mis bragas y meterse uno de los dedos en la boca. Ese gesto me puso a cien de nuevo y él lo supo al instante. Lejos de volver a tocarme y dejarme saciada. Sonrió de una manera muy perversa y me susurró con sus labios a milímetros del mío que esta noche me haría el amor de una forma en la que nunca me lo había hecho.

Había dicho «nos vemos en clase». Entonces, ¿por qué era el señor Torres el que aparecía bajo el vano de la puerta y nos daba las buenas tardes? No explicó por qué el señor De la Vega no impartía hoy la clase y, por supuesto, yo no podía preguntárselo, porque se suponía que yo no tenía que saber más que el resto, o eso pensaba. ¿Le habría pasado algo? Comencé a sudar.

—¿Estás bien? —me preguntó Marisa.

—Hace mucho calor.

Mi amiga se levantó muy sigilosamente, fue hasta el mando que había

colgado de la pared y bajó la temperatura del aire acondicionado.

Le di las gracias cuando volvió, pero ni el hecho de que aquello se convirtiera en un iglú, me quitó el sofoco que tenía.

—Creí que la clase de hoy la daría el señor De la Vega —susurró Marisa al sentarse.

No podían usarse los móviles, pero la advertencia del primer día no me importó en aquel momento. Le escribí un mensaje con rapidez y esperé a que contestara. No lo hizo y eso me preocupó todavía más.

Las dos horas me parecieron ocho, porque solo quería salir de allí y hablar con él. Pero de nada valió llamarlo diez veces en diez minutos. Me fui a casa con un presentimiento de desdicha que hacía tiempo que no me saludaba. Me esperaba lo peor y eso que me había prometido a mí misma ser positiva.

Le siguieron varios mensajes. En el último reflejaba más cabreo que preocupación: «¿Dónde estás Nicolás De la Vega? Espero que tengas una buena excusa para haber desaparecido sin más».

Me había dejado tirada. Habíamos quedado para merendar en su casa y revolcarnos entre sus sábanas, pero no era eso lo que me importaba, sino su integridad física (y mi integridad mental, porque iba a volverme loca).

Rubén me preguntó si me pasaba algo cuando entré en la cocina y cogí la botella de vino y le di un trago a morro.

—No —contesté, brusca, mirando la encimera—. ¿Por qué lo dices?

—Son las seis de la tarde y estás bebiendo vino.

—Es lo primero frío que he cogido.

—Había dos botellas de agua al lado.

—¿Qué más te da lo que beba? —repliqué.

—¡Eh! —Levantó las manos—. Ya sé lo que te pasa.

Abrí los ojos, asustada. Era imposible que lo supiera. ¿Nos habría visto en alguno de los lugares públicos y repletos de gente en los que habíamos intentado reprimir nuestros instintos sin conseguirlo?

—Estás en esos días del mes...

Suspiré aliviada.

—¿En qué días?

—Ya sabes. En esos días...

—¿En esos días en los que te parto la boca? —Me estaba poniendo de los nervios el Rubén Neandertal que cree que la regla nos cambia el humor. ¿Se lo cambia a él las poluciones nocturnas o el dolor de huevos?

—¿Por qué estás tan agresiva? —rio.

—Eres un bruto. Pareces de otra época.

—Ven. Dame un beso. —Me agarró de la mano y me abrazó.

Yo me dejé hacer porque lo adoraba. Rubén era para mí mucho más que un compañero de piso, que un amigo, que un hermano. Rubén era esa persona que está y que se queda, sin más.

No dormí esa noche. Casi ni cené. Se me pasó por la cabeza llamar a Mar y preguntarle si le apetecía tomar unas copas, pero me lo pensé mejor y me acosté, creyendo que la noche se me haría más corta si la pasaba entre sueños, sin embargo, ni las pesadillas de todo lo que le podía haber sucedido a Nico me visitaron.

A las seis de la mañana me levanté, me di una ducha y me vestí. Tuve que pegarme al sofá con todas mis fuerzas para no salir corriendo al estudio y encontrarme con él, o no, porque no sabía si iría a trabajar. Quizás estaba en el hospital, postrado en una cama y su vida pendía entre la vida y la muerte.

Zarandeeé la cabeza e intenté alejar el miedo que me acuciaba. Rubén se levantó para ir a trabajar y me preguntó qué hacía allí tan temprano y sin hacer nada.

—Me he despertado.

—¿Te llevo?

—Vale. —Me levanté con rapidez y lo seguí hasta la puerta.

—¿Has desayunado?

—Ahora me tomaré un café.

Aún era temprano, así que me senté en la cafetería de enfrente y no aparté la mirada de la puerta del edificio en el que se encontraba N.D.V. Sam fue el primero en entrar, seguido de Lena, Tomi, el chico de las fotocopias, y Max.

Esperé unos minutos más, pero Nico no apareció. Cuando entré en recepción, Sam me saludó como cada mañana y me informó de que Max quería verme en su despacho. No tenía muy buena cara y caminé temblando esperando que fuera él el que me daría la mala noticia que esperaba.

—Buenos días, Itxel.

Me sonrió cuando me vio aparecer.

—Buenos días.

—Siéntate, tenemos que hablar de algo importante.

Me temblaba hasta el alma. El sol entraba por las ventanas sin llegar a dar la luz de cada mañana, al menos yo no la veía.

—Tenemos que entregar el proyecto Nadiasca antes de mañana. Vamos a tener que trabajar mucho.

Abrí los ojos y respiré, hasta entonces el oxígeno no llegaba a mis pulmones.

—¿Eso es lo que querías decirme?

—Sí, ¿por qué?

Clavó su mirada en la mía y achinó los ojos.

—¿Quieres decirme algo?

—Yo... No. ¿Sabe si el señor De la Vega vendrá hoy a trabajar?

—No se encuentra muy bien.

—¿Le ha ocurrido algo? —Me palpitó el corazón.

—Achaques de la edad. —Volvió su vista a los documentos que tenía delante.

Se me escapó un suspiro demasiado evidente. Se refería al padre, no al hijo. Y yo estaba a punto de subirme por las paredes.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, sí. Solo... Necesito un café. ¿Quieres uno?

—Sí, gracias. Nos vendrá bien a los dos.

Fui hasta la máquina de *vending* que había en uno de los pasillos que llevaban hasta el despacho de Nicolás y me asomé por si podía comprobar si había llegado. Casi se me derraba el café ardiendo en la mano tratando de acechar a través de una de las ventanas que daba a la mesa donde estaba Lena.

—¿Buscas a alguien? —preguntó Nico detrás de mí.

Pegué un saltito y casi tiro los dos vasos al suelo.

Me giré y lo miré. Llevaba una camisa blanca impoluta y unos vaqueros azules que le quedaban tan bien que casi me pongo a babear. Si no lo hice, fue porque estaba enfadada y dolida.

—No —repliqué.

Levanté el mentón y me dispuse a marcharme.

—Itxel —suplicó que me detuviera. No fue lo que dijo, sino el tono que le puso—. Por favor, acompáñame a mi despacho.

—¿Por qué?

—Ya sabes por qué.

—No lo sé.

—¿Vamos a discutir aquí? —Levantó los brazos.

—Puede.

—No me importaría.

Me retó.

—Está bien —claudiqué.

No era mi intención que toda la plantilla se enterara de que el jefe y yo salíamos juntos. Iba a parecer una aprovechada. Nadie de los que trabajaba allí sabía de nuestro pasado ni conocían nuestros sentimientos. Teníamos una historia difícil que muy pocos entenderían. Muchas veces ni yo me aclaraba a la hora de adivinar lo que hacíamos y hacia dónde nos dirigíamos.

Lena le pasó una serie de documentos después de dar y recibir los buenos días.

—Y aquí tiene las llamadas.

Cerró la puerta cuando entramos y escuché que el pestillo se echaba. Me puse nerviosa. Los miedos porque algo le hubiese ocurrido habían desaparecido, pero ahora era un temor menos tangible el que me rodeaba. ¿Por qué no contestó mis llamadas y mis mensajes?

—Lo siento. —Se detuvo a un metro de mí.

—Prefiero explicaciones que disculpas.

—No puedo dártelas. Tienes que confiar en mí.

Levanté las cejas.

—¿Sabes? Esperaba cualquier cosa menos esto. Solo quiero saber por qué no contestaste a mis llamadas.

—No podía.

—¿Por qué?

—No puedo decírtelo.

—Estás mintiendo. Y no me gustan las mentiras —aseveré.

—Itxel... —Dio un paso hacia mí y me acarició la mejilla.

—Estaba preocupada... —musité, conteniendo la respiración. Una sola caricia y me tenía en sus manos.

—Por favor, confía en mí... —suplicó, de nuevo.

—Me lo pones muy difícil...

—Lo sé... Solo te pido unos días. Te lo diré. Te lo prometo.

—Me das miedo.

—No volveré a decepcionarte.

—No lo hagas.

Me rendí a él cuando su boca se pegó a la mía y su lengua buscó entrar y alimentarse de mi saliva. Los rayos de sol que hacía diez minutos no daban luz, aparecieron cegándome y calentándome. Gemí cuando Nico metió la mano por debajo de mi falda.

—No podemos... —manifesté en contra de lo que realmente deseaba.

—Ayer solo podía pensar en ti... —Cruzó el límite de mis braguitas blancas y me abrió, masajéandome.

Me corrí sobre su mesa, sola, sin su compañía. Estaba allí, pero se molestó por que todo el placer lo recibiera yo. Supongo que pensó que me lo debía, pero yo no quería aquello, yo quería mucho más, yo quería todo con Nico; la verdad, las mentiras, lo que escondía, lo que ocultaba, lo que me contaba y lo que no. Por todo eso me marché de allí confiando en él, creyendo que las vendas en los ojos a veces son buenas, pero ¿sabes qué? Es mejor verlo todo aunque las imágenes te partan en dos.

Pasé la mañana trabajando codo con codo con Max. Lena vino a salvarme a la hora de comer y me invitó a que la acompañara a la cafetería de enfrente. Me marché satisfecha por todo lo que habíamos adelantado el proyecto en pocas horas y, aunque tendría que volver después de clase, no me pesó.

Nos sentamos junto a la pared de cristal que daba a la calle, justo en el mismo lugar en el que había estado tomando café esa mañana con el corazón buscando sus latidos. El susto que me había llevado para nada. Bueno, para nada no. Ahora me estaba tirando en una piscina a cámara lenta sin saber si estaba llena de agua. Y a cloro no olía, aviso.

—Si te cuento un secreto, ¿prometes no decir nada?

Me llevé los dedos a los labios e hice el gesto de cerrar la boca con cremallera y tirar la llave para atrás.

—Creo que el señor Nicolás sale con alguien.

¿Eh?

Perdí la vista en la ensalada.

—¿El padre o el hijo?

—¿El padre? Está casado. —Me miró con horror—. El hijo, Itxel, el hijo.

—No sé. El hombre está todavía de muy buen ver.

—Tiene problemas de salud... —masculló—. Ay, calla, que me despistas. Lo que quería decirte era que creo que Nicolás sale con alguien.

—¿Y cómo lo sabes?

No quería preguntar por si descubría que sabía más de lo que ella misma pensaba, pero no pude contenerme.

—Lo he escuchado hablar por teléfono varias veces con alguien y... —Se echó hacia delante y se acercó a mí—. Anoche me dijeron que se le ha visto con una chica. Alguien de este mundo... No sé, arquitecta.

Mierda. Estaba a punto de ser descubierta.

ESTA GUERRA NI SIQUIERA ES MÍA



La comida me supo bien, sabían lo que hacían, o lo que cocinaban. Lena no hizo alusión al hecho de que fuera vegetariana. Me refiero a que no le extrañó ni dio su opinión al respecto, algo que me ocurría con frecuencia. Yo no critico a los que tienen otra forma diferente de comer, vivir y sentir, nunca entendí por qué algunos se creían con derecho a hacer un juicio al respecto sin que nadie, yo en este caso, les hubiese preguntado.

La secretaria de los señores De la Vega me caía bien. Era simpática, amable y siempre que podía ayudarme me echaba una mano. Me contó que tenía dos hijos a los que adoraba y que estaban a punto de cumplir los quince años. Nunca había pensado ser madre, pero se quedó embarazada a los dieciséis y ¡le llegaron dos! Seguía casada con ese hombre del que se enamoró con catorce años y, aunque tenían sus más y sus menos, como todas las parejas, se amaban tanto o más que el primer día.

—Es cierto que el amor cambia. Esa sensación de tener el estómago lleno de mariposas durante todo el día cambia, pero se convierte en algo más fuerte, más tangible, más afianzado. No se quiere menos con el paso de los años, se quiere diferente pero más, mucho más. Santos es mi otra mitad, mis pies y mis manos. Soy una persona muy independiente. Tengo mi trabajo, salgo con amigas, viajo sola o por trabajo, pero él está siempre ahí para darme el abrazo que necesito, para escucharme sin decir nada, para aconsejarme cuando se lo pido, para avisarme de mis equivocaciones. ¿Podría vivir sin él? Sí, pero no quiero.

—Es muy bonito todo lo que dices. —Dejé el café que nos tomábamos como postre y sonreí con el corazón.

—¿Nunca has estado enamorada?

—Sí, pero nunca he estado tanto tiempo con una persona.

—Aún eres muy joven, pero te voy a decir algo. No le temas al amor, no le tengas miedo a que cambie. Todos tenemos que avanzar y el amor lo hace con

nosotros. Todos somos diferentes con los años, pero más fuertes. Y el amor también.

—A veces nos hacen tanto daño que dejamos de creer.

—No lo hagas, Itxel, el amor es lo mejor. Y que no te engañen, a veces duele.

—Lo sé.

—No me refiero a que lo hagamos a propósito. No es nuestra intención dañar a la persona que amamos, pero, por diferentes razones, metemos la pata, todos somos humanos y tenemos derecho a perdonar y ser perdonados.

—No esperaba esta conversación.

—¿Te he aburrido? Lo siento. —Se llevó la mano al pecho.

—No, no. Al contrario. Me gustaría agradecerte esta charla.

No sabía ella cuánto necesitaba hablar de amor, del fuerte, del verdadero, del que duele, daña y cura; del que vuelve y desea crecer, cambiar de color, pintar corazones en el aire; del que se rebela, lucha y gana guerras; del que no se queja, no se cansa y no espera la derrota.

Septiembre comenzó con un día de lluvia. Estábamos en el ecuador del máster y dedicaba cada minuto que tenía libre para preparar el proyecto que debía presentar dentro de dos meses. La universidad se veía diferente. Un montón de jóvenes estudiantes empezaron a pasearse por sus patios y pasillos. Exámenes, entregas de trabajos, matrículas, notas. El nerviosismo de todos ellos se olía a leguas y me acordé del momento en el que me dieron la nota final de la carrera y salté de alegría junto a las gemelas. Las echaba mucho de menos. Habíamos dejado de escribirnos poco a poco, el grupo de WhatsApp estaba casi muerto. Casi no hablaba con Rosalía y eso me entristecía mucho. Así que, me propuse visitarla en cuanto terminara el máster, estuviera en el país que estuviera. Se sorprendió mucho, pero aplaudió la idea (con emojis incluidos) y se puso muy contenta. Más si cabía cuando Victoria se unió y prometió que también viajaría. Las Three Direction otra vez juntas. Estaba deseando que llegara el día.

Rubén amaneció como el día. Gris y taciturno. El cielo lloraba sobre la ciudad y él se tragaba las lágrimas negras. No sabía qué hacer para que me dijera qué le pasaba, pero cada vez estaba más abatido, menos hablador, más escondido, menos... El. Rubén era un tío que siempre sonreía, que todos los días vivía al máximo cada segundo, que disfrutaba hasta de un café malísimo en la tasca de la esquina, en la que a veces me invitaba a tomar esa mierda,

con la excusa de que allí lo dejaban fumar. Yo me quejaba porque me convertía en fumadora pasiva y él contestaba echándome el humo en la cara. No podía enfadarme con él, así que lo empujaba y soltaba exabruptos como un camionero al que le había explotado una rueda en medio de una carretera desierta y en la que la cobertura móvil brillaba por su ausencia.

Le pedí que nos acompañara a Mar y a mí a escuchar música esa noche.

—Venga, Rubén. Mar se alegrará de verte.

—No tengo ganas. —Se echó leche en el café, y arrugué el entrecejo.

—Dime ya qué te pasa.

Él se tomaba el café solo.

Suspiró y miró al techo.

—No estoy acostumbrada a verte así. Es esa chica, ¿verdad? Es esa chica la que te tiene así.

No respondió. Eligió no mentir y calló.

—¿Por qué no haces algo?

Se revolvió el cabello y se refregó la cara.

—No puedo hacer nada más.

—¿A qué te refieres?

—Ha tomado una decisión. Se equivoca, pero no seré yo quien vuelva a decírselo. Estoy cansado.

—Rubén Romero nunca se cansa de luchar.

—Esta guerra ni siquiera es mía.

—No te entiendo.

—Se va a casar. —Me quedé helada—. Con otro —especificó, queriendo bromear sobre el tema que le tenía roto.

—Yo... ¿Qué quieres decir?

—Hay poco que explicar. Se casa dentro de un mes con otro.

—Pero... Si ella te quiere.

—No me quiere lo suficiente.

—No seas idiota. ¿Cómo no te va a querer? Es imposible no quererte.

—Está claro. Se va a casar con otro. Me lo ha dejado muy claro.

—Pero ¿le has dicho que la quieres? ¿Le has pedido que no se case?

No salía de mi asombro.

—¿Quién soy yo para hacerlo? —bufó—. Pero sí, lo he hecho. Me he bajado los pantalones mil veces delante de ella y no me refiero a todas las veces que me ha hecho una mamada. —Sonrió triste y yo hice un mohín—. Sino a esas otras en las que le he casi suplicado que no lo haga, que no será

feliz porque... —Se lo pensó—. Sé que me quiere, Itxel. —Me miró—. Lo sé.
—Entonces...

No entendía cómo alguien podía casarse con una persona de la que no estuviera enamorada, porque lo estaba de Rubén, ¿no? Y si lo estaba de Rubén, ¿podía estarlo de otra persona a la vez?

Parpadeé.

—No quería contártelo porque me avergonzaba.

—¿Por qué?

—Porque no lo entiendo ni yo... —Limpió la taza debajo del grifo y la introdujo en el lavavajillas.

—Se arreglará.

O eso deseaba. Por él. Por ese chico risueño que había perdido la sonrisa.

—Esto no es un cuento. No tiene por qué tener un final feliz.

Pues debería tenerlo, ¡leches! Él se lo merecía. Se merecía el «fueron felices y comieron perdices» antes de escribir el final.

Era lunes. Hacía tres días que no veía a Nicolás y lo echaba mucho de menos. Max no dejaba de acosarme cada vez que podía y yo había aprendido a manejarlo, pero cada vez se acercaba más y era menos cuidadoso; me daba miedo que cruzara la raya demasiado y que mi puño se tropezara con su cara, o mi rodilla contra sus partes bajas. Había tenido que contenerme en varias ocasiones, sin embargo, él sabía que no sería bueno para mí un escándalo de ese tipo y se aprovechaba de eso. Por supuesto, no le dije nada a nadie, aunque sabía que con toda probabilidad me equivocaba.

Entré en el despacho de Nico pasadas las once de la mañana con la excusa de que tenía que firmarme unos papeles. En cuanto cerré la puerta, me abalancé sobre él, lo besé y él me arrancó las bragas y me poseyó sobre su mesa. Cómo me ponía que fuera el jefe. Y cómo me ponía que fuera mi profesor. Podíamos estar todo el día haciendo el amor que no nos cansábamos.

—¿Cenamos esta noche?

—No puedo. He quedado con Mar.

No podía volver a dejarla tirada. Había vuelto con Ricky y estaba deseando contármelo todo. Me había hartado de escuchar sus audios llamándome «perra judía». No sabía qué significaba, pero el tono que le daba, arañando su garganta, me ponía los pelos de punta.

—Mañana quiero llevarte a un sitio. —Me besó la nariz, mientras me

daba las bragas hechas girones.

—Tienes que controlarte —le pedí, refiriéndome a dejarme sin ropa interior el resto del día.

—No puedo —ronroneó.

—Y en ese sitio... ¿Habrá más gente? —Levanté una ceja.

—Muy graciosa. —Hizo un mohín.

—Pueden vernos.

—No es en Madrid.

—Aun así...

Estaba harta de tener que andar a escondidas, pero era mi profesor. Podía buscarse un problema en la universidad y yo me jugaba también el futuro; así que, por decisión de ambos, no lo haríamos público hasta que el máster finalizara.

Mar llevaba un vestido negro muy corto y se había cortado el pelo por encima de los hombros. Estaba guapísima. Lo era, pero hoy resplandecía.

—Al final va a ser cierto que el vagabundo te hace feliz. —La abracé.

—El vagabundo la tiene como un tren de mercancías.

—La polla gorda no es lo único que importa.

—Pero si la tiene gorda y larga, mejor.

Nos reímos a carcajadas y entramos en el local.

Me pareció demasiado oscuro y siniestro, sin embargo, cuando mis pupilas se acostumbraron a la intensidad de la luz, pude percatarme de lo bonito que era. Todas sus paredes estaban decoradas con vinilos antiguos, alguno de ellos de grupos y cantantes que fallecieron hacía mucho. Me fascinó. Aunque me fascinaban los One Direction, siempre me había gustado escuchar todo tipo de música, o debería decir canciones. Las canciones bonitas no tienen nombre ni dueño, solo alma y corazón. Y todas las canciones que me emocionaban me recordaban a él, así había sido durante los tres años anteriores. Y muchos de los vinilos apuntaban directamente a mi pecho. Parecía que ese bar albergaba la banda sonora de mis últimos años lejos de Nico.

Nos lo pasamos genial. Al menos el tiempo que estuvimos allí. Escuchamos música en directo, bailamos frente al escenario y bebimos cerveza como si fueran las últimas del país, hasta que Ricky nos interrumpió, besó a mi hermana en medio del local y Mar, con cara de circunstancias, me dijo que se tenía que ir.

No me enfadé mucho, porque el vagabundo me llevó a casa en su coche, uno muy viejo y destartado que no sabría decir cuál era, y porque parecía que algo había ocurrido y necesitaba a Mar. De todas formas, no me alerté demasiado porque ellos no estaban muy preocupados.

Los dejé sin hacer preguntas.

Todas las preguntas las quise hacer cuando llegué arriba, aunque no pude y eso me mató de rabia.

Crucé el vestíbulo con los zapatos colgados en una mano y de puntillas. No quería despertar a Rubén. Últimamente dormía poco y, si se despertaba de madrugada, no volvía a dormir. Lo había escuchado dar vueltas por el apartamento muchas noches.

¿Sabes cuando no quieres hacer ruido y te tropiezas con todo lo que encuentras a tu paso? Pues eso me ocurrió. Me comí una puerta, dos sillas, una mesa y una lámpara. No tiré todas las cacerolas porque no entré en la cocina. Aun así, Rubén no se despertó y, cuando entré en mi habitación, cerré la puerta y respiré hondo.

A pesar del día lluvioso y de que las nubes habían estado cerrando el cielo durante las horas anteriores, hacía un calor sofocante. De esos que te secan hasta la garganta. Por esa razón, me quité la ropa y me dispuse a salir de nuevo para coger una botella de agua fría de la nevera. Abrí la puerta y una sombra me detuvo. Espigada y delgada. Desde luego no pertenecía a Rubén. Entorné la puerta y atisbé un cuerpo delgado a través de la pequeña ranura que había dejado. Una mujer, de pelo largo y rubio, muy guapa, piel bronceada, tetas operadas (lo siento, no puedo obviar el detalle), aunque no eran exageradas (había tenido buen gusto a la hora de elegirlas), se levantaban perfectas.

Pasó a un metro de mí, por el pasillo, delante de mi puerta. No me moví.

Nariz pequeña, labios pequeños, pestañas largas, mejillas sonrosadas.

No sabía si el hecho de que Rubén se estuviera tirando a una tía me alegraba o me decepcionaba. Siempre ha luchado por lo que quiere y no me creía que fuera capaz de dejar de hacerlo por la mujer que amaba. Rubén no era de esos. Rubén luchaba hasta las guerras de otros, no como me había hecho creer aquella mañana. Lo sabía de primera mano, porque durante tres años había luchado la mía.

—Marieta —escuché a Rubén que la llamaba.

No era otra. Era ella. Era Marieta.

No tenía pinta de casarse con otro en unas semanas, sobre todo porque caminaba desnuda por el apartamento de la persona que la amaba.

—¿Sí, cariño? —Le preguntó, girándose, y él llegó a ella.

Rubén también estaba desnudo y esto sí que me incomodó.

Bufé y cerré los ojos. Se me iban a caer.

—Trae también algo de comer. Me muero de hambre. —Le mordió el cuello.

—Normal. Con todo lo que has quemado.

Parecía una chica como otra cualquiera, bromeando con su novio después (y antes, porque estaba claro que esos dos iban a volver a follarse) de acostarse juntos y compartir fluidos e intimidades.

Cualquier persona podía sorprenderte.

A mí Nico me sorprendió mucho. Y lo había perdonado, después de tanto, lo había perdonado. Si Nico y yo habíamos podido encontrarnos, y no me refiero a físicamente, Rubén y Marieta también podrían lograr superarlo todo. Confiaba en ello. Deseaba ver a Rubén feliz.

UN GRUPO INGLÉS



—¿Adónde me llevas? —pregunté a Nico con el casco en la mano y a punto de subir en su Harley.

Había dejado de llover y las nubes le habían cedido el sitio a millones de estrellas que sonreían desde el firmamento. Parecía que acababan de llegar y, probablemente, llevaban siglos ahí. Pero para mí hoy brillaban más. Presentía que iba a ser un día especial.

—Es una sorpresa.

—Espero que buena.

—Todas las sorpresas que te daré serán buenas. Lo prometo.

—¿Habrá más? —Sonreí.

—Habrá durante el resto de nuestras vidas. —Me besó, y hasta escuché a las estrellas gritar un «ohhhhh».

Llegamos a Toledo una hora después. No se me había hecho largo el trayecto. Ir abrazada a Nico sobre una Harley jamás hubiera supuesto un problema. Es más, disfrutaba, pero no me quejé cuando llegamos porque aquello me parecía una ciudad impresionante que solo había visitado una vez hacía cinco años con mis padres.

—¿Qué hacemos aquí? ¿Esta es la sorpresa? ¿Cómo sabías que estaba enamorada de esta ciudad y quería volver?

Aparcó la moto en un estacionamiento preparado para ellas y en donde había unas cien más. No exagero, a mí también me parecieron demasiadas.

—No lo sabía, pero ¿a qué arquitecto no podría impresionarle?

No dejaba de mirarme. Sus ojos estaban fijos en los míos, hipnotizados, hipnotizándome.

—A ti. Ni siquiera te has fijado en ese edificio.

—Para mí no hay nada más impresionante que tú.

Me agarró por el cuello de la chaqueta de cuero y yo lo hice a la de él. Me gustaba verlo de cuero, me recordaba a aquel Nico con el que comencé a

compartir piso y que parecía no reparar en mi presencia, cuando en realidad se estaba enamorando de mí, como yo de él y de su sonrisa, y de su forma de ser.

Nos besamos bajo la luz de la luna de una ciudad imperial, sede principal de reyes y reinas, testigo de la convivencia de culturas, con un casco histórico bañado por el Tajo y un olor muy añejo a vidas que habían dejado su esencia en cada piedra.

Conforme caminábamos nos encontrábamos con más gente. Llegamos a toparnos con una gran multitud y eso me puso alerta.

—¿Adónde vamos?

Fuera donde fuera, me llevaba de la mano, algo inusual por las calles de Madrid. Solo nos permitíamos hacerlo en callejuelas estrechas, solitarias y de madrugada. Esto era diferente, esto era normal, y eso me entusiasmó. No éramos alumna y profesor. No éramos jefe y empleada. Éramos Nico e Ixel. Dos chicos que se quieren y pasean por una calle cualquiera de cualquier lugar.

—Ahora lo verás.

No me había dado cuenta, pero estábamos esperando una inmensa cola. Levanté la mirada y vi el cartel que anunciaba el concierto.

—¿Un concierto? —pregunté, leyendo el cartel de dónde estábamos a punto de entrar.

«Círculo de Artes».

—¿Los One Direction? —Abrí los ojos y la boca, asombrada.

—Lo siento, pero no. —Negó, con cara de horror.

—Vaya...

—Este grupo es mucho mejor.

—Seguro... —Estaba decepcionada.

Él sonrió y no dijo nada más. Solo me abrazó y me dio un beso en la mejilla.

Había muchísima gente, pero pudimos hacernos hueco y posicionarnos en lo que sería segunda o tercera fila. La sala era bastante grande, el triple de larga que de ancha. Techos altísimos y con arcos a los lados, herencia de la cultura musulmana. De piedra clara. Todo emanaba historia.

—¿Vas a decirme a quién vamos a escuchar?

—Eres muy impaciente.

—Ya lo sabes...

—Él se llama Pablo Aragón y tiene una voz desgarradora.

—Mmm... No me suena.

No podía apartar la mirada del escenario. Lleno de todos esos colores que me gustaban. Sobre todo naranjas y morados. Como nuestros atardeceres.

—Es un grupo inglés. The Fox's Lair.

—Ah, sí. Los vi una vez en una discoteca, pero nunca lo he escuchado cantar.

Me agarró de la mano y la envolvió con la suya. Fue un pequeño abrazo que sentí por todo el cuerpo. Eso llamó mi atención y lo miré.

Estábamos frente a frente.

Rodeados de gente.

Pero como si estuviésemos solos.

—Sus canciones me hablan de ti. Lo han hecho desde que los escuché hace dos años. Ya lo verás. Cuentan historias. Nuestra historia, supongo que un poco la de todos, pero a mí me gusta creer que me mantuvieron cerca de ti. Escúchalas. Siéntelas. Vibran solas. Llevan magia en cada nota, en cada falsete. Hasta sus silencios hablan. A mí siempre me han susurrado tu nombre.

La sala enmudeció tanto como yo. Por razones diferentes, pero buscando el mismo fin: escuchar a ese grupo de rock que, por lo visto, conocía toda España menos yo.

—¿Ese es Pablo Aragón? —Levanté una ceja cuando salió el cantante y agarró el micrófono. Ya lo había visto unas semanas atrás en la disco, pero estaba oscuro y había mucho revuelo a su alrededor.

Aún no sabía cómo cantaba, pero guapo era un rato.

Nico averiguó mis pensamientos y sonrió.

El tal Pablo dio las buenas noches y agradeció a todos su presencia.

—¿No decías que eran ingleses? Habla español mejor que yo.

—Es de un pueblo de Madrid, en realidad. El resto del grupo son ingleses.

—Claro, se llama Pablo Aragón... —caí en la cuenta.

Nico llevaba razón. Su música destilaba magia, sus letras sonreían y lloraban. Todas y cada una de las canciones contaban una historia que dejaba marcada la piel con el recuerdo, con el deseo, con las ganas, con las ansias, con la esperanza. The Fox's Lair. En seguida entendí a Nico cuando dijo que lo que contaban le recordaba a mí y supe que ese grupo y sus canciones formarían parte de nuestra vida a partir de entonces.

Estábamos muy apretados, los cuerpos de todos se movían de un lado a otro, formábamos un océano en calma que se empezaba a agitar. Nico me tenía

la cintura rodeada con sus manos, y mi cabeza y mi espalda apoyada sobre su pecho. Nos mecíamos empujados por la masa. Sonaba una melodía muy lenta y tan intensa que casi me hace llorar. Se apagaron la mayoría todas las luces, y solo una alumbraba el escenario, justo en el punto exacto en el que Pablo Aragón se sentaba en un taburete alto, cogía una guitarra española y tocaba los primeros acordes de una nueva canción. La primera estrofa me dejó estupefacta.

«Odio este pequeño trozo de papel
porque es él y no tú quien está ahora entre mis manos.
Odio esta guitarra,
porque es a ella y no a ti a quien puedo acariciar.
Odio al mundo
porque él te tiene ahora y no yo.
Me odio a mí mismo
porque destrocé aquello por lo que tanto luché».

Otra de ellas, me arrancó un sollozo:

«Fue tal el miedo y la soledad al perderte,
que hasta un piano tocado por mil almas verdaderas
no me parecía una sinfonía sincera
para dos corazones enamorados...
Por qué será que sin ti mi música no suena».

Miré a Nico y lo besé. Quise que fuera un beso tierno, pero se convirtió en dientes, salivas y pasión. No me había vuelto, solo había girado la cabeza para encajarla con su boca; así que, con sus manos sobre mi vientre todavía, sentí cómo me abría el botón del pantalón y bajaba unos centímetros la cremallera. Gemí cuando noté que bajaba muy despacio la mano derecha y la introducía por dentro de mis braguitas. Con sus dedos buscó mi clítoris y lo acarició.

Estábamos rodeados de gente, pero no me importó ni traté de detenerlo.

La música sonaba y ahogaba mis suspiros.

La multitud nos salvaba de miradas indiscretas.

Mi amor por Nico explotó unos minutos después.

Y su boca calló todo lo que quería decirle.

No volví a casa esa noche. Nico no me preguntó, pero fue directamente a la suya. Hablamos poco cuando salimos del concierto. Yo estaba muy emocionada por todo lo que había ocurrido y por todo lo que había sentido; él solo me miraba. No hizo falta hablar de nada. ¿Para qué? A veces, lo mejor se dice en silencio, se escucha en silencio, se siente en silencio. La piel me gritaba cuánto lo amaba y me pedía que se lo dijera; aun así, no lo hice, al menos, no todavía.

Nos besamos en el garaje.

Nos comimos en el ascensor.

Me susurró que me deseaba mientras abría la puerta.

Nos deshicimos de las chaquetas en el vestíbulo.

Me lamió el pecho en el salón.

Me tiró sobre el suelo del pasillo, me levantó la camiseta y regó de pequeños besos mi vientre.

Me bajó el pantalón.

Rompió mis bragas.

Sopló sobre mi sexo.

Me lamió.

Allí mismo hicimos el amor. Me subí a horcajadas sobre él y, con sus pantalones a medio bajar, lo monté.

Gemimos con las bocas pegadas.

Nos mordimos.

Nos quisimos. Y... nos lo dijimos.

Fue Nico el que lo susurró sobre mis labios cuando aún no había salido de mí.

—Te quiero. —El sudor le perlaba la frente y el pelo, húmedo, le caía sobre los ojos.

—Te quiero —susurré entre los últimos jadeos.

No era el sitio más romántico.

Pero era el momento.

Y el lugar... no nos importó.

Me desperté con una gran resaca. Y eso que no había bebido casi nada. Solo un par de copas de vino. Pero todas las emociones que habían explotado dentro de mí la noche anterior me dejaron tocada. Para bien, he de señalar. El corazón hinchado dentro de mi pecho aún relamía las notas de aquella música, mi piel se estremecía pensando en él y mi alma volaba entre sonrisas y

suspiros escuchando sus te quiero mientras me hacía el amor. Y yo se lo hacía a él.

—Buenos días —susurró Nico a mi lado.

Me acariciaba la mejilla con la yema de sus dedos.

Me peinaba los cabellos enredados sobre la almohada.

—Buenos días —contesté, sin abrir los ojos y tras un suspiro que llenó de ganas la habitación.

Llevó sus labios hasta mi hombro desnudo y lo besó. Después subió por mi cuello, con cuidado, muy despacio.

—Quiero que todas mis mañanas huelan a ti —musitó junto a mi oído.

No lo veía, pero no hacía falta. Sabía que su luz era tan intensa como la mía. Y, aunque nadie más que nosotros pudiera verlo, brillábamos.

Se detuvo unos instantes... Tras los que creí que seguiría dibujando un camino sobre mi piel, pero no sentí sus labios rozándome, no me estremecí con sus caricias.

—¿Qué es eso? —Sustituyó el tono de voz.

Ya no susurraba.

Y ese cambio me alertó.

Abrí los ojos y lo miré.

Hice un mohín.

—¿Qué llevas en el oído?

Me di cuenta de lo difícil de la situación.

Uno de los momentos que más había temido estaba a punto de suceder.

—Es un audífono —dije con naturalidad.

Arrugó el entrecejo y se sentó en la cama.

Yo lo imité.

—¿Un audífono?

—Sirve para escuchar mejor. —Traté de bromear explicando lo obvio.

—¿Por qué lo necesitas?

—Perdí gran parte de la audición de este oído. —Me lo toqué.

—¿Estás bien? —Se asustó.

—Sí, no te preocupes. Estoy acostumbrada.

—¿Qué ocurrió?

—Oh, nada.

—¿Cuándo ocurrió?

—No importa.

No sabía hasta cuándo iba a poder evitar sus preguntas. Le rehuía con

los ojos y Nicolás estaba a punto de sumar dos más dos.

Era inevitable.

Se levantó y me deleité con su desnudo el tiempo justo que tardó en ponerse el *jeans* sin ropa interior.

—Itxel, ¿por qué perdiste la audición?

Suspiré.

—Fue en el accidente.

Se puso blanco, tragó y juraría que dejó de respirar.

—¿Fue aquella noche...?

Asentí con la cabeza.

—No... —Introdujo los dedos de su mano derecha entre su cabello.

Estaba derrotado. Hundido. Saberlo lo destrozó.

—Pero... ¿cómo?

Se sentó en el filo de la cama, a espaldas de mí.

Me arrodillé sobre el colchón, deshice la distancia que nos separaba y lo abracé desde atrás.

—No pasa nada. Fue hace mucho. —Le besé el cuello—. Estoy acostumbrada. Escucho muy bien con el audífono. Hago una vida totalmente normal. No le des más importancia de la que tiene.

—Yo... Por mi culpa...

Ya íbamos a empezar otra vez con la culpa. Estaba harta de aquello. Solo yo era responsable de mis actos. Como ahora. Como todos.

Me levanté y, desnuda, me arrodillé delante de él y lo obligué a que me mirara.

—Nico. Estoy bien.

—¿Por qué no me lo habías dicho?

—Porque sabía que te lo tomarías así.

—¿Podría tomármelo de otra manera?

—Claro que sí. Las cosas pasan. Si no viviéramos, no estaríamos expuestos a que cosas como estas nos ocurrieran. Yo elegí vivir y no me arrepiento de ningún momento de los que viví a tu lado en Granada. Fueron maravillosos y nada ni nadie podían imaginar el final. Quizás podría haber sido diferente, pero, si me preguntas si preferiría que no hubiese ocurrido, la respuesta es no. Deja de culparte por una situación que no podías manejar. Yo nunca lo he hecho.

—Me fui... Me fui y tú... —Me acarició el cuello, el mentón, el oído—. Lo siento, no lo sabía.

—No podías saberlo.

—Me gustaría volver atrás en el tiempo y cambiarlo todo.

—Yo no cambiaría nada.

—No digas eso.

—Yo no cambiaría nada —repetí—. Las cosas ocurren por algo. Y yo aprendí que amar no es suficiente, que desear que salga bien no lo es todo, que, si queremos vivir, en grande, el futuro, debemos ganárnoslo. Y que, la victoria sabe más dulce si las batallas se quedan grabadas a fuego en tu mente y en tu piel.

—¿Esto es consecuencia de una de esas batallas? —sonrió con tanta tristeza que mi corazón se entristeció.

—Esto es una herida que sanó. Y me enseñó que todas sanan, por mucho que duelan. Lo que ocurrió... me hizo tan fuerte que por eso estoy aquí y ahora, dispuesta a darnos otra oportunidad.

—Te quiero tanto... —Dejó su frente sobre la mía.

—Demuéstramelo.

—¿Cómo?

—Perdonándote.

La semana pasó casi sin nada importante que reseñar. Todo había sido tan intenso que la calma de esos días posteriores me vino como agua de mayo. Rubén y yo tuvimos una charla la noche del jueves en la que le preguntaba si estaba seguro de lo que hacía. Le reconocí que lo había visto con Marieta la otra noche y que estaba preocupada por él porque sabía que se seguían viendo.

—En serio, eres la Vieja del Visillo. —Bebió del botellín de cerveza que tenía en la mano.

Estábamos sentados en la terraza, disfrutando de una noche agradable a finales de verano.

—Ni que yo os espicara. Os encontré de casualidad.

—Ya... —Levantó una ceja.

—Ahora la culpa va a ser mía. No puedes traer chicas a casa. ¿Qué pasa con esa regla?

—Ella rompe las reglas.

—Querrás decir que a ti se te caen los pantalones con ella y no sabes decirle que no.

—No es que no sepa, es que no puedo.

—Siempre podemos alejarnos de quien nos daña. Solo necesitamos un

poco de voluntad, pero tú piensas con el rabo.

—Ella no me daña. —Miró la ciudad—. Me hace feliz.

—Pero va a casarse.

—Mmm.

—Con otro —apunté.

—Mira que eres mala.

—No soy mala. Lo hago por ti.

—¿Y tú qué me dices? ¿Cómo se llama el chico con el que sales?

Se me cortó la respiración.

—Pero, ¿qué dices? Yo no salgo con nadie.

—Claro. ¿Y dónde pasas las noches?

—Con Marisa. Tenemos mucho que estudiar.

—Te matas estudiando. —Rio.

—¡Oye! ¡Estudio muchísimo! —Le di un golpe en el hombro y le tiré la cerveza sobre el pantalón.

—¡Serás bruta!

—¡Parece que te has meado! ¡Rubén Romero se ha hecho pis encima!

Me carcajeé.

—A veces pareces una niña.

Él también rio.

—Pero si tiene hasta color de pipí. —Lo señalé con el dedo.

—No seas cerda.

No podía parar de reírme.

—Ahora verás. —Cogió lo que quedaba de mi cerveza y comenzó a correr detrás de mí. Dimos cinco o seis vueltas alrededor de la mesa de la terraza.

—¡No podrás escapar! —gritaba.

—¡Déjame! —Me reía.

Parecíamos dos niños de diez años en una guerra de globos.

Me dolía la barriga de las carcajadas.

—¡Te cogeré! —Hizo amago de saltar sobre la mesa, me asusté y me agaché.

Él aprovechó mi despiste para venir hacia mí por la derecha, cogermme de la cintura desde la espalda y levantarme en el aire.

Grité con fuerza, y Rubén comenzó a echarme la bebida por la cabeza.

—¡No! ¡Déjame! ¡Déjame!

—¡De eso nada! ¿Cómo te reías de mí? Venga, ríete ahora.

Pataleé y me solté.

—Pero, ¿cómo has podido? —Me toqué el pelo, la cara, el vestido... Todo estaba mojado de cerveza, todo olía a cerveza.

Se encogió de hombros y levantó las cejas.

—Ahora te vas a enterar... —Me encaminé a por la goma y abrir el grifo de la terraza, pero mi teléfono comenzó a sonar sobre la mesa y vi el nombre de Nico en la pantalla.

Corrí a cogerlo y que Rubén no leyera quién me llamaba.

—Te vas a salvar de mi venganza porque esta llamada es importante.

—¿Tu novio?

—Eres tonto. —Le tiré un beso desde la distancia, provocándolo.

Entré en la casa y me encerré en el cuarto de baño.

No quería que Rubén me escuchara hablar con Nicolás. Habría un millón de personas más con ese nombre, pero no sabía hasta qué punto era capaz de atar cabos y llegar a la conclusión de que volvía a salir con el chico que me había roto el corazón.

—¿Qué ocurre?

—¿Podemos hablar un momento? —Parecía consternado.

—Claro. Dime.

—Así no. Por teléfono no. Estoy en el coche. Baja.

—No pued... —Pi pi pi pi. Colgó. No me dio derecho a réplica. Iba a decirle que primero debía darme una ducha y que solo tardaría diez minutos, pero resoplé y bajé oliendo a cerveza barata de supermercado.

Nico estaba apoyado en el capó del coche y escribía algún mensaje en el móvil. Llevaba esos vaqueros azules que tanto me gustaba y una camiseta gris en un tono muy claro. Olía a perfume y a él.

—¿Qué te ha pasado? —Se incorporó y dio un paso hacia mí.

—¿Esto? —Cogí el vestido por el dobladillo y lo levanté unos centímetros hacia delante—. No es nada. Una pelea de cerveza.

—¿Una pelea de cerveza? ¿Qué demonios es eso? —Estaba tenso. Sin duda, algo le turbaba.

—Pues eso. Rubén me ha bañado en cerveza. Eso sí, después de que yo le tirara una encima de los pantalones. —Reí.

—Creo que deberíamos subir. Me gustaría conocer a Rubén.

—¿Estás loco? Te odia.

—¿Me odia?

—Nooo. Bueno, sí. Te odia mucho. No creo que él quiera conocerte a ti.

—¿Por qué me odia? ¿Qué le has contado?

—Ah, claro. Que no lo sabes. Rubén es el hermano mayor de Vic y Ros. Está al tanto de todo. Nos hicimos muy amigos cuando te marchaste. Y ahora...

Apretó la mandíbula.

—Es como mi hermano. Como ese hermano mayor que nunca tuve.

—Ya...

—¿Estás celoso?

—¿Tendría que estarlo?

—Por supuesto que no.

—Pues... No. No estoy celoso. Solo...

Se revolvió el cabello y suspiró.

Estaba agobiado. Todos sus gestos, así como sus ojos, me indicaban que había venido para contarme algo importante.

—No has venido para hablar de cerveza ni para conocer a Rubén.

Negó con un gesto de cabeza.

Me miró fijamente, respiró con fuerza, llenando el pecho de aire, y lo soltó. Fueron varios segundos en los que consiguió asustarme.

—Dilo ya —le pedí, tratando de ocultar el temblor de mis labios.

TIENES QUE CONFIAR EN MÍ



No tenía ni idea de lo que quería decirme, pero parecía que estaba a punto de despedirse para siempre. No sé. Que se marchaba, petate en mano, a una guerra en el fin del mundo, o que su plan más próximo era subirse a un cohete y viajar a la luna una década para hacer pruebas de su habitabilidad.

Sus ojos oscuros se clavaron como puntillas en los míos y juro que hasta me hizo daño. Me dolió ver cómo temía mi reacción a lo que fuese a decir. Y me decepcionó que pensara que no lo entendería. Por ello, mis peores temores comenzaron a brotar del lugar en el que los mantenía escondidos. Pensaba que no lo comprendería, porque nadie podría hacerlo. Porque lo que tenía que revelarme iba a destruirnos para siempre. A todos. A los dos. A nuestra relación.

—Dilo —repetí.

—Itxel... —Dio otro paso hacia mí.

—Creí que todo estaba olvidado.

Achinó los ojos.

—¿Es por el accidente? ¿Por mi pérdida de audición?

—Yo... No...

—¿Qué es? Dilo. —Contuve un sollozo.

—No he sido del todo sincero contigo.

—¿Qué? —Dos lágrimas rodaron por mis mejillas.

—Itxel...

—¿A qué te refieres? —Me costaba hablar.

—Tienes que confiar en mí. Tienes que seguir haciéndolo. —Trató de cogerme de la muñeca pero me aparté.

—No puedes pedirme eso... —Me limpié la cara con el dorso de la mano.

—Por favor, Itxel...

—¿Para eso has venido? ¿Para decirme que eres un mentiroso?

—Por favor... —suplicó.

—No te entiendo. No... No lo entiendo. ¿Qué me estás ocultando?

—No puedo decírtelo. Aún no... Yo... Yo no quiero hacer daño a nadie.

—¿A quién?

—A nadie.

—Pero me lo estás haciendo a mí...

—Itxel... —Otra vez trató de abrazarme.

Negué con la cabeza y lo aparté.

—¿Por qué me haces esto? Creí... Creí que estábamos bien.

—Y lo estamos.

—¿Con mentiras? Nico, ¿con mentiras?

—No... No te estoy mintiendo.

—Pero tampoco me dices la verdad.

—Está bien, lo entiendo, pero confía en mí. Todo se arreglará.

—¿Qué se arreglará? ¡Ni siquiera sé de lo que hablas! ¿Quieres decírmelo de una vez?

Agachó la cabeza con los brazos en jarra.

—¿Sabes lo que creo? Que eres un cobarde. ¡Un puto cobarde!

—Itxel. —Alguien dijo mi nombre, pero esta vez no fue Nico. Ahora era Rubén, con voz ruda, quien me llamaba a mi espalda—. ¿Quién eres tú?

Nico fue a presentarse.

—Es un amigo, Rubén, pero ya se iba.

—¿Estás llorando? —Se sorprendió.

—No... —Sí. Solté el último sollozo sin poder remediarlo.

—¿Qué le has hecho, imbécil? —Rubén se enfrentó a Nicolás.

—No es tu problema —contestó, muy serio.

—Claro que lo es. Todo lo que le concierne lo es. ¿Quién cojones eres tú? —Le escupió en la boca.

—Su novio. ¿Y tú?

—La persona que vive con ella y la cuida. ¡Y no la hace llorar!

—Por favor, chicos. —Los separé con las dos manos—. Vámonos, Rubén —le pedí.

Se retaron con la mirada como si fueran dos lobos salvajes.

—Como vuelvas a hacerle daño, te la verás conmigo —avisó Rubén.

Nico no dijo nada más. Solo... posó sus ojos sobre los míos y lo escuché suplicarme que confiara en él.

Rubén me cobijó bajo sus hombros y me llevó hasta dentro del edificio. Ninguno de los dos habló hasta que llegamos al salón. Yo me limpiaba las lágrimas y él trataba de no gritar. Hasta que gritó.

—¿Quién coño era ese? —Tenía los brazos en jarra y se movía nervioso.

—Nadie.

—¿Nadie? —Levantó los brazos—. ¿«Nadie» te hace llorar así?

—¡Déjame en paz!

—¿Que te deje en paz? ¿Qué significa eso?

—¿Por qué has bajado?

—¿Qué?

—¿Me estabas espiando?

—¡No!

—Entonces, ¿por qué has salido a la calle?

—Iba a comprar algo para cenar. Y... salgo y te veo llorando. ¿Qué crees que debía hacer?

—No lo sé.

—¿Por qué llorabas?

—No lo sé.

Mi contestación repetida le molestó aún más.

—Itxel, deja de jugar al gato y al ratón. Conmigo no. —Clavó un dedo en su pecho y afianzó la negación con su cabeza.

Me senté en el sofá y me masajeeé las sienes.

—Me suena su cara.

—Te lo presenté una vez. Es un amigo de Granada.

—¿Quién?

—No querrás saberlo.

Resoplé.

—Prueba.

Levanté el semblante y lo miré.

¿Debía decírselo? Quizás no, pero no pude ocultárselo más. Era Rubén, mi amigo, mi hermano. Esperaba que me entendiera.

—Nico.

—¿Qué Nico?

—Nico, Rubén, Nico. ¿Qué Nico va a ser?

Tardó unos segundos en averiguar de quién le hablaba. Tardó más de lo que yo esperaba. Pude escuchar el engranaje de su cerebro moverse a toda

velocidad. La cara le cambió cuando cayó en la cuenta de a quién me estaba refiriendo.

—No puede ser... Pero... ¿cómo? ¿Estás loca? —gritó.

—¡No! —Me levanté.

—¡Itxel! ¡¿Estás diciéndome que te has liado con ese gilipollas otra vez?!

Callé.

—¡No me mientas! —me rogó.

—¡No me chilles! ¡¿Vale?!

—¡¿Cómo quieres que reaccione al descubrir que estás con ese tío y que te estaba haciendo llorar?! ¡¿No has aprendido nada?!

—¡¡Cállate!! ¡No eres nadie para reprocharme nada!!

—¡Ah!, ¿no?

—¡¡No!!

—¡¡No soy nadie!! ¡¡Todo este tiempo creyendo que éramos amigos y ahora no soy nadie!!

—¡¡No eres quién para darme consejos!! ¡¡Y tú, menos!!

Los ojos se le iban a salir de las órbitas. Apretó la mandíbula y me asesinó con la mirada.

—¿Qué quieres decir con eso? —masculló.

—¡¡Estás enamorado de una mujer que se va a casar con otro!! ¡¡Y no haces nada para evitarlo!! ¡¡Solo te quedas aquí relamiendo tus heridas!! —Lo señalé—. ¡¡Yo estoy luchando por lo que quiero!! ¿Qué haces tú? Eh, ¿qué haces tú?

—Vete a la mierda —me escupió con rabia.

Giró sobre sí mismo, caminó hasta su habitación y la cerró dando un portazo

Muy bien. Perfecto. Acababa de discutir con dos de los hombres que más quería en este mundo. Y ¿por qué? No entendía nada.

Me tiré en el sofá y empecé a llorar. Había sido la hora más surrealista de mi vida. Estaba bien. Bebía cerveza con mi mejor amigo. Nos reíamos. Disfrutábamos. Me llamó el chico al que amo. Bajé a encontrarme con él y poder besarlo como tenía tantas ganas y... ¡Boom! Todo explotó. ¿Qué coño se me había escapado? Había algo que estaba ocurriendo delante de mis ojos y me negaba a verlo, o una venda ancha y oscura tapaba todo a mi alrededor.

Lloré con los ojos.

Lloré con el alma.

Lloré durante media hora, preguntándome qué había hecho mal, por qué

todo mi mundo se había vuelto loco en pocos segundos y por qué Nico había venido hasta aquí solo para decirme que me ocultaba algo y que confiara en él. ¿Por qué no me lo decía? Podríamos enfrentarlo juntos. Las guerras se ganan más rápido si las enfrentamos con las personas que amamos.

Me di una ducha. No tenía ganas, solo me apetecía meterme en la cama y escuchar música a todo volumen, pero estaba llena de cerveza y el pelo hecho nudos. Tantos como me enredaban y me apretaban el corazón. Hacía calor, así que no me sequé el pelo; solo lo peiné y lo dejé caer sobre los hombros. Tomé asiento sobre la cama, me coloqué los cascos y... no puse música, no me atreví. Me los arranqué de un tirón y me levanté.

Toc, toc. Llamé a la puerta del dormitorio de Rubén, que encontré entornada, y me asomé. Él estaba tumbado sobre el colchón, con las manos bajo la cabeza y mirando el techo.

—¿Puedo pasar?

—¿Desde cuándo pides permiso para entrar aquí?

Caminé hasta sentarme a un lado de la cama.

—¿Qué escuchas?

—Ramones —contestó sin mirarme.

—Me gusta.

Me tumbé junto a él, en la misma posición.

Durante diez minutos, yo no hablé, y él tampoco.

—Siento lo que he dicho.

—Yo también.

—¿Me perdonas?

—No hay nada que perdonar. Alguien tenía que decirme lo tonto que soy.

—No eres tonto, solo estás enamorado.

—¿Sigues enamorada de él?

—Sí.

—¿Y qué ha ocurrido?

—No es sincero conmigo y hoy lo ha reconocido. Pero lo cierto es que... Lo sabía. Yo lo sabía, pero no quería aceptarlo. Me dijo que confiara en él, pero... No se abre y estoy cansada. No sé qué le ocurre.

—El amor es una mierda.

—Claro que no.

—Nunca me había sentido así.

—Bienvenido al mundo de los vivos.

Apoyé la mejilla en su pecho y me abrazó.

28
COBARDE



NICO

Ni siquiera sé por qué conduje hasta su casa y la llamé. Quería decírselo, lo juro. Pero un miedo atroz se apoderó de mí y me quedé sin fuerzas para revelarle quién era de verdad. Un miserable. Alguien que no la merecía. No entiendo qué fuerza me empujó a ponernos en esa tesitura. Si no iba a contarle lo que estaba haciendo a su espalda, ¿por qué fui hasta ella? Porque la necesitaba, así de sencillo, así de complicado. Necesitaba que me dijera que seguía confiando en mí, que lo superaríamos todo, que me esperaría y que todo se arreglaría. Pero ella no tenía por qué hacerlo, después de tres años de heridas abiertas, no tenía derecho a pedirle más de lo que me daba. ¡Por dios! ¡Aquel accidente casi la deja sorda! ¿Dónde había estado yo todo este tiempo?

Huyendo como un indeseable.

Viviendo mi vida, sin olvidarme de ella.

Viviendo mi vida, tratando de ser feliz sin conseguirlo.

Viviendo mi vida...

No. No vivía la mía, sino la de otra persona diferente. Yo quería vivir en colores, no en blancos, grises y negros. Yo quería vivir entre naranjas, rosas y morados. Yo quería vivir y vivirla a ella. Yo quería tantas cosas que no era capaz ni de luchar por la primera.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó Javier, en la puerta de su casa.

—¿Tienes cervezas?

La abrió del todo y entré.

Me tiró una cuando la sacó del frigorífico y la cogí al vuelo.

Estaba fría. Justo lo que necesitaba.

—Estoy llegando al límite. No puedo más. —Le di un trago largo.

—No me extraña.

—¿Y qué hago?

—¿De verdad me lo preguntas?

Bufé y suspiré.

Me terminé la lata y le pedí otra.

—Emborracharse no es la solución.

—Ya... —La abrí y me la bebí.

Mi amigo sonrió y me dio otra más. Cogió la caja de seis y me indicó que lo acompañara al balcón.

—No pienso dejar que te emborraches solo —dijo, cuando lo miré con una sonrisilla.

—Eres un buen amigo. —Levanté la cerveza en su dirección.

—El mejor. —Él las chocó—. Cuéntame qué ha ocurrido.

—Venía de una reunión. Estaba agobiado. Lo de mi padre me tiene...

—Es normal... —Me dio un golpecito en el hombro.

—No sé por qué he ido a su casa dispuesto a ser sincero, pero cuando la he tenido delante... No he podido decírselo. No he podido. Soy un jodido impresentable. Soy una mala persona.

—No lo eres. Solo tienes miedo a perderla.

—Supongo, pero eso no me justifica.

—No. No lo hace.

—La voy a perder. —Me toqué el tabique de la nariz.

—Siento decírtelo, pero sí.

—Intento hacer las cosas bien, pero todo me sale mal.

—Tienes que ser sincero.

—Lo he intentado.

—Tienes que ser sincero con las dos. No hay otra solución.

—No puedo hacerles eso. Son importantes para mí.

—¿Y cuál de las dos es más importante?

No tenía dudas para responder a esa pregunta, sin embargo, no era la adecuada. Prefería preguntarme si había alguna forma de resolver la situación sin romper a nadie.

¿La había?

Probablemente no, pero me di cuenta demasiado tarde.

Traté de hablar con Itxel durante los siguientes días, pero ella no me dejaba acercarme. En el trabajo me rehuía. En la universidad aprovechó el hecho de que casi todas las clases las dio el señor Torres y, cuando las impartía yo, ella salía corriendo del aula la primera para que no pudiera pedirle que se

quedara. Lo hice una vez delante de todos, cansado de que saliera huyendo, pero se disculpó con la excusa de que tenía una cita médica y no podía entretenerse.

Odiaba que Cristian estuviera más cerca que yo de ella. Odiaba que le sonriera, odiaba a todos los alumnos porque tenían acceso a Itxel.

Esa tarde entré en la biblioteca para recoger unos libros que había encargado. Le pedí a la bibliotecaria que los buscara y me informó que debía subir a la segunda planta, me dio una llave y me indicó el número de archivo en el que los había guardado.

Caminé por un pasillo rodeado de estanterías con libros y salí a una sala en la que algunos estudiantes intentaban recuperar las horas perdidas en verano, o debería decir ganadas, porque los momentos disfrutados a esa edad, suman, nunca restan.

Y la vi. Vi a Itxel. Estaba sentada entre Cristian y Marisa. Hablaba con el primero entre susurros y sonreían. Casi me da un puto infarto al tener que observar como mero espectador cómo él le agarraba un mechón de pelo y se lo metía detrás de la oreja. Estaba preciosa. Llevaba un vestido amarillo que resaltaba el moreno veraniego que aún no había perdido. Me alegré de verla feliz, o al menos eso era lo que aparentaba.

Sacudí la cabeza y me dirigí al archivo. Cogí los libros y me marché.

Salí del edificio cabreado. No con ella. Sino conmigo. Porque si me hubiese propuesto hacer peor las cosas, no lo hubiera conseguido. Estaba harto de mí y de mis indecisiones.

Tardé en tomar una decisión, pero esa tarde, justo a las siete y dos minutos, me armé de valor y me dije que tenía que hacer algo. No podía dejar que mi vida fluyera en el camino equivocado. Y lo era. Seguro que lo era. Porque cuando pensaba en ese posible futuro, lo hacía sin atardeceres naranjas, sin ciudades mágicas, sin dos almas gemelas.

Llamé a Javier. Necesitaba hablar con un amigo. Necesitaba que un ser querido me ayudara a luchar esta batalla. Itxel llevaba razón. Siempre la llevaba.

—Voy a hablar con ella. No se merece esto.

—Me alegra que hayas tomado la decisión.

—¿Me estoy equivocando?

—No puedo decírtelo, pero si te equivocas, estaré aquí, amigo.

—Quiero a Ma.

—Lo sé.

—Es difícil ser sincero cuando sabes que todo va a cambiar.
—A veces, las cosas que más cuestan conseguir, son las que más felices nos harán.
—¿Crees en los finales felices?
—Creo en la lucha diaria.
—Pero si no has tenido novia en tu vida. —Reí con tristeza.
—Pero adoro a mi perro. Aunque cague como un elefante.
Tuve que soltar una risotada.
—Gracias, amigo.
—No es nada. ¿Cuándo habéis quedado?
—Esta noche. No sabe nada.
—Supongo.
—Deséame suerte.
—Los valientes no la necesitan.
¿Valiente? Llevaba engañando a todos más de dos meses. Era el ser más miserable que había conocido, un cobarde, un gallina.
Me daba asco a mí mismo.
—Ahora te dejo. Estoy viendo el fútbol.
—Que Dios me perdone por interrumpir eso.

LUCES TENUES



Me refugié en los estudios. Después de todo lo que había pasado, tenía que seguir adelante. Tenía que ser capaz de ignorar a Nicolás mientras estaba en clase y en el trabajo. Y las horas que restaban las pasaba con amigos y seres queridos. Me dediqué a estudiar y a pasarlo bien. Redistribuí mi tiempo al milímetro para no pensar en él ni un solo segundo. No lo conseguí del todo, porque me era imposible dejar de oler su piel. La olía en los libros, en la cafetería, entre las sábanas, entre las palabras, entre «los estoy bien» y los «lo superaré» que le decía a Mar de forma sistemática cuando me preguntaba después de contarle lo que había pasado.

Todo era él porque él lo era todo.

—Estás muy guapa de amarillo —me dijo Cristian mientras tratábamos de estudiar bajo el aire acondicionado de la segunda planta de la biblioteca.

—Gracias. A ti te queda bien el azul.

—Lo sé.

—Eres un creído.

Le di un golpe en el pecho y reímos.

—Shhh. —Marisa nos mandó callar.

—Lo siento —me disculpé.

—¿De qué habláis?

—Cristian no tiene ganas de estudiar y pretende que yo no lo haga.

—Yo tampoco tengo ganas. —Marisa arrugó la nariz—. Estoy harta. El señor De la Vega se está pasando con las prácticas.

—Sí... —Llevé mis ojos hasta los apuntes.

—¿No creéis que le pasa algo? A ese le ha dejado la novia.

—O no folla —apuntó Cristian.

—O las dos cosas —reliqué yo sin pensarlo.

—Shhh. —Ahora fue una chica de al lado la que nos pidió que no hiciéramos ruido.

—¿Nos vamos? Hoy no trabajo. Podemos tomar algo.

—Yo he quedado con Mar, pero... —Miré la hora—. Aún queda un rato.

Recogimos los apuntes y nos marchamos. Subimos al coche de Cristian y nos dirigimos a un bar cercano. Estaba lleno de jóvenes viendo un partido de fútbol. Gritaban y jaleaban pasados de tuerca.

—Estos nos llevan ventajas con las cervezas —comentó Marisa.

—Eso lo arreglo yo ahora mismo. —Cristian se levantó y se acercó a la barra.

—Hay mucho alboroto. —Me toqué la oreja.

—¿Te molesta?

—No, no. Estoy bien.

—¿De verdad?

—Claro.

—No me refiero a ahora mismo. Te veo... apagada.

—Estoy cansada. Las prácticas, las clases, el proyecto... —Inventé. Todo lo que acababa de enumerar se resumía en Nico.

Nico.

Nicolás.

El señor De la Vega.

—Litros de cervezas para las princesas. —Cristian dejó tres jarras sobre la mesa.

—Yo también estoy harta de todo. Necesito un cambio. —Se quejó mi amiga— ¿Qué vais a hacer cuando termine el máster?

—Trabajar con mi padre, o, al menos es lo que se espera que haga.

—¿Y tú quieres hacerlo? —me interesé.

—Yo solo quiero ganar dinero para vivir bien. —Se encogió de hombros.

—Vaya. Un sentimentalista —bromeé.

—La pela es la pela.

Reímos.

—¿Qué harás tú? —Chocó su jarra con la mía.

—Viajar. Necesito alejarme de todo esto.

—¿Adónde? —interrogó Marisa, ilusionada.

—Una de mis mejores amigas está viajando por América. Vamos a ir a verla. Aún no sabemos dónde estará.

—Una bohemia. —Suspiró.

—En realidad no, pero algo cambió este último año y... No sé. Se dio cuenta de lo que realmente quería hacer. ¿Y tú? —Miré a Marisa.

—Buscar trabajo de arquitecta. Como la mayoría.

—Seguro que encontrarás algo pronto. Eres muy buena.

Brindamos por el futuro y le envié un mensaje a Mar con la ubicación exacta de dónde me encontraba. Tardó en contestarme, pero finalmente me informó de que me esperaba en otro sitio y que nos veíamos allí a las diez. Ya me estaba imaginando su plan: ver cómo se comía una hamburguesa mugrienta mientras yo masticaba patatas y cebollas en un lugar que no estaba preparado para las personas que nos erigíamos vegetarianas.

La llamé sentada en la parte trasera del autobús.

—Mar, voy a llegar un poco tarde. Me he entretenido —grité. Había mucho ruido.

Me tapé el oído izquierdo para poder escucharla mejor.

—No te preocupes. Yo también.

—¿Y no pensabas avisarme?

—Estaba escribiéndote un mensaje cuando me has llamado.

—Sí, ya... —Mentía, pero lo dejé pasar.

No quería discutir. Últimamente lo hacía mucho y me daba dolor de cabeza. Las cervezas que había ingerido también ayudaban a que las sienes me fueran a explotar, sin olvidar el sofoco que me daba ir en un autobús repleto de hinchas de un equipo de fútbol que acababa de ganar un partido.

—Te lo juro. —Prometió con los dedos cruzados. No podía verla, pero la conocía muy bien.

Pulsé el botón de parada y esperé a bajarme en la siguiente. No aguantaba más las voces. Caminaría un par de manzanas.

—¿Adónde vamos?

—A escuchar música.

Me apeé del transporte público infernal.

—Lo que se traduce en escuchar al grupo de tu novio el vagabundo.

—No lo hacen mal.

—Son grillos.

—Eres cruel.

—Soy sincera.

—Escucha. Hoy tienen una audición muy importante. Tocan en un bar de copas, el Rock Palace, ¿lo conoces?

—No.

—Siempre hay representantes que buscan talentos nuevos. Es una gran oportunidad.

Me callé repetirle el hecho de que lo hacían mal.

—Espero que tengan suerte. —Lo dije de verdad. Tal vez era yo la que no entendía el tipo de música que hacían. Y eso que me gustaba el rock.

—Por eso tenemos que estar allí. Seremos su trébol de cuatro hojas.

Me dispuse a cruzar la calle, pero algo me detuvo. O debería decir alguien. Me quedé observándola.

Rubia. Muy alta. Boca y nariz pequeñas. Ojos bonitos.

Era ella.

Seguro que era Marieta.

—Xel, Xel. ¿Estás ahí?

—Sí, espera.

Rodeé un kiosco de periódicos y caminé unos pasos detrás de ella.

Algo se iluminó dentro de mí. En mi cerebro. Como una bombilla que se enciende y te da una gran idea. O tú piensas que es la mejor idea de todas las que has tenido durante los últimos meses.

—Mar, te dejo. Nos vemos en el Rock Palace.

—Llega con buena vibra. Si no los cogen, será por tu culpa.

Puse los ojos en blanco sin dejar de mover las piernas con agilidad y destreza. Desde luego, Marieta andaba muy deprisa. Claro, las suyas eran largas y esbeltas.

—Sí, sí. Hasta luego.

Colgué el teléfono y lo guardé en el bolso sin mirar. No podía perderla. Era una oportunidad fantástica para comprobar si Rubén me había mentido y no había dejado de verla.

—Se acabó, te lo prometo —me dijo, delante de dos cafés y dos trozos de tarta de chocolate una mañana unos días atrás.

—¿Y ella está de acuerdo?

—Parece que sí. No ha vuelto a llamarme.

Lo agarré de la mano y la apreté.

—El amor no es siempre así.

—Eso espero. —Sonrió con tristeza, y cambiamos el tema de los amores imposibles por uno sobre música y canciones.

Le hablé del grupo que había conocido hacía muy poco y se lo recomendé. Él había escuchado algunas de sus canciones y prometió que iríamos juntos a uno de sus conciertos.

En fin, que era el momento. El destino me la había puesto delante y me empujó a seguirla. No fueron más de quinientos metros, pero estaba agotada.

Tropecé con un puesto ambulante de pañuelos y tuve que pedir disculpas al dueño por haberlos pisoteado.

—¡Señorina! ¡Un poco de cuidado! ¡Mis hijos tienen que comer! —me gritó, con las manos levantadas y acento italiano.

—Lo siento mucho. —Me agaché, y traté de ayudarlo, pero Marieta se escapaba y no iba a tener otra oportunidad como esta.

Mierda. La pierdo.

Mucha gente paseando.

La cuerda de un perro atado a un árbol que tuve que saltar.

Varios carritos de bebé.

Algunos coches mal aparcados sobre la acera.

Gente entrando y saliendo de las tiendas.

Motos.

Bancos.

Más gente.

Farolas.

Árboles.

Gente por todos lados.

Una prueba de obstáculos, vamos. Aquello parecía la Iron Viking de Red Bull. No es que yo hubiera participado en ella, por supuesto, pero Rubén sí, y nos lo había contado.

Giró en una esquina y se introdujo en una calle mucho más estrecha, no tan transitada como la avenida que recorriamos hasta ahora. Me escondí tras una pared y esperé a ver si tenía suerte y entraba en algún sitio. Lo hizo. Corrí hasta allí y las luces de un pequeño restaurante muy bien cuidado me iluminaron la cara. Me asomé por uno de los cristales. Todo era muy pijo, minimalista y austero. Sencillo, provocador, elegante. «Un sitio al que van las chicas como ella», pensé.

No atisbaba bien el lugar desde fuera, así que me decidí a entrar y, antes de que nadie pudiera percatarse de mi presencia, me escondí detrás de un biombo de madera y tela. Aparté esta última hacia un lado y me asomé.

La vi acercarse a la barra y hablar con un camarero. Este indicó con la mano detrás de ella y supuse que le dio las gracias. Porque las chicas como ellas siempre dan las gracias.

No me pareció un lugar que Rubén frecuentara, pero las personas nos atontamos cuando nos enamoramos y Rubén estaba profundamente enamorado, así que podía haber quedado con ella en el mismísimo infierno para cenar

sobre lava ardiendo que él hubiera aceptado la propuesta.

Todo indicaba que iba a encontrarse con un chico. Su vestido, su pelo, su sonrisa, su forma de moverse... Aquello era una cita. No había lugar a dudas.

Escote provocador.

Labial sensual.

Un lugar romántico. Céntrico pero escondido.

Luces tenues.

Pronto la hora de las brujas...

Y pensé... ¿Y si ha quedado con su prometido? ¿Y si conozco a la persona con la que va a casarse? ¿Quién será ese tío que no la deja ser feliz al lado de Rubén?

Y lo vi.

A él.

A Nico.

Se levantó a recibirla, la agarró por la cintura con delicadeza y se besaron. Fue un beso corto, pero suficiente para dejarme claro qué estaba ocurriendo allí.

30

MI AMIGA



NICO

Marieta se había convertido en mi mejor amiga durante los tres últimos años. Conectamos de una manera muy especial, pero no de la forma en la que piensas. No nos enamoramos locamente, aunque aprendimos a querernos y a cuidarnos porque eso era lo que los dos necesitábamos. Así de simple es el amor a veces. Sin complicaciones, al menos, al principio. Ma se convirtió en mi apoyo incondicional, y yo en el de ella. Pocas personas nos entendían, y nosotros nos sentíamos perdidos, dos lobos solitarios en un mundo de animales domesticados. Ella se hizo cargo de mí y de mis recuerdos. Ni siquiera me pidió explicaciones. Ni siquiera quiso saber más de lo que yo le había contado.

—Era mi alma gemela —le confesé, sentados en el suelo de la biblioteca, una de las tantas tardes que me venía abajo y no podía ni respirar.

Siempre que sucedía, corría al fondo, me escondía en una esquina y trataba de no ahogarme. Ella me seguía y me animaba a que me centrara en las cosas bonitas. Y... Itxel era toda bonita, todo era bonito, todos los momentos lo fueron; así que me ahogaba más porque había perdido al gran amor de mi vida y nunca volvería a recuperarlo.

—Si era tu alma gemela, siempre estará a tu lado.

—¿Por qué?

—Porque las almas gemelas siempre vuelan juntas. Nada ni nadie las separa.

Ma quería ayudarme, y lo hizo. Encontró la manera de mantenerme a flote, y sé que ella se agarró a la balsa en la que me convertí para poder nadar con más facilidad en el mar bravío que se había convertido también su vida.

Conectamos.

Conectamos como un barco a la deriva y un faro en la lejanía.

Como una mirada furtiva cazada por quien la busca.

Éramos dos almas heridas buscando sanación.

El cobijo del otro bajo una tormenta que no tenía final.

Ella caminaba también con el corazón destrozado. Lo supe nada más verla. Su sonrisa rota, sus ojos sin luz y una mirada que escondía tantos duelos como la mía. Al principio me mantuve cerca de ella pero sin preguntarle qué había ocurrido. Los dolores del corazón no se cuentan, se dan cuando se desean, y yo esperaba que me lo diera cuando estuviera preparada. Se abrió un día cualquiera, uno que no estaba siendo demasiado malo para ninguno de los dos; y me contó que Douglas, su novio desde el primer año de instituto, había fallecido unos meses antes de un tumor cerebral. ¡Cómo la entendí! Perdida, confundida, le temblaba la voz, como enfrentándose a un monstruo del que llevaba desde entonces huyendo. Le agarré la mano y la llevé hasta mi pecho. Quería que escuchara el latido de mi corazón.

—¿Ves? Sigue latiendo. Y el tuyo también. —Lo palpé y la obligué a que lo hiciera—. No estamos muertos.

Ma decía que ella murió aquella tarde con él y, aunque yo sentía exactamente lo mismo, luché para no hundirnos en el manantial de lodo en el que nos estábamos metiendo cada vez que nos acercábamos a beber.

Tuve que ayudarla a seguir a flote y eso me ayudó a mí.

Ella tuvo que ayudarme a no ahogarme y eso la ayudó a ella.

La conexión perfecta.

Creo que fue ese momento y esa confesión la que nos unió de esa manera tan especial de la que hablo. Ambos teníamos que curarnos, y buscamos la sanación en otro corazón herido. Fue el destino. El mismo que me presentó a Itxel, me la puso en el camino, me dejó disfrutarla durante unos meses y después me la arrebató. Con mi ayuda, por supuesto. Fui yo el que la empujó a estrellarse contra un coche.

Y por eso, porque Ma y yo creímos que el destino nos había unido por alguna razón que desconocíamos, que debíamos intentarlo hasta caer desfallecidos. Y lo intentamos. Dios si lo intentamos. Llevábamos intentándolo desde entonces. Pero no estábamos enamorados aunque nos queríamos con locura. Marieta decía que sí, que era otra forma de estar enamorados, pero yo sabía que solo quería que fuese así, sin embargo, eso no convertía nuestro amor en esos que se apellidan «para siempre». Le pedí en varias ocasiones que me dejara, que podíamos ser solo amigos, los mejores, porque jamás podría alejarme de ella, pero Ma se negaba en rotundo a dejarme solo, como

ella decía. Como si no supiera cuidarme. Siempre lo había hecho, y ahora... Ahora dirigía un estudio de arquitectura con el que nunca me había sentido identificado.

Desde que volví a Madrid nada había sido igual. Mi padre comenzó a enfermar. Fue muy duro aceptar que padecía alzhéimer. Hemos tenido muchos problemas y nunca nos hemos llevado bien, pero mentiría si digo que ese descubrimiento no me hizo añicos. Recuerdo que mi madre me llamó un lunes para darme la noticia. Me sentí muy mal porque yo ni siquiera me había dado cuenta de que pasaba algo. Mi relación con ellos, sobre todo con él, era casi inexistente y no pude notar las ausencias de la mente de mi padre. ¿Cómo iba a seguir enfadado con él si ni siquiera recordaba lo que había pasado? Algunas veces parecía que tenía visos de conciencia, pero duraban muy poco tiempo, minutos escasos. Era como si su mente deseara olvidar todo lo que nos hacía daño. A él y a mí sobre todo. Eso me hizo pensar que quizás estaba arrepentido de cómo me había tratado y su subconsciente estaba jugando a su favor dentro de todo lo malo. No lo sé. Porque después se acordaba de muchas otras cosas, incluso seguía preparado para trabajar en la empresa. Solo me cuidaba de no dejarlo solo y que su chófer lo acompañara a todas partes.

Marieta también me ayudó con esto, a comprender lo que ocurría, a mantener la calma, a tener paciencia y a... perdonar. Le debía tanto que hasta pensaba que tal vez yo no estaría aquí si no hubiese sido por ella. Había tardes que cogía la moto y aceleraba hasta que mi mente me gritaba que ya bastaba. Me daba miedo a mí mismo y de lo que era capaz de hacer.

Por todo, me estaba siendo muy difícil hablar con Ma esta vez. Le había dicho tantas veces que tal vez deberíamos separarnos un poco y tratar de hacer nuestras vidas y ella se había negado, que ahora, cuando de verdad lo necesitaba, cuando tenía que ser valiente por los dos y devolverle todas sus heroicidades, no era capaz de terminar con algo que jamás nos haría plenamente felices a ninguno de los dos.

—No voy a querer a nadie como quería a Douglas. Pero te quiero a ti. No necesito más —me dijo más de una vez.

—Ma, yo quiero que seas feliz. Feliz en mayúsculas, en grande y con luces de neón. Conmigo solo estás cómoda, te sientes a salvo —le contestaba, mientras la abrazaba.

—Y eso es lo que necesito, Nicolás. —Ella se cobijaba en mi pecho y se sentía a protegida.

Lo sé. Porque a mí también me ocurría.

Pero esto no era vida. No era una vida de verdad. No la que yo quería vivir y la que deseaba que viviera ella. Marieta se convirtió en mi mejor amiga y se merecía mucho más que cuidar de nuestros corazones rotos.

Desde hacía unos meses la notaba rara, más ausente, como si algo le rondara la cabeza. Le preguntaba qué sucedía, pero siempre me contestaba que nada, que eran cosas mías, que solo estaba nerviosa por la boda.

—Podemos anularla —le propuse una vez, antes de que Itxel volviera a irrumpir en mi vida.

Ella miraba por la ventana y me daba la impresión de que había llorado. Y me parecieron lágrimas de amor. Hasta olían a duelo. Me imaginé que el recuerdo de Douglas la había visitado y lo dejé pasar.

—¿No quieres casarte conmigo? —musitó, débil.

—Claro que sí. Prometo estar siempre a tu lado. Siempre que tú quieras.

Fue una promesa de amistad que le hice con las manos agarradas y mirándola a los ojos. Y ahora... Ahora estaba a punto de romperla. Lo cierto es que llevaba intentando hablar con ella más de dos meses, desde que vi a Itxel y supe que todo mi corazón era para ella, solo cabía ella, respiraba por ella y latía por ella. Pero nunca encontraba el momento. Cada vez que me decidía a ser sincero, ocurría una desgracia y Marieta necesitaba mi compañía más que nunca. El aniversario del fallecimiento de Douglas. La separación de sus padres a semanas de la boda. ¡La boda! Sabía que tenía que detenerlo lo antes posible, sin embargo, todo se volvía en mi contra.

Esa mañana desperté como despertaba desde hacía unos días: cansado, derrotado y sin fuerzas. No sabía cómo solucionar el problema. Y no era un problema cualquiera. Se trataba de mi vida y de la de dos personas a las que quería con locura. Y necesitaba una solución con urgencia. Estaba volviéndome loco. No podía seguir así. Iba a terminar por estallarme la cabeza.

No sé si fue la luz del sol que se apagaba, el verla sonreír a Cristian, su precioso vestido amarillo, comprobar que hacía su vida sin incluirme en ella, recordar lo que sería la mía sin tenerla... No puedo concretar qué me llevó a llamar a Marieta. Quizás la corta conversación con Javier me ayudó a hacerlo. No me dijo nada importante, pero a veces las conversaciones más banales nos llevan a tomar las decisiones más trascendentales. Mi amigo siempre me había dicho que era un valiente, un superviviente, y yo no lo

estaba demostrando.

Cogí el teléfono y marqué su número.

—Hola, Davidson. —Así me llamaba mi mejor amiga.

—Hola, Ma.

—¿Habíamos quedado hoy?

—No, pero... Me gustaría hablar contigo. Es importante.

—¿Es sobre eso que llevas semanas guardando?

Me callé.

—Ma, yo...

—Te conozco mejor de lo que crees. Sé que algo te ocurre desde hace meses. Me alegro de que por fin hayas decidido contármelo.

Supongo que no se imaginaba lo que quería decirle.

¡Por Dios! Nos casábamos en pocas semanas.

Me revolví el pelo y bufé.

—Nico... —Cuando me llamó por mi nombre de pila me asusté. Nunca lo hacía—. Yo también tengo que hablar contigo.

—¿Quedamos a las diez en La Tabernita de Blas?

—Vale.

—¿Estás bien? —Me sentía mal, muy mal.

Se lo pensó antes de contestar.

—Sí. ¿Y tú?

—Nos vemos esta noche.

Llegué al bar diez minutos antes. Pedí una botella de agua fría e intenté calmar el sofoco que llevaba, pero ni metiéndome en un congelador industrial a menos treinta grados me hubiese desaparecido. Estaba agobiado, nervioso y tenía mucho miedo. Pero tenía que hacerlo. Iba a hacerlo.

La vi entrar en el restaurante con su preciosa sonrisa iluminando su rostro, sin embargo, algo en sus ojos la martirizaba. Y me asusté pensando que Marieta, que había aprendido a leerme, ya sabría lo que iba a decirle.

Me levanté para recibirla. Nos abrazamos y nos besamos. Un beso como los que nos dábamos: cargados de cariño pero sin calor, sin pasión, sin esas ganas que te desgarran el alma y el corazón pidiendo más, mucho más.

Dejé mi mano sobre su cintura y, con cariño, le di un pequeño apretón.

—¿Agua? ¿No has pedido vino? —preguntó, cuando vio la botella encima de la mesa.

—Una copa de vino, por favor. —Miré hacia un lado y pedí al camarero que esperaba junto a nosotros.

Tomamos asiento uno frente al otro y... las manos me comenzaron a sudar. ¿Cómo contarle todo lo que estaba ocurriendo y todo lo que sentía si ella me preguntó si había ido a la cita de la prueba del traje de novio? No podía ni tragar.

—Sí. Me queda bien. —«Sí, me queda bien», una conversación banal si la comparaba con lo que quería hablar con ella.

—Ma... ¿Estás segura?

—¿A qué te refieres?

—A todo...

De repente, algo me arrastró hasta ella, hasta sus ojos, hasta su piel.

Y la vi.

A ella.

A Itxel.

A su vestido amarillo

Y a su corazón roto.

Dio un par de pasos hacia atrás y desapareció tras el biombo que dividía el vestíbulo del salón en el que nos encontrábamos y donde se escondía. De repente... Se escuchó un gran estruendo, un estallido de platos y cubiertos caer al suelo.

31

RESPIRÉ



Quise moverme y salir corriendo de allí, pero no podía. Algo me había clavado los pies al suelo. Traté de caminar hacia atrás e ir retirándome poco a poco, sin embargo, mis piernas no reaccionaban. Mis ojos no podían dejar de mirar la escena que sucedía delante de mí. Nico la había besado, Nico la había abrazado, y ahora... Ahora se sentaban juntos y comenzaban a hablar con complicidad. Eso me dolió. Fue como si un cuchillo de doble hoja y diez centímetros de longitud me rajara el pecho y me sacara el corazón cuando aún no había dejado de latir.

Pum, pum.

Pum, pum.

Pum, pum.

Pum, pum.

Lo escuchaba con fuerza irrumpiendo en mis oídos, invadiéndolo todo de nada. De esa nada que descubrí en La Historia Interminable, esa que arrasa con lo que se ve, con lo que se toca, con lo que se respira.

Fue esa fuerza que nos había atraído durante todos estos años, estoy segura, la que llevó sus ojos hasta los míos y los encontró. Y eso me hizo reaccionar, me dio fuerzas. Por fin, pude moverme. Lo noté en un pequeño balanceo de mis dedos. Me miré la mano, la levanté y reaccioné. Giré sobre mí misma para escapar de aquel agujero de gusano en el que me había metido y traté de escapar, pero tropecé con un camarero que llevaba una bandeja con platos encima. Todo cayó al suelo, haciendo un ruido ensordecedor, incluida yo. Apoyé las manos en el piso y traté de levantarme, pero un cristal se había clavado en uno de mis dedos y gruñí.

—Señorita, ¿está bien? —Me pareció escuchar al camarero.

Lo miraba pero no lo veía. En mi mente solo aparecía la imagen de Nico con Marieta.

Agarré el cristal por un extremo y lo arranqué. Un pequeño hilo de sangre

manchó el suelo y mi vestido. Vi la gota caer a cámara lenta y, cuando se estrelló contra la tela amarilla, mi mente protestó y me gritó que saliera cuanto antes de allí.

Me levanté, corrí los pocos tres metros hasta la puerta, la empujé, la crucé y salí a la calle. Escuchaba a Nico llamarme detrás, no muy lejos, pero no quería pararme. De mis ojos brotaban miles de lágrimas que gritaban de dolor. Me dolía el pecho, me temblaban las manos y no era capaz de pensar. Solo quería correr y alejarme. Correr lejos de él.

—¡Itxel! —escuché mucho más cerca y me asusté.

No me detuve.

Corrí por la calle estrecha y oscura, deseando salir a la avenida y esconderme.

—¡Xel! ¡Espera!

—No... Déjame... —musitaba.

Con seguridad, él no oía mis plegarias.

—¡Itxel! ¡Por favor!

—No...

Me limpié los ojos tratando de ver mejor. Estaba perdida, necesitaba una luz que me guiara y no la encontré. Los colores iban desapareciendo poco a poco.

Me agarró de un brazo y tiró de mí, poniéndome frente a él. Sus ojos chocaron con los míos, al igual que mi corazón herido.

—Itxel... —suplicó.

No pude decir nada. Solo sollozaba y sollozaba.

—Itxel... Déjame explicarte. Marieta es una amiga.

Respiré.

Respiré.

Respiré.

Y exploté.

—¿Crees que soy idiota?! —grité, jalando del brazo y soltándome.

Su corazón y su pecho palpitaban y se movían al ritmo de los míos.

—¿Crees que no sé quién es Marieta?

—¿Qué? —Arrugó el entrecejo, confundido.

—¡Sé quién es ella! ¡¡Y sé quién eres tú!! —Lo apunté con el dedo—. ¡¡Un mentiroso!! ¡¡Un jodido mentiroso que ha estado riéndose de mí!!

—¿Por qué dices eso?

—¡¡Lo sé!! ¡¡Lo sé todo!! ¿Cuánto tiempo creías que ibas a estar

engañándome? ¿Qué he sido para ti? ¡¡Dime!! ¡¿Qué coño he sido para ti?! —
Cerré los puños y le golpeé el pecho.

Me agarró por las muñecas y me sujetó.

—¿Quieres hacer el favor de calmarte?

—¡¡Suéltame!! ¡¡Sé que es tu novia!! ¡¡Sé que estáis prometidos!! ¡¡Sé que...!! —Sollocé—. Sé que... os vais a casar...

Le cambió la cara. No esperaba que yo estuviera al tanto de la situación. Parecía asustado, tanto o más que yo.

—Itxel, déjame explicarte...

—No necesito que me expliques... Yo... Está todo muy claro.

—Itxel... Por favor... —Una lágrima rodó por su mejilla.

—Suéltame...

—No... —Se negaba a dejarme ir.

—Nico, suéltame... —Pedí entre lloros.

—No me pidas que te deje. —Su otra mejilla también se mojó.

—En realidad... nunca has estado... —Gemí.

—No... No digas eso... —Sus manos cada vez hacían menos presión alrededor de mis muñecas.

—Suéltame... —Lo miré sin parpadear y le imploré.

—¿Por qué? Dime por qué debería dejarte marchar.

—Porque me dueles. —El corazón se me encogió y convulsionó.

Nico abrió los dedos con mucha lentitud, tanta que las muñecas me ardían. Fue como quitarme unos lazos de hierro fundido. Lo cierto es que el cuerpo al completo me quemaba.

Me giré cuando me soltó y di dos pasos hacia atrás, pero Nico me agarró del codo, tiró de mí hacia él, esta vez con mucho más ímpetu y pegó mis labios a los suyos. Sentí su boca llenando la mía y reaccioné besándolo con pasión durante dos milésimas de segundos. A la tercera, le mordí y lo empujé.

—¡No vuelvas a acercarte a mí! ¡¿Me oyes?! ¡¡No vuelvas a acercarte a mí!! —Grité con todas mis fuerzas.

Ahora sí corrí. Ví las luces de la avenida a unos metros de donde me encontraba y fui a salir del callejón a grandes zancadas. Me negaba a mirar atrás, aunque seguía escuchando a Nico llamarme y seguirme a gran velocidad.

¿Por qué lo hacía?

¿Por qué seguía insistiendo?

Llegué a la avenida principal, tropecé con una persona y me disculpé. Atisé a Nico demasiado cerca, así que seguí mi camino para escapar de él.

Había mucha gente a ambos lados de la acera, por ello, me lancé a cruzar los cuatro carriles para coches. Miré a izquierda y a derecha en milésimas de segundos, no venía nadie y corrí. Me detuve en seco justo en medio de la calzada al cruzarse una moto a gran velocidad.

No vi la luz hasta que no la tuve pegada a mí.

Giré la cabeza con rapidez y me asusté.

Un camión enorme estaba a punto de chocar contra mi cuerpo.

Crucé los brazos delante de la cara y me agaché unos milímetros, tratando de protegerme de la carrocería y de la fuerza con la que iba a atropellarme.

—¡¡Itxel!! ¡¡No!!

Algo o alguien me empujó con mucha fuerza, me sacó de la trayectoria del vehículo y caí en otro carril.

Estaba confusa. Me dolía la espalda, las piernas y los oídos. No escuchaba nada, solo un pitido ensordecedor que me mareó y tuve que cerrar los ojos. Me toqué el oído. Había perdido el audífono, pero eso era lo de menos. Podía escuchar, como si estuvieran muy lejos, los coches frenar y las bocinas sonar constantemente. No se callaban. No se detenían.

Me levanté dando tumbos y miré a mi alrededor. Todo era un caos. La gente me preguntaba si estaba bien y yo asentía con la cabeza mientras buscaba una explicación a por qué no había sido arrollada por el camión.

Y de pronto... Lo vi. Allí estaba Nico. Rodeado de varias personas. Tirado sobre el asfalto. Desmadejado. Envuelto en sangre. Dejándose la vida por mí...

Me arrodillé a su lado, me tiré sobre su pecho y lloré.

Le pedí que no me dejara. Que no se fuera sin mí.

—Ya está aquí la ambulancia —dijo alguien a mi lado.

—¡¡Nicolás!! —gritó Marieta a mi lado— ¡¡Davidson!! ¡¡Davidson!!

Levanté el cuello unos milímetros, la miré y... me desmayé.

Pi, pi, pi.

Pi, pi, pi.

Pi, pi, pi.

Pi, pi, pi.

Parpadeé.

Traté de abrir los ojos, pero una luz muy clara me cegó y tuve que volver a cerrarlos. Solo escuchaba un pitido muy fino. Muy despacio,

despegué los párpados y volví a intentarlo. Todo era blanco, muy blanco. ¿Había muerto? Nunca había visto un lugar tan blanco e impoluto y tan vacío.

Poco a poco, mis pupilas fueron acostumbrándose a la luz y pude observar con más claridad lo que había delante de mí. Una pared blanca, una puerta blanca, una ventana con cristal y tras la que se extendía un pasillo también blanco. Agaché el mentón y lo pegué al pecho. Una cama con sábanas blancas, mis manos, mis brazos con una vía en cada uno de ellos. Giré muy despacio el cuello y gruñí.

—Arggg. —Me dolió al moverlo.

Mi hermana y su ropa eran lo único que le daban un poco de color a aquel lugar que no olía a nada. Estaba dormida en un sillón junto a mí. Tenía el teléfono móvil en una mano y una botella de agua en la otra. Alargué el brazo para alcanzar la botella, pero la máquina que tenía al otro lado comenzó a pitar con urgencia.

Mar se despertó y me encontró con cara de susto.

—Itxel. Estás bien... —Se levantó.

—¿Qué ha pasado?

Dos personas con bata blanca entraron en la habitación. Una de ellas prestó atención a la máquina que hacía ruido y la otra a mí. Me puso una luz sobre los ojos y eso... Activó mi consciencia.

Marieta.

Bar.

Nico.

Beso.

Vestido amarillo.

Sangre.

Corro.

Me detiene.

Me duele.

Corro.

Moto.

Luz.

Carretera.

Camión.

Me empujan.

Salgo despedida.

Nico.

Nico sobre la calzada.

Nico ensangrentado...

—¡No! —grité—. ¡¡No!! ¡¿Dónde está Nico?! ¡¿Qué le ha pasado a Nico?!

Agarré los cables que iban hasta mis brazos y tiré. Solo deseaba salir de allí y buscar a Nico.

—¡Xel, tranquilízate! —me pidió Mar.

—¡No! ¿Qué le ha pasado a Nico? ¿Nico está bien?

Nadie decía nada.

Una enfermera llegó hasta mí y me pinchó. Intenté detenerla y uno de los doctores me agarró de los brazos para que no pudiera moverme.

Le pedí a Mar que me ayudara, pero ella se retiró al fondo y... la vi llorar. Mar estaba llorando y eso me hundió. ¿Por qué lloraba Mar? Mar nunca lloraba.

—¡¡Mar!! ¡¡Mar!! ¿Nico está bien? ¿Dónde está Nico?

Comencé a escuchar murmullos.

A ver destellos. Flases de lo que ocurrió, pero cada vez más negro. Más oscuro. Y yo quería ver en color. Quería ver en naranja. Quería ver atardecer. Y quería que Nico también lo viera.

Los ojos se me cerraban en contra de mi voluntad. Intentaba mantenerlos abiertos, pero me era imposible. Me habían drogado.

—¿Qué...? Nico, Nico, Nico... —Suspiré justo antes de desvanecerme.

Soñé con una playa inmensa de arena blanca y fina. Con dunas que dibujaban nubes en el cielo. Con aguas transparentes y olor a sal. Soñé que las olas llegaban a mis pies y los acariciaban. Que el sol se ponía en el horizonte y coloreaba mi mundo de rosas, morados y naranjas. Que olía a felicidad. Que alguien decía mi nombre detrás. Que me giraba y dos niños de corta edad me llamaban mamá. Que Nico sonreía tras ellos, caminaba hasta mí, me besaba, me abrazaba y me susurraba «te quiero». Soñé que veíamos el atardecer a los pies de nuestra casa en la playa. De esa que habíamos diseñado y construido entre los dos. Sin embargo, nada de eso ocurrió. Volví a despertar y Nico no estaba.

—Itxel, cariño. —Mi madre se acercó a mí y me abrazó—. ¿Cómo estás? ¿Estás bien?

—Yo... —¿Qué hacían allí?

—¡Hija! —Mi padre se separó de Mar y vino a darme un beso en la frente.

Me toqué el cuello y me percaté de que algo me impedía moverme con facilidad.

—Es un collarín. —Advirtió mi madre—. Parece que te pusiste muy nerviosa cuando te despertaste hace unas horas y es mejor que no muevas el cuello con brusquedad.

—Es solo por precaución —apuntó mi padre.

Busqué a Mar con la mirada y la encontré. Caminó hasta los pies de la cama, agarró la baranda y me dedicó una mirada apagada y triste.

—¿Dónde está Nico? —musité.

—Cariño, Nico... —Mi madre me agarró la mano con fuerza.

—¿Dónde está Nico?

—Nico está... —Tragó con dificultad.

—No, no, no, no. —Cerré los ojos y rogué que no hubiera muerto.

—Nico está siendo sometido a una operación muy difícil. Lleva horas en el quirófano.

Abrí los ojos y la miré.

—¿Qué? ¿Está bien?

—Tiene la columna rota. La operación... No sabemos si la superará, y si lo hace... —Calló.

—Si lo hace, ¿qué?

—Podría perder la movilidad de las piernas.

Se me cortó la respiración. Estaba vivo. Nico estaba vivo, pero podría... Unas lágrimas se me escaparon de entre los ojos, pero me las limpié, absorbí la nariz y dije que quería verlo.

—El médico ha dicho que no debes moverte. Tu cuello también está dañado.

—Quiero verlo —insistí.

—No puedes —negó mi madre.

—Papá... —le supliqué que me ayudara.

—Lo siento, cariño. —Mi padre se disculpó.

Respiré con fuerza varias veces y les pedí que me dejaran sola. Se dispusieron a salir los tres, pero detuve a Mar antes de cruzar la puerta.

—Mar, quédate.

Ella asintió con la cabeza y le pidió a nuestros padres que fueran a la cafetería a comer algo. El viaje había sido muy largo.

—Coge esa silla. —Apunté a una silla de ruedas que había en una esquina de la habitación.

—¿Qué pretendes?

—¿Tú qué crees? —Me arranqué la vía del brazo y me quité el pulsioxímetro. La máquina comenzó a pitar con más rapidez—. Date prisa.

—¿Estás loca?

—O me ayudas, o lo hago sola.

Se cruzó de brazos y levantó el mentón, negándose a ser mi cómplice.

—Como quieras —mascullé.

Me agarré al filo de la cama, me senté sobre el colchón y puse los pies en el suelo, sin embargo, cuando me levanté, caí redonda hacia atrás.

—¿Estás tonta? —Mi hermana me agarró a gran velocidad—. Vas a hacerte daño.

—Estoy mareada.

—Ya te veo.

—Mar. Si estuvieran operando al vagabundo a vida o muerte, ¿no te gustaría estar cerca de él?

—No vas a convencerme llamándolo vagabundo.

—Mar, Nico está ahí por mi culpa. ¿No lo entiendes? Él me salvó. Ese camión debería haberme atropellado a mí.

Mi hermana me miró, lo sopesó, cogió la silla de ruedas, la dejó junto a mí, me ayudó a sentarme en ella y la agarró por detrás.

—Van a matarme por haberte ayudado. Me quedaré sin moto. Me obligarán a volver a Punta Umbría, dejarán de apoyarme para seguir en Madrid. —Lloriqueaba mientras me empujaba por el pasillo—. Para ti todo es muy fácil.

—¿De verdad crees que es fácil? —La miré y achiné los ojos—. Voy en una puta silla de ruedas y no sé si Nico saldrá vivo de esta.

—Vale, llevas razón. Lo siento.

—Pues deja de quejarte. —Me enfadé, con ella, con el mundo, con Nico por haberse puesto en peligro por mí y... conmigo por ser tan rematadamente idiota—. Por allí —le indiqué que girara a la izquierda, tras leer la palabra «quirófano» en un cartel.

Hacía más de tres años que no veía a la hermana de Nico, pero la reconocí al instante. Hablaba con su madre bajo susurros junto a una gran ventana que daba a la calle. Mar nos detuvo a unos metros y esperó a que yo le indicara

qué hacer, pero estaba perdida.

Celeste se acercó a mí cuando se dio cuenta de mi presencia.

—Hola, Itxel. ¿Estás bien?

—Sí... ¿Cómo...? ¿Cómo está Nico?

Agachó la cabeza, tragó y volvió a centrarse en mí.

—Aún no sabemos nada. El médico no ha salido.

—Celeste, yo... Lo siento. Siento mucho lo que ha pasado.

—Tú no tienes la culpa. —Se agachó y se puso a mi altura. Me agarró de las manos e hizo una mueca que me llenó de tristeza.

—Sí que la tengo. Él estaba allí por mí. Corría detrás de mí.

—Eso no es nuevo, Itxel. Ni es por tu culpa. Lleva corriendo detrás de ti todo este tiempo...

—Pero... —Comencé a llorar.

—Tú también corres tras él sin saberlo.

—Yo no quería que esto pasara. Nico es muy importante para mí.

—Lo sé, cariño. Lo sé. Tú también lo eres para él.

Las puertas se abrieron haciendo un ruido seco y todos miramos en esa dirección.

Un señor con gafas, bata blanca y gorro de colores caminaba a paso muy lento hacia nosotros, o eso me pareció a mí, recorrió unos metros en una eternidad.

—Doctor... —susurró Celeste, en un suspiro, al incorporarse.

De nuevo...

El tiempo se detuvo.

Las motas de polvo flotaban a mi alrededor.

Las hojas de unas macetas se movían muy despacio...

LA ESPERA



—Todo ha salido como esperábamos, pero tenemos que ver cómo evoluciona para valorar los daños y, de todas formas, tendrá que asistir a rehabilitación durante meses.

Juro que si no caí desmayada al suelo fue porque estaba sentada en una silla de ruedas. Tuve que agarrarme a los reposabrazos y apretar con fuerza para sentir un poco de estabilidad, porque todo el pasillo daba vueltas, convirtiéndose en un agujero de gusano. Me mordí los carrillos y cerré los ojos para tratar de tranquilizarme. Cuando los abrí todo se había detenido, las paredes no se movían y el suelo quedaba fijo bajo mis pies.

¿Qué significaba eso? ¿Nico iba a ponerse bien?

—¿Cuándo podremos verlo? —preguntó su madre.

—Aún estará unas horas en recuperación. Una enfermera les avisará cuando despierte.

—Gracias, doctor.

—Xel, será mejor que te lleve a tu habitación. —Mi hermana me empujó la silla y la detuve.

—No. No pienso moverme de aquí hasta que lo vea.

—Pero mamá y papá volverán pronto.

—Me da igual.

—No es bueno para ti estar aquí. Necesitas descansar.

—Necesito estar cerca de Nico.

—¿Por qué eres tan cabezota? —cruzó los brazos.

—Tu hermana lleva razón. —Celeste se acercó con una sonrisa indulgente —. Deberías descansar un rato.

Arrugué los labios.

—Itxel, cariño. No te preocupes. En cuanto sepamos algo o podamos entrar a verlo, voy a buscarte.

Me lo pensé durante varios segundos.

Lo cierto era que estaba mareada y me dolía todo el cuerpo. Allí no hacía nada, lo mismo que en mi cama, pero en ella podría descansar y estar tumbada.

—¿Lo prometes?

Asintió y sonrió con dulzura.

—Serás la primera en entrar a verlo. Después de ella. —Señaló a su madre con un golpecito de cabeza.

Sonreímos.

—Está bien.

Mi hermana empujó la silla. Marieta llevaba todo ese tiempo con la espalda apoyada en una pared, en silencio, sin querer irrumpir una situación que también le afectaba a ella. Pasamos por su lado y nuestros ojos se quedaron fijos los unos en los otros. Ninguna dijimos nada, solo nos miramos hasta que me alejé y desaparecí en el pasillo. No la conocía, pero ya la odiaba. Y no solo porque iba a casarse con el chico al que yo amaba, eso era lo de menos. Ella no tenía la culpa de que Nico me hubiera mentido y se hubiera estado riendo de mí. Pero sí la tenía de mentir a Rubén, de partirle el corazón y estar con él mientras estaba con otro. Eso sí, tenía que reconocer a Marieta que ella había sido sincera y le había contado lo de la boda. Entonces, ¿a quién estaba engañando? ¿Mentía a Nico? Oh, Dios, se le va a romper el corazón cuando se entere de que la chica con la que va a casarse está acostándose con otro.

—¿Dónde estabais? —Mi padre nos recibió en la puerta de mi habitación con los brazos en jarra—. Vuestra madre está muy preocupada.

—Hemos ido a pasear. Estaba agobiada —expliqué.

—Itxel, soy tu padre y no soy tonto. ¿Cómo has podido quitarte esto? —Cogió la vía y la levantó.

—Tirando —zanjé, seria.

—No me hace gracia. Podías haberte hecho daño.

—Estoy bien.

Mar me ayudó a subirme a la cama.

Apoyé la cabeza en la almohada y cerré los ojos.

—A mí no me mires. Me ha amenazado con matarme mientras duermo —contestó mi hermana a la mirada incisiva de mi padre.

—Tu madre sí que va a matarnos a los tres cuando vuelva.

—Que no grite. Me duele la cabeza —imploré.

No sé cuánto estuve con los ojos cerrados, supongo que me quedé dormida, porque cuando volví a abrirlos había anochecido. Me incorporé nerviosa y demasiado deprisa.

—¿Dónde está Nico? ¿Qué ha pasado?

—Aún está en recuperación —me informó mi madre.

—Tengo que ir. —Traté de levantarme de nuevo.

—No puedes, hija.

—¡Dejad de decir que no puedo! ¡Claro que puedo! —Me levanté, me tambaleé y mi padre me cazó al vuelo y, sin repetírselo, me dejó en la silla de ruedas y le dijo a mi madre que él me acompañaba.

—Voy con vosotros —declaró Mar.

Olía diferente. No sé. Como a soledad. Casi no se escuchaba ningún ruido mientras cruzábamos los pasillos. Solo las ruedas de mi silla girar. Ni el viento se paseaba por esa parte del hospital. Vi las flores de antes inmóviles y, tras ella, sentadas en una silla, la hermana y la madre de Nicolás hablaban con Marieta.

—Hola... ¿Se sabe algo?

Celeste negó con la cabeza.

—Tenemos que esperar. ¿Tú estás bien?

—Sí.

—Voy a por un café. ¿Alguien necesita algo? —preguntó Mar.

—Te acompaño. Así camino un poco. —Fátima se levantó y se alejó hasta la máquina de *vending* con mi hermana.

Me pareció extraño, pero todo lo era. Tenía a un metro a Marieta y aunque no hablábamos, tampoco nos ignorábamos. La traté como una persona más que me encontraba en el hospital.

—Papá, puedes irte. Es mejor que mamá no esté sola.

—Me gustaría quedarme contigo, pero llevas razón. Debe estar muy nerviosa.

—No se preocupe, yo cuidaré de ella. —Se ofreció Celeste.

—Está bien. No te levantes de la silla —me advirtió.

Me dio un beso en la frente y se marchó.

—¿Quedará mucho? —me interesé.

—Por lo que nos dijeron... —Miró el reloj—. No más de media hora.

Resoplé.

—Saldrá bien. Estoy segura. —Me agarró de la rodilla y la apretó.

Un teléfono comenzó a sonar. Ella lo cogió del bolso, miró la pantalla y

arrugó la nariz.

—Tengo que cogerlo. Es mi padre. Debe estar muy preocupado. —Se alejó unos pasos.

Me quedé sola con Marieta. Solo tardó dos segundos en sentarse en la silla que estaba más cercana a mí.

—Sé quién eres —manifestó.

En un principio no dije nada.

—Solo quiero decirte que... lo entiendo.

¿Sí? Pues que me lo explicara.

—No quiero hablar contigo —respondí, bastante cortante.

—Soy yo la que debería estar enfadada.

—¿Tú? —Quise gritarle que sabía lo de Rubén, pero me mordí la lengua y hasta sangré.

—Sé que Nico y tú os habéis estado viendo. —Su tono no era de reproche, más bien de comprensión—. Aún te quiere. Lo sé.

Suspiré.

—Esto también ha sido una sorpresa para mí. Ni siquiera sabía que existías —aclaré.

—Lo nuestro no es como piensas.

Abrí los ojos y la miré.

—¿Te ha mentido y vas a defenderlo? Nos ha mentido a las dos.

—Nico ha estado muy perdido. Y... Puede que seas lo que necesita.

—Va a casarse contigo.

Un silencio sobrevoló la sala.

—Nico me quiere, pero no está enamorado de mí —habló segura y sin remilgos.

—El amor no es lo más importante.

—Lo sé.

—A nosotros casi nos mata —susurré, mirándome las manos y sintiendo el collarín apretarme el cuello.

Pero no era solo eso lo que tenía presionado. El corazón y el alma se movían entre dos centímetros estrechos, tratando de volar sin conseguirlo porque no podían abrir las alas.

—Merece ser feliz —dijo.

—Todos lo merecemos.

Celeste y Fátima se detuvieron delante de nosotras. Mar tomó asiento a mi lado.

—Era papá. Está muy nervioso —le informó su hija.

—No le habrás dicho lo que está ocurriendo.

—No, no. Cree que estás en casa cuidando de la niña.

—Esto le puede afectar demasiado.

—Habrá que hablar con él y contárselo con mucho tacto.

—No lo sé...

—Mamá, Nico va a tardar en recuperarse. No va a poder trabajar durante algún tiempo. Alguien tiene que encargarse del estudio.

—Lo harás tú.

—Yo estoy muy ocupada.

—Pues ya me dirás. También es tu responsabilidad. Le debes eso a tu padre.

—Está bien. Lo pensaré. —Se masajeó las sientes y bufó—. Ahora vuelvo, voy a llamar a Leandro. Quiero hablar con Marta.

Miré hacia un lado y lo vi. Como si lo hubiese olido. Y Marieta... También lo vio. Noté cómo se le tensaba todo el cuerpo.

—¡Rubén! —grité de alegría.

Llegó hasta mí y me abrazó.

Me preguntó cómo estaba y me dio un beso en la mejilla.

—Estoy bien.

—¿Cómo está Nico?

—Aún no lo hemos podido ver.

Se despegó unos centímetros y sus ojos se encontraron con los de Marieta. Todo a nuestro alrededor comenzó a pesar. El aire podía cortarse con un cuchillo, o eso sentí yo. Supongo que nadie de nuestro alrededor pudo darse cuenta de lo que allí se estaba cocinando a fuego lento.

—Invítame a un café. —Le di un toque en el brazo y llamé su atención.

Estiró una sonrisa que no le llegó a los ojos y me dio un pequeño apretón.

Justo cuando nos alejábamos, salió una enfermera de la puerta de los quirófanos.

Le pedí que nos detuviéramos y me llevó hasta ella, junto a toda la familia que se acercó.

—¿Familiares de Nicolás De la Vega?

—Sí.

—Acaba de despertar. Está un poco mareado, pero puede entrar una persona a verlo.

Fátima dio un paso hacia delante.

—Acompáñeme, por favor.

—Pero... ¿Está bien? —Me salió del corazón.

La enfermera asintió con la cabeza.

—El doctor les informará de todo en unos minutos.

Desaparecieron dentro.

El mutismo fue general.

Los siguientes minutos parecieron convertirse en horas. Una eternidad. El médico que lo había operado se presentó ya sin gorro y con una bata de un color más oscuro y nos avisó de que bajo ningún concepto Nico podía moverse y no debía alterarse.

—Si todo sigue igual, en unas horas lo pasaremos a planta. Mientras tanto, solo podrá estar dentro una persona.

Esperé.

Esperé.

Y esperé a que su madre saliera y contara algo más, pero tardó más de una hora. Charlé con Celeste, y ambas intentamos relajarnos tras el gran susto que nos habíamos llevado con el fatídico accidente. ¿Accidente? Puede... Pero que yo ocasioné, otra vez. Debía estar escrito en mi destino. Tal vez este quería decirme que mi amor con Nico no debía llevarse a cabo.

Javier llegó poco después, abrazó a Marieta y esta se rompió sobre sus hombros. Fue la primera vez que la vi llorar desde que estábamos allí. Observé a Rubén apoyado sobre la pared, henchido de dolor por no poder ser él su paño de lágrimas, su amigo, su otro yo.

Mar tiraba una moneda al aire y la cogía.

Celeste daba toquecitos en la silla de hierro con las uñas.

Yo me rascaba el cuello una y otra vez, agobiada, angustiada.

Así pasamos los minutos más largo de nuestra vida.

Fátima salió derrotada. Se me partió el alma al verla descomponerse de esa manera tan visceral. No creí que fuera así, pero cuando ves a un hijo en esas condiciones, supongo que no puedes evitar desmoronarte. Celeste la abrazó y la contuvo. Le dio cariño y calor. Lo que todos necesitábamos en ese momento.

—Itxel... —susurró su madre a mi lado—. Ha preguntado por ti.

Tragué con dificultad.

—Quiere verte —siguió.

—Yo... No puedo... —Toqué las ruedas de la silla.

Ya había intentado moverme con ella yo sola, pero me tiraba del cuello y la columna y me dolía.

—No te preocupes. Yo te llevaré —se ofreció la enfermera.

Miré a Mar y esta asintió con la cabeza. Caminó hasta mí y me dio un beso en la mejilla.

—No me moveré de aquí. Y él tampoco. —Apuntó a Rubén.

—Vale... —suspiré.

Las puertas automáticas se abrieron en cuanto nos pusimos delante. La enfermera me empujó y una luz muy brillante me encandilaba desde el fondo. ¿Qué era aquello? Otra vez todo blanco. Puertas blancas. Paredes blancas. Techo blanco. Batas blancas.

Se detuvo delante de una puerta al final del pasillo, me rodeó, la abrió y volvió a empujar de mí.

Nico estaba tumbado, con los ojos cerrados y varias heridas en la cara. También llevaba un collarín, pero su cara resplandecía más blanca que la mía.

«Como todo en este puto hospital», pensé.

Tenía un montón de cables que iban de una máquina a su cuerpo. El monitor sonaba de una manera constante y una sábana lo cubría hasta el cuello.

Pude escuchar mi corazón romperse otra vez en mil pedazos. Ni siquiera en tantos, porque la mayoría de ellos los había ido perdiendo por momentos.

—Está muy sedado. Puede que se haya quedado dormido de nuevo. Si quieres puedes volver más tarde —informó la enfermera.

—Me quedaré con él.

—Está bien. Si necesitas algo, pulsa aquí y vendré enseguida.

Me quedé sola con él. No podía apartar la mirada de sus ojos cerrados, dormido, como en un sueño muy profundo. Quise que si estaba soñando, lo hiciera con cosas bonitas. Con nuestras risas, nuestros besos, nuestros momentos en Granada, en la playa, dentro de un atardecer. El nuestro. El que pintaba la vida de colores.

33

LO ENTENDÍ



Atardeceres naranjas, rosas, amarillos y morados. Eso es lo que deseaba ver en aquellos momentos. Que no solo fuera el sueño producido por la anestesia de Nico, sino nuestra realidad, nuestra verdad. Pero había tantos muros que derribar entre nosotros que no sabía si llegaríamos a saborear los colores del sol al despedirse hasta un nuevo día.

—Nico... —sollocé.

Me tapé la boca con la mano y traté de que mis gemidos no lo despertaran.

Empujé la silla hasta el filo de la cama y, con cuidado, rocé sus dedos con los míos.

—Nico... Ponte bien...

—Itxel... —Mi nombre salió de entre sus labios como quien escapa de una cárcel de máxima seguridad en la que lleva veinte años encerrado.

—Nico, Nico... —No pude contenerme más.

De mis ojos comenzaron a brotar lágrimas que bien podían regar los jardines de Versalles.

—No llores...

—¿Por qué lo hiciste?

—Qué...

—¿Por qué te pusiste delante de ese camión?

—Porque tú estabas allí...

El corazón me convulsionó dentro del pecho.

Y lloré.

Vaya si lloré.

—Itxel... Itxel, mírame.

Levanté el semblante poco a poco, hasta que mis ojos llorosos conectaron con los suyos, casi sin color.

—Siempre estaré donde tú estés. Da igual si me quieres o no.

—No debiste hacerlo... No debiste.

—¿Estás bien?

Asentí, limpiándome la cara.

—Eso es lo único que me importa —declaró.

—Podías haber muerto.

—Ya estaba muerto sin ti.

—Nico...

—Tengo muchas cosas que explicarte... —Tosió y se quejó de dolor.

—¿Te duele? ¿Estás bien?

—Estoy... bien.

Cerró los ojos y respiró hondo.

—No te vayas. —Me agarró la mano con dos dedos.

—Tu hermana quiere verte y... También está Marieta.

—Lo siento. —Me apretó levemente. No tenía ni fuerzas.

—Yo también.

Esperé a que se durmiera y le pedí a la enfermera que me llevara fuera. Mar me abrazó en cuanto me vio llegar. Le dije que necesitaba descansar y me llevó a mi habitación. Nos encontramos a Rubén y a Marieta hablando entre susurros en la escalera que llevaba a la planta de arriba. Crucé la mirada con los dos sin detenerme, y he de admitir que les reproché tanto en tan pocos segundos...

Estuve dos días más en el hospital. La mayor parte del tiempo la pasaba en la habitación de Nico, aunque él ni se enteraba. Los analgésicos y la fuerte medicación para el dolor lo tenían dormido la mayor parte del día y de la noche. Pero a mí eso no me importaba. Solo podía respirar si veía cómo lo hacía él. Cuando me iba a mi habitación, el peso de la culpabilidad me aplastaba el pecho.

Me sentía tremendamente culpable, y eso que nadie me había reprochado lo ocurrido. Ni siquiera su madre o su hermana. Al contrario, todos me animaban y se alegraron de que me dieran el alta.

Fui a despedirme de Nico a mediodía, antes de abandonar el hospital, y fue entonces cuando la verdadera culpabilidad, esa de la que hablaba él, casi me deja sin piel.

—Hola, Itxel. ¿Ya te vas a casa? —Celeste se levantó de la silla y me dio un abrazo.

Ni siquiera contesté, pero mi vestimenta de calle dejaba claro que me

marchaba.

—Me alegra que estés bien. —Me dio un beso en la mejilla—. Voy a por un poco de agua. Ahora vuelvo. —Nos dejó solos.

Di dos pasos hasta Nico, que me recibió con una pequeña sonrisa.

—Estás preciosa.

Sonreí yo también, pero no me llegó a los ojos. No podía alegrarme al verlo allí, postrado en la cama en la que estaba porque yo había sido una inconsciente.

—¿No estás contenta?

—¿Cómo podría estarlo?

—Te vas a casa.

—Pero tú te quedas aquí...

—Pronto podré irme también.

—Nico... —Suspiré.

—Siento no haber sido sincero contigo. Yo... No quería hacer daño a Marieta.

—Eso ya no importa. Vas a casarte con ella.

—Itxel... No lo voy a hacer.

Sollocé.

—¿Por qué?

—Porque te quiero a ti. Porque tú me quieres a mí.

—No es tan fácil. Me has hecho mucho daño. Me mentiste. Me engañaste...

—No. Lo siento. Lo siento mucho. Pero mi relación con Marieta no es como tú piensas. No he estado con ella desde que estoy contigo.

—¿Cómo puedo volver a confiar en ti?

—Itxel...

—No puedo...

—Itxel, por favor...

—No...

—Te quiero.

—Pero... ¿de qué manera me quieres?

—De la única forma que se puede querer. De la que te aprieta el pecho, de la que duele cuando no somos sinceros, pero la que te hace infinitamente feliz.

Y lo entendí. Entendí por qué salió corriendo sin despedirse de mí cuando tuve el accidente y estuve en la cama de un hospital, como estaba él

ahora. Entendí que no fuera capaz de dejarme en aquellos momentos y que escribiera esa carta que me desgarró el alma, el corazón y la piel a jirones. Entendí que la culpabilidad no lo dejara perdonarse. Y entendí que el amor no es suficiente para ser feliz, pero te da la fuerza necesaria para prescindir de él cuando el bienestar de otra persona, esa a la que amas, está en juego.

Nuestro amor era grande, pero nos destrozaba. Casi nos había matado dos veces. Y si él se apartó de mi lado por mi felicidad, ahora tenía que ser yo la que lo antepondría a todo.

Saqué valor de donde no sabía ni que se guardaba, me sequé las lágrimas por dentro y por fuera y le dije «hasta mañana» cuando lo cierto era que me despedía para siempre.

Demasiadas mentiras.

Demasiados recuerdos.

Demasiados los miedos esparcidos por el suelo.

Demasiados «y si», demasiados «no puedo».

—Nico... Yo también te quiero —dije, acariciando con mis labios los suyos.

Me aparté mirándolo a los ojos, despidiéndome en silencio, con el alma. Grabando en mi retina su cuerpo, su cara, sus ojos, su pelo.

Mi mejilla la bañaban dos solitarias lágrimas, esas que le gritaron que me marchaba para no volver. Y las escuchó con el corazón, porque antes de salir de la habitación, reaccionó.

—Itxel. ¡Itxel! ¡No! ¡Itxel! ¡No te vayas!

Pero me fui. Me fui de aquella habitación. Me fui de su vida, de su ciudad, de esos sitios en los que respiraba con él, de la música que escuchábamos juntos, de su «te quiero», de sus «Lucero», de su somnolienta mirada por la mañana.

Me fui, pero no pude alejarme de nada de eso. No pude alejarme de su piel, de su olor, de su sonrisa, de sus ojos negros, de su forma de mirarme, de quererme, de cuidarme. No pude olvidar sus miedos, reflejo de los míos. No pude olvidarme de sus besos, de sus caricias, de sus manos sobre mi vientre, de su boca sobre mis rincones.

Terminé el máster, rechacé una buena oferta de trabajo en otro de los mejores estudios de arquitectura de Madrid, competencia de N.D.V, hice la maleta, la cargué de recuerdos y de dolor y me marché. Pensaba que pisar mi playa, sentir el calor de la arena y respirar la sal hasta llevarla a mi corriente

sanguínea me sanaría. Pero no lo hizo porque nada era igual. Yo no era la misma.

Antes de marcharme les conté todo a Marisa y a Cristian. Mi vida resumida en una tarde, delante de tres cafés y unos dulces de chocolate. Qué sencilla la vida a veces. Me ayudó hablar con dos amigos y que me entendieran. Les entristeció que volviera a mi tierra, pero todos sabíamos que era lo que necesitaba.

—Vendré a visitaros. Y vosotros podéis venir a casa cuando queráis.

—No será lo mismo. —Marisa estaba a punto de llorar.

—Venga. No es para tanto. No vivimos tan lejos. —La abracé.

Cristian se unió al abrazo y nos despedimos recordando lo bien que lo habíamos pasado en tan poco tiempo.

Llamaba a Celeste todos los días. Le había hecho prometer que no se lo diría a Nico. Él estaba bien. Se trasladó a vivir con ella durante lo que duró la recuperación, un tiempo indefinido que dependía de él y de cómo reaccionara su cuerpo. Por lo que sabía, todo iba de maravilla y casi se ponía solo de pie.

—Sigue preguntando por ti. ¿Por qué no le coges el teléfono? —me consultó Celeste, con un toque de pena en la voz.

—Porque no puedo.

—Itxel... Trato de comprenderte, pero me es complicado. Nico te quiere. Dejó a Marieta en cuanto despertó. Aquella noche había quedado con ella para contárselo todo, para hablarle de ti. Sé que mi hermano es idiota y ha hecho muchas cosas mal, pero se merece otra oportunidad. Los dos os la merecéis.

—No se trata de oportunidades. Se trata de que no nos hacemos bien.

—El amor es complicado, Itxel. La vida lo es.

—Lo hemos intentado dos veces. Tal vez no debamos estar juntos.

—¿Quién dice eso?

—El destino...

—El destino no está escrito, cariño. Y si lo está, el vuestro puede leerse entre las mismas páginas, justo antes del punto y final.

—Este ha sido nuestro final.

—No te des por vencida tan pronto.

—Adiós, Celeste. Tengo que subir al tren.

—Me da mucha pena todo esto, Itxel. No sabes cómo está.

—Un beso.
Colgué el teléfono antes de ponerme a llorar.

APRENDER



NICO

Aprendí a leerla cuando solo llevábamos unas semanas viviendo juntos. Itxel era para mí como un libro abierto y, aun así, no adiviné que se estaba enamorando de mí. O sí, pero me daba tanto miedo quererla como al final lo hice, que escondí los ojos tras una venda y me oculté a mí mismo la belleza intrínseca, real y verdadera que tenía delante. Tuvo que cruzarse Enric en nuestro camino para que me obligase a deshacerme de ella de un tirón y dejar que Itxel, toda, por dentro y por fuera, dibujase su nombre en mi corazón.

La leía. Leía en sus ojos, en su piel, en su forma de respirar, en la velocidad de su parpadeo, en el movimiento de sus manos, en el color de sus mejillas, en la amplitud de su sonrisa. Itxel hablaba un idioma desconocido para el resto, pero fácil de descifrar para mí. Cada palabra, cada frase, cada texto, cada pensamiento, llegaba a mí como una bola a toda velocidad. Un golpe rotundo, fuerte, impactando y desbaratando todo mi mundo, todo mi yo.

Fue solo un segundo lo que tardé en darme cuenta de que ni el universo merecía la pena si ese camión la arrollaba y terminaba con su vida. ¿De qué vale que brillen millones de estrellas si la única que me daba luz se apagaba? Fue instintivo, visceral, algo que nació de dentro, como si lo hubiese llevado conmigo desde el día que nací, cuando no la conocía, cuando aún mi nombre no se había escrito detrás del suyo. Sabía que mi única oportunidad era salvándola a ella. Tenía que protegerla, tenía que jugarle la vida si así ella viviría.

Me gustaba leer su cuerpo, acariciándola, sintiéndola, como quien lee un libro en braille con los ojos cerrados porque tiene la necesidad de aprender el alfabeto. Acariciando las páginas de su piel. Exactamente así. Porque yo quería aprenderla a ella, toda ella, de arriba abajo, de lado a lado. Con sus curvas de miedo, de odio y de llanto. Con sus inseguridades, sus dudas, sus

sueños, sus secretos más inconfesables.

Por eso, supongo, supe en cuanto me miró con los párpados caídos, las mejillas sonrosadas moteadas de un frío blanquecino, las manos inquietas, el cuello rígido, que aquello no era una visita de cortesía como hacía cada día desde que estábamos en el hospital; que aquello no era un «nos vemos mañana», ni un «hasta pronto»; sino más bien un «adiós», un «hasta siempre», una despedida de las que muerden en el centro del corazón, tiran y desgarran.

De nada sirvió decirle que la amaba, que la adoraba con lo que era, soy y quería ser. Ella había tomado una decisión y nada ni nadie, ni yo, la iba hacer cambiar de idea.

Quise detenerla, que se quedara a mi lado para siempre, pero desde que entró en aquella habitación blanca supe que no lo haría. Yo había vivido ese momento de debilidad, de derrota, de culpabilidad y tardé años en sanarme, en quitarme de encima la culpa. Ahora le tocaba a ella rasgarse las vestiduras por algo que no había podido controlar nadie. Eran tiempos de luto, de encerrarse, de sanarse, por dentro y por fuera. Tenía que lamerse las heridas, llorar, darse golpes en el pecho, recomponerse.

Porque sabía las fases por las que estaba pasando, no me decepcioné cuando cogió la maleta y se fue estando yo aún en el hospital. Yo lo había hecho. Había huido cuando ella más me necesita. Salir corriendo lejos del problema no lo hace desaparecer, pero, a veces, ayuda a ver la situación con perspectiva, a conocernos, a sabernos mejor, a sentir lo que queremos, lo que somos y lo que no queremos ser.

La rehabilitación fue dura. Tal vez, con ella, todo hubiera sido más fácil, más llevadero. Pero esta guerra era mía y tenía que batallarla yo. Lo supe el primer día que traté de levantarme de aquella cama. Me dolió el cuerpo y el alma. Nadie podía hacer aquello por mí, solo yo tenía el poder y la capacidad de superar aquello y volver a ser el mismo.

Y lo conseguí.

El primer día sufrí.

El segundo di un paso.

El tercero, dos.

El cuarto, tres.

Seis meses después... corrí.

Había sanado por completo.

¿Lo habría hecho ella?

35

MESES



NOVIEMBRE

El luto, el duelo, el dolor.
LA CULPA.
Desprenderme de él, de su sonrisa, de su locura, de su olor.
Volver a casa. Desconocerla. Hacerla mía de nuevo.
Mi cuarto, mis sábanas, mi espejo.
Mis recuerdos... Sin él.
Obligarme a sonreír, a salir, a vivir como si nada hubiese ocurrido.
Olvidarme de que él está en una cama, pero no en la mía, a mi lado,
acariciando mi vientre y mis ganas.
Caminar sola.
Aprender a dar pasos adelante, a escuchar, a sentir.
Soltar lastre, o, al menos, intentarlo.

DICIEMBRE

Necesito respirarte
y quiero que lo sepas.
Que te lloro,
que te huelo,
que te vivo,
que te muero.

ENERO

3 segundos.
3 malditos segundos

son los que consigo estar sin pensarte,
sin culparme,
sin soñarte.
Los restantes 86.397 segundos del día,
te pienso,
me culpo,
te sueño.

FEBRERO

Caminé hasta la orilla en un frío día de invierno y me permití llorarte.
El mar fue testigo del momento justo en el que me desprendí de todo lo que me alejaba de ti, y soltar amarras significaba que una parte de mí debía partir.
Dejé mi yo finito a orillas del Atlántico y las olas lo arrastraron hasta lo más profundo del océano.
Allí enterré mis miedos.
Allí decidí ser eterna contigo.

MARZO

Él era ese atardecer que no había vuelto a disfrutar.
Él era todos los colores del arcoíris.
Él llegó para enseñarme a ver los tonos grises en rosas, naranjas y morados.

ABRIL

Despedirme definitivamente de él dolía,
pero no me negué a hacerlo por eso.
Sino porque no quería.

YO QUERÍA UN FINAL FELIZ



Me gustaba la mesa de escritorio de mi dormitorio. Grande, moderna, funcional. Mis padres me la compraron en cuanto me aceptaron en la universidad de Granada para estudiar arquitectura. La tuve en el piso de mi abuela durante los años que viví allí. Cuando me marché a Madrid, mis padres la trasladaron a nuestra casa de Punta Umbría para que pudiera realizar mis primeros encargos en ella. Y así comenzaba cada día, trabajando sobre lienzos en blancos, delineando planos que se transformarían en hogares de otras personas. Quizás, el proyecto que tenía entre manos no era demasiado ambicioso, pero para mí se convirtió en una forma muy valiosa de evadirme del mundo, de su recuerdo y de su ausencia. Además, crear dos nuevas aulas para uno de los colegios de nuestro pueblo me parecía muy importante, y estaba poniendo toda mi alma y mi corazón en ello.

Así había pasado el invierno. Entre mi habitación, eternos paseos por la playa que me inyectaban vida para seguir caminando y tomando algún café con Maite cuando venía de visita. La echaba de menos. Echaba de menos a Rubén y nuestras conversaciones sin sentido; echaba de menos a mi hermana y a las locuras que solo me atrevía a hacer con ella; echaba de menos a las gemelas, a las que no veía desde nuestro viaje a Honduras y en el que Vic y yo pudimos comprobar que Ros vivía como quería. Fue un viaje duro para mí, casi no subo a aquel avión que me alejaba mucho más de algo de lo que ya me estaba costando desprenderme. Fue Vic la que me agarró de la mano y dio cada paso conmigo. Lo cierto es que aquellos días tan diferentes me supieron menos amargos de lo que esperaba y me sirvieron para comprobar que el mundo es demasiado grande como para encerrarnos en nosotros mismos. Echaba de menos a Cristian y a Marisa, la universidad y... lo echaba de menos a él.

Sabía que Nico estaba bien. Seguía llamando a Celeste cada semana. Esa

llamada era una de las pocas cosas que me hacían reír y llorar al mismo tiempo. Me hacía daño y me sanaba. Como él conmigo. Como yo con él.

Solté el lápiz sobre la mesa de trabajo y me levanté a cerrar la ventana. La había dejado unos centímetros abierta, pero el frío de la mañana no mutaba a la brisa cálida del mediodía como esperaba.

La primavera había llegado sin ganas, con un viento frío y heladas de madrugada que nos obligaban a seguir cargando con los abrigos y algún que otro pañuelo.

Me quedé mirando a través del cristal el movimiento intenso de las ramas de los árboles. No se escuchaba nada. Todo era silencio y paz. Solo el tintineo del toldo del patio enturbiaba el absoluto mutismo.

Toc, toc.

Escuché que llamaron a la puerta y miré en esa dirección.

—Cariño, nos vamos ya. Baja a despedirte —informó mi madre, con la puerta medio abierta.

—¿Qué hora es?

—Son más de las diez. El tren sale a las dos.

Mi padre me envolvió entre sus brazos y me besó con cariño en la sien. Me susurró que me quería y que pronto estarían de vuelta. Supongo que durante los últimos meses habían notado que los necesitaba más que nunca, y era la primera vez que me dejaban sola desde entonces.

—No os preocupéis por mí. Ya soy mayorcita. —Sonreí, y le di un beso en la mejilla.

—Tienes comida en la nevera. Cierra bien por las noches. Penélope tiene una llave por si la pierdes.

—Mamá, llevo años viviendo sola.

—Lo sé, cariño, lo sé, pero para mí siempre serás mi pequeña. Y ahora estás aquí, en casa. Anda, dame un beso. Te voy a echar mucho de menos. — Me dio un abrazo de oso y me regó la cara con más de diez besos.

—¿Necesitáis ayuda con las maletas? —Cogí una e intenté levantarla—. Mamá, ¿llevas piedras?

—Si no llevo apenas ropa. Solo unos trapitos.

Mi padre y yo cruzamos una mirada divertida y llevamos el equipaje al taxi que los esperaba aparcado junto a la acera.

—Solo estaremos fuera un par de semanas. —Mi madre volvió a darme un achuchón.

Puse los ojos en blanco y suspiré.

—¿Qué creéis que puede pasar? No voy a meterle fuego a la casa.

—No sería la primera vez —recordó mi padre.

—¡Papá! ¡Tenía seis años! —Puse los brazos en jarra y levanté las cejas.

—Dame otro beso —me pidió.

—Estáis hoy muy besucones —me quejé, pero dejé que me lo diera y volví a abrazarlo.

—Vámonos, Arturo. Se está haciendo tarde.

Los despedí con la mano y esperé a que el coche desapareciera tras la esquina. Respiré hondo y entré en casa dispuesta a seguir trabajando.

Me gustaba el olor a hogar. Olía a tranquilidad, bienestar y esperanza. Adoraba el tacto de mis lápices, la textura de las láminas, los rayos del sol de media mañana que penetraban el cristal de la ventana e iluminaban mis manos y las convertía en sombras sobre los planos.

Pensaba trabajar durante todo el día y, aprovechando que era viernes, saldría a cenar algo con Bella, una amiga del parvulario con la que volvía a retomar contacto; pero antes daría mi paseo diario por la playa. Era mi manera de desconectar de todo, o eso me decía, porque caminando por la arena hacia el atardecer, era cuando más cerca me sentía de él.

Me puse los auriculares y las canciones de The Fox's Lair sonaron una detrás de otra. Desde que Nico me presentó a este grupo aquella noche llena de magia, lo reproducía en bucle. De una forma u otra siempre encontraba la forma de sentirlo a mi lado.

En uno de los pases de una canción a otra, me pareció escuchar que llamaban a la puerta. Arranqué los cascos de mis orejas y giré el cuello hacia el pasillo, justo detrás de mí.

—¿Sí? —grité, pero nadie contestó ni volvieron a llamar. Suponiendo que ya lo habían hecho antes.

Comencé a tararear con los auriculares otra vez sonando a todo volumen y me concentré en lo que estaba haciendo. Una línea recta y otra ovalada con una inclinación de noventa grados.

De pronto, una mano de ogro, de dos metros de ancho por dos de largo y verde como el bicho más asqueroso, se posó sobre mi hombro y trató de matarme.

—¡Aaah! —chillé a pleno pulmón y salté de la silla.

Lo cierto es que era la manita de princesa de mi hermana la que me había dado un susto de muerte.

—Mar, ¡casi me matas de un puto infarto! —le regañé, con la mano sobre

el pecho y el corazón bombeando con fuerza—. ¿Cómo se te ocurre entrar así?
¿Por qué no has llamado?

Estaba descojonándose de la risa, mientras yo trataba de no desmayarme.

—¿Qué culpa tengo yo de que estés sorda como una tapia? —No paraba de reírse.

—Esta niña es tonta —mascullé.

Salí de la habitación y ella me siguió partiéndose de la risa.

—Venga, no es para tanto. Ha sido gracioso.

—Te habrá parecido gracioso a ti.

—Pues sí.

Bajé las escaleras y fui hasta la cocina a por un vaso de agua. Aún tenía el susto en el cuerpo.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté, observándola por encima del vaso mientras bebía.

—Tenía ganas de verte.

—Ahora dime la verdad.

—¡Te estoy diciendo la verdad! ¿No puedo echar de menos a mi hermana?

Podía ser, porque yo la echaba mucho de menos a ella, pero no colaba. Mar tenía una razón para venir a Punta Umbría sin habernos avisado.

Achiné los ojos y le clavé la mirada.

—¿Has roto con el vagabundo?

—¡No! —Soltó una carcajada.

—Pues no lo entiendo.

—No hay nada que entender. Tenía el fin de semana libre y he pensado bajar a casa. ¿Tan raro es?

—Sí cuando sabías que papá y mamá no iban a estar.

—Eso es mucho mejor. Me ahorro que me pellizquen los mofletes. —
Abrió el frigorífico—. ¿No tienes cervezas?

—Donde siempre.

Cogió dos y me tiró una.

—¿Qué tal todo por aquí?

—Bien.

—Bien aburrida.

—Salgo de vez en cuando.

—No me digas —apuntó con tonito irónico.

—Esta noche he quedado, lista.

—¿Con un tío? —Abrió tanto los ojos que hasta me asusté.

—¡No! Con Bella.

Respiró y puso cara de alivio.

—No pongas esa cara. También salgo con chicos. No es tan raro.

—¿Sales con alguien? —Volvió a desencajársele el rostro.

—No quiero saber nada de hombres. Estoy centrada en mi trabajo.

—Ya. ¿En esa clase cuadrada con cuatro ventanas y una puerta para el colegio? Te estará costando una barbaridad dibujarla —habló con sarcasmo.

—No dibujo, diseño. Y no es tan fácil. ¿Por qué no dejas de meterte con mi trabajo?

—Dibujar no es un trabajo.

—Y sumar con una calculadora tampoco.

Así nos llevábamos la mayor parte del tiempo que estábamos juntas. Hacía poco menos de diez minutos que había llegado a casa y ya discutíamos sin cesar. Bueno, a aquello no se le podía llamar discutir. Para nosotras era la forma de decirnos cuánto nos habíamos echado de menos y cuánto nos queríamos.

Deshicimos el equipaje, nos tumbamos en su cama y hablamos sobre lo que habíamos hecho durante los dos últimos meses. Tiempo que llevábamos sin vernos. No le pregunté por Nico, aunque sabía que de vez en cuando quedaban. Me lo confesó una tarde durante una llamada de teléfono. Lo cierto es que se le escapó que había ido a visitarlo y tuvo que confesarme que se veían al menos una vez al mes. Me puse celosa. No porque pensara que Mar y él pudiesen tener una relación romántica; sino porque añoraba disfrutar de su presencia, su sonrisa, sus palabras. Lo extrañaba tanto que aún me faltaba el aire cuando pensaba en él. Además, temía que me dijera que me había olvidado, que salía con alguien o que al final se había casado. Prefería pensar que seguía soñando conmigo y con nuestros atardeceres naranjas, por muy egoísta que sonase.

Comimos en el patio trasero, sentadas de cualquier manera y con el sol de las tres de la tarde tostándonos la cara.

—Tengo ganas de verano —dijo Mar, sin abrir los ojos.

—¿Lo pasarás aquí?

—No lo sé. Ricky hará una gira y quiere que lo acompañe.

—¿En serio?

—¿Qué pasa? ¿Crees que no son lo suficientemente buenos?

—Iba a decir que me alegro por él.

Me levanté a por el postre y corté dos rebanadas de melón. Le puse una

sobre su plato y le di un beso en la mejilla.

—¿A qué viene eso? —Arrugó la nariz.

—¿No puedo dar un beso a mi hermana pequeña?

—Sí, pero...

—Te echo mucho de menos. Te has hecho mayor y... Pues eso, que espero que te vaya bien este verano con Ricky y que seas muy feliz.

—Creo que voy a llorar —dijo con sarcasmo.

—Eres idiota.

Vimos una película tiradas cada una en un sofá y nos atiborramos de palomitas, Coca Cola y chucherías. Cuando terminó, Mar me pidió que la acompañara a dar un paseo por la playa, la echaba de menos.

—Había pensado adelantar el proyecto.

—He venido a verte. ¡No puedes dejarme sola! —Me cortó.

—Podemos ir un poco más tarde.

—¿Cuándo se haga de noche? Quiero ver atardecer.

Esto último me puso los vellos de punta.

Yo veía cada atardecer acordándome de él, escuchándolo a él, pintándolo a él.

—¿Está abierto Mikonos?

—Sí... —contesté aún consternada.

—Nos tomamos un coctel y damos un paseo.

—Yo lo doy cada tarde.

—Hoy te acompañará tu hermana, la mejor hermana del mundo. ¡Qué suerte tienes! —Me agarró del brazo y subimos a nuestras habitaciones para darnos una ducha y cambiarnos de ropa.

Subimos en mi moto, miró el reloj y me pidió que diéramos una vuelta por las calles del pueblo. Quería ver si había cambiado algo, aún sabiendo que todo seguía igual. Lo añoraba. Tenía ganas de cargar pilas con la energía de cada calle, de cada esquina, de todos los lugares en los que había creado algún recuerdo. Botellones en El Cerrito, quedadas en Deportes Move, macetas de tinto en El Grego, tardes de patinaje en la Plaza Pérez Pastor, paseos por la ría.

Llegamos a Mikonos pasadas las siete y media de la tarde. No había demasiada gente a pesar de ser viernes, el tiempo no acompañaba todo lo que hubiésemos deseado. En esta época, otros años, la temperatura invitaba a bañarte en la playa y asarte al sol. Tomamos asiento en el interior, sobre los sofás de piel blanca, y pedimos dos sandías coladas.

Llamé a Bella para retrasar la hora de la cena y avisarle de que seríamos tres porque mi hermanita había venido a pasar el fin de semana, y me contestó que no me preocupara, que nos veríamos mañana, le había surgido algo que hacer.

Sonaba una canción de Sven Våth a la cual era incapaz de ponerle nombre, pero que cada una de sus notas me recordó a aquellas noches en Ibiza y a su beso... A ese que creí haberle dado a otra persona y que me revolvió tanto por dentro.

Joder. No podía quitármelo de encima.

Mar hablaba sin parar con un par de amigas hasta que alguien la interrumpió con una llamada de teléfono. Supuse que sería el vagabundo roquero cuando se levantó y se apartó para mantener una conversación medianamente larga.

Las chicas se pidieron otra copa y yo me negué a tomarme la segunda porque no quería llegar a casa borracha. Teníamos que volver con la moto y no confiaba en que Mar siguiera tan serena dentro de dos horas. Me iba a tocar a mí sí o sí.

Miré hacia un lado y pude comprobar que comenzaba a atardecer. El sol se ponía sobre el horizonte, escondiéndose tras la línea de agua donde se reflejaba, y algo me empujó a alejarme hasta la orilla. Me disculpé ante las amigas de mi hermana y les dije que volvería enseguida.

Salí por la puerta que daba directamente a la playa, crucé la terraza de madera y bajé por el caminito azul hasta la arena. Me deshice de las zapatillas de deporte e introduje los pies en ella. Estaba fría, pero no me importó. Un cosquilleo me subió desde los dedos hasta el pecho insuflándome vida.

El olor a mar.

La brisa marina.

Una luz especial.

Caminé hasta donde las olas rompían y acariciaban la tierra y dejé que el agua me mojara hasta los tobillos. No estaba fría. Su calidez me hizo sentir bien.

Algo tiró de mí hacia la puesta de sol, como un hilo invisible que siempre me ha mantenido unida a esta tierra. Me dejé llevar por él y me alejé metro a metro del pueblo y la civilización. Un inmenso parque natural se abrió ante mí, repleto de dunas, un mar de pinos, arena y la grandiosidad del océano que me vio nacer.

Una extraordinaria playa de arena fina y blanca.

Lejos del ruido, de la ciudad, del gentío.
Una inmensa y reconfortante soledad.
Un atardecer naranja, que se volvía rosa y morado por momentos.
Debía sentirme afortunada. ¿Qué más podía pedir?
Sí que podía.

Yo quería un final feliz.

Mi final feliz.

Y eso solo podía dármelo él.

Cerré los ojos y llené los pulmones de aire. Lo contuve dentro de mí durante varios segundos y lo expulsé. Cuando los abrí, vi una silueta a lo lejos acercarse a mí. No me extrañó en absoluto que alguien caminara a esas horas por la playa, era algo habitual que la gente tomara esta ruta para pasear, pero algo en su forma de moverse, en su cabello, en su luz, algo... me resultaba familiar, sin embargo, no adivinaba quién podía ser.

Me llevé la mano hasta la frente y la utilicé de visera, achiné los ojos y traté de centrarme en los rasgos de su cara.

No podía ser.

Estaba teniendo la visión más real que había experimentado hasta aquel momento. Definitivamente estaba perdiendo por completo la cabeza.

Veía a Nico a pocos metros de mí, cada vez más cerca.

De nuevo, cerré los ojos y los volví a abrir. La imagen no desapareció. Zarandeé levemente la cabeza y todo seguía igual.

Nico andaba en mi dirección, y yo no podía moverme.

Algo me confirmó que no eran imaginaciones mías, y fue su olor, ese aroma tan característico de él, a vida, a sonrisas, a felicidad, a amor.

Recorrió los tres pasos que le quedaban y se detuvo delante de mí, a un escaso metro, con una sonrisa vergonzosa pintada en su rostro y el flequillo bailándole sobre la frente.

—¿Qué...? —No podía hablar.

—Hola.

—¿Qué... haces aquí?

—Pasaba por aquí... —Sonrió.

—No... —Tragué con dificultad— ¿Cómo estás?

—Bien...

Parecíamos dos niños que se gustaban y estaban a punto de reconocerlo.

—Pero... No lo entiendo.

—Es fácil de entender. No puedo vivir sin ti. —Negó con la cabeza varias

veces casi imperceptiblemente.

—Pero... —Me dejó sin palabras.

Quizás era lo que deseaba escuchar desde hacía meses, años, pero necesitaba saber por qué, y, lo más importante, no bastaba con querernos, nuestro amor no podía ser. Algo más fuerte que nosotros nos hacía mal. Nuestra relación estaba rodeada de desastres y drama. Nos hacíamos daño. Mucho daño. Tanto que nuestras vidas habían corrido peligro. Las dos. Y si le ocurría algo, me moría.

—No puede ser Nico. Creí que marchándome de Madrid lo había dejado claro.

—Te fuiste porque tenías miedo.

—Aún lo tengo.

—Y yo. Me da miedo la vida sin ti. Me da miedo no tenerte a mi lado por las noches. Me da miedo no poder besarte por las mañanas. Me da miedo desaparecer de este mundo sin haberlo vivido contigo.

—No me hagas esto... —Una lágrima se escapó de mis ojos y rodó por mi mejilla.

—¿El qué? ¿Quererte? —Dio un paso hacia mí—. ¿Luchar por ti?

—Me fui... Te dejé solo... —Comencé a llorar.

—Lo necesitabas.

Arrugué el entrecejo.

—Necesitabas sanarte, entender, curar las viejas heridas que aún estaban abiertas. ¿Por qué crees que he tardado tanto en venir a buscarte?

—Creí... Creí que ya no me querías, que, después de lo había pasado, no querías verme nunca más. Te dejé...

—Como yo te dejé a ti. He tardado en entenderlo, pero... —Llevó una mano hasta mi mejilla y la acarició, llevándose las lágrimas saladas con el pulgar. Cerré los ojos y me estremecí con su contacto. Lo había añorado tanto —. Todos los corazones rotos necesitan curarse, y, a veces, tienen que hacerlo solos. Por eso no he venido antes. Quería que tu corazón pudiera vivir sin mí.

Sollocé.

—Pero soy un idiota... ¿sabes por qué?

Negué.

—Porque casi me muero estos meses. Soy yo el que casi se ahoga esperando el momento adecuado para venir a decirte que quiero dártelo todo, que deseo vivir contigo todo, que quiero pelear contigo todo, que quiero ganar todas las guerras contigo.

—¿Y qué pasa con lo que yo quiero?

—Que te lo daré. Y si lo que quieres es que me vaya, me iré. Si eres feliz sin mí, me marcharé y no volveré. Te lo prometo. Pero no me digas que nuestro amor no puede ser porque hemos tenido malas experiencias. La vida trata de eso. De vivir lo bueno y lo malo, de aprender de los errores y seguir adelante. De disfrutar mientras podamos y aprovechar cada momento.

Acortó totalmente la distancia que nos separaba y me rodeó las mejillas con ambas manos.

—¿Qué quieres, Itxel? Solo tienes que decírmelo —susurró sobre mis labios.

El sol estaba a punto de desaparecer.

El viento agitaba mi cabello.

El corazón me gritó lo que ya sabía.

—Quiero todos los atardeceres.

Sonreímos con los labios pegados y, poco a poco, los unimos. Cuando se rozaron, los miedos fueron menos, y las ganas de luchar por lo nuestro lo cubrieron todo. Fue un beso tierno pero apasionado. Un beso eterno que pintó nuestra historia y aquel cielo de naranjas, rosas y morados.

EPÍLOGO



—Nico, por favor, no te metas en la boca todo lo que encuentres en el suelo.

—Me agaché y le quité una de las fichas de los puzles que hacía su hermana y que siempre tenía esparcidas por toda la casa.

Él me miró con esos ojitos negros, le tembló el labio inferior y comenzó a llorar.

—Mamá, ¿dónde está mi diadema del pelo? —Esther llegó a la cocina vestida con un vestido rosa de tul y unas sandalias plateadas.

—¿Cuál?

—La plateada, mamá, ¿cuál va a ser?

Puse los ojos en blanco y me puse de pie. Cogí a Nicolás en brazos y salí al salón.

—Esther, cariño, no puedes ir dejando por ahí todo lo que coges para jugar. Tu hermano aún es muy pequeño y se lo mete en la boca.

Crucé el pasillo y entré en el baño. Mi hija de siete años vino detrás.

Abrí el tercer cajón del mueble, cogí la diadema y se la di.

—Aquí está. Si guardaras tus cosas siempre en el mismo sitio, sabrías siempre donde las tienes.

—Es que me las escondes —se quejó.

—No las escondo, las recojo. ¿Tú sabes qué es eso?

Me miró con enfado, se giró y se marchó.

Por favor, tenía siete años, ¿qué me esperaba cuando tuviera diez?

Nico seguía llorando. Por fortuna, lo hacía cerca de mi oído derecho y no llevaba puesto el audífono.

—¿Quieres merendar?

Asintió con la cabeza. Me reí al verle un moco colgando de la nariz y toda la cara llena de churretes.

—Vamos a lavarte la cara y las manos. ¿Dónde se habrá metido vuestro padre? —pensé esto último en voz alta.

Abrí el grifo y lo limpié.

—Esther, ¿quieres merendar? —Le pregunté a mi precoz hija desde la

puerta de su habitación.

—Ya me he comido un helado.

—¿Helado? ¿Quién te ha dado permiso? Eso no es una merienda.

—Estabas hablando por teléfono —se defendió—. Papá me deja comer helado.

—Tu padre no tiene dos dedos de frente —musité camino de la cocina. Escuché la puerta de la entrada cerrarse.

—Hola, lucero. —Nico entró cargado de bolsas de la compra y las dejó sobre la encimera.

Me dio un beso y me quitó a Nico de los brazos para cogerlo él.

—¿Dónde has estado? —pregunté, con un gesto de cansancio.

—Comprando. Me has mandado tú.

Resoplé.

Era cierto, pero estaba tan nerviosa y tan estresada que no me acordaba.

—¿Qué ocurre?

—Nico sigue comiéndose las piezas de los puzles y tu hija cree que es Isabel II.

—Es una princesa.

—Tiene siete años y me quita el maquillaje. —Levanté una ceja.

Pelé una manzana y un melocotón, puse los trozos en un plato y lo dejé sobre la mesa.

—¿Se lo das tú? Tengo que hablar con Mar.

—Lo que ordenes.

Pasé de él y me marché.

Me metí en el despacho que utilizábamos los dos para trabajar cuando estábamos en casa, cerré la puerta y llamé a mi hermana.

—¿Todo preparado?

—Claro. ¿Por quién me tomas?

—No debí dejarte a cargo de esto. —Me masajeeé la sien.

—¿No confías en mí?

—Supongo que sí. —Sonreí.

—No parece muy convencida. Hieres mi ego.

—Tu ego es tan grande que no lo derrotaría ni el ejército ruso.

—Llevas razón. ¿Cuándo llegáis?

—Mañana por la tarde.

—Tengo ganas de ver a mis sobrinos.

—Ellos también a ti.

—¿Estás nerviosa?

—Un poco.

—Todo va a salir bien.

Eso esperaba. Llevábamos años planeándolo, pero todo se había precipitado tan rápido que habíamos tenido que retrasarlo. La enfermedad del padre de Nico, que había empeorado cada día, falleciendo dos años después. El nacimiento de Esther, que llegó sin avisar. Un proyecto importante al que Nico tuvo que dedicarle más de un año y por el que tuvo que viajar a Chile muy a menudo hasta que lo finalizó con éxito. Mi trabajo en el estudio de arquitectura que creé con Marisa y que nos iba muy bien. Total, que cuando quisimos darnos cuenta, habían pasado varios años y volví a quedarme embarazada. El pequeño Nicolás acababa de cumplir dos años y pensamos que era el momento adecuado para casarnos.

—¿Se puede? —Nico entró en el despacho, se detuvo delante de mí y me abrazó.

Apoyé la mejilla sobre su pecho y rodeé su cintura con mis manos.

—¿Dónde están los niños? —me inquieté.

—Los niños están bien, no te preocupes. —Puso las palmas de sus manos sobre mis mejillas y me instó a que lo mirara—. ¿Qué te ocurre? Si no quieres, no tenemos por qué hacerlo.

—No es eso... Solo... Estoy nerviosa.

—Todo va a salir bien.

—No sé si es buena idea dejar a los niños solos durante un mes.

—No van a estar solos. Tus padres sabrán cuidar de ellos.

—No sé...

—Cuidaron de ti y de Mar.

Respiré.

—Llevas razón. Solo sé... que los voy a echar mucho de menos.

—Y yo, pero... haré todo lo posible para que sea una experiencia inolvidable.

—Aún no sé ni adónde vamos de viaje de novios.

—Es una sorpresa.

—Quiero saberlo —hice un puchero.

Negó con la cabeza y sonrió.

—Dame al menos una pista —supliqué.

—Te lo prometí hace mucho.

—Nunca me prometiste llevarme a ningún sitio.

—Claro que sí, pero no lo recuerdas.

—No creo que se me olvidara una cosa así.

Nico me miró como si no me hubiera visto desde hacía un siglo.

—¿Qué? —pregunté.

—Que te quiero más que a mi vida —susurró.

—Yo también...

Pegó su frente a la mía.

—Por fin vas a casarte conmigo.

—Si no lo he hecho antes, ha sido por tu culpa. —Le clavé un dedo en el pecho y me separé un palmo.

—¿Por mi culpa?

—Tus espermias son demasiado listos. —Reí.

—Estaba deseando tener hijos contigo. Es más, vamos a ponernos ahora mismo a encargar el tercero. —Metió la mano por debajo de mi falda, agarró el elástico de mis bragas y tiró con fuerzas hasta que las arrancó.

Me humedecí en décimas de segundo.

Me sobó el culo, me subió a la mesa de trabajo y me acarició el sexo mientras yo le quitaba el cinturón y le desabrochaba los botones del pantalón vaquero.

Lo sentía duro y preparado. Estaba deseando que se hundiera dentro de mí.

—¡Mamá, Nico se está comiendo la cabeza de un cocodrilo! —Gritó Esther tras la puerta, intentando abrirla.

Nicolás me lamía el cuello mientras se agarra el miembro y se disponía a empalarme con él.

—He cerrado la puerta con pestillo —susurró en mi oreja izquierda, para que siguiéramos en lo que estábamos.

—¡Mamá! —La niña continuaba chillando al otro lado—. ¿Qué estáis haciendo? ¡Abrid!

Comenzamos a reírnos con las bocas pegadas. Nico me agarró del cuello, me dio un beso muy apasionado que duró varios segundos y se separó de mí mascullando exabruptos y subiéndose el pantalón.

—¡Ya vamos, cariño! —hablé a la pequeña para que dejara de dar golpes en la puerta—. ¡Dile a tu hermano que los cocodrilos no se comen!

Nico bufó y se revolvió el pelo.

—Esta noche, cariño. —Le di un beso en la mejilla y salí.

Bajamos del avión en Sevilla y mi padre vino a recogernos. Le había dicho que cogríamos el tren o nos trasladaríamos en taxi, pero se negó en rotundo. Los niños se volvieron locos cuando lo vieron, y se pasaron todo el trayecto riendo con las historias que mi padre les contaba. Estaban deseando llegar y meterse en el agua del mar. Veníamos bastante a menudo a Punta Umbría y a disfrutar de la casa que habíamos comprado y reformado en primera línea de playa, pero las últimas veces que habíamos vuelto había hecho demasiado frío.

Aparcamos el coche justo en la puerta de nuestro chalet y Nico se encargó de bajar las maletas. Los niños salieron corriendo en busca de la arena y mi padre fue tras ellos. Llené los pulmones de aire y el olor a sal me recorrió entera. Me dispuse a cruzar la cancela de casa y me detuve sobre el nombre que la adornaba. Eran piedras blancas que Nico había buscado y formado con esmero: Lucero al atardecer. Así se llamaba nuestro hogar. Ese desde el que podíamos disfrutar de todos los atardeceres naranjas.

Nos casamos al día siguiente sobre la arena de la playa, cogidos de las manos y acompañados por las personas que más nos querían. Fue una boda íntima, de no más de cincuenta invitados. Mar y su prometido Ricky, el que había conseguido vivir de la música tocando la guitarra en bandas importantes. Maite, su marido y sus cuatro hermosos hijos. Mi socia y amiga Marisa, que había viajado con Cristian; los dos solteros y sin ganas de compromiso. Ros y Jesse, su novio norteamericano. Victoria, su marido Flavio y su bebé de cinco meses. Bella y su novia Rebeca. Mis padres. La madre de Nicolás. Rubén y Marieta, con los que manteníamos una relación muy cercana a pesar de todo lo que ocurrió casi nueve años antes. Invité a Enric, con el que seguía manteniendo una bonita amistad, sin embargo, su trabajo en Brasil le impidió asistir, y creo que Nico se alegró de ello. Nunca le gustó del todo.

Algunos familiares y amigos y poco más.

El mar.

El cielo.

Nosotros y nuestras ganas de amarnos.

—Sí, quiero —dije cuando el sol se ponía sobre el horizonte.

Nos besamos, todos aplaudieron y cogimos a nuestros hijos en brazos.

Ese fue el momento exacto en el que me di cuenta de que no necesitaba

más. Allí, entre mis brazos, tenía todo lo que quería.

Dos semanas después.

Playa de Sunset Beach en Koh Lipe.

Tailandia.

Tenía los ojos cerrados. Escuchaba un leve murmullo y unas risas de fondo. Los últimos rayos de sol me calentaban la piel, olía a crema solar y aún podía saborear la fruta fresca del último combinado que me había tomado hacía más de una hora.

—Lucero, Lucero —me susurró Nico al oído—. Despierta, Lucero. Que te lo vas a perder.

—Mmm —solté una queja sin hacerle caso.

—Vamos, cariño. Abre los ojos. El sol comienza a ponerse. —Me dio un beso en la mejilla y me acarició con la yema de los dedos el cuello y un brazo hasta llegar a las manos.

La noche anterior habíamos viajado durante doce horas para llegar a este punto del mundo. Estaba muy cansada. Así llevábamos más de dos semanas. Turquía, Afganistán, India, Mongolia... No sé si me dejó algún país atrás. Algunas mañanas se me olvidaba dónde estaba. Nico se había propuesto enseñarme todos los atardeceres y eso es lo que estábamos haciendo. Dando la vuelta al mundo para admirar, sentir, vivir y guardar en nuestra retina los colores que pintaban el cielo.

Parpadeé varias veces y la imagen que tenía delante era infinitamente más maravillosa que todo lo que habíamos visto hasta ahora. El flequillo le caía sobre la frente, los ojos le brillaban, el rosado de sus labios resaltaba sobre el tono moreno que había cogido su piel, un colgante de una cruz de madera que le había comprado en uno de los puestos callejeros de un pueblo cualquiera de la India, sus hombros anchos, su pecho definido y esa sonrisa...

Esa sonrisa coloreaba mis días más que todos los atardeceres.

Esa sonrisa era mis naranjas, rosas, amarillos y morados.

Me incorporé y tomé asiento junto a él. Me rodeó los hombros con un abrazo y apoyó la mejilla en su costado. Estuvimos esperando a que el sol desapareciera en el horizonte mientras coloreaba el mar.

—¿En qué piensas? —le pregunté, como cada vez que veíamos un atardecer.

Como siempre, me miró y sonrió.
—Qué bonita la vida a tu lado.

AGRADECIMIENTOS



Tres años han pasado desde que decidí lanzarme a la autopublicación con mi primera novela, *Un gin-tonic, por favor*. Estaba tan agradecida por la acogida que tuvo y sigue teniendo, como ahora con esta historia, diferente a lo que normalmente escribo, pero con tanto Amor y Amistad en cada página como momentos maravillosos que todos y todas, lectores y lectoras, me habéis dado. Millones. Infinitos, como mi cariño por todos vosotros.

GRACIAS a todos los que me leéis por estar y ser, por regalarme sonrisas, miradas cómplices y comentarios positivos y constructivos. Aprendo cada día por y para vosotros.

GRACIAS a mis padres y a mi familia. Porque lo son todo y sin ellos soy nada.

GRACIAS a mi marido, Dani, y a mi estrella, luz y alma Ariadna.

GRACIAS a mis amigas. Me aguantan, me aconsejan, me corrigen y me quieren. Almudena, Bella y China.

GRACIAS a Amparo y a Olga. Por escucharme, enseñarme y ayudarme. Sois las mejores.

GRACIAS a Johan y a Eli por estar siempre al otro lado de la línea.

Os quiero.
Sed felices.

SOBRE LA AUTORA



Estrella Correa nace en Chucena, realiza estudios de Derecho y Secretariado de Dirección Bilingüe en Huelva. Casada y con una hija. Actualmente reside en Punta Umbría. Desde sus primeros pasos dedica gran tiempo a la lectura de obras clásicas y de actualidad e incluso se atreve a elaborar relatos, bien por deber académico, bien por puro entretenimiento. Después de la excelente aceptación de su trilogía: «Un gin-tonic, por favor» que consta de los libros: «Un gin-tonic, por favor», «Bésame, por favor» y «Quédate conmigo, por favor» (febrero 2017); su bilogía Las Estrellas, que incluye: «Nerea y las estrellas» y «La estrella de Nerea» (junio 2018); y la primera parte de la bilogía «Menos tú»: «Cualquiera menos tú», autopublica la segunda parte: «Todos menos tú».